



ANDREA
y sus neuronas

PHAVY PRIETO

Andrea y sus neuras

PHAVY PRIETO



Andrea es divertida, espontánea y un poquito neurótica, «solo un poco, eh». Sus amigas son fantásticas, los estudios van genial y le encanta dar clases de danza. Solo hay un defecto en su perfecta e idílica vida que no la deja ser realmente ella; el inútil de su hermanastro Joan, ese idiota que trata siempre de ridiculizarla por los pasillos del instituto para reírse a su costa.

Pero este año será distinto, es el último curso de Joan antes de irse a la Universidad y esta harta de sus bromas pesadas, así que se le ha ocurrido una maravillosa idea; seducir al mejor amigo de su hermanastro para que la deje en paz.

¿Qué sería capaz de hacer una neurótica de dieciséis años por conseguir su objetivo?
La respuesta más bien es; qué sería capaz de NO hacer...

*A mi querida Ángeles.
Mi flor pelirroja y carismática que brilla allá donde vaya.*

*Gracias por enseñarme el valor de la amistad,
por tu espíritu inquebrantable
y por tener un corazón enorme lleno de bondad.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Phavy Prieto, Febrero 2021

ISBN: 9798713825447

Sello: Independently published

“Que cuando el amor no es locura, no es amor”

Pedro Calderón de la Barca

Phavy Prieto. Graduada en Ingeniería de Edificación y Diseño de Interiores, a esta joven andaluza siempre le han apasionado los libros.

En 2017 decidió probarse a sí misma en una plataforma de lectura, comenzando a publicar sus obras de diversos géneros y adquiriendo un público que hoy día supera los doscientos cincuenta mil seguidores.

Sus primeras publicaciones fueron sobre novelas de ámbito histórico con la Saga Ordinales, destacando "La novena hija del conde" o "El séptimo pecado". Entre sus últimas publicaciones como "La Perla rusa" de género erótico u "¡Oh là là!" de humor, ha conseguido posicionarse como el libro más vendido entre las listas de Amazon, situándose como una de las escritoras emergentes del momento.

Actualmente está felizmente casada y reside en Sardeña; Italia, donde se inspira para sus próximos lanzamientos y deleitar a sus fanáticos lectores.

Para saber más sobre la autora, fechas de publicaciones, rostros de sus personajes o próximas obras; síguela en sus redes sociales



[phavyprieto](https://www.instagram.com/phavyprieto)



[Phavy Prieto](https://www.facebook.com/PhavyPrieto)



www.phavyprieto.com

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPITULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

EPÍLOGO

Capítulo 1

Eres el amor de mi vida Andrea... no hay zanahoria más hermosa que tú y...

¿Perdona?, ¿Zanahoria?, ¡Vete al cuerno guaperas!

«Toc, toc, toc»

—¡Arriba Andrea o llegarás tarde! —La voz de mi madre hizo que abriera los ojos y vislumbrara el poster gigante del tío bueno que tenía colgado en la pared y con el que suponía que estaba soñando. Un sueño. Solo era un sueño, pero hasta mis mejores sueños ahora eran pesadillas por culpa de ese cretino innombrable.

«Maldito engendro del demonio. ¡Le mataré!» pensé dando un manotazo en el colchón y levantándome del mal humor para iniciar mi infernal día.

Mi vida era perfecta, de hecho, podría subrayarla de idílica. Siempre se me han dado bien los estudios y he sacado buenas notas, me fascina la danza y recibo clases de ballet desde los cuatro años. Adoro a mis dos mejores amigas; Lourdes y Vanessa, las cuáles no solo comparten conmigo el instituto sino la pasión por el baile.

Somos inseparables.

Todo era perfecto hasta que ese imbécil vino a amargarme la existencia por completo como si fuera su entretenimiento y lo peor de todo es que no podía eliminarle con un simple chasquido de dedos porque para mi desgracia vivíamos bajo el mismo techo.

Me levanté de la cama maldiciendo que hasta mis ensoñaciones dejaran de serlo por culpa de ese idiota y fui dando tumbos por la falta de sueño hasta el baño que se encontraba al lado de mi habitación. Recordaba haberme acostado tarde porque no dejaba de darle vueltas al mismo asunto; el comienzo de las clases. Puse la mano sobre el pomo de la puerta e intenté abrir, pero estaba cerrada. Resople. Ese iba a ser el pan de cada día a partir de ahora el resto del curso, puesto que debía compartir *mi baño* con el señor gomina. Así que me limité a golpear la hoja de madera, solo que no hubo respuesta.

—¡Sal de una maldita vez! —grité sin paciencia y aporreando más fuerte en señal de mi absoluto enfado.

—¿Es que no te han enseñado educación, pelirroja? —contestó esa voz grave al otro lado de la puerta denotando que ya estaba dejando muy atrás la adolescencia.

«Pelirroja» De todos sus apodosos ese era el más considerado.

—Más que a ti seguro —dije con malas pulgas.

—Andrea, no montes un drama. Tu hermano llegó ayer del campamento, así que dale tiempo para que se instale —intervino mi madre que debió escuchar mis gritos y resoplé.

—¡Que no es mi hermano! —bufé dando una patada en el suelo y volviéndome a mi habitación.

Si había algo que odiaba más que a ese idiota con musculitos de poca monta, era que mi madre le defendiera por ser el hijo de su marido y no tener madre. «Me compadecí de ese hecho hasta que el muy cretino soltó que le recordaba a Pipi calzaslargas». ¿Qué creía?, ¿Qué por haberse casado de nuevo ya seríamos una familia feliz? Va a ser que no. Y no sería porque yo no lo intentara al principio...

Es cierto que desde pequeña he sido algo neurótica y alocada, pero la culpa no es mía, puedo culpar a mi familia desestructurada. ¿Para que asumir las culpas cuando le puedes echar el muerto a otro?

A los seis años mis padres se divorciaron, básicamente porque mi padre estaba más tiempo en la cama de otra mujer que en la de mi madre y cuando ésta comprendió que la cosa no iba a cambiar, le dio la patada para que se largara de casa, así que básicamente he pasado toda mi vida solo con mi progenitora puesto que lo único que recibo por parte de él son dos llamadas al año para felicitar me en navidad y por mi cumpleaños.

«Al menos paga mis estudios» Si es que hay algo bueno que decir de Scott.

No culpé a mamá de buscar el amor en otra parte, de hecho, tardó unos cuantos años en intentarlo siquiera y lo cierto es que llegué a creer que jamás conseguiría fiarse de otro hombre dada la experiencia con papá, pero en Paul encontró a su alma gemela y ¿Quién era yo para privarle tal felicidad? Aunque su dicha solo fuera mi propia desgracia ajena.

Paul era un hombre que rozaba los cincuenta. Un empresario de negocios siempre trajeado que se desvivía por complacer a mi madre y por consecuencia a mi también, de hecho, me parecía el hombre ideal para ella, de no ser por el demonio de hijo que arrastraba a sus hombros.

«Si el odio tuviera una definición en mi vocabulario se llamaría Joan»

Apestoso niñato engreído de los mil demonios que no se estrellara contra un árbol para quedarse cojo de por vida.

«Y eso solo es un rasguño para lo que le deseo a ese imbécil redomado»

¿He dicho ya que le odio? Igual odio es una palabra bonita para lo que siento por ese engendro con patas.

Encima, para mi humilde desgracia; ni es feo, ni bajito, ni debilucho, ni ningún defecto con el que insultarle más que petulante, creído y misógino. ¡Joder!, ¡El maldito ni siquiera usaba gafas!

¡Dios!, ¿Por qué a mí? ¡Si yo he sido una persona buena toda mi vida que ni siquiera le hago daño a una mosca!

Un año. Un año conviviendo con ese engendro maldito sacado de la revista men y estaba al borde del suicidio, por suerte había pasado todo el verano fuera, en un campamento de fútbol en Ámsterdam y me había librado de su compañía.

Sesenta días de paz mental.

Aunque lo peor no era convivir en casa con él, después de todo pasaba bastantes fines de semana con sus abuelos maternos e intentaba pasar desapercibido para que no le llamara la atención su padre, ya que Joan no era el mejor estudiante del mundo y sus notas siempre habían sido bastante justas, de hecho pasaba de curso rozando el límite y solo era capaz de sacar sobresaliente en actividades físicas, pero destacaba tanto en los deportes, que un club privado le había fichado para que jugase en su equipo el próximo año al mismo tiempo que iba a la Universidad, de ahí que se hubiera ido todo el verano a practicar fútbol. aunque todo lo que evitaba decirme en casa, lo soltaba sin miramientos en el instituto. No se si su intención era hacerse el guay, pero desde luego había funcionado porque Joan se había convertido en uno de los chicos más populares del instituto y había convertido los largos pasillos en mi tortura particular.

«Maldito seas Joan. Maldito sea el día en que apareciste»

Nací un caluroso verano de 2002 en los Ángeles, California, aunque había heredado de mi madre sus ojos grandes y azules, para mi suplicio, mi progenitor me dio este magnífico pelo rojo anaranjado y piel blanquecina típica de Escocia, Inglaterra. De ahí que jamás consiguiera una piel demasiado bronceada y tuviera complejo de vampira. A pesar de ser pelirroja nunca había sufrido ese acoso escolar que amenazan a los de mi especie, es más, me sentía bastante orgullosa de mi color de pelo por ser diferente o al menos lo sentí hasta que cierto individuo llegó a mi vida para que dejase de gustarme.

«Zanahoria» era el último de sus apodos, porque había pasado por calabaza, naranjita, pecosa o incluso palo oxidado en más de una ocasión lo que me creaba un complejo de delgadez sin curvas extremo.

Y para colmo de males tenía que escuchar las risas jactanciosas de su grupo de amigos populares que se creían los más guays del instituto, sobre todo Verónica; esa pija rubia con ínfulas de supermodelo que me odiaba desde cuarto curso.

—Si se cree que este año seré su atracción particular, va listo —susurré mientras comenzaba a quitarme el pijama que no dejaba de ser un chándal viejo para colocarme el uniforme.

Me había propuesto todo el verano en su ausencia trazar un plan para no ser el hazmerreír particular de Joan y su grupo de amigos. Más aún si tenía en cuenta que Verónica era su novia/novia, porque nunca se sabía en qué punto estaban esos dos, lo último que había llegado a mis oídos es que él la había dejado antes de marcharse a Ámsterdam y ella había puesto el grito en el cielo, pero le habían visto tontear durante este verano con varios chicos. La cuestión es que había tenido tiempo suficiente mientras me tomaba el sol en la piscina o iba a la playa con mis amigas para aunar la tenacidad suficiente de plantarle cara cuando volviera a soltarme alguna de sus payasadas habituales por los pasillos.

«O eso era lo que yo quería creer»

A veces no entendía la falta de madurez por su parte. Joan tenía casi dieciocho años, ¿Es que no podía madurar un poco? A veces parecía que tenía cinco para lo que le convenía, porque para salir de fiesta y volver de madrugada si que le interesaba ser mayor.

«Y encima tiene coche y moto, cuando yo tengo que ir mendigando a mis amigas que me lleven a clase» rechiné en mi cabeza mientras las palabras de mi madre sobre; *no tendrás un coche hasta que vayas a la universidad*, resonaban cada vez que maldecía ser una de las pocas adolescentes sin vehículo propio del instituto.

¡Si hasta mis amigas tenían coche!, Vale que a Lourdes solo le dejaban utilizar el de su madre, pero Vanessa tenía uno propio.

—Calma Andrea, que solo es el primer día de clase y ya vas a llegar tarde por su culpa —me dije a mi misma.

«Si. Porque Joan tenía la culpa de absolutamente todo»

Cuando me miré al espejo mi boca se agrandó en una enorme O que casi llega al suelo y abrí la puerta de mi habitación con tanto ímpetu que el estruendo hizo que retumbara la pared de la habitación.

—¡Mamá! —grité a pleno pulmón y en estado de indignación máxima.

—¿Qué drama hay ahora Andrea? Tu hermano ya se ha ido al instituto porque tenía que recoger a alguien de camino a clase, así que tienes el baño libre y a este paso llegarás tarde...

—¡Y más tarde voy a llegar a menos que pretendas que vaya así! —exclamé señalando mi falda.

«Por lo menos ese mentecato ya se ha pirado y no tengo que ver su cara de petulante y su

sonrisa jactanciosa si me viera con estas pintas» medité como premio de consolación.

—¡Vaya!, ¡Si que has crecido este verano! —contestó mi madre cogiéndome de los brazos y dándome la vuelta—. Pues vas a tener que ir así, porque no me dio tiempo a recoger tu uniforme nuevo de la tienda, pensé que solo tendría que comprarte uno porque éste te valdría.

—¿De verdad me estás diciendo que vaya así a clase?, ¿Pero tu me has visto? ¡Prácticamente se me ve el culo! Si aparezco así seguro que me harán alguna foto y luego eso quedará guardado en algún sitio. El día que sea una famosa bailarina de ballet me harán chantaje con ella y cuando me convierta en la esposa del presidente de Estados Unidos, dirán que trabajaba en un prostíbulo al divulgarse esa foto y...¡La mujer del presidente no puede tener una foto de su culo dando vueltas! —exclamé neurótica mientras me señalaba dicha parte de mi anatomía.

—¡Basta! —soltó mi madre frenando mi perorata y con demasiada calma para mi gusto.

Vale, era cierto que no se me veía el culo, pero poco faltaba para que lo hiciera teniendo en cuenta lo que cubría esa minúscula tela.

—No creo que pase nada por un día Andrea. No exageres. Seguro que más de una chica va así. Yo con tu edad lucía minifaldas más cortas que esa prenda. Límitate a sentarte sin cruzar las piernas y hoy mismo recogeré tu uniforme nuevo.

«Genial. Tener madre para que te deje en ridículo delante de todos»

—¡Que sepas que cuando mi culo salga en la prensa dentro catorce años pienso decir que fue culpa tuya! —grité volviendo al baño para terminar de cepillarme el pelo y coger la mochila.

—Lourdes va a flipar cuando te vea aparecer así. —Fue lo primero que dijo mi amiga antes de mencionar un simple *Buenos días* en cuanto me vio aparecer por el jardín de casa caminando hacia su coche.

—Mejor no me lo recuerdes, ¿Me cambias la falda por la tuya? —supliqué—. Si aparezco así Joan y su grupo se reirán de mi hasta el fin de mis días —insistí.

—¿De verdad crees que mi culo entra en ese trozo de tela? —bufó—. Ya quisiera yo tener esas piernas, pero ya te he dicho mil veces que pases de lo que te diga tu hermanastro. Es mucho músculo y poco cerebro, aunque menudos músculos tiene el...

—¡Ey! —chillé dándole un manotazo—. ¡Quedamos en que es un capullo integral que está terminantemente prohibido! —La amenacé con el dedo.

Sabía que con la fama de Joan y la facilidad que tenía para ir de tía en tía cuando no estaba con Verónica, mis amigas serían una presa fácil entre sus garras.

¡Lo que me faltaba!, ¡Que encima se liara con alguna de ellas para robarme más cosas!

—Tranquila Andrea —contestó suavizando sus palabras mientras alzaba las manos en señal de paz—. Seguro que habrá vuelto con Verónica antes de que suene el timbre de fin de clases. Yo no me creo que esa le deje escapar ahora que ha regresado del campamento.

Si hay alguien que odie después de Joan, esa es Verónica. Sobre todo porque parece tener una especial fijación conmigo desde cuarto curso y solo porque yo gané la competición de ballet en lugar de ella, ¿Qué culpa tengo de ser mejor bailarina? Después de aquello sencillamente nos evitábamos, más aún cuando ella se volvió una chica popular en el instituto y yo simplemente pasaba desapercibida con mi grupo de amigas. Antes éramos las cuatro inseparables, pero desde que Verónica dejó la danza y comenzó a salir con chicos se apartó de nuestras vidas. Ahora solo la odiaba porque le reía todas las gracias a Joan e incluso ella en ocasiones era peor que él mismo.

—Dios los cría y ellos se juntan —contesté suspirando hasta que vimos a Lourdes esperándonos de pie en la acera del instituto y Vanessa se detuvo un segundo para que se montase.

—¿Te has vuelto loca?, ¡Si casi te veo las bragas! —gritó mientras entrábamos en el aparcamiento y yo me quise morir. ¿De verdad se notaba tanto? Por un segundo había querido creer que igual exageraba —porque tendía a exagerar todo— y solo era yo la que se había percatado.

—No hace falta que me constates un hecho —gemí tratando de estirarme la falda todo lo que podía, pero la capulla no pasaba de su límite y si insistía se creaban pequeños pliegues que solo hacían que pareciese más corta.

—Desapercibida desde luego no vas a pasar —bufó Lourdes para mi consternación.

«Genial. Si ese había sido mi mantra desde la mitad de curso del año pasado hasta el final de clases, bonita forma de comenzar tendría este año»

En cuanto bajamos del vehículo y me colgué la mochila al hombro, pude notar las miradas ceñirse sobre mi propio cuerpo, o mejor dicho; mis piernas. Fui consciente de hasta qué punto esa maldita falda que había llevado desde los quince años me quedaba corta y que efectivamente, no solo habían crecido mis piernas, sino también mis tetas ese verano.

«¡Maldita fuera mi madre y sus ocurrencias!, ¡Me quiero morir!» gemí mientras me aferraba fuertemente a la carpeta para que nadie me mirase los pechos, ya que parecía ser el segundo punto al que todo el mundo dirigía su vista.

¿Por qué demonios los tíos son tan cerdos?

La minifalda podría haberse puesto de moda en los ochenta, pero esto era un instituto y yo una adolescente de dieciséis años lo suficientemente insegura para exhibir su cuerpo.

Capítulo 2

—Ni que nunca hubieran visto a una tía en minifalda en su vida —susurró Vanessa a mi lado y supe que era un vano intento por hacerme sentir mejor—. No te preocupes Andrea, tienes un cuerpo increíble, siempre te lo he dicho aunque no te guste enseñar las piernas.

Probablemente habían visto a muchas chicas con minifaldas, pero a Andrea Campbell jamás. Ni eso, ni llevar el pelo suelto porque me molestaba que me rozase la cara.

Antes de que pudiera contestar, el grupito de Joan y sus amigos estaba a tan solo un metro de distancia y sabía que cualquier cosa que pudiera decir, sería escuchada, por lo que me limité a agachar levemente la cabeza para pasar desapercibida, aunque sabía que con mi pelo iba a ser prácticamente imposible.

—¡Ostia tío!, ¿Esa no es la calabaza de tu hermanastra?, ¡Pues sí que está buena! —Mi cara pasó de estar ligeramente bronceada a un blanco nuclear o quizá rojo, me daba igual, pero solo sentía vergüenza extrema y me aferré más a la carpeta que llevaba entre los brazos.

«No existen. Pasa de ellos. Hazte la sorda»

—¿Buena? Esa no es una definición para una zanahoria con pecas —soltó la insufrible de Verónica y sentí sus ojos recorrerme con superioridad.

—Más vale que vayas al oculista, Zacker, parece que necesitas gafas si crees que esta mocosa puede estar buena. —La voz de Joan me crispó la piel y apresuré el paso para terminar de pasar por donde se encontraba. Sentí las risas mientras avanzaba y cerraba los ojos fervientemente hasta que me di de bruces con algo o alguien.

—¡Oh dios!, ¡Lo siento! Yo solo, no te he visto y yo... y lo siento... y...—¡Cállate de una vez Andrea!

Cuando estaba nerviosa mi cerebro no reaccionaba muy correctamente que dijésemos.

—Bonitas piernas. Campbell —mencionó el chico en cuestión que no era ni más ni menos que el mejor amigo de Joan; Nicola Verdini. Ese guaperas con cabello castaño, ojos verdes y sensualidad de origen italiano que tenía a medio instituto intentando besar cada paso que daba.

¿Por qué demonios tenía que ser el mejor amigo de Joan? Maldita mala suerte la mía.

Nicola era uno de los pocos en ese grupito de imbéciles que no solía llamarme por esos moteos que Joan imponía, pero era cierto que sí se reía a mi costa junto a los demás, por lo que entraba a formar parte de mi lista negra sobre las personas más odiadas, solo que era muy probable que estuviera entre las últimas posiciones.

—Esto... yo... —¿Se estaría riendo de mi o lo habría dicho en serio?

El sonido de la campana anunciando la entrada a clases hizo que Vanessa estirase de mi brazo y me quedase con la palabra en la boca.

—¡Andrea reacciona! Se supone que odias a Verdini y desde aquí veo como se te cae la baba —mencionó mi amiga en voz baja.

¿Caérseme la baba?, ¡Venga ya!

—No seas exagerada —mentí porque en realidad era el chico más guapo del instituto —si no contaba al gilipollas de Joan que era tan estúpido que era incapaz de verle guapo—, con ese

cabello siempre bien peinado en esas ondas dándole un aspecto desenfadado y de chico de revista.

Si. Lo admito. Hace años estuve muy colgada de Nicola Verdini pero ya pasé esa etapa y ahora solo me parece otro imbécil descerebrado.

—Más bien el que parecía interesado era Verdini en vez de ella —añadió Lourdes en mi presencia, pero dirigiéndose directamente a Vanessa.

—¿Interesado?, ¡Venga ya! Soy la última chica del instituto en la que Verdini se fijaría, más aún teniendo en cuenta que es el mejor amigo de Joan.

—Pues por como te miraba yo no lo tendría tan claro... —insistió Lourdes antes de que el profesor Hendrick entrase por la puerta de nuestra aula presentándose como nuestro nuevo tutor escolar para todo el curso.

Por alguna razón que desconozco y a pesar de que todo el instituto sabía que Joan era mi hermanastro y que éste me detestaba, era como si solamente su grupo de amigos tuviera el privilegio de fastidiarme y más concretamente el propio Joan. En algún momento que no logro recordar, dejó lo suficientemente claro que él y solo él era el único que podía insultarme, incluso le llamó la atención a un chico de su clase cuando me llamó de la misma forma que instantes antes él mismo había proclamado a los cuatro vientos. No entendía que clase de mente retorcida tenía o si es que de algún modo quería dejar claro que estaba por encima de mi. Fuera cuales fueran sus razones, no pensaba soportar otro año entero de vejaciones, antes me teñía el pelo de azul que ser una hortaliza comestible.

El caso es que su regla no parecía aplicarse a Verónica, esa cabeza de chorlito que tenía que soportar en clase básicamente todo el santo día. Al principio, las chicas se acercaban a mi para conseguir información acerca de ese adonis alto, moreno y de ojos azules con un increíble físico deportivo que era Joan —porque sí, para mi desgracia tenía que admitir que el idiota podría ser un modelo de revista, aunque prefiero tener una enfermedad venérea antes de admitir que está bueno—, pero en cuanto se hizo palpable que lo único común que teníamos ese engendro con patas y yo era el papel que habían firmado nuestros padres al casarse, volví a ser ignorada. Es más, las chicas me rehuían para no formar parte del grupo de las apestadas por Joan Baker, solo porque él parecía detestarme.

—¿Por qué no se lo cuentas de una vez a tu madre? —preguntó Lourdes mientras caminábamos hacia el césped del instituto en la hora del almuerzo. Por ser el primer día todo parecía ser mucho más tranquilo que de costumbre. De hecho, no habíamos tenido clase como tal y solo nos informaban de la programación del curso en cada asignatura.

«Bien podría haberme quedado en casa y evitar el bochorno que mi madre me estaba obligando a pasar»

Hasta el director del instituto me había llamado la atención por mi atuendo y tuve que explicarle que aún no tenía el uniforme nuevo. Realmente no se si me creyó o no, pero me tuve que tragar un rapapolvo y asegurarle que sería la última vez que llevara una falda más corta que mi bufanda de invierno.

—Ya te he dicho que eso solo empeoraría las cosas —dije haciendo malabares para sentarme sobre el césped y rezando para que nadie estuviera mirando o vería que mis bragas eran blancas con mariposas azules.

«Solo a mi se me puede ocurrir elegir esa ropa interior para un día como ese»

Mi madre tenía el convencimiento de que todas mis quejas solo eran una llamada de atención, de ahí que la mayoría de veces me hiciera menos caso que sentir llover, así que eso, sumado al

hecho de su necesidad por caerle bien a Joan, porque de algún modo empatizaba con el sentimiento de que perdiera a su madre con ocho años, yo pasaba a un sexagésimo cuarto puesto de su lista.

No. Decirle que Joan había convertido mi vida del instituto en un infierno no se lo creería ni viéndolo.

—Pues enfóntale de una vez —sugirió Vanessa—. No te puedes pasar el resto del curso agachando la cabeza y dejar que ser rían a tu costa. Más aún la insufrible de Verónica.

—Esa solo lo hace para reírle las gracias a Joan —inquirió Lourdes.

—¡Arg!, ¡Que vida de mierda! —gemí llevándome las manos a la cara. Ni siquiera llevaba un día entero y ya quería morirme.

—¡Ey pecosa! —escuchamos las tres y me quité las manos de la cara para mirar hacia arriba. Ni siquiera me incorporé, sabía por desgracia quien era el dueño de esa voz—. Necesito dinero para el almuerzo, así que dame veinte pavos y luego te los devuelvo.

—¿Tengo cara de cajero o algo así? —contesté abruptamente.

Él y sus manías de quitarme el dinero a mi porque odiaba pedírsele a su padre.

Para mi absoluto asombro me cogió la mochila que estaba a mi lado y al hacerlo me incorporé rápidamente no creyendo que fuera a hurgar entre mis cosas.

—Venga y no seas mocosa, ¿O quieres que le diga a todo el mundo que aún usas braguitas de dibujos? —soltó con una sonrisa petulante que solo me provocaban ganas de darle una tremenda bofetada en toda la cara.

«Te puedes ir a la mierda un rato» quise decir, pero sabía que sus amenazas no eran infundadas, sino que como no le diera esos veinte pavos, todo el instituto se enteraría del tipo de bragas que llevaba y si lo hacía, más vale que cavase mi propio hoyo y después me metiera dentro para desterrarme de una vida de miserias.

—¡Toma y piérdete de vista! —grité mientras me sentaba de rodillas y comprobaba que se alejaba riéndose como si le hiciera gracia sacarme de mis casillas.

—No entiendo que ve Verónica en él —dijo de pronto Lourdes.

—¿De verdad no lo ves? Porque con ese cuerpazo... esos ojos... ese aura de chico malo y... —comenzó a recitar Vanessa, pero sus palabras se silenciaron cuando tanto Lourdes como yo la miramos con malas pulgas—. Vale, vale, vale —añadió alzando las manos—. Es un cretino, idiota y probablemente el chico más detestable de todo el instituto, pero, ¿Me vais a negar que no está tremendamente bueno?

—Verdini es mucho más guapo que él —dije siendo una verdad a medias.

Nicola Verdini era guapo. Muy pero que muy guapo, solo que los rasgos de ambos eran tan distintos que no era comparable. Mientras que Joan era más alto, Verdini tenía más aire angelical. En cambio Joan no dejaba de aparentar y de ser *un chico malo*, con su chupa de cuero y la Harley que solía montar. Verdini en cambio no tenía nada de eso, su estilo era mucho más clásico quizá debido a sus orígenes italianos. Mientras que Verdini era la clase de chico que un padre quiere para su hija, Joan era todo lo contrario.

—Si. Definitivamente Verdini es guapo, ¿Por qué no intentas salir con él? —preguntó de repente Vanessa como si una bombilla se hubiera encendido en su cabeza.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza o algo así? —exclamé mientras le daba varios sorbos a mi zumo de frutas.

¿Salir con Verdini? Ya. Claro, antes de eso los cerdos vuelan, beso a una rana y se convierte en príncipe.

—Bueno, coincido con Lourdes en que la palabra repulsión no entraba en su vocabulario cuando has chocado con él y te ha mirado de arriba abajo.

¿Mirarme de arriba abajo?, ¿Cuándo se suponía que había pasado eso?

—Creedme, yo jamás le gustaría a alguien como Nicola Verdini —aseguré siendo consciente de mis limitaciones.

Era una chica de estatura media, quizá más alta que mis amigas, pero solo rozaba el metro sesenta y cinco, prácticamente no tenía curvas porque era bastante delgada y hasta el curso pasado mi pecho era más plano que una tabla de planchar. Solo eran destacables mis ojos grandes y azules, pero como siempre usaba gafas tampoco es que llamaran mucho la atención, casi siempre llevaba el pelo en trenzas, cola alta o dos coletas como esa mañana porque detestaba llevarlo suelto ya que me agobiaba demasiado y era la chica más sosa para vestir porque mi definición de moda estaba a años luz de ser moderna, aunque como a clase siempre tenía que llevar el uniforme no me desesperaba.

—¿Por qué no? —preguntó Lourdes encogiéndose de hombros.

—¿Es qué no me habéis visto? Paliducha, pelirroja y pecosa. ¿Sigo? —exclamé dando por sentado mi alegato del porqué jamás le gustaría a alguien como él o a cualquier chico en general.

«Ya he asumido que seré una solterona rodeada de gatos en un piso cutre y con síndrome de Diógenes» Aunque en el fondo soñara que algún día me casaría con el futuro presidente de Estados Unidos.

—Exagerada... —contestó Vanessa y no siguió hablando porque su móvil comenzó a sonar al mismo tiempo que el timbre indicaba el regreso a las aulas.

Por suerte el resto de las clases fueron bastante amenas, hasta que Vanessa me dijo que no podría acompañarme a casa porque tenía que hacer varios recados con su madre.

«Eso es lo que significa no tener coche propio. Volver andando a casa»

Apenas había avanzado un cuarto del camino cuando escuché el sonido de la moto a mi lado ralentizando y suspiré para desear que no fuera Joan. Prefería a un loco degenerado antes que a ese idiota redomado.

Pero, ¿Desde cuando mis súplicas eran escuchadas?

—¿Te han dejado tirada mocosa? —exclamó y comprobé que iba solo, en esa ocasión no parecía acompañarle Verónica.

—Mi vida no es de tu incumbencia, así que déjame en paz —Sabía que no me iba ofrecer subirme y aunque lo hiciera —que era menos probable a que me tocara la lotería—, jamás lo haría.

—Mira que eres quejica, pecosa. ¿Cuándo aprenderás a respetarme? —contestó con esa sonrisa petulante.

—Cuando los cerdos vuelen —respondí sin mirarle y escuché su risa.

—Yo que tu lo meditaba largo y tendido de regreso a casa, después de todo tienes bastante recorrido aún, porque te aseguro que el año puede ser muy largo, sobre todo para ti.

—¿Me estás amenazando? —dije frenándome en seco y vi como la moto seguía avanzando.

—¡Yo nunca amenazo!, ¡Solo advierto! —gritó antes de pisar el acelerador y observé detenidamente como se perdía de vista ante mis ojos.

¿Qué demonios quería ese idiota ahora?, ¿Qué le respetase?, ¿Qué le tratase como un puto dios?, ¡Se puede ir a la mismísima mierda y que le coman las moscas!

Capítulo 3

«Solo advierto»

—¡Y un huevo de pato! —grité a pesar de ser consciente que no me escucharía, menos aún con el ruido que hacía esa moto cada vez que le pisaba el acelerador.

—Chulo de mierd...—Comencé a blasfemar hasta que el claxon de un vehículo hizo que me asustara y diera un pequeño grito antes de apartarme de nuevo al lado de la acera en el que paseaba comprobando que era el cretino de Zacker—. Si es que hasta el pedante ese hace que ni siquiera me fije por donde camino. ¡Petulante engreído de pacotilla!, ¡Arrrrrgggggg como le odio!, ¡Señor haznos un favor y haz que desaparezca! —Seguí blasfemando, pero esta vez en voz baja.

—¿Hablando sola Campbell? —Aquella voz me sacó de mis propios pensamientos. Ni tan siquiera me había dado cuenta de que el deportivo blanco de Nicola Verdini estaba prácticamente a mi lado.

¿Es que hoy todos los idiotas del mundo se iban a detener a mi paso? Aunque de todos ellos, quizá Verdini era el menos grave.

—Quizá... —dije no pudiendo negar la evidencia.

—¿Por qué vas andando a casa?, ¿No tienes coche?

¿Son imaginaciones mías o Nicola Verdini estaba dándome conversación?

«Bah, quizá solo quiere reírse a mi costa porque soy la única pringada del instituto que no tiene medio de transporte»

—Mi medio de transporte tuvo un cambio de planes, pero no pasa nada, me gusta caminar —alegué en mi defensa evitando decir que no tenía coche.

¿A quien quería engañar? Tardaría una hora en volver andando a casa. Por mucho que me gustase caminar, era una imbecilidad decir que lo hacía por gusto.

—¡Venga sube! Te llevo a casa.

¿Me he limpiado bien los oídos de cera esta mañana o he sufrido una insolación en los quince minutos que llevaba andando? Desde luego cualquier cosa sería más oportuna que el hecho de que Nicola Verdini me ofreciera subir a su deportivo descapotable.

—Esto... —comencé a decir dudando y mirando hacia todas partes, porque no estaba segura de que me hubiera dicho que subiera a su coche o más bien eran imaginaciones propias por mi deseo a que alguien me llevase a casa.

—A menos que quieras que te de una insolación, sube —insistió.

«Vale. No han sido imaginaciones mías»

Antes de hacer más el idiota, di la vuelta al vehículo para entrar por la puerta del copiloto y me subí flamante coche de Nicola Verdini.

¡Oh dios!, ¡Oh dios!, ¡Cuando mañana se lo cuente a mis amigas no se lo van a creer!

—Gracias —dije en cuanto me coloqué el cinturón y por primera vez me sentí casi una diva.

En mi puñetera vida me había montado en un vehículo deportivo y menos aún descapotable, donde todo el mundo iba a verme al lado de ese guaperas de revista.

—Prácticamente me pillan de camino a casa. Solo tengo que desviarme un poco. Por cierto, me

gusta tu nueva falda.

«¡Ay no!, ¡Nooooo!» grité en mi cabeza mientras miré mis piernas y vi la cantidad de piel expuesta y la estupenda vista que le estaba proporcionando.

—¿Te estás burlando de mi? —pregunté sin rodeos.

—¿Por qué habría de hacerlo? Solo me ciño a la verdad. Además, creo que no soy al único al que le ha gustado tu nuevo uniforme.

—Genial, ahora seré la comidilla de todo el instituto y no precisamente por las bromas de Joan —bufé tratando de estirar la falda inútilmente.

—Ya sabes como es Joan. Le encanta ser el centro de atención, pasa de él y se terminará cansando —contestó restándole importancia y yo le miré atónita.

¿De verdad estaba tirando una lanza a mi favor?, Creo que jamás olvidaré este momento, lástima que no hubiera tenido una cámara a mano para grabarlo y enseñárselo al cretino de mi hermanastro.

—No estoy tan segura de ello, pero gracias —dije visualizando la fachada de mi casa y sabía que el recorrido había llegado a su fin para mi desgracia.

Ya había pasado de Joan y toda su panda el curso pasado evitándoles como la peste y aun así no parecía haberse cansado. Mi único consuelo había sido los sesenta días de vacaciones en los que él había estado lo suficientemente lejos para mi propia tranquilidad, pero tan solo llevaba veinticuatro horas de nuevo en la ciudad y mi vida había vuelto a ser un caos.

—Supongo que nos veremos mañana Campbell —contestó mientras me bajaba del coche.

—Supongo que sí. Y gracias de nuevo por traerme —dije sonriente mientras alzaba la mano para despedirme y observé como me sonreía también en respuesta antes de pisar el acelerador y marcharse.

Aquello había sido raro, muy muy raro, pero fueran cuales fueran las intenciones de Verdini lo cierto es que me había subido a su deportivo y no había tenido que regresar a casa andando. En el momento que crucé la puerta de mi hogar sabía que mi madre aún no habría vuelto del trabajo y a juzgar por la moto que estaba aparcada en la puerta del garaje, cierto individuo sí estaría para mi desgracia.

—¿Se puede saber porqué demonios te ha traído Verdini a casa! —Su voz parecía la de un ogro enfadado, de hecho, por su ceño fruncido y esa aura de soberbia pensé que sería capaz de todo.

¿Qué demonios le importaba a él que su amigo me hubiera traído a casa?

—Pregúntaselo a él si tanto te interesa saberlo —contesté encogiéndome de hombros y dando media vuelta para rodearle e ir directa al frigorífico—. Por cierto, me debes veinte pavos, ¿Recuerdas?

—¿Me importa una mierda los veinte pavos!, ¡Dime que carajos hacías en el coche de Verdini!

¿Y a él que más le daba donde fuese o dejase de ir con su amigo? En ese instante se me encendió la bombillita, ¿Es que acaso temía que me relacionase con sus amigos?, ¿Tanto coraje le daba que me pudiera llevar bien con alguno de ellos o incluso que le pudiera llegar a gustar y entonces estuviera en su círculo de amistades?

—¿Quién te has creído que eres para exigirme algo?, ¡Haré lo que me de la gana! —Realmente no tenía nada que hacer porque el hecho de subirme al coche de Verdini era un caso aislado el cual dudaba que se repitiera.

—Aléjate de Verdini pelirroja... y no es una exigencia, es una orden. —Su tono era autoritario, exigente, como si realmente le molestara hasta lo más profundo de su ser que yo pudiera gustarle a su amigo.

Noté como caminaba hacia mi con ese aire de superioridad como si quisiera hacerme sentir pequeña, débil, prácticamente a su merced y me resistí con todas mis fuerzas a dejar que ese petulante engreído me diera órdenes.

—¡Vete al infierno! —grité empujándole para que se apartara de mi camino y me fui directamente a mi habitación encerrándome en ella.

«Si tanto le molestaba que me acercase a Verdini sería justamente lo que haría para joderle. Por mis santas narices que conseguiría una cita con ese castaño de ojos verdes de origen italiano así fuera lo último que hiciera en esta vida»

Esa misma tarde comenzaban al igual que el instituto las clases de danza, por lo que metí todas mis cosas en el bolso que utilizaba y decidí salir antes de casa antes para evitar encontrarme con el imbécil de mi hermanastro.

Lourdes y Vanessa ya estaban preparadas cuando entré en los vestuarios del gimnasio donde dábamos clase cada año y supe que llegaba bastante tarde.

«¿Porqué seré la única pringada en no tener coche?» gemí en mis adentros maldiciendo al autobús que nunca llegaba en hora y a mi madre por no permitirme tener vehículo propio.

—¿Todavía no has logrado convencer a tu madre para que te deje sacar el carnet de conducir? —preguntó Lourdes observando como me desvestía rápidamente.

—Dice que hasta el próximo verano no —admití recordando las conversaciones que había mantenido durante las vacaciones tratando de convencerla para tener mi propia independencia.

—¡Si todo el mundo tiene coche! —exclamó Vanessa—, bueno tu no —añadió mirando a Lourdes—, pero al menos tu madre te deja el suyo.

—No me dejará tener un coche hasta que vaya a la Universidad —admití con pesar—. Ya os conté que un hermano suyo murió en un accidente de coche a los dieciséis años y es muy reticente con el tema —susurré con cierta aprensión porque por más que le había dado a entender a mi madre que yo no era su hermano para comparar la situación, ella no cedía.

«Como si eso evitara que fuera a tener un accidente mientras iba en el coche de alguien» pensé siendo consciente de que casi siempre iba con Vanessa a clase o con Lourdes ya que ella trabajaba y no podía llevarme.

Hasta su marido Paul le había insistido en el tema, pero evidentemente mi madre debía tener un trauma con aquello y yo había terminado aceptando que hasta el verano siguiente no me dejaría tener acceso a un coche.

—Pues que faena... —soltó Lourdes resignada y eso que ella refunfuñaba por las esquinas al no tener coche propio como Vanessa, pero supongo que al menos a ella le habían permitido sacarse el carnet y conducir de vez en cuando.

—Bueno, no hagamos un drama de ello porque ya acepté que no hay solución para ello. Además, tenéis que ayudarme en algo y quizá si lo consiga obtenga un chofer propio. —Cuando lo dije pensé en lo que de verdad significaba y dudé que aquel pibón de instituto fuera mi chofer.

—¿Chofer?, ¿Estás hablando de tu hermanastro? —exclamó frunciendo el ceño Vanessa como si me hubiera vuelto loca.

—A ese no le dejaría ni que me llevase a la vuelta de la esquina —refunfuñé con cierto asco—. En realidad, hablaba de Verdini.

—¿Cómo? —exclamó con cierta cara de sorpresa—. ¿Es que te has vuelto loca?

—Aún no —admití—, pero resulta que cuando tuve que volver andando después de clases, Nicola Verdini me recogió en el camino y me llevó hasta la mismísima puerta de mi casa —admití regodeándome en sus caras ante tal desconcierto—. Admito que seguramente lo hizo por lástima o

yo que sé porqué, la cuestión es que el idiota de Joan se puso hecho una fiera cuando me vio llegar acompañada de él.

—¡Te dije que esa forma de mirarte significaba algo! —gritó Vanessa.

—Es decir, ¿Joan os vio? —gimió con la boca abierta Lourdes percatándose de lo que significaba.

—Debía estar espiando por la ventana para ver lo acalorada que llegaba a casa ya que me vio regresar andando y se detuvo para molestarme con su parlotearía como siempre —admití atándome las zapatillas bien ajustadas al tobillo y recordando sus palabras; ¿Cuándo vas a aprender a respetarme?

«Jamás, idiota»

—Será cretino —susurró Lourdes dejándose caer en las taquillas.

—¿Y como reaccionó tu hermano al verte llegar en el coche de Verdini? —preguntó Vanessa expectativa y supe que quería saber todo el drama.

—¡Ni se te ocurra volver a llamar a ese engendro mi hermano! —rugí con odio a pesar de que sabía que no lo había mencionado a propósito, pero solo la idea de considerar *hermano* a ese imbécil redomado me enardecía la sangre de puro odio.

—Es verdad, es verdad. El idiota de tu hermanastro —admitió instantes después, pero con más ansiedad por saber que había ocurrido.

—Evidentemente se puso hecho un energúmeno y me advirtió o mejor dicho me exigió apartarme de su mejor amigo —contesté tranquila—. Algo que desde luego no tengo la menor intención de hacer, sino todo lo contrario.

—¡No! —gritaron las dos al unísono.

—No sé cuáles fueron las razones de Verdini para ofrecerse a llevarme a casa, pero desde luego tengo que conseguir que lo siga haciendo o que Joan crea que entre él y yo existe algo. Si le molesta tanto que le pueda gustar a su mejor amigo, me meteré entre ceja y ceja de Nicola Verdini así muera en el intento —dije con tal fervor que me di cuenta de que me había atado las zapatillas al tobillo tan fuerte que casi me cortaban la circulación.

—Esto va a ser interesante —contestó Vanessa con una sonrisa malvada que no entendí del todo.

—¿Qué va a ser interesante? —pregunté observándola fijamente y, por ende, Lourdes también lo hizo.

—Está claro que hoy llamaste la atención de Nicola y seguramente sea porque te hiciste de notar al llevar esa falda corta. ¿Sabes que a partir de ahora tendrás que dejar de pasar inadvertida si quieres acercarte a él? —gimió y supe que eso era justamente lo contrario a mi plan del año pasado.

—Estoy de acuerdo con Vanessa —admitió Lourdes.

—¿Acercarme a él?, ¿Cómo voy a llamar su atención? —exclamé alzando una ceja porque hasta el momento había tenido la obcecación de mi propósito, pero no tenía ni idea de qué hacer para conseguirlo y al parecer mis amigas tenían más nociones sobre el tema que yo misma.

—Creo que un cambio de look no te vendrá nada mal —admitió sonriente Vanessa y mi cara en aquel momento debió ser un poema.

¿Hasta donde estaba dispuesta a llegar por joderle la vida a Joan Baker?

«Hasta donde hiciera falta» me contesté a mi misma.

Capítulo 4

Durante toda la hora de clase en la que solo nos dedicamos a calentar y hacer estiramientos debido al desentrenamiento de todo el verano sin asistir, no dejaba de pensar si de verdad necesitaba un cambio de look como Vanessa afirmaba.

No estaba muy convencida de que se pudiera sacar mucho potencial de mi misma, también debía admitir que, aunque me había convencido de que iba a llamar la atención de Verdini solo para mortificar al subnormal de turno que vivía en mi casa, lo cierto es que debía ser realista si admitía que sería difícil lograrlo.

Nicola es uno de esos tíos que siempre tiene a su lado a las chicas más populares del instituto.
«Como el estúpido de Joan»

Por algo ambos era amigos, de hecho; mejores amigos. Solo que Verdini era como el príncipe azul del cuento y Baker la rana zarrapastrosa criada en el barro. Incluso así Baker quedaba en buen lugar y todo teniendo en cuenta que me parecía la escoria de la escoria.

«¿He dicho ya cuánto le odio?» Por si no había quedado claro antes.

—Podemos ir el viernes al salir de clase al centro comercial y así elaboramos el plan; conquistar a Verdini —soltó Vanessa emocionada.

—Ni que fuera una película de misterio —gemí abochornada y dirigiéndome al aparcamiento donde tenía la esperanza de que alguna me llevase de regreso a casa.

—¡Oh vamos! —gimió Vanessa—. Es lo más interesante que nos ha pasado a ninguna de las tres desde que comenzamos el instituto. Bueno, si obviamos la carta de san Valentín que Lourdes recibió hace dos años hasta que averiguamos de quien era.

Oh sí, aún recordaba su bochorno cuando la encontró en la taquilla, pero descubrimos que la había enviado el empollón de clase y toda la emoción desapareció ante aquel chico con gafas, aparato y lleno de espinitas que siempre se sentaba en primera fila.

—Solo necesito llamar la atención de Verdini para hacer creer a Joan que salgo con él, pero evidentemente no voy a salir con Nicola, eso sería como pedir que lluevan billetes de cincuenta en vez de gotas.

—Exagerada —terció Lourdes dejándose caer en el capó del coche de Vanessa—. Yo creo que si te vistieras más como Verónica y menos como tu, Nicola Verdini se interesaría por ti más de lo que ya está a juzgar por como te miraba esta mañana.

—Estoy de acuerdo con Lourdes, ¿Has pensado en cortarte un poco el pelo? Quizá así te molestaría menos llevarlo suelto.

—No estoy yo muy convencida... —dudé un instante pareciéndome todo aquello demasiado prematuro.

Seamos realistas; no soy una chica popular. Soy lo contrario a popular, es decir, a la que suelen insultar para gracia de los sí populares en este caso y ni de lejos me sentarían igual de bien esos escotes y minifaldas que solía llevar Verónica, eso sin mencionar que me parecían de lo más vulgar.

—No pienso enseñar las tetas. Tan desesperada no estoy —bufé cruzándome de brazos.

—Tranquila, a Verdini no le gusta la vulgaridad de Veronica. —Me tranquilizó Lourdes—, pero tienes que reconocer que hasta ahora habías sido inexistente para él y gracias a esa minifalda, has dejado de serlo.

Si, en ese sentido tenía razón. Me di cuenta entonces que estaba demasiado perdida en ese sentido porque nunca había tenido la necesidad de llamar la atención de algún chico, si no fuera por mis dos amigas no sabría siquiera por donde comenzar.

—Supongo que tendré que pedirle la tarjeta a mamá para ir de compras —pensé en voz alta mordiéndome el labio.

—¡Me muero de curiosidad por ver la cara que pondrá Verdini cuando terminemos contigo! —exclamó Lourdes entusiasta.

«Yo lo único que quiero es ver como al idiota de mi hermanastro se le revuelven las tripas cuando me vuelva a ver cerca de Nicola y soy capaz de volver a ponerme esa minifalda del demonio si hace falta» medité conscientemente.

Durante el resto de la semana traté de evitar a Joan y su pandilla todo lo que pude, incluso tomamos el almuerzo en los pasillos de la planta superior para evitar los jardines, el patio o la cafetería, pero al entrar a clase era inevitable a menos que llegásemos antes y tuve que hacer oídos sordos a sus nada cariñosos apelativos cuando pasé por su lado.

—Dichosos los ojos que te ven zanahoria, casi había creído que me estabas evitando —gimió Joan ante la risa de los demás en cuanto pronunció aquellas palabras.

«Vivimos en la misma casa, cretino. No es una opción que pueda ser viable para mi desgracia»

¡Que harta estaba de sus supuestas gracias con las que solo se reía él y su tropa! Aunque a su favor debía reconocer que Verdini no le reía tales gracias y que él pese a no decir nada, se mantenía callado mientras me observaba.

¿Significaría eso algo?, ¿Le molestaría que su mejor amigo me tratara de aquel modo? Fuera como fuese aquello lo descubriría pronto.

Aquel viernes nos fuimos directamente al centro comercial tal como habíamos planeado. Comimos en nuestra hamburguesería favorita y después me llevaron directamente al centro de belleza que había en la primera planta, era bastante conocido, aunque yo solía frecuentar muy poco ese tipo de sitios.

—¡Debes hacerlo! —gritó Vanessa mientras yo estaba sentada en el sillón frente al espejo.

Me había dejado convencer para cortarme el pelo a capas y así le daba más volumen en vez de ser insulso al punto de resultar una vaca lamida cada vez que lo dejaba suelto.

—¿Es que quieres que me llamen tomate en vez de zanahoria? —exclamé viendo la cara de la peluquera que nos observaba sin saber si proceder o no a la petición de Vanessa.

—¡Oh venga ya Andrea!, ¡Si se irá con los lavados!, ¡Solo potenciará tu color!, ¡Díselo tú Brenda! —mencionó dirigiéndose a la chica que me cortaría el pelo.

—Realmente solo es una mascarilla de color, potenciará un rojo mucho más intenso en tu cabello en lugar de ser este anaranjado pálido. No te estropeará el pelo porque no es un tinte permanente, pero si la utilizas cada vez que lavas el cabello, el rojo vibrante permanecerá —instó la chica de lo más profesional.

—Está bien —dije cerrando los ojos y esperando que mi madre no me matara cuando me viera aparecer.

Casi se había sorprendido cuando le pedí la tarjeta de crédito para ir al centro comercial con mis amigas. Por norma general yo solía conformarme con poco ya que apenas salía y en el instituto solo utilizaba el uniforme. Solía ir de tiendas con ella una vez por temporada para comprar lo

básico y ahora ese básico se quedaba bastante anticuado.

Si era sincera, cuando vi aquel rojo mucho más intenso en mi cabello no me desagradó, al contrario; me gustó. Era como una versión mejorada de mi misma y sentí que de alguna forma potenciaba el azul de mis ojos.

—Wow... —susurró Lourdes—. Hasta yo quiero ese color de pelo.

«Se acabó ser zanahoria, ahora sería puro fuego»

Era extraño sentir que todos me miraban desde el momento que salí de aquella peluquería y la sensación no sabía si me gustaba o no, puesto que era de las que preferían pasar desapercibida antes de llamar la atención.

Tras un par de horas más de compras finalmente llegamos a casa de Vanessa agotadas, tanto fue así, que no nos apetecía en absoluto volver a casa o salir esa noche, por lo que pensamos en hacer una fiesta de pijamas, eso sí, con los pijamas de Vanessa porque ni Lourdes ni yo habíamos llevado ropa alguna.

Me sorprendió que mi madre me dejara quedarme sin tener que suplicar, supuse que tenía planes con Paul para salir a cenar y que su moral le impedía hacerme regresar para dejarme sola en casa. Además, se aseguró hablando con la madre de Vanessa que confirmó la intención de no salir de casa esa noche, por lo que supongo que se quedó tranquila y sin la conciencia de que todo era una mentira para trasnochar de fiesta.

«Probablemente soy una de las pocas adolescentes de dieciséis años que no se ha emborrachado aún» pensé mirando a mis amigas, aunque ahora que lo pensaba ellas tampoco.

Las chicas de mi clase solían salir con chicos de cursos superiores como precisamente hacía Verónica con el idiota de Joan.

—¡Mirad! —gritó Lourdes sin apartar la mirada de su teléfono—. ¡Verónica acaba de subir una foto confirmando que ella y Joan vuelven a estar juntos! —añadió colocando la pantalla hacia nosotras y pude apreciar la foto en la que ella le daba un beso y sacaba el selfie mientras él la tenía agarrada de la cintura y miraba hacia otro lado que no fuera la cámara.

—Esos dos me dan asco —gemí dejándome caer al suelo—. Aunque están hechos el uno para el otro —dije con cierto atisbo de sarcasmo.

—¡Oh! ¡Venga ya! —gritó Vanessa quitándole el teléfono a Lourdes—. No me puedo creer que él vuelva con ella después de que se ha tirado a medio equipo de rugby este verano.

—Medio que sepamos, porque igual fue el equipo entero —ironicé mientras abría una bolsa de palomitas y metía la mano para coger un buen puñado.

¿Por qué ir de compras da tanto apetito?

—Yo sigo diciendo que no sé que narices ve Baker en ella —insistió Vanessa y era consciente que a ella físicamente le encantaba el idiota con patas de mi hermanastro, solo que por ser mi mejor amiga se controlaba en sus comentarios.

Por más que quisiera negar la verdad, entendía ese enloquecimiento que Joan generaba en las chicas del instituto, pero mi odio hacia él hacía que le viera como lo que realmente era; un maldito engendro del demonio.

—Pues lo que todos buscan de ella; meterse en su cama —contestó Lourdes y abrí los ojos sorprendidamente.

¿De verdad Joan estaba con una chica solo por eso? Para eso no hacía falta salir precisamente con ella y que todos supieran que era tu novia.

—Pues yo creo que está con ella porque es popular —aseguró Vanessa.

—Sea como sea, Verónica nos lo restregará por la cara el lunes en clase —dije dando voz a

mis pensamientos y sabía que por alguna razón inexplicable a ella le encantaba alardear de que estaba con Baker si yo estaba presente.

Era extraño que hasta el momento no hubiera llevado nunca Verónica a casa. Es más, ni una sola vez la invitó a almorzar, comer, cenar o simplemente pasar la tarde. Mi madre la conocía por ser compañera de clase desde hacía años, pero Paul probablemente no sabía de su existencia ya que Joan no era dado a airear nada sobre su vida privada.

—A ti lo único que te debe preocupar es Verdini y la estrategia que vas a tomar para acercarte a él a partir del lunes —mencionó Vanessa cambiando al fin de conversación—. Tienes que seguirle por Instagram, así podrá hablarte por privado.

¿Qué?, ¿Redes sociales? Si yo no subía ni una mísera foto y en las únicas que aparecía era porque ellas me etiquetaban.

—No. No es una buena idea —negué con cierta aprensión, pero por la vergüenza ajena que me daba enviarle una petición de seguimiento.

—¡Oh vamos! —exclamó Lourdes—. Eres tú la que le plantó cara a Baker y estaba decidida a conseguirlo.

—Si, es cierto —asumí viendo como se acercaban cada vez más y veía mi móvil peligrar—, pero lo haré el lunes, o después de que volvamos a hablar.

—¿Segura? —exclamó Vanesa alzando una ceja.

—S... si. ¡Lo prometo! —alcé la voz medio convencida, aunque en realidad era consciente de que solo quería ganar tiempo.

—Entonces no te negarás a que te hagamos una foto para que la pongas en tu perfil en lugar de esa que tienes de una hoja seca.

Es verdad, no tenía ninguna foto real, sino artística para que nadie me encontrara, al igual que no tenía mi nombre completo, sino una abreviatura extraña para que tampoco fuera viable encontrarme, de hecho, ni el idiota de Joan me había localizado por redes sociales.

—¿Es absolutamente necesario? —pensé sabiendo que todos me identificarían si lo hacía.

—¡Si! —exclamó Lourdes y comenzó a vaciar mis bolsas sobre la cama para elegir un atuendo.

—Voy a robarle a mi madre un labial rojo —dijo Vanessa desapareciendo para volver más tarde con un pintalabios de un color rojo vino.

Al menos debo reconocer que me lo pasé bien en aquella media hora en la que hice de modelo, donde Lourdes sacaba fotos y Vanessa hacía carantoñas para que me riera, pero finalmente las tres concordamos en elegir una de las fotos en las que aparecía algo más seria porque el pelo brillaba de un rojo sublime.

—Si me enseñaran esta foto, pensaría que eres modelo de verdad —concluyó Lourdes

—¡Venga ya! —exclamé sintiendo que exageraba.

Probablemente quería subirme la moral y debía reconocer que no había salido muy mal en aquella foto, pero a pesar de no acercarme una milésima a esas modelos de revista o chicas hermosas, si que esperaba llamar la atención de Nicola lo suficiente para hacer la vida imposible al imbécil de turno que vivía en mi casa y al que me negaba llamar hermano.

«Valor Andrea. ¡Valor!»

Con ese convencimiento antes de dormir busqué el perfil de Instagram de Nicola, era de los pocos del grupo de sus amigos que permanecía privado y por esa misma razón no teníamos acceso a sus fotos, pero si que veíamos cuando salía de fiesta con los demás porque aparecía en las fotos de otros perfiles. Estaba segura de que si le enviaba una petición de seguimiento me rechazaría al no saber quien era y mi perfil también privado, por lo que armándome de valor le envié la

petición e inmediatamente después modifiqué la imagen de mi cuenta.

«Ya está» pensé dejando el teléfono con cierto resquemor sin saber si Nicola Verdini me aceptaría o no.

Capítulo 5

Me había desvelado y todo permanecía aún a oscuras, aunque por los rayos de sol que se filtraban levemente por la ventana atisbaba a adivinar que ya debía estar bien entrada la mañana. Alargué mi mano para ver la hora en mi móvil, pero lo primero que llamó mi atención era la notificación de la red social en la que me indicaba que Nicola Verdini me había enviado una petición de seguimiento.

—¡Oh dios mío! —grité en cuanto divisé la pantalla de mi móvil.

«No puede ser, ¡No puede ser!» exclamé en mi fuero interno.

Aunque había deseado que me aceptase lo había creído tan improbable que ahora sentía un subidón de adrenalina inigualable.

—¿Qué pasa? —gimió Lourdes aún adormilada.

—¡Nicola Verdini me ha enviado una solicitud de seguimiento! —grité saltando de la cama y comenzando a dar pequeños brincos como si hubiera terminado el curso escolar.

—¡No! —gritó Vanessa saliendo de su cama y quitándome el móvil de la mano para comprobarlo—. ¡Es verdad! —exclamó sorprendida mirando hacia nuestra amiga Lourdes—. ¿No decías que esperarías al lunes? —añadió con ironía devolviéndome el teléfono.

—Si, pero luego pensé que esperar no iba a modificar los acontecimientos y me armé de valentía —contesté mordiéndome el labio y dejándome caer en la pared visualizando de nuevo aquella notificación pendiente hasta que mi dedo le dio a aceptar.

«Chúpate esa Joan» meditó mi conciencia.

Era consciente de que hacía aquello por odio hacia Baker, pero no podía evitar sentir cierto mariposeo en el estómago al saber que se trataba de Nicola. ¡Santo Dios!, ¡Nicola Verdini estaba como un queso!

—Igual no sabe que soy yo —dije de pronto haciendo que toda aquella alegría se desplomase y me sentí como si fuera un globo que acababan de pinchar.

—Has puesto la foto, ¡Claro que sabe que eres tú! Y si le queda alguna duda, mañana tanto él como todo el instituto sabrá que tú eres A.C.B querida amiga. Di adiós a tu anonimato en las redes sociales.

Realmente no sabía si quería renunciar o no a mi anonimato social, pero llegados a este punto, imaginaba que no había vuelta atrás.

Volví a casa a la hora de cenar. Habíamos aprovechado la tarde para ensayar algunas de las coreografías del curso pasado y así ponernos algo en forma después del verano aprovechando que no teníamos que estudiar.

—¡Hola mamá! —exclamé entrando en casa y comprobé que debía haber alguien porque el televisor estaba encendido a pesar de no haber nadie a la vista.

—Ah ya estás aq... ¡Que te has hecho en el pelo! —gritó asustada y entonces recordé que ahora era de un rojo mucho más intenso.

—Nada —dije encogiéndome de hombros—. Solo es momentáneo y se va con los lavados —dije restándole importancia sin mencionar que no se iba a ir porque precisamente lo iba a seguir manteniendo.

—¡Ah!, ¡Vale! Por un momento pensé que te habías pintado el pelo —contestó ahora más calmada y acercándose para evaluarme—. Lo cierto es que no te queda mal, aunque me gusta mucho más tu pelo natural.

—¿Dónde están todos? —dije avanzando hacia las escaleras para dejar las bolsas en mi habitación.

—Paul está dándose una ducha y Joan salió a cenar con unos amigos, así que he pensado en pedir pizza, ¿Qué te parece?

—¡Genial! —contesté alegre y no por la pizza, sino por saber que el idiota de Baker no estaría.

Con suerte no tendría que verle esa cara de payaso hasta el día siguiente. Solo que, ¿Cuándo tenía yo suerte? En el momento en que mi sed era superior a mi sueño, me levanté para ir a la cocina a coger un vaso de agua y en el preciso instante que me di la vuelta cerrando la nevera, Joan entró por la puerta a hurtadillas, sabiendo perfectamente que era tarde y aún así le importaba un pimiento llegar a deshoras un domingo teniendo clase al día siguiente.

—¿Entrando a hurtadillas Baker?, ¿Acaso temes que se enteren de a qué hora llegas? —exclamé con evidente sarcasmo y un tono de voz alto.

—¡Calla pelirroja! —susurró acercándose hasta mi en dos zancadas y me tapó la boca con una de sus manos provocando que me tambalease, de hecho no sé ni como pude agarrar bien el vaso de agua.

Todo estaba oscuro salvo por la luz exterior que iluminaba la calle y que se filtraba a través de las ventanas de la cocina y el salón que al estar todo unido en una misma estancia hacía que la luz fuese mayor.

Joan desprendía un aroma que destilaba restos de alcohol, perfume masculino y cierta fragancia dulce que deducía sería del roce con su novia durante toda la noche. En aquel momento no sabía porqué estaba pensando en aquello, ni porqué demonios me venía a la mente Verónica restregándose con ese energúmeno. Si en aquella pareja debía darme pena uno de los dos, desde luego sería ella por la que pensaba compadecerme ya que Joan se merecía estar con alguien mucho peor.

Con aquel pensamiento alcé la mano que sujetaba el vaso de agua y lo volqué sobre su bonito rostro de facciones perfectas para empararle.

—¡Qué demonios haces! —exclamó apartándose y no pude evitar reírme.

—La próxima vez piénsate mejor a quien mandas callar, idiota —dije tratando de esquivarle y avanzar hasta mi habitación. Si volvía a darme sed me aguantaría por tal de no volver a tropezarme con ese cretino.

No había dado ni dos pasos cuando estiró de mi brazo y sentí mi espalda chocando con el frigorífico, notaba como el acero frío rozaba mi piel a través de la fina tela y fui consciente de que solo llevaba puesto un pantalón corto y una camiseta de tirantes para mi desgracia, porque sentí todo el cuerpo de Joan Baker sobre el mío aprisionándome entre aquel electrodoméstico y mi cuerpo. Percibí la frialdad de uno en contraste con el calor del otro y mis pensamientos no eran coherentes porque no sabía que demonios estaba pasando, pero era incapaz de moverme.

—No juegues conmigo pelirroja, no me tientes... porque si lo haces, vas a quemarte —jadeó tan cerca de mi rostro que su nariz rozaba la mía y su aliento embriagaba mis labios.

Sus ojos azules brillaban con la poca luz que iluminaba la estancia y eran tan intensos que me atrevía asegurar que aquella amenaza la decía en serio, que fuera lo que fuese lo que trataba de advertirme no debía ponerlo en duda alguna.

Iba a decir que era tarde, que en aquel juego de poder no era él quien saldría ganando, pero

antes de que mis palabras salieran de mi garganta Joan se alejó y me vi liberada del calor de su cuerpo.

Permanecí varios segundos inmóvil, sin reaccionar, analizando realmente lo que acababa de pasar y sentía como mi corazón estaba acelerado de un modo frenético.

¿Qué demonios acababa de ocurrir?

No entendía ese afán de superioridad por parte de Joan conmigo, ni porque tenía tanta fijación cuando yo no le había hecho absolutamente nada, es más, pasaba de él como si fuera un mueble de estar por casa y, sin embargo, seguía buscándome para intimidarme, amenazarme o dejarme claro que él mandaba sobre mi.

«Vete a freír espárragos Joan Baker, no solo voy a jugar contigo, sino que arderás en el infierno» medité cuando la sangre enardeció por mis venas al comprender que para él todo aquello solo se trataba de ser finalmente vencedor en aquella disputa que él mismo había empezado. No pensaba acobardarme ni amilanarme. No. Estaba harta de callarme y dejar que se burlara a mi costa solo por engrandecer su magnánimo ego.

Aquel lunes decidí maquillarme. No maquillarme realmente como habitualmente hacíamos en las funciones de ballet, sino llevar simplemente algo de máscara de pestañas, colorete y un toque de brillo en los labios, mucho más que la simple cara lavada que llevaba siempre, pero supuse que si quería causar una buena impresión a Nicola necesitaba algo más que un cambio de color de pelo.

—¡Buenos días! —exclamé de buen humor, sobre todo porque no vi ni rastro del engreído y patán de turno por la cocina. Si tenía suerte ya se habría marchado de casa.

En aquel momento mi madre alzó la vista y sonrió dejándome una taza sobre la encimera y supuse que sería leche con unas gotas de café, ya que solía ser lo que desayunaba si me daba tiempo y no me quedaba dormida.

—Te veo demasiado sonriente y animada, ¿Eso significa que te gusta algún chico del instituto? —preguntó un tanto intrigada y mi cara debió cambiar de un color rosado al más pálido blanco.

—¿Qué?, ¡No!, ¡Ni hablar! —bufé llevándome la taza a los labios.

Tampoco es que tuviera nada de malo si así fuera, después de todo no podía negar que Nicola estaba tremendamente bueno, más bueno que los bomboncitos de chocolate rellenos de crema de avellana.

—¡Ey!, ¡Joan! Quizá tú puedas darme la respuesta. ¿Sabes si a mi hija le gusta alguien del instituto? —preguntó en ese momento y quise morirme, literalmente morirme del soponcio.

¡Como se le ocurre a mi madre preguntarle a él!, ¡Justo al idiota redomado del instituto que me hace la vida imposible!

—Yo diría que...

En ese momento sus ojos se posaron sobre los míos y sus labios dejaron de emitir sonido alguno.

¿Por qué me miraba así?, ¿Cómo si estuviera estudiándome?, ¿Acaso creía que me iba a amilanar porque le soltara a mi madre alguna chorrada que se acabara de inventar? Lo cierto es que ya estaba acostumbrada a que me observara de aquel modo, que se quedara mirándome fijamente y con toda probabilidad pensara lo repulsiva y poco atractiva que le resultaba a los de su especie.

—¿Tú dirías qué, Baker? —pregunté entonces en un tono irascible.

—No —negó entonces rápidamente apartando la vista y vi como se dirigía a la cafetera para servirse un café bien cargado.

Hasta en eso éramos dos polos opuestos. Mientras que yo tomaba un vaso de leche con unas

gotas de café, Baker lo tomaba solo y sin azúcar, casi tan amargo como su corazón.

Vanessa me recogió minutos después y salí corriendo de casa, lo cierto es que por primera vez, Joan aún permanecía allí después de que yo saliera y eso me daba esperanzas renovadas en no tener que soportar su rostro en el pasillo del instituto y por ende, poder hablar con Verdini al no encontrarse junto a él.

—¡Vamos!, ¡Corre, corre, corre! —exclamé subiéndome a su coche y metiéndole prisa.

—¿Qué ocurre?, ¿Huimos de algún delito o algo así? —preguntó contrariada, pero arrancando el coche y metiendo la marcha para acelerar.

—El idiota de Joan aún no ha salido y espero llegar antes que él para no verle de nuevo la cara —mencioné colocándome el cinturón de seguridad.

—¿No te dijo nada de tu nuevo pelo?

En aquel momento caí en la cuenta de que quizá se había quedado observándome fijamente por eso, después de todo en la oscuridad de la noche pasada apenas habría sido apreciable, ¿Se debería a eso su observación?, ¿Quizá estaba pensando en los nuevos motes que adjudicarme?

«Ahora pasaré de zanahoria a tomate» pensé sin poder evitarlo.

—Mi madre estaba presente durante todo el tiempo, así que como buen farsante se contuvo — admití segundos después y para mi fortuna, Vanessa cambió de tema.

Había pensado las mil excusas con las que entrarle a Nicola Verdini solo para entablar conversación y de las mil, ni una era medianamente buena. No le podía invitar a salir así sin más de buenas a primeras, ni tampoco me atrevía a pedirle algún favor o que me diera clases particulares de algo puesto que tenía excelentes notas. ¿Qué carajos podía hacer para conseguir acercarme a él?

La respuesta a mi pregunta se contestó a sí misma cuando metí la combinación de mi taquilla y ésta no se abrió.

—¡Maldita sea otra vez! —exclamé—. ¡Por qué siempre a mi! —insistí dejando caer la mochila al suelo y golpeando el metal con los puños.

—¿Necesitas ayuda? —Su voz. Esa voz. ¡Oh dios mío era Nicola!

—Esto... pues... yo... claro... ¡Si! —grité al final con una especie de sonrisa nerviosa porque no sabía si estaba más feliz de que él me hablara o de que tuviera la oportunidad de conversar sin premeditarlo.

—A mi también se me encasquilla a veces, el truco está en el cierre —contestó suavemente y noté como su cuerpo se acercaba al mío.

«¡Ay dios! Pero que guapo es...» jadeé en mi interior.

—Sí. Claro —contesté por decir algo porque en ese momento mi juicio era nulo.

—Y luego dar un pequeño golpecito —añadió en el mismo tono suave y la taquilla se abrió—. ¡Voilà! —exclamó ahora en un tono más alegre.

—¿Puedo llamarte cada vez que no consiga abrirla? —pregunté por inercia y noté su risa.

«¡Mierda Andrea!, ¡Pero que demonios haces!, ¡Ni que fuera tu sirviente!»

—Claro que si... —contestó con una sonrisa—. Tú puedes llamarme cuando quieras —susurró en un tono muy diferente que no supe descifrar, pero si que era cierto que su mirada era tan penetrante que tuve que mirar hacia otro lado porque sentía demasiado calor en sus ojos.

¿Qué era aquello?, ¿Por qué me miraba de ese modo?

—Gracias —susurré porque apenas salían las palabras de mi garganta.

—¿Por qué no me lo agradeces dejándome acompañarte a casa después de clase? —preguntó apoyando la mano sobre la taquilla contigua a la mía y dejándose caer parcialmente para situarse

frente a mi.

¿Es que todavía estaba durmiendo y aún no me había despertado?, ¿Desde cuando acompañarme a casa podía ser más un placer que una penitencia? No pensaba negarme, al contrario, eso me permitiría tener la oportunidad de volver a estar a solas con él.

—Por supuesto —contesté rezando porque no se estuviera riendo de mi y me quedara tirada, pero por la sonrisa que iluminó su cara y el hecho de que ya me había acompañado una vez, imaginé que era real, que de verdad Nicola Verdini tenía interés en mi y no repulsión como los demás.

—Te veo a la salida —dijo dando un paso hacia atrás sin dejar de mirarme—. Y me gusta tu nuevo color de pelo —añadió guiñándome un ojo y después le perdí la pista por el amplio pasillo entre tanta multitud.

Capítulo 6

Aún no podía creerme que de verdad hubiera pasado, que realmente sin necesidad de inventarme una excusa o volver a usar el truco de ir andando a casa con la esperanza de que volviera a ofrecerse a llevarme me hubiera acercado. No. Había sido el propio Nicola quien sin esperarlo se acercó hasta mi y eso me dio una especie de esperanzas renovadas, ¿Y si realmente pudiera gustarle aunque fuera un poquito? Quizá solo era curiosidad o simplemente amabilidad, pero fuera lo que fuese pensaba aprovecharme plenamente de aquella suerte inesperada.

Los lunes de por sí solían ser largos, más que nada porque era el inicio de semana y me parecía demasiado eterna, pero cuando tienes el infierno en persona en tu propia casa, los lunes pueden resultar lo mejor del mundo y las eternas clases de historia avanzada como aquella, un auténtico deleite para los sentidos, es más, en ocasiones incluso desee que fueran eternas solo porque era el preludeo del almuerzo y eso significaba que el terror podía volver a estar en los pasillos. En aquella ocasión casi me había olvidado por completo mientras pensaba qué podría decirle a Verdini o cómo debería actuar para que él terminase proponiéndome tener una cita.

«Cita» pensé rápidamente.

Si no he tenido una cita en mi puñetera vida, ¿Como voy a lograr que me propongan una?

—Tengo un problemón —dije mientras me tumbaba sobre el césped en el que siempre estábamos si hacía un día soleado como estaba siendo aquel.

—Habló la reina del drama, ¿No deberías estar contenta porque Nicola te llevará a casa? —preguntó Vanessa.

—Ese es el quid de la cuestión, ¿Qué hago o qué le digo para que me proponga una cita? —pregunté aturdida.

—Quizá sea pronto para eso Andrea —contestó entonces Lourdes—, no sé realmente cuanto se puede tardar en conseguir una cita.

—¡Tonterías! —exclamó Vanessa—. Si le gustas te lo pedirá, la cuestión es si se atreverá teniendo en cuenta quién es tu hermano.

¿Cuántas veces debía decir que Joan Baker no era mi hermano por más casados que estuvieran nuestros padres?

«Ni hablar. De pariente mío ese tenía lo que el zorro de un cordero»

Por mi forma de mirarla Vanessa dedujo que deseaba degollarla y se puso un punto en la boca.

—¿Y si se la pido yo?, ¿Qué podría pasar? —gemí siendo consciente de lo que acababa de decir.

¿Pedirle una cita a Nicola Verdini? Eso era como jugar en las grandes ligas porque si me decía que no o me daba una absurda excusa, ya no tendría una segunda oportunidad a menos que quiera ver denigrada mi poca integridad.

—Parecerá que estás desesperada —concluyó Vanessa rodando los ojos—. No, tienes que encontrar algo para que él mismo sugiera realizarlo juntos, por ejemplo, una fiesta o una película...

¿Fiesta o película? Lo primero lo veía muy difícil ya que yo no era nada popular para que me

pudieran invitar a fiestas y lo segundo podría ser más viable, pero al cine se iba más con amigos que con parejas, ¿no?

—Pues como no montes tú una fiesta en casa... —ironicé mientras mi vista recorría el patio exterior y daba con una pareja bastante conocida; Joan y Verónica.

¿Qué hacía ella alzando los brazos como si estuviera exigiéndole algo? Por primera vez esos dos parecían estar discutiendo en público en lugar de estar tan acaramelados y para más inri, él parecía completamente apático mientras ella probablemente le estaba gritando. En ese momento Joan alzó la vista y me pilló observándolos.

«Mierda, ¿Por qué parece que tiene un detector incorporado para descubrirme siempre *infraganti*?»

¡No!, ¡Joder, joder, joder que viene hacia aquí! Vale. Que no cunda el pánico, seguramente solo viene a pedirme dinero o a acordar como siempre hace.

—Levántate, tengo que hablar contigo —soltó en un tono tan sobrio y directo que a cualquier otra persona se le podría haber erizado el vello, pero a mi me tenía más que acostumbrada su indiscutible animadversión por mi.

—No quiero —contesté porque sabía que iba a reprenderme por observarle o directamente me iba a decir que me metiera en mis asuntos acompañado de algún insulto y para eso me lo podría decir estando sentada.

Lo que no esperaba es que el propio Joan se inclinara hasta quedar más o menos a mi altura y que me cogiera con una mano del brazo, rozando mi axila con tanta fuerza que prácticamente me levantó sin inmutarse.

«¿Por qué carajos tiene que estar petado ese musculitos sin cerebro?»

—¡Suéltame!, ¡Bruto!, ¡Me haces daño! —grité mientras trataba de darle golpes en la espalda, solo que al llevarme casi a rastras y de espalda era imposible que llegara.

No me paré siquiera a observar la reacción de Vanessa o Lourdes, pero les tenía advertido que no se involucraran entre Joan y yo porque no quería que ellas terminaran siendo también el objeto de ataque de aquel misógino engreído, así que tampoco me extrañó que no se alzaran, ni dijeran nada, dentro de lo que cabe aquella conducta en Joan podría entrar en su modo normal de proceder hacia mi persona.

En el momento que me soltó vi que se había dirigido hacia la zona deportiva, justo en la línea que separaba las pistas de las gradas y precisamente había un hueco donde nadie solía estar a esas horas, aunque no era el lugar más privado de todo el recinto, por lo que supuse que no iba a hacerme nada, pero si decirme algo que no deseaba que nadie más escuchara.

—¿Porqué te has puesto eso en la cara?, ¿Y qué has hecho con tu pelo? —gimió frunciendo el ceño y por su tono parecía casi una exigencia más que una pregunta.

¿De verdad me había llevado hasta allí para preguntarme eso?, ¿O más bien era solo el preludio de la amenaza que procedería después?

—Va a ser que no te importa lo que haga o deje de hacer, Baker. ¿En serio me has arrastrado hasta aquí para preguntarme eso? —inquirí cruzándome de brazos, resignada porque sabía que si intentaba escaparme, no iba a conseguirlo, ese estúpido tendría muchos defectos, pero su abdomen era de acero.

«Y menudo abdomen tiene el muy capullo...» gemí en mi interior.

—Me importa una mierda lo que hagas o dejes de hacer siempre que no sea el ridículo como ahora.

¿El ridículo?, ¿Qué estaba haciendo el ridículo?

«No dejes que sus palabras te afecten Andrea. Mándale a freír puñetas»

—En ese caso, ese será problema mío, no tuyo —advertí dándome la vuelta y no teniendo intención alguna de seguir escuchándole.

—¿Qué no es problema mío? —exclamó y sentí su mano agarrarme de nuevo evitando que me marchara—. ¿Cuándo demonios vas a aprender que tienes que hacer lo que yo digo? —exigió.

—Cuando los cerdos vuelen, Baker... —contesté altiva y retándole con los ojos— y sean de naranja fosforito —añadí como apunte.

Por más que pensé que apretaría su agarre hasta formarme un cardenal, incomprensiblemente me soltó.

—¿Qué hacías observándome?, ¿Ahora eres una cotilla? —preguntó cambiando de tema.

—Ya quisieras ser tan importante para que tu vida fuera de mi interés, pero no, solo fue una coincidencia —mentí descaradamente porque sí que me moría de ganas por saber sobre qué discutían esos dos.

—Pues te lo pondré muy fácil —susurró acercándose demasiado a mi, tanto, que esta vez sí sentí como el vello de mi piel se erizaba—, no creo en las coincidencias pelirroja y puedes dar por comenzado el juego, así que prepárate para quemarte.

Bien, ahora sí me había acojonado. Una cosa era decirlo a media noche porque volvía tarde y estaba ligeramente enfadado de que pudiera ser descubierto y otra bien distinta a la luz del día donde cualquiera podría vernos, aunque lo que más me había hecho reaccionar a esa amenaza era su voz. No sonaba irascible o irritada como otras veces, sino que era una clara advertencia de lo que estaba por venir.

«Prepárate para quemarte» recordé de nuevo mientras volvía al lugar donde había dejado a mis dos amigas sin evitar mordirme las uñas ante la crispación que sentía.

¿Qué quería decir exactamente con aquello?, ¿Era en sentido figurado o real? Me podía esperar cualquier cosa de Joan y no es que precisamente le tuviera miedo, hasta ahora le había detestado por su constante e irritante comportamiento hacia mi, pero no sabía si debía comenzar a tenerle realmente miedo. Había algo en él... como si siempre me hubiera escondido algo, como si esa oscuridad que había en sus ojos indicase un lado oscuro y aunque siempre me había advertido a mi misma que solo eran imaginaciones mías, comenzaba a creer que no era así.

«Solo es un farsante y un niño que trata de meterte miedo Andrea» me advertí mientras insinué la mejor de mis sonrisas para que mis amigas no se preocuparan al respecto.

—¿Todo bien? —preguntó Lourdes.

—Estupendamente. Solo quería dinero para el almuerzo; como siempre —atajé encogiéndome de hombros, aunque no sabía si aquella afirmación iba a colar, ya que Joan nunca trataba de esconder sus pretensiones, aquella había sido la primera vez que me había alejado de todos como si no quisiera que nadie más nos viese o escuchase aquello que tenía que decirme.

Tal acontecimiento era extraño teniendo en cuenta que se vanagloriaba de que los demás se rieran por su forma de tratarme o insultarme. Sus vejaciones no conocían límites en cuanto a mi exposición al ridículo y aunque nunca entendí las verdaderas razones del porqué lo hacía, a estas alturas me importaba muy poco cuáles fueran, solo tenía claro que aquello iba a terminar lo quisiera él o no.

Por suerte ni Lourdes ni Vanessa hicieron comentario alguno, sino que sabían el tipo de relación que mantenía entre Baker y yo, aunque no les agradaba que aquella información la ocultase a mi madre, respetaban mi decisión y no solían entrometerse.

Conforme pasaba la mañana fui ganando fuerza en mi propia autoconfianza y pensé que

seguramente aquella amenaza entre comillas de Baker, porque tampoco es que hubiera sonado como tal, probablemente solo era una de sus jugarretas para meterme miedo y provocar que me quedase callada ante sus insultos, por lo que mi plan iba a seguir adelante a como diera lugar. Tenía que conseguir esa cita con Nicola, en el fondo sabía que él sería mi salvación porque Joan no se atrevería a insultarme, perseguirme o coaccionarme si yo estaba saliendo con su mejor amigo.

Alargué el momento en el que devolvía los libros en mi taquilla para coger otros por una sola razón; quería que Joan se marchara en su estúpida moto de una vez para que no viera como me subía al coche de Nicola. De algún modo podía ver como al final del pasillo muy cerca de la entrada se encontraba el grupo de los populares entre los que se encontraban ellos dos y parecían hablar animadamente.

—¿Me llamarás cuando llegues a casa para contarme como ha ido? —preguntó Vanessa que había decidido no abandonarme a mi suerte hasta que al menos saliera de aquel pasillo.

—Te lo prometo —admití con una sonrisa y saqué el móvil de la mochila para llevarlo en la mano haciendo un gesto en señal de que lo haría.

—El capullo de Baker acaba de salir, así que creo que tienes vía libre. Me voy o mi madre comenzará a chillar diciendo que siempre llego tarde —dijo dándome un beso y vi que apresuraba el paso para recorrer la distancia que quedaba hasta la salida.

Respiré hondo porque realmente no sabía si Nicola estaría esperando en la puerta o se habría ido hasta su coche, así que cuando me giré hacia el pasillo vi que estaba allí de pie, con los brazos cruzados esperando mientras que en su rostro se dibujaba una sonrisa demasiado atrayente para mi poco juicio mental.

«Definitivamente es guapo. Demasiado guapo para ser real» admití en lo más profundo de mi ser.

Conforme caminaba hacia él vi que me observaba y aquello no me otorgaba seguridad en mi misma, sino más bien sacaba a relucir todos los defectos que a mi consideración pensaba que tenía. ¿Se suponía que debía decirle algo?, ¿Recordarle que me iría con él? Supuse que por su sonrisa era evidente y no pude evitar sonrojarme al ver que no dejaba de mirarme.

—¿Lista? —preguntó ese monumento de ojos verdes.

«No. Repentinamente me han entrado ganas de hacer pis por los nervios, pero me aguanto hasta llegar a casa»

—¡Claro! —contesté en un tono de voz más elevado del que me habría gustado hacerlo.

Aún quedaba gente en el instituto y lo cierto es que no sabía si era bueno o malo que me vieran caminando al lado del gran Nicola Verdi de camino a casa, después de todo, jamás de los jamases y desde luego ni en una hipótesis futurística alguien podría pensar que ese chico de origen italiano y rasgos mediterráneos me acompañara a casa.

«Menos aún si tenía en cuenta que su mejor amigo me hacía la vida imposible»

Deseaba preguntarle porque se había ofrecido a llevarme a casa o más bien, porque quería hacerlo, pero me daba miedo que su respuesta implicara que toda futura relación quedase relegada al olvido y mis planes se fueran sencillamente a tomar viento fresco.

—Bailabas danza, ¿verdad? —preguntó repentinamente y casi tuve que respirar dos veces para concienciarme de que estaba sonriéndome a mí, ¡A mí!, ¡A MÍ!

«Es tan guapo... ¡Mentecata que no es uno de tus sueños mientras estas despierta, sino que es la jodida vida real!, ¡¡¡Despierta!!!»

¿Danza?, ¿Ha preguntado si bailaba danza?

—Si, hace años que la practico y aún lo sigo haciendo —contesté tratando de mirar hacia otro lado porque de lo contrario iba a notar mi rostro como un tomate de rojo.

—Se nota cuando caminas —soltó sin venir a cuento—. Las bailarinas de danza tienen una forma distinta de caminar.

¿Eso es bueno o malo? Miedito me da preguntar.

—¿Distinta?, ¿Quieres decir mal? —pregunté sabiendo que si la respuesta era afirmativa podría mandar mi alocada idea de salir con Verdini al mismísimo Júpiter.

—En absoluto —contestó con una risa socarrona y repentinamente le miré. Si no lo había afirmado debía ser algo bueno—. Siempre me ha parecido sensual.

Aire. Necesito aire. ¿Son imaginaciones mías o acaba de decir que ando de forma sensual? No. Esto no está pasando. Nicola Verdini no puede decir que le parezco sensual así como así... ¡Es el jodido tío más bueno de todo el instituto!

—No sé que se contesta a eso —admití con cierta vergüenza a mi pesar y por suerte escuché que se reía.

«Mejor parecer graciosa que presuntuosa»

—No tienes que contestar, solo era una simple apreciación. Por cierto, ¿A qué se debe tu cambio de look? Me gustaba como era tu pelo antes, pero debo reconocer que ahora es mucho más impresionante.

—Me dejé convencer por mis amigas —dije encogiéndome de hombros sin mentir del todo.

Era cierto que al principio no estaba convencida, pero comenzaba a gustarme bastante el resultado.

«Sobre todo porque Baker parece detestarlo» pensé repentinamente y escupí de mi pensamiento a ese energúmeno patán.

—Me alegro de que te dejaras convencer —contestó haciendo un gesto para que subiera a su coche y obviamente no pensé siquiera en rechazar tal ofrecimiento.

El coche de Vanessa podría ser genial como medio de transporte, pero aquellos asientos de cuero y el viento ondeando mi pelo nuevo eran definitivamente mucho mejor.

—Yo también me alegro —admití segundos después y sonreí por primera vez.

Sabía que el trayecto hasta mi casa no iba a ser muy largo y no sabía como sacar a relucir algún tema que pudiera derivar en lo que venía siendo a todas luces una cita. ¿Debía preguntarle si le gustaba el helado?, ¿O cuál era su género favorito de películas?, ¿Cómo se hacen estas cosas?

«Por favor Dios, si existes ayúdame e ilumina este insulso cerebro» rogué y recordé que él había mencionado la danza. ¿Le gustaría?

—¿Te gustan los espectáculos de danza clásica? —pregunté en cuanto el coche salió del aparcamiento que había en el instituto.

—Si. No suelo ir a menudo, pero he acompañado a mi madre en más de una ocasión ya que ella es bastante aficionada.

«¡Si!, ¡No puedo creer mi propia suerte!» gritó una mini-yo interior.

—¡Eso es genial! —exclamé emocionada—. Tengo entradas para este sábado, pero mis amigas no pueden ir —mentí descabelladamente porque Vanessa se moría de ganas por asistir a ese espectáculo y daba por hecho que vendría conmigo—, te puedo dejar que me acompañes.

Así no sonaba a cita formal, ¿no?

Cuando comenzó a reír pensé que sencillamente se estaba descojonando por la sola idea de pedirle una cita. ¿Cómo demonios podías creer que alguien como él iba a salir con alguien como tu, cazorra? Si no hay más que ver ese bronceado y ese aire de dios griego que tiene para saber

que él vive en el Olimpo y tu debajo de un puente.

—Estaré encantado de que me dejes acompañarte —contestó y mis músculos se destensaron porque de algún modo supe que cita o no, ¡Iba a salir con Nicola fuera del instituto! —, pero después tengo un compromiso y tendrás que acompañarme.

¿Un compromiso?, ¿Y qué pintaba yo acompañándole?, ¿Suena a encerrona o son imaginaciones mías? Aunque la idea de que Nicola Verdini me llevara a la habitación de un hotel no es que fuera escalofriante precisamente.

—No vas a decirme de qué compromiso se trata, ¿verdad? —pregunté sopesando que podría ser para que a él no le importase dejarse ver conmigo.

—Si te lo digo probablemente rehusarías venir, así que vas a tener que correr el riesgo.

En ese momento el coche se detuvo y vi que habíamos llegado a la puerta de casa. ¿Tan pronto?, ¿Por qué tenía que vivir tan cerca?

Vale. No era en absoluto cerca cuando tenía que ir andando, pero en compañía de Nicola el recorrido era demasiado corto.

Alcé la mirada y vi que la puerta de casa se abría y el rostro sombrío de Joan fijaba la vista hacia nosotros. Supe que no le gustaba lo que estaba viendo y eso hizo que mi sangre se llenara de una adrenalina con puro frenesí.

—Está bien. Iré —contesté volviendo la vista hacia los ojos verdes de Nicola y puse la mejor de mis sonrisas a pesar de que no sabía si acababa de sellar mi sentencia de muerte o la pérdida de mi virginidad.

Sea cual sea la opción, seguramente será mejor que quedarme viendo una película romántica en casa después de la función.

—Dime a qué hora tengo que recogerte el sábado y estaré aquí puntual —mencionó guiñándome un ojo y arrancando de nuevo el coche—. ¡Hasta mañana Baker! —gritó alzando una mano hacia el idiota de mi hermanastro que aún permanecía en la puerta con los brazos cruzados.

«Genial, ¡Que comiencen los juegos del infierno!» pensé en mis adentros con cada paso que recorría hacia Joan.

Capítulo 7

Podía ver esos inescrutables ojos azules fijos en mi rostro conforme acortaba la distancia. Joan estaba en la puerta, así que era inevitable tener que pasar el muro que representaba su cuerpo para acceder al interior. ¿Estaría mi madre en casa ya? Algunos días solía salir antes del trabajo.

—Creí haberte dejado claro que no te acercaras a Verdini. —Su voz era dura, seca y directa. De no ser por estar acostumbrada a que se dirigiera con aquel tono a mi en más de una ocasión me habría acobardado, pero ciertamente comenzaba a ser inmune a su forma de tratarme y aquello solo me hacía reiterar aún más mi deseo de llevarle la contraria a ese estúpido con ínfulas de superioridad.

—Y yo creí haberte dejado bien claro que no eres quien para decirme qué debo o no hacer. ¿Quién te crees que eres?

—¡Soy tu maldito hermano!, ¡Y como tal vas a obedecerme quieras o no! —gritó enfurecido y vi como apretaba sus puños.

Era la primera vez que se refería a mi como hermano, la primera vez que de sus labios salía esa palabra y era obvio que detestaba la idea casi tanto como yo a juzgar por su expresión corporal.

«Pues bien, ya éramos dos a los que no le agradaba ser familia»

—Punto número uno —dije alzando una mano y señalando el dedo gordo para que me viera—. Tú no eres mi hermano, en todo caso el termino correcto es hermanastro y detesto la idea más que tú —advertí y saqué un segundo dedo—. Punto número dos. Si crees que por la simple razón de que nuestros padres hayan firmado un papel y vivamos bajo el mismo techo te da algún derecho sobre mi, vas listo —añadí sacando un tercer dedo—. Y punto número tres. Voy a ir con quien me de la real gana te guste o no. Ahora, apártate de mi camino Baker.

Esperaba que el shock momentáneo porque le hubiera respondido de aquella forma le dejara patidifuso unos segundos, lo suficiente para poder colarme al interior de casa y perderme en mi habitación hasta que mamá regresara.

—¿Con que esas tenemos, pelirroja? —exclamó y vi como una sonrisa cínica se dibujaba en su rostro.

No sabía que era peor, si ese rostro serio e irascible que se gastaba a cada rato o esa sonrisa intrépida que no sabía a qué debía atenerme.

«Puestos a elegir prefiero la primera que ya la conozco» Aunque con Baker no sabía a que atenerme y menos aún desde aquella especie de amenaza que me acababa de soltar diciendo que iba a quemarme y no entendía exactamente a qué se refería.

Me crucé de brazos plantándole cara y estudiando ese perfil de facciones masculinas duras y severas que siempre ostentaba. ¿No podía relajar un poco ese ceño fruncido para no variar?

«Más antipático y no nace» pensé al ver que era una pena que aquella guapura se fuera a freír espárragos por ese comportamiento de mierda que se gastaba.

«Aunque solo es así contigo, Andrea» recordé.

—Pues sí. Esas tenemos —dije altiva.

Tan altiva que hasta alcé el mentón para que viera que no iba a amilanarme.

Pensé que iba a contestarme con alguno de sus insultos o a decir alguna fanfarronada, pero no que me cogiera de la cintura y me alzara sobre sus hombros como un simple saco de patatas que tuviera que trasportar mientras veía como rodeaba el jardín para dirigirse hacia la parte de atrás.

—¿Qué carajos estás haciendo?, ¡Suéltame ahora mismo patán misógino! —grité intentando darle patadas para soltarme, pero solo conseguía dárselas al aire. El sonido de su risa hizo que me enfureciera aún más—. ¡Como no me sueltes ahora mismo se lo voy a decir a Paul!, ¡Y veremos quien ríe el último en esta historia! —grité amenazándole mientras mi vista se fijó en su culo moviéndose.

«A la mierda» pensé y comencé a pegar puñetazos contra aquella parte de su anatomía. «No puedo creer que hasta el culo lo tenga duro» gemí en mi interior y comprobé que el césped había dado paso al suelo de terrazo que rodeaba a la piscina.

—Última oportunidad pelirroja. ¿Vas a obedecerme y alejarte de Verdini? —preguntó y supe cuáles eran sus intenciones.

—¡Vete a la mierda capullo de...

«Plof»

Mi voz se vio repentinamente apagada porque sentía como caía hasta que me hundí en el agua. Esa sensación extraña de bañarse con zapatos puestos y ropa era absolutamente rara. En ese momento caí en la cuenta de que llevaba el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta y grité de impotencia mientras lo sacaba para dejarlo en el borde de la piscina rápidamente.

«Esta me la vas a pagar engendro del demonio» me dije mientras imaginaba que la máscara de pestañas estaría corriéndose por mis mejillas y que de algún modo ese estúpido se había salido con la suya.

—Bonitas bragas, pelirroja —soltó y vi que sonreía. Noté entonces que efectivamente la falda del uniforme se elevaba dejando mi ropa interior expuesta a pesar de que estuviera bajo el agua y metí mis manos en el agua para tratar de ocultarlas.

—Esto no se va a quedar así, cretino —contesté despectivamente.

—¿Vas a ir a mama a contarle que te han tirado a la piscina? —ironizó mientras se agachaba en cuclillas como si de esa forma pudiera verme mejor.

«Ya te gustaría» bufé sabiendo que eso era lo que él esperaba que hiciera a pesar de que nunca había ido con el cuento a ninguno de nuestros padres de la forma despectiva que tenía de tratarme.

En ese momento di un paso para acercarme, sabía que midiendo fuerzas era técnicamente imposible que pudiera cogerle y arrastrarle hasta caer en la piscina, al menos no podría hacerlo de frente, pero sí que podía mojarle y de hecho es lo que pensaba hacer en ese mismo instante.

Justo en el momento en el que di otro paso y estaba levantando las manos sigilosamente para pegarle la bofetada de agua que lo empapara, la voz de mi madre vino a interrumpirnos rompiendo de ese modo mis planes.

—¡Andrea!, ¿Se puede saber qué haces bañándote vestida? —exigió mi madre acercándose hasta donde estábamos.

¿Porqué la vida es tan injusta y tenía que llegar en ese preciso instante? Debería haber llegado segundos antes cuando Joan me estaba tirando a la piscina.

«Maldita mala suerte la mía» gemí pensando que en algún momento el karma se volvería contra él y por tanto lo lamentaría hasta el fin de sus días.

—Tranquila Nora —mencionó Joan levantándose sin dejar de mirarme un solo instante—. Ha tropezado y se ha caído, ya sabes que algunas veces es un poco patosa.

¿Encima?, ¿Después de tirarme vestida a la piscina me llama patosa?

«Voy a tatuarle imbécil en su fornido culo de cretino» me dije visualizándome mientras lo hacía.

—Andrea, mira que te tengo dicho que no te pongas a bailar cerca de la piscina porque este suelo no es adecuado. En fin, voy a preparar el almuerzo. Sal y cámbiate de ropa, que te toca poner la mesa.

¿Encima?

—No te preocupes mamá, Joan es tan buen hermano que estoy segura de que no le importará hacerlo teniendo en cuenta mi inoportuna caída; ¿verdad? —dije mientras ponía carita de niña buena y vi como esa mirada inescrutable me observaba.

«Si vas a jugar a ese juego, yo también sé hacerlo» me dije mientras caminaba hacia la escalera y comenzaba a subir los peldaños a pesar de la sensación extraña de llevar calzado puesto.

Por suerte aún hacía bastante calor y el frío tardaría en llegar unas cuantas semanas, es más, casi se agradecía aquel baño de no ser porque el atuendo no era el adecuado.

—Claro... —contestó porque sabía que decir lo contrario era levantar sospechas de nuestro evidente distanciamiento fuera de esos muros.

Mi madre sonrió complacida y se perdió por la doble puerta de cristal que separaba el salón de la piscina.

—Aléjate de Verdini —instó de nuevo con ese ceño fruncido.

—No —negué recogiendo el móvil del bordillo de la piscina y vi que daba un paso hacia mí acercándose de nuevo.

—¿Es que te apetece darte otro baño? —inquirió alzando una ceja y vi que no dudaba ni por un solo instante en tirarme de nuevo.

—Puedes tirarme todas las veces que quieras a la piscina, pero mi respuesta va a seguir siendo la misma, Baker —escupí en su cara y antes de que pudiera responder me lancé literalmente sobre su cuerpo como si fuera una piraña.

«Jódete. Ahora no seré la única pringada en estar mojada» medité sonriente mientras comprobaba que él no decía una sola palabra y parecía completamente impasible.

Al menos debía agradecer al ballet la agilidad de poder saltar de aquella forma y agarrarme a su cuerpo sin necesidad de que me sujetara. Podía notar cada músculo tenso bajo mi cuerpo y no tenía la más mínima idea de que le estaría pasando por la cabeza, pero intuía que no era muy tonto para saber porqué lo hacía.

—¡Andrea!, ¡Que vas a mojar a tu hermano! —exclamó mi madre y sonreí aún más por saber que era un hecho.

—¡Lo siento mamá! —grité separándome y devolviendo mis pies al suelo, ya que la altura de Joan era de al menos veinte centímetros superior a la mía, por lo que me sacaba una cabeza—. ¡Es que Joan me ha dicho que me dará su antiguo teléfono al haber mojado el mío y estaba demasiado emocionada que no me di ni cuenta!

«Y ahora vas y lo cascás, listillo» pensé mientras veía como la cara de asombro de Joan me miraba de una forma extraña.

—Acabas de iniciar una guerra, pelirroja —susurró en cuanto di un paso para entrar en casa.

—No. La iniciaste tú, pero yo voy a salir victoriosa.

Para mi absoluto asombro en lugar de ese ceño fruncido y mirada inescrutable había una sonrisa de alguien que parecía complacido.

Eso no era la guerra, eran los juegos del averno y tenía muy claro que no era yo quien pensaba ir al infierno.

Capítulo 8

Me sentía victoriosa a pesar de que supiera con toda certeza que aquella felicidad iba a terminar antes de lo que finalizase esa ducha, pero jamás me había sentido tan eufórica conmigo misma por pagarle con la misma moneda al engreído de Joan como en aquel momento. Dudaba que lo dejara estar y más aún que fuera a darme su antiguo terminal de teléfono, pero al menos le había plantado cara y dejado bien claro que yo a él no le debía ningún respeto y que de hermanos no teníamos nada.

Y si no le había quedado lo suficientemente claro, iba a dejárselo en las próximas semanas.

Probablemente no volviera a hablar con Nicola hasta ese mismo fin de semana en el que iríamos juntos al espectáculo de danza, algo que me recordaba que tendría que decirle a Vanessa que no podría venir conmigo y probablemente me odiara, pero el fin justificaba los medios, ¿no? Al igual que la idea de saber que después debía acompañarle a algún lugar, volvió de nuevo a mis pensamientos.

«Pero después tengo un compromiso y tendrás que acompañarme»

¿Qué clase de compromiso podría ser? Dudaba que fuera algo familiar, ¿Y si se trataba simplemente de una excusa?

«Andrea no empieces con tus paranoias sobre asesinos en serie y perturbados psicópatas o jamás saldrás de casa» Me dije evocando el rostro de Nicola Verdini y repitiéndome que aquellos ojos verdes y esa sonrisa perfecta no podían esconder un trasfondo tan macabro.

—Seguramente sea algo sin importancia —susurré descartando la idea de que sus amigos o familia estuvieran implicados en aquel compromiso.

Después de secar mi móvil cuidadosamente con el secador y la ayuda de una toalla, comprobé que estaba frito. Más que frito estaba literalmente muerto por asfixia.

«Genial. Ahora sí que estás jodida Andrea, sin coche y sin móvil. Eres la auténtica pesadilla de toda adolescente de dieciséis años» pensé mientras refunfuñaba conforme bajaba las escaleras.

—¿Hablando sola, pelirroja? —susurró en voz baja la voz de Joan y le miré de forma asesina.

—Mi móvil ha muerto, así que ya me puedes ir dando uno de repuesto —contesté realmente cabreada.

Su puñetera gracia de tirarme a la piscina le iba a salir cara, muy cara, porque me daba igual si me lo compraba con su dinero o más bien con todo ese que a mi me quitaba del almuerzo, pero no me iba a quedar sin teléfono por su culpa.

—¡Ups! No sé donde lo dejé... —contestó intentando poner cara de inocencia fingida—. Tal vez estar una temporada sin teléfono te sirva para aprender que no deberías llevarme la contraria.

En ese instante vi que su teléfono estaba sobre la mesa y sin pensar siquiera en las consecuencias lo cogí llevándolo a mi espalda. Mi madre estaba terminando de preparar el almuerzo en la cocina y se podía escuchar el ruido de la televisión en combinación con el sonido que generaba la campana extractora de tal forma que estaba ajena a nuestra pequeña discusión.

—Me vas a dar tu móvil antiguo o me compras uno nuevo, porque sino tu teléfono va a sufrir el mismo destino que el mío —dije mientras caminaba hacia atrás lentamente en dirección a la

piscina y él parecía avanzar al mismo paso sigiloso que yo lo hacía.

—Yo que tú no lo intentarías o terminarías haciéndote daño.

¿Daño?, ¿Es que iba a pegarme o algo así? La verdad es que de todas las posibles acciones de Joan hacia mi, la violencia física era sin lugar a duda lo que menos podría temer por parte de él, porque realmente jamás se había enfrentado hasta el punto de esperar algo así por su parte.

—¿Vas a pegarme?, ¿De verdad vas a pegar a una mujer? —pregunté alzando una ceja completamente consciente de que por más que quisiera hacerme creer que podría hacerlo no lo haría.

«Igual te llevas una sorpresa y te da un sopapo» dijo una pequeña vocecilla en mi cabeza.

—No hablo de ese tipo de daño —alegó con una voz mucho más ronca de lo normal y sentí que me acercaba peligrosamente al borde de la piscina, por lo que tuve que girar levemente mi rostro para evitar caerme de nuevo o entonces si que mi madre me mataría.

En aquel leve instante sentí como me apresaba por la cintura de forma que quedé completamente inmovilizada por sus brazos rodeándome y me apretaba de tal forma hacia él que casi no podía respirar de la presión que sentía mientras me encarcelaba entre aquellos músculos. No era capaz de reaccionar, sobre todo porque podía sentir cada partícula de su ser contra mi cuerpo y su rostro estaba tan cercano al mío que podía notar su aliento.

—Sino del que podrías hacerte a ti misma —susurró mientras me miraba fijamente y sus labios estaban tan cerca de los míos que supe que con el más mínimo movimiento los rozaría—. Así que suéltalo...

La voz de mi madre a lo lejos llamándonos me hizo reaccionar y repentinamente abrí mis manos dejando que cogiera el objeto que tenía entre ellas. Joan se alejó inmediatamente dando un paso atrás sin dejar de mirarme y después se giró dándome la espalda conforme se guardaba su teléfono en el bolsillo trasero del pantalón.

¿Qué carajos había sido eso?, ¿Que demonios había sido aquello! Tenía muy claro que no quería que se repitiera, que aquella cercanía extrema con Joan me dejaba de algún modo indefensa y aunque era consciente que lo usaba precisamente como táctica para dejarme a su merced, supe que ahora más que nunca tenía que emplear a fondo mi plan de acercarme a Nicola si quería que ese misógino de pacotilla me dejase tranquila.

Aquella misma noche después de cenar y quedarme un poco más remoloneando en el sofá junto a mamá mientras veíamos una película que echaban en la televisión aprovechando que aún no tenía deberes ni exámenes, subí las escaleras que llevaban a mi habitación para acostarme. Supuse que después de todo iba a tener que romper la hucha de las emergencias para comprarme un teléfono cutre que sustituyera al mío en vista de que mi madre me mandaría al cuerno si le decía que me comprase uno nuevo teniendo en cuenta que precisamente el que se había roto era reciente.

—Dios, creo que ya me has castigado lo suficiente enviándome a ese cretino de hermanastro, ¿No puedes obrar un milagro y hacer que funcione de nuevo? —gemí caminando hacia el escritorio donde había dejado mi teléfono ahogado y pensando en la cantidad de mensajes que tendría de Vanessa y Lourdes sin leer sabiendo que ambas querían saber que tal habría ido mi encuentro con Nicola.

«Maldita sea la era en la que los teléfonos fijos dejaron de usarse porque nadie los utilizaba» pensé, aunque en realidad tampoco me habría servido porque ni de coña iba a arriesgarme a que el cretino de Joan me escuchara.

Como era evidente, aquel capullo teléfono no se encendía y lo tiré de mala gana de nuevo a la mesa, como si de ese modo fuera a funcionar, algo que evidentemente no hizo el muy jodido,

blasfemé importándome un pimiento que Joan me escuchara ya que estaba en la habitación de al lado, pero en aquel momento solo sentía rabia e impotencia contenida.

«Que se joda» pensé mientras recordaba que después de almorzar se había encerrado en su cuarto toda la tarde.

Hasta el momento no había sabido cuanta dependencia sentía de aquel cacharro y más aún queriendo contarle a mis amigas que había conseguido una cita con el mismísimo Nicola para ese sábado. Saber que tendría que reprimirme aquella efusividad al menos diez horas más me enfurecía, así que en el momento que pensé ir hasta el baño para meter el cepillo de dientes de mi supuesto hermanastro en el w.c al mismo tiempo que echaba alcohol en su aftershave solo para joderle la existencia me encontré con un teléfono en mi mesita de noche.

¿Hola?, ¿Quién había puesto eso allí? Porque de todas las personas del mundo, en la última que podría pensar sería en Joan Baker, solo que en el momento que lo giré y vi la parte trasera, mi estupefacción dio paso a un absoluto asombro del que no me recuperaba, conocía perfectamente aquella firma y a quien pertenecía. Allí estaba escrito su nombre y supe que ese era su antiguo móvil.

—No puede ser... —gemí tratando de ver donde estaba la trampa y averiguar porque Joan iba a perder aquella batalla.

«Seguramente lo ha hecho para no levantar sospechas con mi madre» medité rápidamente mientras le daba al botón de encendido y comprobaba que funcionaba.

En cuanto metí la tarjeta y abrí la aplicación de mensajería comenzaron a llegarme trocientos mensajes del grupo de mis amigas y un número en concreto que jamás me había hablado antes.

Ten más cuidado la próxima vez que te caigas, pelirroja

—¡Será cerdo!, ¡Si me ha tirado él! —No pude evitar exclamar en voz alta y de pronto me callé llevándome una mano a la boca porque no sabía si en el silencio podría haberme oído.

Esa era la primera vez en la que me decía algo de forma privada. Aquello era tan raro que ni siquiera sabía si tenía que responder mediante mensajería teniendo en cuenta que estaba en la habitación de al lado y solo tenía que dar dos pasos desde mi puerta hasta la suya.

Nunca había entrado en la habitación de Joan estando él en casa. A lo sumo había dejado la ropa de la colada sobre su cama si es que mamá me obligaba, pero solo si él no estaba presente. Lo cierto es que casi siempre lo evitaba salvo en lo más absolutamente imprescindible que era cuando hacíamos comidas familiares, por lo demás lo trataba como un mueble más de la casa teniendo en cuenta el odio que le profesaba.

No le contesté. Evité aquel mensaje pensando que quizá le diera una respuesta después y abrí el chat de mis amigas para contarles todo lo que había sucedido desde que salimos de clase.

Aunque Vanessa refunfuñó al principio por no poder asistir al espectáculo de danza, terminó confesando que ella se sacrificaba por mi futuro sentimental, porque estaba absolutamente convencida de que me pediría salir de forma oficial.

«Cuando las ranas tengan pelo» pensé en mis adentros ante la idea de ser la novia de ese tremendo guaperas italiano.

No se conocía que Nicola tuviera novia alguna, de hecho, se rumoreó que el año pasado había salido o al menos mantenido un escarceo con Rachel, la mejor amiga de Verónica, pero en ningún momento se les vio juntos para que pudiera afirmarse tal rumor. Poco después de aquello Rachel comenzó a salir con Zacker y a día de hoy seguían aparentemente juntos.

No. Ahora que lo pensaba detenidamente, Nicola no había tenido novia oficial en todos aquellos años y desde luego yo no iba a ser la primera.

—Seguramente solo aceptó porque le di lástima —aseguré dando un mordisco a la manzana que tenía en la mano—. Y tal vez sí que tenga algo que hacer después a lo que asistir acompañado y en realidad es solo un favor —dije encogiéndome de hombros y dejando que ellas elucubrasen al respecto.

Habíamos pasado toda la hora del almuerzo hablando al respecto y sacando conclusiones que solo se basaban en teorías ficticias, pero realmente hasta que no llegase ese momento, no podría salir de dudas.

El sábado llegó antes de lo que esperaba y aunque no había vuelto a coincidir con Nicola a la salida de clase, le envié un mensaje el viernes diciéndole la hora del espectáculo y que pasara a recogerme un poco antes.

A pesar de que había decidido que me vestiría de manera formal como siempre hacía para esa clase de acontecimientos, no podía evitar pensar que quizá iría demasiado elegante para lo que fuera que hiciéramos después.

Vanessa había insistido que me pusiera el vestido azul que habíamos comprado juntas porque daba un aspecto formal y sexy al mismo tiempo, ya que era completamente ajustado y llegaba hasta medio muslo. Aunque era más corto de lo que me gustaría, lo cierto es que hacía un escote precioso y por eso precisamente lo había comprado. Así que, descartando mis opciones aburridas, opté por ponerme aquel vestido sexy y las sandalias de tacón, dejé el cabello suelto con unas ligeras ondas que me había costado horrores hacer y me maquillé de manera sutil a excepción por los labios que llevaba un color borgoña para que resaltara mi tez pálida y ojos azules.

Me habría gustado que Joan estuviera en casa para que pudiera ver con sus propios ojitos quien estaba esperando en la puerta con su flamante descapotable, pero recé para que estuviera cuando Nicola me trajera de regreso y así poder restregarle en la cara que no pensaba obedecer sus órdenes. A lo largo de la semana desde el incidente de la piscina, nos habíamos limitado a evitarnos en casa y lo cierto es que aquella semana en el instituto había jugado con los tiempos para esquivarles a toda costa mientras esperaba con ansia que llegara el sábado, aunque lo que no conseguí evitar fue a Verónica y su insufrible lengua viperina diciendo que mi color de pelo era aún más horrendo que antes.

«Petarda» susurré en mis adentros conforme ponía la mejor de las sonrisas en cuanto abrí la puerta.

—¡Me voy mamá! —grité porque sabía que se estaba arreglando para salir con Paul a cenar.

—¡Vale!, ¡No vuelvas tarde! —la oí decir desde su habitación.

No sabía si le daría por mirar desde la ventana, ni tampoco si al hacerlo me llamaría o me interrogaría a mi regreso, pero había evitado decirle que asistiría con Nicola por temor a que esta abriera la boca delante de Joan y mis planes se fueran al garete antes de tiempo.

—¡Hola! Espero no haberte hecho esperar demasiado —mencioné cuando apenas me quedaban unos pasos para llegar hasta él, que se encontraba apoyado sobre la puerta de su coche.

—En absoluto, aunque viéndote he de decir que la espera merecería la pena —dijo mientras abría la puerta y me hacía un gesto para que entrara.

Y encima es todo un caballero, ¿Tendrá defectos?

«Que no te quepa duda de que los tiene» razoné rápidamente y algo dentro de mi me hizo querer averiguarlos sin saber porqué.

—No exageres... —admití en un tono de voz con cierta ironía sabiendo que seguramente había dicho aquello solo por agradar.

—Cuando exagere te lo diré, pero te aseguro que este no es el caso —contestó arrancando el

motor y con toda seguridad mis mejillas debieron teñirse de un ligero rubor al saber que de algún modo aquello había sido un halago—. ¿Sueles ir a bastantes espectáculos de danza? —preguntó y supuse que solo trataba de romper esa incomodidad que había entre ambos.

Para mi sorpresa Nicola era agradable, mucho más agradable de lo que habría imaginado en un principio y no solo era verdad que entendía algo sobre danza porque a su madre le encantaba, sino que no parecía fingir al decir que le gustaba. Mi móvil no dejaba de vibrar desde que habíamos salido del teatro en dirección a donde quiera que fuera que iríamos. Sabía que aquellos mensajes que no dejaba de recibir eran de mis amigas preguntándose a donde me estaba llevando, así que cuando el vehículo se detuvo en lo que parecía ser una casa normal, todas mis alarmas se dispararon con señales rojas intermitentes diciendome que allí no debía entrar.

—¿Qué hacemos en la casa de Verónica? —exclamé porque reconocía perfectamente aquel lugar. Yo misma había estado años atrás las suficientes veces para poder recordarlo.

—Te dije que tenía un compromiso —reconoció encogiéndose de hombros—. Es su cumpleaños y sus padres se han ido todo el fin de semana para que organice la fiesta.

Cierto. Su cumpleaños era siempre al comienzo de las clases, ¿Por eso me había dicho que no me gustaría si me lo diría?, ¡Con razón! Si entraba en esa casa estaba segura de que me echaría a patadas.

—No voy a entrar ahí ni loca —dije tan atropelladamente que no supe si me habría podido entender—. ¿Es que esto es algún tipo de broma o algo así? —exclamé mirándole y preguntándole si es que formaba parte de algún macabro plan.

—No va a pasar nada —contestó bajándose del coche y rodeando el vehículo hasta llegar a la puerta del copiloto donde me encontraba—. No voy a dejar que te pase nada.

«Y un cuerno» pensé no fiándome en absoluto de su palabra. Después de todo ¿Cuanto conocía a Nicola? Nada. No sabía realmente como era.

—¿Qué no va a pasar nada? Ahí dentro solo hay personas que me detestan.

Y no exageraba. Joan había hecho que todos me vieran como unaapestada.

—Si vienes conmigo no van a decir nada —insistió cogiendo mi mano y estirando de ella para que bajara de su coche—. Y si lo hacen te prometo que seré el primero en sacarte de ahí y llevarte a casa —añadió mirándome fijamente a los ojos.

¿Estaría diciendo la verdad o mintiendo como un bellaco?

—¿Me lo prometes? —exclamé con el peso de la duda porque en el fondo, muy en el fondo, solo quería entrar en ese sitio acompañada de Nicola por una razón; Joan estaría ahí sin duda alguna.

—Te lo prometo —advirtió sonriente y comenzó a avanzar hacia la casa de Verónica donde se podía apreciar la música que evidentemente venía del interior.

Supuse que Nicola no habría mencionado a sus amigos que me iba a llevar a esa fiesta privada y me preguntaba quienes serían exactamente las personas invitadas aparte de su círculo más cercano, así que en cuanto él llamó al timbre y segundos después Zacker abrió la puerta pude apreciar que estaba lo suficientemente borracho para no reconocerme a pesar de que me dio un repaso de arriba abajo.

—¡Ey!, ¡Nicola ha traído a un pibón despampanante! —gritó con voz ronca y noté como el mismo Nicola sonreía y pasaba su mano por mi cintura.

En ese momento todas las caras de los que rondaban por allí se volvieron hacia nosotros.

«Me quiero morir. ¡Me quiero morir del bochorno!»

En ese momento alcé la vista y Joan apareció por las puertas que permanecían abiertas y daban

al área de la piscina. Su mirada se detuvo directamente en nosotros, o mejor dicho en mí. Notaba como sus ojos se paseaban por mis piernas hasta llegar a mi cintura y ascender hasta finalmente encontrarse con los míos. Su mirada se ensombreció al reconocermé.

«Genial. Al menos el bochorno había merecido la pena»

—¿Qué demonios hace ella aquí?

No era la voz de Joan como habría esperado oír, sino la de Verónica que parecía exigirle a Nicola una explicación.

—Viene conmigo —contestó sin más—. Dijiste que podría traer a alguien y eso mismo he hecho —añadió mientras sentía como me apretaba más hacia su cuerpo.

Capítulo 9

¿Qué se suponía que era aquello?, ¿Por qué demonios Nicola estaba haciendo eso?

«Algo está pasando y yo no me estoy esterando» pensé evaluando la cara completamente roja que tenía Verónica de absoluto enfado y Joan permanecía impertérrito sin mover un solo músculo. Era como si el tiempo se hubiera detenido y ninguno hiciera nada para que algo sucediera.

—¿Qué tal una cerveza? —exclamó Zacker y apareció con dos vasos ofreciendo lo que parecía ser una tregua de paz.

Escuché como la reina del instituto bufaba ante la imposibilidad de hacer nada para que me largara dándose la vuelta y vi que Joan la seguía hacia el pasillo perdiéndose en el interior de la vivienda.

—¿Ves como no era para tanto? —susurró una vez que Zacker se alejó de nosotros después de darnos las bebidas.

¿Qué no era para tanto? Probablemente el lunes me mortificara en clase y según él no era para tanto.

«Más vale que le diga a mi madre que me cambie de instituto o me puede ir apuntando en la cola de un psiquiátrico»

—¡Que va! Por eso han desaparecido esos dos —bufé refiriéndome a Verónica y Joan, que después de todo eran los que movían todo el grupo siendo la parejita perfecta.

—Bah... Verónica solo está molesta porque quiere ser siempre el centro de atención y cuando apareces tú, sabe que no lo es. No es tonta, ni tampoco ciega como ninguno de los aquí presentes —contestó observándome con esos ojos verdes que podrían derretir a cualquiera, inclusive a mí, que sentía como mis rodillas fallaban estrepitosamente si no fuera porque aún me sostenía firmemente de la cintura.

¿Qué quería decir con eso?, ¿Estaba comparándome con Verónica?, ¿Con esa rubia despampanante que todos los chicos del insti deseaban? Cierto era que yo jamás admitiría que era demasiado guapa, prefería considerarla vulgar solo porque no me caía bien, pero jamás habría osado compararme con la reina de la belleza más popular, por algo era la novia eterna de Joan. Ninguna era más bonita que ella.

—Yo solo sirvo para ser el centro de atención de las burlas de Joan, para nada más —rectifiqué sin mencionar esa segunda parte que estaba a un abismo de acercarse a mi persona.

Nicola iba a contestar, pero en ese momento se acercó un grupo de chicos invitándonos a salir a la zona de la piscina donde se estaban bañando unos cuantos. No tenía intención alguna de bañarme y menos aún en ropa interior, estaba segura que de hacerlo, mi foto en paños menores aparecería colgada de todas las taquillas el mismo lunes a primera hora. No gracias. Ya había sido objeto de suficientes burlas en lo que restaba de mi vida. En cambio, a los chicos no parecía importarles meterse en la piscina, algunos en ropa interior y otros sí llevaban bañador. Yo me limité a descalzarme y sentarme únicamente en el borde para mojar los pies, tampoco quería parecer demasiado insulsa después de todo.

Para mi sorpresa conforme pasaban los minutos veía que ninguno de ellos se refería a mi de

forma despectiva, es más, una de las chicas se sentó a mi lado y me preguntó si Nicola y yo habíamos tenido una cita antes de ir allí.

Casi media hora después de que hubiéramos llegado, Joan y Verónica hicieron acto de presencia. Ella parecía turbada y él mantenía un rostro sin emoción alguna. Evité mirarle en todo momento, pero algo me decía que sus ojos me evaluaban fijamente como si fueran una sombra fija y constante tratando de advertirme algo. Sabía que le molestaba que estuviera allí, eso era obvio, pero, ¿Por qué?, ¿Tanto le perturbaba que pudiera mezclarme en su círculo de amigos?, ¿Acaso temía que pudiera ver una faceta que desconocía en él?, ¿Tan absolutamente egoísta era para no permitir que yo también me divirtiera? Fueran cuales fueran las circunstancias me daba absolutamente igual, ¿No había ideado todo aquello con la idea de estar precisamente donde estaba ahora? Y mi plan había funcionado, porque desde el momento en que había entrado no había recibido ni un solo insulto o vejación por parte de nadie, inclusive del propio Joan.

Nicola se acercó hasta donde me encontraba y con aquellos fuertes brazos saltó sentándose a mi lado completamente empujado. Era inevitable recorrer con la vista ese cuerpo creado para el pecado, solo que hacerlo me ruborizaba hasta límites insospechados.

«No le mires. No le mires que se va a dar cuenta de que piensas que está más bueno que el pan con mantequilla»

—¿Me traes algo de beber? Estoy muerto de sed y no puedo entrar mojado o Verónica me mataría —mencionó sonriente—. Están en la cocina, seguro que hay alguien por allí que te lo indica.

—¿Estás seguro de que puedo moverme libremente por esta casa? No quiero que me acusen de estar robando algo, la idea de pasar la noche en un calabozo no me agrada... —susurré en voz baja pretendiendo que nadie más nos escuchara.

La estridente risa de Nicola llamó la atención de todos que nos observaban como si fuéramos extraterrestres.

«Tierra trágame»

Y para perturbarme aún más, Nicola colocó una mano en mejilla mientras acercaba la boca a mi oído con delicadeza. No sabía que me ponía más nerviosa si el hecho de que nos estuvieran observando o que él estuviera tocándome de aquella forma.

—No te pasará nada, estás conmigo y nadie podrá decirte nada —jadeó en mi oreja mientras sentía pequeñas gotas de agua caer sobre mis piernas.

Mi respiración se contuvo ante aquellas palabras y cuando se apartó levemente contemplé esos ojos verdes

—¿Quieres otra cerveza? —pregunté cuando mis neuronas tuvieron la suficiente lucidez.

—No —negó—. Tengo que llevar a cierta señorita a su casa y pretendo que llegue sana y salva —sonrió mientras volvía a zambullirse en la piscina de nuevo.

Me levanté lentamente sin prestar atención si alguien me observaba y caminé con los zapatos en la mano hasta la entrada de la casa, donde me los coloqué antes de entrar para dirigirme hacia la cocina, que se podía vislumbrar desde el propio salón de la casa.

Todo el mundo parecía estar fuera, ya que no había ni rastro de nadie por el lugar, así que fui directamente hacia el frigorífico esperando encontrar algo que no fuese agua.

Saqué uno de los botellines de refresco que había en la nevera y busque entre el revoltijo de vasos, chapas y botellas de cristal vacías algún abridor para retirar la chapa, seguramente debería estar a la vista teniendo en cuenta que...

—¿Buscas esto? —exclamó la voz inconfundible de Joan.

Paseé mis ojos con rapidez para verificar que efectivamente estábamos a solas en aquella cocina, ¿Podría ser casualidad? No, obviamente me había seguido sabiendo que me encontraría a solas.

—Si, gracias —sonreí con algo de falsedad mientras alzaba la mano para alcanzarlo y entonces vi como él la retiraba.

—Verdini solo te está utilizando, ¿Es que no lo ves? —exclamó fijando esos ojos de un profundo azul sobre los míos.

¿Qué me estaba utilizando?, ¿Ahora iba a utilizar esa estrategia para que me apartara?, ¡Genial!

—¿Y? A lo mejor yo también le esté utilizando a él —contesté alzando el mentón y dejando bien claro que nada de lo que dijera iba a importarme.

Le oí bufar y después miró hacia atrás, como si tratara de asegurarse de que nadie nos estaba escuchando.

—No me provoques mocosa, porque mi paciencia está llegando a su límite. Aléjate de Verdini, solo te quiere por interés y cuando consiga lo que quiere, te apartará de su vida como lo ha hecho con todas. Es mi última advertencia —mencionó alejándose y dejando el abridor sobre la mesa.

Por primera vez Joan me sembró la duda. Aparte de su clara exigencia y autoridad, había cierto aire de preocupación en sus palabras por primera vez desde que le conocía.

¿Sería verdad?, ¿Nicola me había llevado allí con alguna finalidad? Volví de nuevo a la piscina y comprobé que todos se encontraban fuera. Estuvimos solo un par de horas más y percibí como Verdini no se separaba ni un solo momento de mi lado, es más, de vez en cuando podía notar su mirada sobre la mía o como se aferraba a mi cintura para constatar delante de todos *algo* que a mí se me escapaba a todas luces.

Una vez en el coche de regreso a casa no dejaba de preguntarme si habría algo de verdad en las palabras de Joan y sabía que no podría dormir esa noche si las acallaba.

—Estás muy silenciosa, ¿No te has divertido? —preguntó Nicola sacándome de mis propios pensamientos.

—No —negué—. Quiero decir si, claro que me he divertido, de hecho, ha sido muy distinto de como había esperado —aseguré a pesar de que Verónica no me dirigió la palabra en toda la noche.

—Me alegro. Te advertí que no iba a dejar que pasara nada, Andrea —advirtió sonriente con la mirada fija en la carretera.

—Nicola, ¿Para que me has traído realmente a esa fiesta? —pregunté sin rodeos.

—No me apetecía ir solo. Además, me parecías una más que aceptable compañía y surgió sin más —contestó en un tono neutral con el que podría haberme conformado si Joan no hubiera sembrado ese resquemor que ahora tenía.

—Mira, tal vez esa respuesta le sirva a otra, pero no a mí. Sé que ahí dentro ha ocurrido algo que tú querías provocar y tal vez si me lo cuentas los dos podremos salir ganando con esto —mencioné sincera, después de todo, yo había provocado todo aquello con una finalidad, no es que mis intenciones fueran las más honorables del mundo tampoco.

Nicola suspiró y vi como el vehículo aminoraba la velocidad hasta detenerse a un lado de la calle en la que circulaba, solo estábamos a unas manzanas de mi casa, por lo que supuse que no quería esperar a que llegáramos para contarlo.

—¿Qué podrías ganar tú? —exclamó mirándome a los ojos y atisbando una sonrisa.

—Te lo diré después de que confieses, antes jamás —advertí mordiéndome el labio y el silencio de aquel pequeño habitáculo se llenó de sus risas.

«Hay que ver que guapo era ese hombre cuando reía, aunque lo cierto es que era guapo las veinticuatro horas del día»

—Me imagino que sabrás que Joan dejó a Verónica antes de irse al campamento este verano, ¿verdad?

¿Qué tendría que ver ese hecho con lo que estábamos hablando?, ¿Tal vez era una estrategia de distracción?

—Pues claro, lo sabe todo el mundo —advertí siguiéndole la corriente.

—Pero lo que dudo que sepas es que ha pasado todo el verano conmigo y no precisamente como amigos... —afirmó sin mirarme directamente a la cara.

¿Verdini y Verónica? La madre que me parió, ¿Es que esa mujer los tiene que tener por pares?

«Que injusta es la vida»

—Y me imagino que Joan no lo sabe... —jadeé.

—Exacto —afirmó—. Ella siempre hace lo mismo, cuando lo dejan viene llorando para que la consuele y en cuanto él chasquea los dedos, regresa con él.

«Esto era más jugoso que las novelas románticas que echaban a la hora de la siesta»

—¿Y porqué dejas que lo haga? —exclamé no comprendiendo como permitía que ella jugara así con él y con Joan al mismo tiempo.

—Supongo que me gusta demasiado y no puedo evitarlo —confesó encogiéndose de hombros.

—Imagino que tu único objetivo llevándome esta noche a esa fiesta era provocarla —advertí sabiendo ahora que el interés de Nicola sobre mi no era precisamente porque le gustara.

—Si —afirmó—. Y parece que funcionó mejor de lo que esperaba.

—Ya lo creo, ¡Estaba cabreadísima! —exclamé pensando que, en el fondo, no era solo porque me detestaba, aunque con toda probabilidad iba a ganarme su odio profundo.

—Ya he confesado mis pecados, ahora te toca a ti. ¿Qué es lo que ganas tú, Andrea? —exclamó mientras parecía intrigado.

—Creo que es evidente —sonreí—, dejar de ser el objeto de burlas de Joan y todo su círculo de amigos que casualmente también es el tuyo —añadí confesando mi oscuro secreto.

Le conté que me había acercado a él con la idea de provocar a Joan, pretendiendo de ese modo que me dejase en paz, aunque no confesé que mi plan era salir con él porque me parecía bochornoso.

—¿Y si lo hacemos? —exclamó repentinamente—. ¿Y si fingimos que de verdad estamos saliendo? —añadió como si una bombilla se iluminase en su cerebro.

—¿Te refieres a que todo el instituto crea que estamos juntos? —exclamé atónita.

—¿Por qué no? Tú quieres dejar de ser el objeto de burla de tu hermanastro y yo quiero darle una lección a Verónica para que no crea que estaré esperándola eternamente, los dos ganamos y nadie tiene porqué saber que solo es un acuerdo.

Pero... pero... ¿Qué se supone que tengo que hacer?, ¿Cómo actúan las parejas que salen juntas?

—Y vamos a fingir todo... ¿todo? —exclamé con cierto tono agudo que pretendía indicar a qué se refería ese todo.

—Solo en público, tampoco creo que sea muy complicado. Fíjate en esta noche, todo el mundo se lo ha tragado y ni siquiera estábamos fingiendo.

«Ya majo, pero las parejas se besan... ¡En la boca!» gemí interiormente solo que aquello tampoco es que me disgustara enormemente ahora que lo pensaba.

Tenía dos opciones; la salvación o el abismo más oscuro en el agujero al que iría de cabeza si

lo rechazaba.

Estaba claro; aceptaría hasta la última de las consecuencias.

—Creo que acabo de convertirme en su novia de pega, señor Verdini —advertí pretendiendo sacarle cierto humor a aquella inverosímil situación.

Capítulo 10

No podía creérmelo. ¿De verdad había aceptado aquella locura de propuesta? La sola idea de lo que aquello implicaba me ponía los nervios a flor de piel, sobre todo porque desconocía totalmente lo que implicaba.

—¡Genial! —exclamó Nicola con cierto énfasis de euforia—, pero si vamos a hacerlo, habrá que hacerlo bien —alegó mirándome fijamente como si aquello fuera una advertencia.

—¿A que te refieres? —pregunté algo acongojada.

¿Qué podía implicar el término “hacerlo” y “bien” en la misma frase?

«Andrea no seas neurótica y paranoica que seguro que no significa lo que te estás imaginando» me recité a mi misma apremiándome a tener paciencia.

—Nadie puede saberlo. En el insti todos se conocen y basta que lo sepa solo una persona para que al final nos terminen descubriendo. Si queremos que funcione, será un secreto únicamente de nosotros dos —mencionó de forma seria y comprendí que lo decía en serio.

¿No podría contárselo a mis mejores amigas?, ¿Ni tan siquiera a ellas?, ¿Cómo iba a lograr guardarme aquella bomba para mi misma de forma continua?

«Seguro que exploto» pensé instantáneamente.

—¿Nadie? —pregunté indecisa.

—Solo tú y yo —contestó haciendo hincapié en ello.

Ya había tomado la decisión más difícil, aquello solo era una reiteración del absoluto abismo al que me estaba arrojando sin paracaídas y con los ojos cerrados.

—Está bien, pero con una condición —advertí mordiéndome el labio y sonriendo al mismo tiempo, algo que provocó que Nicola me mirase con cierta curiosidad—. Cuando todo esto termine, seré yo quien te habrá dejado a ti.

Al menos mi dignidad saldría intacta después de todo aquello.

Una sonrisa ligera surcó los labios de aquel chico de ojos verdes mientras apartaba la mirada.

—Eso te lo concedo —advirtió antes de proseguir el camino y dejarme en la puerta de casa.

Me bajé del vehículo sin mirar atrás, no quería parecer cursi, ni tampoco estupefacta ante la sola idea de que la próxima vez que nos viéramos tendría que fingir que era su novia delante de todos.

«No pasa nada Andrea, tienes todo el día de mañana para asimilarlo» me dije tras cerrar la puerta de casa y dejarme caer sobre ella mientras dentro de mí gritaba de euforia.

¡Oh, Dios!, ¡Todo el mundo creería que yo era la novia de ese guaperas buenorro con un descapotable! Quería gritar, saltar, chillar... en realidad no sabía que quería hacer, pero algo que no fuera quedarme divagando en lo que aquello implicaba a pesar de no ser verdad.

«Vamos a ver quien ríe el último ahora, querido hermanastro» pensé e instantes después escuché lo que parecía el sonido de su moto llegando a casa.

¿Qué hacía volviendo él tan temprano? Normalmente un sábado llegaba tarde y cuando digo tarde quiere decir bien entrada la madrugada. En esos momentos mi reloj solo marcaba las doce. No me apetecía enfrentarlo, así que me quité los zapatos y corrí con ellos atravesando el salón

para subir las escaleras y cerrar sigilosamente la puerta de mi habitación. Ni tan siquiera me molesté en encender las luces, sino que con el reflejo que se filtraba a través de la ventana me bastaba. Mi pulso estaba acelerado, sobre todo porque era evidente que no había nadie más en casa.

Joan jamás se había atrevido a cruzar la línea que existía entre el pasillo y la puerta de mi habitación, pero... ¿No había cruzado ya esa línea dejándome su teléfono sobre la mesilla de noche hacía tan solo unos días? El sonido de la puerta de casa hizo que me sobresaltara y con esa idea me metí tal cual iba vestida dentro de la cama, cierto nerviosismo acelerado recorría mi cuerpo de pies a cabeza, era como si tuviera la absoluta certeza de que él abriría la puerta de mi habitación en cualquier instante.

Podía percibir el sonido de unos pasos subiendo las escaleras y acercándose, aquello no significaba nada, para llegar a su habitación debía pasar por delante de la mía, así que contuve el aliento, pero cuando aquellos pasos se detuvieron no escuché como se abría la puerta de su cuarto, sino que un silencio sepulcral inundó mis oídos y eso provocó que mi pulso se desbocara. En el momento que vi como la puerta se abría sigilosamente cerré fuertemente los ojos mientras fingía que dormía. No podía creerme que Joan estuviera entrando a hurtadillas, ¿Para qué?, ¿Con que intención? Probablemente solo quisiera volver a echarme en cara que Nicola solo trataba de utilizarme y se quedaría con las ganas. Si tanta rabia le daba que me relacionase con su mejor amigo, que se fuera acostumbrando, porque a partir del lunes iba a estar hasta en la sopa.

Unos pasos sigilosos se acercaron hasta aproximarse al borde de mi cama, podía notar su presencia allí mismo y aunque tenía ganas de gritar que se largara, al mismo tiempo era incapaz de hacerlo sin saber la razón del porque aquello no me molestaba. Permanecía inmóvil, sin movimiento alguno, solo unos segundos después fui consciente de que se había marchado y tras oír la puerta de su habitación solté todo el aire que había estado conteniendo hasta ese instante.

¿Por qué demonios Joan Baker me provocaba tantas emociones juntas al mismo tiempo? Le odiaba, le deseaba el peor de los sufrimientos, le detestaba y del mismo modo mi cuerpo se paralizaba en su presencia.

«Si no fuera tan jodidamente guapo le odiaría con más ganas» reconocí al instante.

En algún momento de mi perorata interna hacia mi insufrible hermanastro me quedé dormida con la ropa puesta, así que cuando me levanté el domingo por la mañana comprobé que mi vestido ahora estaba lo suficientemente arrugado como para ir directamente al cuarto de lavado y planchado.

Apenas eran las diez de la mañana cuando bajé a desayunar y me encontré con mamá junto a Paul tomando café en la barra de la cocina, parecían hablar calmadamente como cualquier domingo normal, imaginé que no debían haber regresado mucho más tarde de lo que hice yo, ya que habían salido a cenar.

—Buenos días —sonreí mientras pasaba de largo y dejaba el vestido que llevaba entre las manos en el cuarto de colada—. ¿Qué tal lo pasasteis anoche? —pregunté acercándome al frigorífico para servirme un vaso de leche y en cuanto abrí la puerta pude apreciar el sonido de alguien que parecía bajar las escaleras.

Había visto a Joan en pijama muchas veces, por alguna circunstancia aquella mañana estaba más nerviosa de lo normal. No sabía si era el hecho de que iba a fingir salir con Nicola y aquello me tenía en tensión o si la causa era saber que Joan se había colado furtivamente en mi habitación. La cuestión es que aquel cabello moreno revuelto, el pantalón de cuadros abombado y la camiseta de manga corta de color blanco, siempre le habían sentado demasiado bien, aunque aquella

mañana le sentaban excepcionalmente bien a pesar de ser un capullo integral, por lo que evité mirarle a toda costa.

—¿Mi hijo levantado un domingo antes de las doce? —exclamó Paul—. Por favor que llamen a un médico porque creo que estoy teniendo visiones —añadió con cierta sorna.

—Muy gracioso —comentó Joan mientras se acercaba a la cafetera para servirse su habitual café solo sin azúcar—. Estaba cansado y volví temprano a casa.

¿Por qué debía saber yo esas cosas? Me repateaba el hecho de conocer sus gustos cuando él me hacía la vida imposible dentro y fuera de aquella casa.

—¿No era ayer el cumpleaños de Verónica? —Insistió Paul—, pensé que por esa razón regresaría tarde.

—Si... —Su voz parecía titubear como si tratara de buscar una excusa—, pero como dije antes estaba cansado y decidí volver a casa en lugar de estropearles la fiesta a los demás.

¿Joan cansado?, ¿De qué?, ¿De ser un imbécil redomado? Lo podría entender, aún así no mencioné palabra alguna de que yo estuve en esa casa y de que probablemente había regresado temprano porque a Verónica le habían agitado la fiesta.

Cuando alcé la vista comprobé que Joan me observaba fijamente, como si aquellos ojos azules me estuvieran retando, ¿Acaso esperaba que dijera algo?, ¿Quizá temía que mencionara que yo estuve en ese lugar? Ni de lejos pensaba admitir que fui allí con Nicola y mucho menos para tener que someterme a un interrogatorio de mi madre donde terminaría confesando que era mi novio postizo.

«Dios, ¡Que mal suena eso!» medité.

Quizá me moría de ganas por restregarle en esa cara de patán que me reía en su cara de sus estúpidas advertencias y amenazas, pero no pensaba hacerlo precisamente delante de nuestros padres, donde él guardaba buenamente sus apariencias.

—¿Qué tal lo pasaste anoche en la función de ballet con Vanessa? —preguntó mi madre ante el repentino silencio que embriagó la cocina mientras Joan y yo nos sentábamos en la barra americana para desayunar.

—Muy bien —respondí escuetamente mientras me llevaba el vaso de leche a los labios como si diera por finalizada la conversación.

—¿Fuiste con tu amiga Vanessa? —exclamó Joan con fingida sorna y supe lo que trataba de hacer.

«Si crees que vas a ponerme nerviosa, lo llevas crudo listillo»

—Desde luego, siempre voy con ella —afirmé sin mirarle mientras me metía una de las galletas que había dispuesto mi madre en un plato frente a nosotros—. ¿A qué hora llegasteis a casa? —mencioné solo por evitarle y retomar la conversación con mamá.

—Bastante tarde —recalcó esta—. Nos entretuvimos con Thomas y Martha y nos dieron casi las dos de la madrugada, Me extrañó que no nos esperases despierta como haces siempre, ya que te da miedo estar sola en casa de madrugada, por un momento me preocupé creyendo que te había pasado algo hasta que comprobé que estabas en tu cuarto —añadió mamá y me dieron ganas de fulminarla. ¿Porqué tenía que decir delante de Joan que era una paranoica?

«Yo y mis neuras de creer que va a entrar algún depravado para raptarme»

—¿La niñita tiene miedo de que el monstruo de las galletas venga a raptarla? —Su voz de engendro idiota hizo que me exasperase. Además, jugueteaba con una galleta riéndose de mi y después vi como se la metía de un solo mordisco mientras sonreía jactándose de mi.

Aquello hizo que todo mi autocontrol explotara.

—Es que Joan volvió a casa —recalqué y su sonrisa de idiota se esfumó. Para más inri sonreí de medio lado haciéndole entender que sabía exactamente lo que pasó.

«Si idiota. Estaba despierta cuando entraste en mi habitación»

Desconocía si sus razones eran cerciorarse de que estaba en casa, enfrentarme de nuevo o simplemente sacarme de quicio como solía ser su pasatiempo favorito, pero fuera la opción que fuese; no me importaba, me había reído de él en su cara a juzgar por su expresión contrariada.

Para mi absoluto desconcierto, Joan se esfumó de casa y el resto del día lo pasé viendo películas en mi habitación además de poner al día a las chicas sin entrar en muchos detalles de la situación. Les dije que había asistido a la fiesta de Verónica y les conté todo lo que allí había sucedido, pero bajo ningún concepto admití que ahora Nicola y yo estábamos saliendo, aunque aquello solo fuera ficticio.

Aquella noche, me dispuse a activar la alarma como hacía cada domingo y descubrí que tenía un nuevo mensaje, era de Nicola. No habíamos hablado desde la pasada noche y aunque sabía que no podía esperar nada de todo aquello, lo cierto es que cierta exaltación me abrumó al saber que tenía una notificación suya.

«Mañana pasaré a recogerte antes de ir a clase.

Dulces sueños, novia ;)»

Aunque sabía que el guiño era solo por el acuerdo tácito que manteníamos, el hecho de tener allí escrito la palabra novia proveniente del grandísimo Nicola Verdini provocó que quisiera gritar de euforia.

«No te emociones Andrea, que nada de esto será real» me dije a mi misma para convencerme.

La mañana del lunes me levanté más temprano de lo habitual, quizá era por esa emoción contenida de saber que ese día comenzaba mi redención en el instituto. Adiós a las interminables burlas. Bye bye al temor de enfrentarme a esos largos pasillos y hasta nunca al miedo de tener que ir al comedor del instituto y someterme a comparaciones odiosas con la comida.

Afortunadamente Joan se marchó temprano como solía hacer siempre para recoger a Verónica, al menos tenía algo bueno aquel idiota y es que siempre era puntual y se preocupaba por su novia, aunque pasaba de mi y eso que vivíamos en la misma casa. Miraba cada treinta segundos por la ventana del salón esperando ver en algún momento el flamante coche de Nicola. Ya había avisado a Vanessa que no me recogiera aquella mañana y comenzaba a rezar para que no me dejasen tirada.

—Si no te conociera, diría que estás nerviosa. ¿Es que tienes un examen a primera hora?, ¿No es un poco pronto para eso? —mencionó mi madre y maldecí porque justo en ese instante viniera a perturbarme.

—¿Nerviosa? —exclamé—. Para nada —fingí cruzándome los brazos y asegurándome por quinta vez que tenía todos los libros en la bolsa—. ¿No tienes que irte ya al trabajo?

—Cualquiera diría que tratas de echarme, pero hoy me duele bastante la cabeza, así que trabajaré desde casa, ya avisé a la oficina —contestó para mi propia desgracia.

«Genial Andrea. Tienes dos opciones; decirle a tu madre que te recogerá el que finge ser tu novio o esperar a que ella misma se de cuenta cuando llegue»

—¡Ah! —exclamé sin saber que responder.

—¿Me vas a decir ya que es lo que te ocurre y porque estás tan rara? —insistió mamá y en ese momento el claxon de un coche alertó desde la calle.

«¡Mierda!»

—¡Me tengo que ir mamá!, ¡Llego tarde! —grité mientras abría la puerta y el descapotable de Nicola estaba aparcado a tan solo diez pasos. Distancia que desde luego recorrí apresuradamente antes de que mi madre saliera de su estupefacción.

Tenía exactamente seis horas para inventarme algo que contarle a mamá cuando volviera a casa.

—Buenos días —sonrió Nicola.

—¿Crees que era buena idea aparcar delante de mi casa y que te viera mi madre? —mencioné algo contrariada.

—Si voy a recogerte cada mañana para llevarte a clase, es mejor que sepa cuanto antes que salimos juntos —contraatacó dejando noqueadas mis defensas.

¡Ay, madre! Que esto estaba comenzando a tomar color y forma en todo el sentido de la palabra. Por un momento había concebido aquella idea aplicada al instituto, pero fuera de allí no sería real, solo que Nicola pretendía ir más allá... hacer de todo esto casi una realidad.

—¿Vas a recogerme todos los días para llevarme al instituto? —exclamé asombrada.

—¿No es eso lo que hace Joan con Verónica? —ironizó y comprendí que solo lo hacía porque era lo que se esperaba que hiciera.

«Tonta. ¿En que mundo iba Nicola a hacer algo por ti si no tuviera un interés detrás para hacerlo?» me reprendí.

—Ya... claro —admití por decir algo.

Imaginaba que solo quería que nos vieran llegar juntos, dejar constancia que él me traía a clase, así que pensé que en cuanto entráramos por las puertas del instituto cada uno tomaría su rumbo hacia sus respectivas aulas. No fue así. Sino que en cuanto me bajé del vehículo y me colgué el bolso al hombro, sentí como Nicola me aliviaba el peso para colgárselo él mismo mientras me rodeaba con su mano la cintura para atraerme hacia su cuerpo.

—Comienza el espectáculo —susurró guiñándome un ojo mientras sonreía y estiraba de mi para que le siguiera el paso.

Podía sentir las miradas sobre nosotros, incluso percibí algún que otro codazo de aviso a terceras personas para que vieran lo que estaba sucediendo, era como esas películas de adolescentes, solo que en esta ocasión se trataba de mi propia vida en primer plano.

Estaba pasando de verdad. Lo que tantas veces me había prometido a mi misma que iba a lograr estaba a punto de suceder, mi necesidad de ver la cara de estupefacción que pondría Joan cuando viera que había hecho caso omiso de sus advertencias hacía que la emoción se volviera aún más intensa.

Vislumbré como siempre al grupo de Joan y sus amigos, era inevitable no verlos ya que siempre se encontraban a pocos pasos de la puerta de entrada y desde luego era el lugar al que Nicola se estaba dirigiendo.

En cuanto aquellos ojos azules se posaron sobre los míos me estremecí, en su rostro había desconcierto y al mismo tiempo la cólera iluminaba su mirada.

—¡Que puñetas crees que estas haciendo con...

—¿Mi novia? —irrumpió Nicola antes de que Joan dijera alguna de sus barbaridades—. Por si el sábado no os quedó lo suficientemente claro, Andrea es mi chica.

En aquel momento demasiados rostros nos observaban algo estupefactos y por si fuera poco Nicola se giró hacia mi y con su mano libre rozó mi mejilla para que le mirase. Su sonrisa dulce apareció en sus labios, esa que gritaba; *confía en mi* en todos los sentidos, sonreí vagamente y antes siquiera de pensarlo sus labios estaban posados sobre los míos.

«Me ha besado» grité en mi mente. ¡Nicola Verdini me ha besado delante de todo el instituto!

«Y encima es mi primer jodido beso» Era suave, delicado, emocionante y vibrante al mismo tiempo.

«El novio será de pega, pero sus besos sí son reales» medité dejándome avasallar por todas las emociones juntas que estaba sintiendo en ese breve instante.

Capítulo 11

El golpe producido por el sonido metálico de una de las taquillas hizo que la magia se desvaneciera y con ello los labios de Nicola se alejaron de los míos mientras me gritaba a mi misma que quería más, pero que debía recordar que solo estábamos fingiendo aquella relación.

—Nos vemos a la hora del almuerzo, preciosa —pronunció Nicola mirándome fijamente a los ojos y sentí como mi cuerpo temblaba.

A pesar de que aquel fuerte sonido hubiera acabado con aquel beso, lo cierto es que ninguno de los dos nos habíamos dejado de observar.

«¡Dios bendito que guapo es!» exclamé en mis adentros mientras me gritaba que no me quedara con boca de pez y dijera algo que no fuese contraproducente ya que la gente nos observaba.

—Por supuesto —mencioné y me obligué a sonreír a pesar del nerviosismo.

Observé que Nicola también sonreía y hacía un leve gesto de cabeza que no sabía que significaba exactamente, ¿Tal vez era para que me marchara?, ¿Debía decir algo y no comprendía el qué? En ese instante recordé que me había llamado *preciosa*, ¿Quizá tenía que ponerme algún apodo cariñoso para que aquello pareciese más real?

«Ni que alguien dudara de ello después del beso que te ha plantado en los morros, chata»

Para mi absoluto asombro Nicola se acercó de nuevo, pero esta vez no se dirigió a mis labios, sino que rozó su nariz en mi mejilla como si tratara de darme un leve abrazo.

—Tendrás que llamarme cariño cada vez que te diga preciosa —susurró tan cerca de mi oído que sentía como mis rodillas flaqueaban.

«No es real. No es real. No es real, Andrea» repetí mentalmente.

—¿Estás seguro? —exclamé en voz baja.

—Desde luego —mencionó en un tono de voz más alto mientras se alejaba de mi cuerpo y volví a sentir cada parte de mis músculos sin ese calor que él ejercía cuando se acercaba.

¿Llamarle cariño a Nicola Verdini? Eso iba a ser digno de ver y escuchar de mis propios labios.

El ruido de la campana que iniciaba las clases sonó por todo el recinto indicándonos que cada uno debía acudir a su aula.

—¡Vamos o llegaremos tarde! —La voz de Joan era tan contundente que por un segundo me había olvidado de que estaba presente y que debía haber visto con sus propios ojos como besaba a Nicola.

¿Sería él quien dio aquel golpe a la taquilla? No lo iba a preguntar, de hecho, me importaba bien poco si había sido o no, solo esperaba que se hubiera dado cuenta de que sus amenazas o juegucitos de egocéntrico y manipulador se habían acabado.

«Chúpate esa hermanastro de tres al cuarto» medité conforme me daba media vuelta y me dirigía hacia el aula.

Antes de llegar fui interceptada por mis dos mejores amigas que tenían cara de incredulidad, solo entonces me di cuenta del alcance que había tenido aquel beso que acababa de protagonizar frente a todos.

«Mañana saldrá hasta en los periódicos» pensé mientras Vanessa y Lourdes me avasallaban a preguntas incómodas sin parar.

—¿Te besó el sábado? —preguntó Vanessa intrigada.

—¿Qué se siente al ser besada por Nicola Verdini? —intervino Lourdes algo soñadora y lo cierto es que no tenía con quien comparar, pero era como flotar en una nube.

—¿Es verdad que su boca sabe a menta? —preguntó de nuevo Vanessa y me dije que clase de pregunta era esa. ¿Sabía a menta? Lo cierto es que yo solo era consciente de la suavidad de aquellos labios.

—¿Cuándo te preguntó si querías ser su novia? —El turno volvió a Lourdes.

—¿Desde cuando estáis saliendo? —intervino Vanessa antes de que pudiera responder, aunque tampoco podía decir la respuesta—. ¿Te has acostado ya con él? —añadió atrevida y abrí muchos los ojos ante aquella pregunta.

«Soy virgen, pero no desesperada» medité.

—¿Tiene algún primo? —exclamó Lourdes.

—¿Te dijo que le gustabas? —preguntó Vanessa.

—¿Quedasteis el Domingo? —El turno volvió a Lourdes.

—¿Por qué no nos dijiste nada? —pronunció Vanessa algo malhumorada.

—¿Lo sabe tu madre? —exclamó Lourdes.

Las preguntas se alternaban entre ellas y yo las miraba sucesivamente como si de un partido de tenis se tratara mientras tenía a cada una de ellas sentada a mi lado. A pesar de que seguían haciendo más preguntas mi oído se había desconectado de ellas.

—Si me aturulláis no voy a contestar a ninguna y menos aún si alguien puede escucharnos —susurré en voz baja mientras alzaba la vista y veía los ojos de Verónica algo enfurecida.

«Genial. Me hará vudú o algo peor» medité conociendo de primera mano su historia con Nicola.

Si tanto fastidio le daba, que hubiera dejado a Joan para salir con él y no le tuviera de segundo plato. Desde luego no sé qué narices veía en el mequetrefe de mi hermanastro con lo guapísimo que era Verdini.

«Vale Andrea. Tu hermanastro es idiota, pero está bueno por más que intentes negarlo» admití en mi más absoluto pesar.

Probablemente aquella mirada enfurecida solo era una clara señal de que le fastidiaba que Nicola hubiera pasado página en lugar de quedarse esperando a recibir las migajas que ella le ofrecía como hacía siempre.

—Nos contarás todo con pelos y señales durante el almuerzo —atajó Vanessa sin darse cuenta de la mirada fulminante que Verónica me otorgaba.

—Tendréis que esperar a esta tarde, Nicola ha dicho que nos veremos en el almuerzo —admití mordiéndome el labio y no sabiendo exactamente qué significaba eso.

¿Tendría que sentarme junto a Joan y todos sus amigos que pertenecían al mismo círculo que mi supuesto novio? Lo cierto es que la idea me agradaba casi tanto como el hecho de convivir con mi hermanastro. Prefería mil veces quedarme junto a mis amigas, a pesar de que de esa forma iba a conseguir más tiempo para aclarar mi mente y responder la hondonada de preguntas a las que iban a someterme cuando nos viéramos en las clases de ballet.

—Está bien, pero de esta tarde no te libras —concluyó Vanessa dejándome ese margen de espacio que tanto necesitaba.

La mañana pasó bastante rápido y aunque sentía a la gente hablar en voz baja y después

mirarme con cierta inquietud desconcertante, supuse que el rumor de ser la nueva y reluciente novia de Nicola Verdini corría como la pólvora entre todo el alumnado. Era como si nadie diera crédito a que esa pudiera ser yo.

«Conste que yo tampoco lo daba de no ser porque era más falso que un bolso de Dior comprado en los chinos»

Caminé hacia la cafetería con paso decidido sin saber exactamente que esperar, pude divisar la figura esbelta de Nicola con aquel cabello castaño y ojos verdes dejado caer en la pared a pocos metros de la puerta de entrada. Era evidente que estaba esperando y al verlo la inquietud me avasalló de nuevo. ¿Volvería a besarme?, ¿A llamarme preciosa?, ¿A susurrarme al oído otra vez? Por más que me dijera lo contrario lo cierto es que lo estaba deseando, aunque me dijera que solo se trataba de un juego el cuál estaba disfrutando.

—¿Me has echado de menos, preciosa? —exclamó delante de mis amigas y sin ningún tipo de vacilación me echó una mano sobre los hombros acercándose a él y depositó un suave beso en la mejilla.

—Evidentemente —respondí con cierta precaución

«Desde luego el papel que ese chico hacía era digno de ganar un Oscar» pensé mientras observaba la naturalidad con la que me sostenía y sonreía al mismo tiempo.

—¿No me vas a presentar a tus amigas? —exclamó y quise ahorcarme por no haberlo hecho antes.

—¡Oh, claro! —grité mientras se las presentaba y observaba como mis dos mejores amigas le miraban con cierta ensoñación.

«Lo sé, yo también babeo cuando le veo de cerca» admití en mis adentros comprendiendo lo que debían estar pensando.

—¿Por qué no venís a nuestra mesa con nosotros? —proclamó Nicola dejando a Vanessa y Lourdes más que absortas.

¿Significaría la definición de *nuestra mesa* una en la que englobaba a sus amigos?, ¿O quizá se refería a una en la que solo estábamos él y yo? Un minuto más tarde supe que era la primera opción y por asombroso que pareciera comenzaba a pensar que había invitado a mis amigas para que no me sintiera incomoda junto a ellos, o al menos tuviera con quien hablar aparte de él.

La expresión de asombro por parte de Verónica se hizo notar y a juzgar por su tez rojiza, imaginaba que la situación no le agradaba, aunque no sabía si era por haberle robado a Nicola o porque no me soportaba. Quizá era un compendio entre ambas.

—En esta mesa no se sienta nadie que no pertenece a este grupo. Deberíais saberlo. —Aunque sus palabras iban dirigidas hacia todos, lo cierto es que solo me miraba a mi.

—Hasta donde sé, tú y tus amigas os sentáis en esta mesa desde que comenzaste a salir con Joan. Así que a menos que decidas marcharte con ellas, se quedan —terció Nicola con voz seria como si la estuviera retando y noté que su brazo sobre mis hombros me atraía aún más hacia él, como si con ello se cerciorara de que no iba a escaparme.

«Ni que pudiera hacerlo, aquello parecía un duelo a punto de estallar»

Verónica miró a Joan como si buscara algún tipo de ayuda y asombrosamente éste no dijo nada, sino que se encogió de hombros, aquello me sorprendió aún más y ante un bufido de exasperación por parte de la oxigenada, mis amigas y yo pasábamos a formar parte de aquella mesa hasta que aquello durara.

Durante la comida todo parecía normal, salvo porque Joan parecía más callado de lo normal y Verónica solo hablaba para gritarle a una de sus amigas de malas formas, algo que evidenciaba su

enfado descomunal. Aquella situación era dispar y por más que intentaba disimularlo, solo tenía ganas de reír ante el gesto contrariado que tenía la supuesta parejita feliz del instituto.

«Tan feliz no será si ella sale corriendo a los brazos de Nicola a la primera de cambio» medité mientras pensaba en la retorcida relación que esos dos mantenían.

El almuerzo fue mucho mejor de lo que esperaba y durante el resto de las clases hasta la salida no podía evitar pensar que de un modo u otro había logrado mi objetivo marcado durante este verano. Ya no había más insultos, vejaciones o tomaduras de pelo. Gracias a Nicola había pasado del ridículo al estrellato en unas pocas horas. Pude comprobar el efecto que causaba a la salida de clase, gente que apenas conocía me saludaba y aunque nunca había deseado ser popular, debía admitir que la sensación era de lo más reconfortante.

—¿Preparada? —La voz de Nicola apareció casi de la nada y su mano se coló por mi cintura de forma inesperada hasta el punto de sobresaltarme. Estaba en la puerta del insti despidiéndome de mis amigas y convenciendo a Vanessa para que viniera a recogerme antes de ir a clases de ballet, algo a lo que Lourdes se oponía porque decía que le contaría demasiadas cosas succulentas antes que a ella.

—Te recojo a las seis —concluyó Vanessa sonriente mientras comenzaba a alejarse y le hice un gesto de aprobación mientras se llevaba a Lourdes casi a rastras para dejarnos a solas.

—¿Qué tienes a las seis? —preguntó Nicola sin soltar esa mano de mi cintura.

Aquello me inquietaba, no había nadie cerca, pero estaba segura de que alguien nos observaba si estaba haciendo aquello.

—Ballet —contesté girándome para ver su rostro enmarcado por esas cejas bien definidas, unos ojos espectaculares y aquellos labios de los que podía confirmar que eran sumamente suaves.

—Cierto —respondió con una sonrisa—. Si necesitas que te recoja solo tienes que decírmelo.

No sabía si aquella respuesta era por quedar bien o simplemente ser amable, pero se lo agradecí a pesar de no ser necesario. Cuanto menos tiempo pasara con Nicola fuera del instituto; mejor. Eso o mi corazón estaría en graves problemas.

—Te lo agradezco, pero no es necesario —dije conforme nos acercábamos a su coche y entré en el asiento de copiloto con el que ya comenzaba a acostumbrarme.

«Las cosas buenas y caras son fáciles de acostumbrarse»

—¿Qué tal crees que ha ido? —pregunté después de unos minutos de absoluto silencio.

—Diría que mucho mejor de lo que había llegado a esperar —contestó de inmediato y con la vista al frente, aunque atisbé una sonrisa de deleite y yo misma era consciente de que la cosa había salido bien para ambos.

—Lo cierto es que todo el mundo se lo ha creído —aclaré y sin poder evitarlo rememoré el beso que me había dado llevándome sin pretenderlo una mano a los labios.

—¿Y porque no iban a creerlo? —exclamó y vi como rodeaba la esquina para entrar en la calle donde vivía. Eso me recordó el hecho de que mi madre me estaría esperando con suficientes preguntas para hacer todo un reportaje.

—No lo sé —contesté por no decir que a su lado yo parecía la oruga y él la mariposa—. Nunca habíamos hablado hasta ahora.

—Por no llevarle la contraria a Joan —admitió y se dejó caer en el asiento una vez detuvo el vehículo—. Aunque es obvio que eso ya no me importa —agregó ladeando la cabeza y sentí como aquellos ojos verdes me observaban detenidamente haciendo que el mundo se paralizase.

—Me alegro, porque a mi tampoco me importa —respondí mordiéndome con más intensidad el labio.

—Hay algo que no te había preguntado y quizá debí hacerlo... —Su voz sonaba algo lejana—. ¿Te molesta que te haya besado?

¿Molestarme?, ¿A mi? ¡Si lo que estaba deseando es que lo hiciera de nuevo!

—¿Molestarme?, ¿Qué?, ¡No!, ¡Claro que no!, ¡Si yo beso a chicos todos los días! Es algo normal... vamos... muy normal... —respondí nerviosa y vi como Nicola sonreía.

«¡Andrea cállate!» dije resoplando.

—Ha sido tu primer beso, ¿Verdad? —preguntó con tanta dulzura que podía notar como me derretía literalmente en aquel asiento de cuero.

Capítulo 12

«Confesar o no confesar que era mi primer beso, he ahí la cuestión» pensé mientras me deleitaba y de paso me perdía en esa mirada dulce.

¿Por qué tenía que ser tan jodidamente guapo? Eso dificultaba muy mucho la situación.

—Pues sí —confesé porque ¿Para que mentir? A ver, si las mentiras tienen las patas muy cortas y tarde o temprano me iba a pillar—. ¿Lo has descubierto porque beso fatal? —añadí antes de hacer de aquella situación un drama donde mi poca dignidad quedase por los suelos, al menos que pareciera que me daba igual.

Su carcajada me hizo no saber si había sido una buena idea o no confesar, ¿Se estaba riendo de que no hubiera besado a un chico en mi vida?, ¡Pues perdona por no ser más fresca que una lechuga!

—¡Oye!, ¡Que tampoco es para que te lo tomes a risa! —ironicé algo enfadada.

—Perdón, perdón —contestó calmándose—. Te juro que no me estaba riendo de que fuera tu primer beso, sino de que pensaras que me había dado cuenta porque lo hicieras mal.

¿Eso significaba que no besaba tan mal?, ¿Podía tener esperanza en ser una besadora primeriza innata?

«Eso no existe Andrea» medité justo después.

—¿Y como te has dado cuenta entonces si no beso tan mal? —pregunté ahora curiosa.

—Porque tenías los labios tensos —admitió con más calma.

¿Tensos?, ¡Toda yo estaba tensa!, ¡Me había plantado un beso en los morros el mismísimo Nicola Verdi!, ¿Cómo quería que estuviera? Claro que eso a él no se lo iba a decir...

—Intentaré no tenerlos tensos la próxima vez —contesté sin pensar y me ruboricé al comprobar que acababa de expresar en voz alta que deseaba una próxima vez.

«¡Mierda!, ¡Mierda!, ¡Mierda!» gemí interiormente.

—Si quieres podemos practicar —dijo y aquello hizo que mis ojos se salieran de sus orbitas—. Solo si quieres, claro. Yo podría enseñarte.

«Creo que esto se está pasando de castaño oscuro» me dije a mi misma.

¿Ensayar?, ¿Los besos se podían ensayar?

Ayayayaya Andrea que tus pensamientos están yéndose por un camino muy oscuro y al final te vas a caer al pozo de cabeza y sin cuerda. ¿Qué podía perder? Aparte de mi cordura claro, pero esa ya estaba casi perdida si analizaba la situación de lleno.

—Si, acepto. ¿Tendré que deberte alguna clase de favor? —pregunté solamente para ratificar si para él suponía un esfuerzo aquello.

Imaginé que si se había ofrecido solo era porque sencillamente se apiadaba de mi, le daba pena, lástima o cualquier calificativo similar que se asemejara a ello, ¿De que otro modo sino iba a querer besarme o mejor dicho “enseñarme a besar”?

«Despierta Andrea que esto es un sueño, ¡Un jodido sueño!»

—Claro que no —mencionó y pasó su mano por su cabello repeinándolo hacia atrás. Eso le hacía parecer más sexy si es que era posible—. Considéralo como un agradecimiento de amistad.

¡Pues menuda forma de agradecer tenía el amigo! Razonando el hecho debía pensar en que si queríamos que aquello pareciera real, Nicola me volvería a besar frente a todos como hacía cualquier pareja normal, pero era muy diferente un pequeño beso a protagonizar un beso intenso como el que se veía en las películas y sinceramente, si alguien me besaba así querría que fuese porque lo sentía de verdad y no porque me estuviera haciendo un favor como amigo.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero pensándolo bien lo cierto es que prefiero que me enseñe a besar un chico al que le guste de verdad —contesté y vi como le sorprendía mi respuesta.

¿Tal vez había creído que era un honor enseñarme a besar?, ¿Quizá pensó que podría estar agradecida por considerarlo? Probablemente el chico se hubiera dado cuenta de que levantaba pasiones a su paso, pero tan desesperada no estaba por más que mis hormonas dijeran lo contrario.

—Por supuesto —contestó alzando las manos en señal de comprensión y di por finalizada aquella conversación, así que despidiéndome de él supuse que no vería a Nicola hasta la mañana siguiente.

Como era de suponer, mamá me esperaba en casa con cierta sonrisa socarrona en sus labios. Bueno, mejor eso a que tuviera cara de enfado.

—¿Qué tal tu dolor de cabeza?, ¿Ya estás mejor? —pregunté apresuradamente mientras dejaba la mochila al lado del aparador donde todos dejábamos las llaves de casa y que luego recuperaría para llevar a mi habitación. Fui directamente al fregadero para lavarme las manos y vi que la mesa estaba puesta para dos.

¿Es que Joan no comía con nosotras? A decir verdad no estaba por allí, quizá me había librado de él para el resto de la tarde.

«¡Por favor que sea así!» Rogué.

—Muy bien, gracias por preguntar. Ahora cuéntame porqué razón ha venido un chico a recogerte para ir a clase —terció cruzándose de brazos y sentí que trataba de no reírse de la situación.

—¿Esto es una conversación de madre e hija o simplemente una madre muy cotilla? —exclamé solo para perder el tiempo y ver si así se exasperaba y dejaba de preguntar.

—Jovencita, ahora mismo me vas a decir quien era ese chico y porqué te recogía en la puerta de casa. —A pesar de que no parecía malhumorada si que cruzó los brazos y su gesto parecía serio.

—Es su novio, o eso dice él —La voz de Joan salió por el hueco de la escalera y maldecí a todos los Joanes habidos y por haber. ¡Maldito fuera! ¿No se podía haber ido de verdad a freír puñetas?

—¿Tu novio?, ¿Quién es? —exclamó ahora mamá medio sonriente.

Si. Aunque no lo reconozca su vena cotilla acababa de salir a la luz.

—Nicola Verdini —bufé mirando a Joan y de paso así adelantarme a lo que él tuviera que decir.

—¿Nicola? —preguntó—. ¿Ese no es tu amigo Joan? —añadió mirando ahora al aludido.

—Si... —dijo este con desgana.

—Así que es mayor que tu, ¿Y cuando pensabas decírmelo?, ¿Cuándo todo el barrio lo supiera antes que yo? —exclamó airada.

—Que apenas nos estamos conociendo mamá. Por dios, no me agobies —solté investigando que había para comer y descubrí que había hecho lasaña casera.

«Al menos tenía algo bueno que se quedara a trabajar en casa, la comida era mucho más

elaborada» pensé mientras se me hacía la boca agua.

—Porque me tengo que ir, pero ya te someteré al interrogatorio cuando vuelvas de ballet — dijo mientras se acercaba al perchero para recoger su bolso y yo la miraba atónita.

¿Me iba a quedar a solas con Joan?, ¿A comer con ese energúmeno? No. No, no, no y no. Decídmelo que eso no estaba pasando.

—¿Te vas? —exclamé y casi sonó a un ruego de; quédate por favor. Incluso veía mi cara triste y apenada mientras observaba a mamá.

—Paul me ha llamado para decirme que el coche le ha dejado tirado en la estatal, así que está en el taller y no se lo devuelven hasta mañana, tengo una hora para ir a recogerle y otra para volver. Si os quedáis con hambre hay ensalada en la nevera y un postre casero también —contestó mientras abría la puerta y a mi se me quedaba cara de pez.

«Vale, que no cunda el pánico. Siempre puedes coger tu plato y encerrarte en tu habitación o incluso pasar del almuerzo aunque te mueras de hambre, Andrea» pensé antes de volver la vista para ver a Joan que permanecía con los brazos cruzados observándome.

«No le tengo miedo. No le tengo ningún miedo» Total, ¿Qué podría hacerme? Y precisamente eso era lo que más temía, que no tenía ni idea de qué podría llegar a hacerme.

Para mi absoluto desconcierto Joan no dijo nada, sino que se limitó a coger la bandeja del horno con los guantes donde se encontraba la lasaña y la llevó a la mesa donde ya estaba todo dispuesto.

—¿Te vas a quedar mirando todo el día o vas a sentarte a comer? —preguntó sin mirarme—. Porque si es así te aseguro que me comeré tu parte sin ninguna vacilación.

—¡Por encima de mi cadáver! —exclamé y me acerqué hasta la mesa apartando la silla para sentarme.

Era raro. Más que raro inaudito, porque era la primera vez que comíamos juntos y solos. En cualquier otra circunstancia estaríamos cada uno en su habitación, pero mamá ya habría dispuesto la mesa para dos y aunque tenía cero ganas de estar allí sentada con ese palurdo que me hacía sentir incómoda, no pude evitar pensar que era la primera vez que hacíamos algo sin que nadie más estuviera presente, aunque solo fuera comer.

¿Por qué no decía nada referente a Nicola?, ¿Por qué no se metía conmigo?, ¿Por qué no sacaba a colación alguna de sus vejaciones?, ¿Por qué estaba tan calmado que casi me hacía pensar que solo era el prelude de una tormenta intensa? Fuera como fuese el silencio reinaba en aquel salón en el que solo podía escucharse el sonido de los cubiertos al servir y cortar el plato.

—¿Por qué él?, ¿De entre todos, por qué Nicola? —Su voz era calmada, suave y prácticamente era como si necesitara saber la respuesta a esa pregunta.

No entendía en base a qué hacía aquella pregunta, pero supuse que solo lo preguntaba porque era su mejor amigo y quizá eso era lo que más le fastidiaba.

—¿Y por qué no? —exclamé encogiéndome de hombros porque realmente no sabía qué responder salvo que era la única persona que podía poner fin a mis torturas provocadas por él.

—¡Porque no es bueno para ti! —bufó y se dejó caer en la silla mientras sus ojos azules alzaban la vista—. Nadie mejor que yo lo conoce y no te conviene. Él no —aseguró mirándome fijamente.

Cogí el plato y me levanté de la mesa no queriendo escuchar más aquella conversación. No me convenía porque a él le interesaba que no me conviniera, pero de todos modos daba igual, porque aquella relación era inexistente, ¡No era real! Aunque eso él lo desconociera.

—¿Y quien me conviene según tú? —exclamé de espaldas a él mientras dejaba el plato en el

fregadero y abría el grifo—. ¡Te has asegurado que ni un solo chico se acerque a mi! —grité y me reprimí por haber confesado que jamás había estado con ninguno.

De pronto sentí el calor a mi espalda, en algún momento él se debía haber levantado y acercado, aunque no me tocaba podía sentir esa presencia a punto de rozar mi nuca, incluso podía percibir su aroma ahora que lo analizaba.

—¿Y no te has preguntado por qué lo he hecho? —gimió cerca de mi oído y temblé por completo.

Capítulo 13

No sabía si quería escuchar o no la respuesta, conociéndole seguro que me soltaría algo similar a que se compadecía de todos ellos. Si tenía en cuenta todos los adjetivos que me había nombrado, era normal que nadie quisiera salir con la calabaza pecosa del instituto. Ni tan siquiera Nicola quería salir conmigo por el amor de Dios, solo quería aprovecharse de la situación, pero al menos había tenido el valor de decírmelo de frente y preguntarme si estaba de acuerdo.

—Ni me lo he preguntado, ni quiero saberlo —objeté de mala gana y le rodeé para escapar de él—. ¡Solo quiero que me dejes en paz de una maldita vez! —grité con toda la intención de marcharme de allí dejándole con la palabra en la boca.

—Aléjate de él y lo haré —afirmó de pronto provocando que me detuviera.

¿Me dejaría en paz si me alejaba de Nicola? Algo me decía que no, que solo era una forma de salirse con la suya por sus narices solo para quedar por encima de mí, pero en el fondo volvería a ser el mismo de siempre porque no lo podía evitar. Yo era el eslabón débil y su presunción por quedar encima era lo que más consumía mi rabia interna.

—Entérate de una vez que no voy a alejarme de Nicola, es mi novio te guste o no y cuanto antes aceptes ese hecho, mejor para los dos —aclaré tan convencida que hasta yo misma me lo creí. Igual mañana se acababa todo y yo quedaba como una auténtica idiota frente a Joan, pero por el momento le iba a restregar en toda su cara que sus amenazas, órdenes o lo que fuera que se pensaba que tenía sobre mí, me entraban por un oído y salían por el otro.

—Así que la niña se nos ha vuelto rebelde —dijo con cierto tono de ironía y sonrisa socarrona—. ¿Ya te has acostado con él? —inquirió acercándose y mis ojos se agrandaron ante aquella pregunta.

¿Qué?, ¿Cómo se atrevía a preguntarle eso?

—¡Y a ti que cojones te importa con quien me acuesto o me dejo de acostar! —grité enfurecida alzando una mano en reproche—. ¡Vete a la mierda! —bufé y subí las escaleras completamente enfurecida.

—¡Ya me ha quedado claro que sigues siendo virgen! —gritó desde abajo cuando llevaba la mitad de la escalera recorrida—. ¡Y más te vale que siga siendo así!

¿Pero que se ha creído este?, ¿Qué tiene patria potestad sobre mi virginidad o algo así? Ni que fuera mi hermano mayor de verdad para asumir esa responsabilidad. ¡Por Dios! Si hasta mi madre no había objetado nada por tener novio, ¿A santo de qué venía él con exigencias?

«Te odio Joan. ¡No sabes como te odio!» bufé llena de furia y con ganas de gritar o dar un portazo, solo que si lo hacía encima se jactaría de que había conseguido sacarme de mis casillas. Pues no. Se iba a quedar con las ganas.

No es que me fuera a lanzar a los brazos de cualquiera para dejar de ser virgen, tan loca no estaba, pero si lo suficiente para hacerle creer al mequetrefe de mi hermanastro que me traían al paio sus amenazas. ¿Me había prohibido salir con Nicola? Pues con más razón saldría con él. ¿Había dicho que me alejara de él? Pues iba a meterlo en mi vida hasta en la sopa. ¿Se creía que era virgen? Pues iba a hacerle creer que no lo era. ¿Quería guerra? Tendría guerra y esta vez de la

buenas.

Aquella tarde cuando llegué a las clases de ballet mi humor seguía siendo huraño por culpa de ese idiota. Había estado toda la tarde refunfuñando y nada más ver a mis amigas no pude contenerme y soltarlo.

—Ya sabes como es Andrea, solo quiere provocar precisamente eso, que te alteres y así burlarse de nuevo —mencionó Lourdes calzándose los calentadores.

—A lo mejor es que le gustas —dijo de pronto Vanessa y ambas la miramos—. No me miréis así, que tampoco es tan absurdo.

—Tienes razón, no es absurdo. ¡Es imposible! —exclamé riéndome ante ello.

—Piénsalo un momento analizando la situación. ¿No te parece que esa prohibición de acercarte a Nicola pueden ser celos? —preguntó sentándose a mi lado mientras yo me terminaba de atar las zapatillas y ella ya estaba completamente vestida para la clase.

—Lo que pienso es que ves muchas películas románticas que te absorben el cerebro si crees por un segundo que yo podría gustarle a mi hermanastro. ¡Por favor!, ¡Si me vomita todos sus insultos cada vez que me ve! —bufé negándome a pensarlo e incluso riéndome ante el hecho de que alguien se lo plantease.

—Pues lo mismo decías de Nicola Verdini y mírate, ahora es tu novio —aclamó y evité mirarlas para no revelar que precisamente de novio no tenía nada, aunque no lo pudiera admitir en voz alta.

Por suerte la conversación se centró en Nicola y al menos conseguí despejar la mente durante aquellas dos horas, cuando regresé a casa mamá ya había llegado con Paul y solamente hablaban del coste al que ascendería el arreglo del coche y de que iba a tardar más de un día como le habían indicado en un principio así que le cogería prestado el suyo a Joan. Este no objetó nada e imaginé que solo lo hacía porque la gran mayoría de veces se movía en moto salvo cuando hacía mal tiempo o simplemente le daba la gana.

Al final el interrogatorio de mamá no fue tan severo como había pensado en un principio, incluso mis amigas fueron peores ahora que lo pensaba, básicamente se limitó a decirme que tuviera cuidado y que por lo poco que sabía Nicola era un buen chico, pero sobre todo me hizo prometerle que no haría nada que yo no quisiera pese a sentirme presionada.

No hacía falta ser un genio para saber a qué se refería explícitamente, incluso agradecí que no utilizara un termino exacto para decirme que no me acostara con él salvo que quisiera realmente hacerlo. Aquello era algo que sinceramente no me preocupaba, sabía que aquella relación tenía sus días contados y que tarde o temprano llegaría a su fin cuando ambos hubiéramos conseguido nuestros objetivos. Él conseguiría darle una lección a Verónica e incluso puede que hasta dejase a Joan por él y yo conseguiría que el instituto no me viera como a la pelirroja pecosa pese a no estar con él.

Todos salíamos ganando o eso pensé mientras miraba el techo de mi habitación entre la oscuridad de la noche pensativa. El problema es que cada vez que miraba a Nicola me parecía tan guapo que no podía evitar suspirar y desear que volviera a besarme de nuevo.

A la mañana siguiente Nicola acudió a recogerme sin falta. No habíamos hablado, pero supuse que si existía ese acuerdo entre nosotros él no iba a incumplir su palabra o de lo contrario me había avisado. Cuando me senté en su flamante deportivo vi que estaba más contento de lo normal y dudaba que fuera por el hecho de venir a recogerme.

—Buenos días —sonreí plácidamente pensando que estaba de buen humor por algo.

—Ayer Verónica me llamó tres veces —soltó sin saludarme.

Vale. No es que quisiera ser su prioridad, pero al menos podía haberme respondido los buenos días antes de hablar de Verónica.

—¿Y qué quería? —pregunté como si pudiera sentir alguna curiosidad, pero supuse que Nicola no tenía con quien hablar de aquello más que conmigo.

—No lo sé. No se lo cogí, ni le respondí las llamadas.

¿Hola?, ¿Entonces porque estaba contento?

—¿Y por eso estas contento? —pregunté un tanto confusa.

—Verónica solo me llama cuando ella y Joan lo dejan, si ayer me llamó es solo porque se puso como loca cuando nos vio llegar juntos al instituto. Aunque quiera negarlo sé que le gusto, solo quiero hacer que ruegue un poco.

Siendo realistas tampoco me parecía mal que el chico la hiciera sufrir un poquito teniendo en cuenta que siempre había sido su segundo plato, pero la verdad es que no podía dejar de pensar en que ella tenía novio y ese novio era mi odiado hermanastro. ¿Podía alegrarme de que Joan fuera un cornudo? Aunque quería hacerlo la verdad es que no me agradaba la idea, pero desde luego sería la última persona sobre la faz de la tierra que le dijera que su novia trataba de verse a escondidas con su mejor amigo y que estos ya se habían liado cuando él no estaba con ella.

—Entonces creo que vamos por el buen camino... —dije tratando de parecer alegre y sin perder de vista que a quien le gustaba realmente Nicola era esa rubia despampanante que tanto me odiaba.

—Por cierto, el sábado nos vamos todos a la playa y espero que puedas acompañarme.

¿Playa?, ¿Bikini? No sé hasta que punto eso fuera una buena combinación, pero recordé la discusión que había tenido la tarde anterior con Joan y rememoré mis propias palabras:

«Meter a Nicola hasta en la sopa»

—¿Playa?, ¡Me encanta la playa! —exclamé con una sonrisa que no me cogía en la cara.

Me compré un bikini especialmente para el sábado, normalmente utilizaba los bañadores más viejos para ir a la playa porque se estropeaban antes con el agua salada, pero quería causar buena impresión así que me compré el que más pecho me hacía tener, así no me sentiría como una tabla de planchar. Era rojo, de un rojo intenso que le hacía competencia a mi pelo y aunque en un principio el color no me convencía por todos los inconvenientes que éste me había hecho pasar, pensé que era un buen modo de decir que me importaba muy poco que se metieran con mi color de cabello.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó Joan en cuanto me vio aparecer bajando las escaleras con un vestido playero, el bolso y el sombrero en la mano que indicaba claramente que me iba a la playa.

—¿No es evidente? —exclamé encogiéndome de hombros y por suerte, mamá apareció por el salón. Se notaba a leguas que venía de hacer la colada por lo fatigada que parecía.

—¿Ya os vais? Imagino que iréis juntos así que os he preparado la misma nevera para los dos —terció mi madre y casi me atraganto al escucharla.

¿Ir con él?, ¡Antes me parte un rayo!

—Sí. Vamos juntos —soltó Joan y cogió la nevera mientras estiraba de mi brazo para salir de casa haciendo caso omiso de mis quejas.

—¡Que me sueltes! —grité en cuanto salimos de casa y di gracias al santo padre de que Nicola apareciese en ese momento por lo que corrí hacia su coche y me monté rápidamente—. ¡Venga arranca!, ¡Vamos! —exclamé metiéndole prisa y me miró confundido.

—Joan viene con nosotros —dijo encogiéndose de hombros y vi como la sonrisa socarrona de

mi hermanastro me provocaba ansiedad.

¡Serás idiota Andrea!, ¡Que no tiene coche! Me dije llevándome una mano a la cabeza.

No solo íbamos en el coche de Nicola con Joan sino también con la insulsa de Verónica que fingió sorpresa al verme y agradecí que ninguno de ellos pidiera ir de copiloto porque me habrían dado los siete males si tenía que compartir el asiento trasero con alguno de ellos.

La tensión era palpable, casi tanto que durante todo el camino nos limitamos a escuchar la música de la radio y solo Nicola hizo un comentario referente al buen tiempo que haría ese día.

¿Por qué demonios tendrían que haberse acoplado?, ¿Es que no podían ir en otro coche? Menos mal que el trayecto solo duraba veinte minutos o me corto las venas con un cuchillo de plástico.

—¡Pues sí que ejercita el ballet! —exclamó Nicola a mi espalda y cuando me giré para verle vi que recorría con sus ojos mi cuerpo minuciosamente, aquello me avergonzó e incluso hice que mis brazos camuflaran parcialmente mi cuerpo a pesar de no poder esconder nada con ello.

—No digas tonterías —reí y le di un manotazo mientras sonreía.

Acto seguido alcé la vista y vi a Joan sin camiseta.

«Ay madre, ¡Ay mi madre!» gemí sin acostumbrarme a esa tableta de chocolate.

Me apresuré a apartar la vista y entonces contemplé a Nicola sin la suya.

«Ay Dios, ¡Ay Dios que bueno está también!» me dije interiormente y es que no sabía donde mirar sin que se me cayera la baba.

—Ven, vamos a darles un buen espectáculo —susurró Nicola acercándose hasta mi y noté como su mano se entrelazaba con la mía mientras estiraba de mí para caminar hacia la orilla de la playa.

Antes de que mis pies tocaran el agua sentí como se daba la vuelta y su mano se deslizó entre mi pelo alcanzando mi nuca, sus labios se acercaron a los míos tan rápidamente que casi no pude darme cuenta de que me estaba besando de nuevo. Era dulce, cálido y acogedor, hasta que sin darme cuenta comprobé que mis labios se movían al compás de los suyos y que le estaba respondiendo al beso.

Capítulo 14

No era consciente de que estaba respondiendo a ese beso hasta que sentí sus manos deslizándose por mi cintura arrastrando mi cuerpo hacia él. Era una sensación vibrante y tan desconocida hasta ahora que no pude sino dejarme embriagar por las emociones que me avasallaban en ese momento.

La presión que ejercían sus labios sobre los míos cesó tan bruscamente que abrí los ojos instantáneamente por aquella falta de calor. ¡Que demonios! Vi entonces que Joan parecía empujar a Nicola hacia el agua y que éste reía como si una especie de juego entre ambos se tratara. No podía ver la cara el idiota de mi hermanastro, pero intuía que nos había interrumpido solo por fastidiar.

—Son como críos —dijo la voz de Verónica a mi lado cruzándose de brazos y me sorprendió que se dirigiera a mi de una forma normal.

¿Tenía que responder algo? Lo cierto es que si ella tiraba una ofrenda de paz entre ambas no veía porque razón iba a rechazarla, aunque probablemente dado su interés en Nicola esa debía ser la única razón de aquel acercamiento.

—Si —afirmé con una vaga sonrisa —, pero es divertido observarles— admití mientras veía como se abalanzaba uno sobre otro para ver si hundían a su adversario.

Aunque más que divertido era excitante si tenía en cuenta como esos músculos marcados se movían sobre el agua ejercitándose.

«Andrea... ¡Calma tus hormonas revolucionadas de adolescente!» me incité a mi misma.

Solo esperaba que aquel juego no acabase con uno de los dos ahogado si tenía en cuenta las pequeñas redencilas que últimamente se estaban creando entre ambos.

—¡Caray con la hermanita de Joan!, ¡No me extraña que Nicola se haya colado por ti! — exclamó la irreconocible voz socarrona de Zacker y mi expresión de absoluto bochorno fue inconfundible.

—Si, ya... —mencionó Verónica cruzándose de brazos—. Aunque no sería la primera a la que deja antes de que acabe la semana —sugirió malintencionadamente—. ¡Oh! —fingió llevándose una mano a la boca presumiendo cierta inocencia que desde luego no tenía—. ¿No te lo han dicho? Es el promedio que dura sus relaciones, en cuanto se acuesta con ellas las echa de su vida —sonrió torciendo el gesto antes de caminar hacia el agua moviendo sus caderas como si estuviera en una pasarela de moda.

¿Tregua?, ¿De verdad había creído que se había acercado para establecer la paz entre nosotras?

«Mejor trágate un cactus Andrea, que tiene menos espinas que ella»

—Bah, tu no le hagas caso, Verónica solo quiere....

—¿Ser el centro de atención? —exclamé terminando la frase de Zacker.

La verdad es que el chico era un zoquete y lo suficientemente bruto para no haberse ganado nunca mi estima, aunque en aquellos momentos me sorprendió ver que intentaba darme palabras de ánimo en lugar de secundar lo que acababa de decir Verónica.

—Tú lo has dicho. Desde que has empezado a salir con Nicola todo el mundo habla de vosotros en el instituto y no lo lleva nada bien.

Agradecía las intenciones de Zacker, pero sabía que Verónica no estaba enfadada porque yo fuera el centro de atención, es verdad que mi impopularidad había sido sepultada para pasar a ser todo lo contrario por el simple hecho de salir con Verdini, pero el verdadero odio de esa chica rubia residía en que a pesar de estar con Joan, deseaba también a Nicola.

¿Y quien no? Seamos francos. Con ese cabello castaño, esos ojos verdes, esa sonrisa de pecado, ese cuerpo de infarto...

¡Andrea no te vayas por las ramas!, ¡Céntrate!

—Ya... —respondí a Zacker algo ensimismada porque en realidad no podía contar nada más de todo lo que sabía. Aquello era un secreto entre Nicola y yo, igual que nuestra falsa relación.

—¡Venga!, ¡Vamos a darte un chapuzón! —gritó como si creyera que sus palabras me habían subido el ánimo y antes de darme cuenta estaba colgada sobre su hombro mientras gritaba que me soltara.

Salí del agua mientras la gran mayoría seguía jugando a una especie de vóley pasándose la pelota o más bien tratando de arrebátarsela, cuando llegué a la zona donde habíamos dejado las toallas comprobé que solo estaba Joan rebuscando bebidas en la nevera que mi madre nos había dado esa mañana.

—¿Dónde están todos? —pregunté sabiendo que faltaba gente.

Lo cierto es que no estaba acostumbrada a hablar directamente con mi hermanastro y aquello se me hacía de lo más raro, así que me envolví en la toalla y rebusqué entre mi bolso hasta dar con el bote de crema solar para embadurnarme en ella. Si había algo que detestaba de mi piel blanca era la facilidad de quemarme, a pesar de haber cogido algo de color en el verano, aún debía protegerme demasiado.

—Han ido a pillar cerveza y más hielo —concretó Joan y vi como se incorporaba en toda su altura para verme—. Anda ven —dijo quitándome el bote de las manos y dejándome completamente atónita.

¿Estaba siendo amable por primera vez en su vida?, ¿Es que se habían alineado los planetas o iba a haber un apocalipsis zombie? Aquello no era raro, definitivamente era el fin del mundo. Vi como Joan se echaba bastante crema en una mano y tiraba el bote sobre mi bolso así que me di la vuelta sin decir absolutamente nada y cuando sus manos se posaron sobre la piel desnuda de mi espalda una sensación de repentina inquietud me avasalló por completo.

Era la primera vez que Joan me tocaba, al menos de una manera cálida e intencionada. Sus manos comenzaron a recorrer mi espalda desde los hombros, pasando por la nuca, bajando por la columna vertebral, rodeando la parte trasera de mi bikini y me puse en tensión cuando rozó ligeramente el costado acercándose a mi pecho con ambas manos. Mi cuerpo se volvió tan rígido que era incapaz de mover un solo músculo, pero para mi fortuna fue breve, así que me tranquilicé cuando siguió bajando hasta rozar la parte inferior de mi bikini. Pensé que ya había acabado hasta que sentí literalmente sus manos en mi culo. Vale. Culpable por llevar uno de esos bikinis que se quedaban metidos en los cachetes porque era la moda, pero en aquel momento me quedé sin respiración. Joan Baker el idiota. Joan Baker el imbécil. Joan Baker el absoluto y acérrimo mequetrefe ¡Tenía sus manos en mi trasero!

Y no solo tenía sus manos en mi trasero, sino que me quedé sin habla, estática, como si no pudiera salir absolutamente nada de mi garganta. ¿Qué demonios me estaba pasando?, ¿Porqué estaba dejando que manoseara mi culo? En el momento que sus manos bordearon el interior de mis

nalgas di un respingo y me di la vuelta apresuradamente porque me dio miedo a mi misma no saber si deseaba o no que siguiese.

—¡Creo que ya es suficiente! —advertí sin siquiera mirarle y en ese momento deseé que apareciese alguien, me daba igual si era la mismísima Verónica.

Para mi bendita suerte por primera vez en mi vida mis súplicas fueron escuchadas y no solo llegó ella, sino todos los que parecían estar jugando en el agua.

—¿Estás bien? —preguntó Nicola y supuse que mi cara debía ser un auténtico poema después de lo que acababa de suceder.

¿Estar bien después de que mi hermanastro me manoseara el culo y yo le dejara hacerlo? No. No se puede estar bien después de algo así. Por supuesto que no. Estaba en shock, hasta el punto de que ni tan siquiera había podido mirar a Joan directamente a la cara y probablemente si lo hacía solo iba a encontrar un gesto de burla por su parte —para no variar—, pero lo cierto es que no estaba abochornada por el hecho de que me tocara el culo —que también—, sino por mi reacción tras hacerlo.

¿Por qué no le había parado los pies?, ¿Por qué me había quedado estática?, ¿Por qué carajos no le había dado un bofetón y me habría quedado tan ancha! La respuesta a todas esas preguntas era la que más miedo me daba, porque jamás iba a reconocer las sensaciones que había sentido en ese momento.

«Es un cretino y le odias. Recuérdalo Andrea»

—Sí —sonreí de oreja a oreja—. Claro que sí —afirmé de nuevo por si había quedado alguna duda al respecto.

El resto del día fue ameno y divertido. De hecho, fue súper divertido gracias a Nicola que a partir de ese momento no se separó de mi lado, ni me dejó un solo segundo a solas. De regreso a casa Nicola dejó primero a Verónica y después nos llevó a Joan y a mi a casa. Cuando iba a bajarme del coche, sentí como una mano cogía la mía dulcemente y aquello me hizo alzar la vista para contemplar aquellos hermosos ojos verdes que ahora lucían aún más claros gracias a su nuevo bronceado.

—¿Puedo hablar contigo un momento a solas? —preguntó Nicola mirándome con cierta aprensión en su rostro y no entendía a qué se debía.

—Claro —mencioné y vi que Joan estaba sacando las bolsas del maletero.

—¡Venga Campbell!, ¡Sal del coche! —exclamó Joan y rodó los ojos.

—Cierra el pico Baker y deja de comportarte como mi padre. Así que déjame hablar unos minutos a solas con *mi novio* —bufé y observé como esos ojos azules me fulminaban.

—No la entretendré mucho, Baker —aseguró Nicola con cierta suavidad.

Vi como Joan soltaba las bolsas y se acercaba lentamente al coche hasta que se inclinó dejándose caer en la puerta del deportivo descapotable.

—Como te vea besuquearla en la puerta de mi propia casa te parto la cara por muy amigo mío que seas —soltó mirando directamente a Nicola y aquello me dejó helada.

Siempre había escuchado las amenazas de Joan hacia mi persona, así que era completamente nuevo escucharlas hacia alguien que le importaba como lo era Nicola.

—Dudo que llegases siquiera a rozármela Baker —contestó Nicola con cierta ironía—, pero si te quedas más tranquilo solo voy a hablar con ella.

Eso parecía una competición entre ambos y me preguntaba sino sería Verónica la causante de todo aquello y en el fondo Joan sí sospechaba algo. Aunque no se marchó enseguida, lo cierto es que recogió las bolsas y se alejó de nosotros sin mirar atrás, aunque algo me decía que nos estaría

observando desde la ventana del salón para ver si de verdad Nicola le había mentido o no.

—¿Crees que sospecha algo de lo tuyo con Verónica? —pregunté cuando cerró la puerta de casa.

—No lo creo, nadie lo sabe salvo tú —contestó llevándose una mano al pelo aún húmedo y peinándose hacia atrás—. Aunque ahora que lo mencionas de eso quería hablar.

—Claro. Dime —dije con cierta complicidad.

—Lleva enviándome mensajes toda la semana y hoy en la playa me ha suplicado que quedemos esta noche para hablar. Dice que tiene algo que contarme y creo que esta vez sí dejará de verdad a Joan definitivamente —mencionó como si en su voz se percibiera cierta esperanza y al mismo tiempo algo parecido a la resignación.

No sabía porqué, pero en ese momento las palabras de Verónica se pronunciaron en mi mente como si mis pensamientos hubieran elegido ese recuerdo por arte de magia.

«No sería la primera a la que deja antes de que acabe la semana»

—Así que es así como funciona —aseguré y no pude evitar pensar en lo que iba a disfrutar el lunes restregándome en la cara que ya me lo había advertido.

—¿El qué? —preguntó Nicola.

—Corrígeme si me equivoco —contesté planteando la situación lo mejor posible—. Has salido con otras chicas, ¿Cierto?

—Sí. Claro que sí —aseguró Nicola.

—Y cortaste con todas ellas cuando llevabas poco tiempo.

—Bueno, algunas relaciones han sido más largas que otras —mencionó como si no hubiera pensado exactamente el tiempo que había durado con ellas.

—Y solo por curiosidad, ¿Cortabas con ellas porque Verónica te decía que iba o había dejado a Joan? —pregunté observando como Nicola parecía algo confuso.

—En realidad la mayoría de ellas no me interesaba de verdad, pero reconozco que algo tuvo que ver en ello —admitió finalmente.

—Imagino que por eso me ha dicho esta mañana que me dejarías antes de que acabara la semana —admití con cierto pesar—. Supongo que no lo habría mencionado de no estar segura de que te convencerá.

En aquel momento la expresión de Nicola pasó a ser de absoluto desconcierto.

—¿Verónica te ha dicho que te iba a dejar? —exclamó ahora con cierto tono de incredulidad y enfado.

—Realmente sus palabras han sido que no sería a la primera a la que dejarías antes de que acabe la semana y que sueles hacerlo cuando logras llevártelas a la cama —afirmé cruzándome de brazos—. A ver, a mí no me tienes que dar explicaciones de nada Nicola y si quieres que terminemos de fingir esta relación ahora no hay ningún problema, pero si quieres un consejo real, creo que ella solo te está manipulando como lo ha hecho todas esas otras veces.

Durante unos minutos Nicola permaneció en silencio, era como si necesitara procesar aquella información que acababa de decirle y de sus labios no pudiera pronunciar nada en concreto.

—¿Estás bien? —pregunté viendo que no decía nada, ni tampoco hacía movimiento alguno.

—¿Cómo no he podido verlo antes? —preguntó contrariado.

—Tal vez sea porque te gusta de verdad o porque la quieres —asumí muy a mi pesar.

—Tal vez... —susurró ensimismado—. Gracias Andrea.

—No hay de qué —me encogí de hombros—. Supongo que ya hemos dejado de ser novios —sonreí mientras llevaba una mano al cerrojo de la puerta para salir.

—Te equivocas —replicó haciendo que girase repentinamente mi rostro para verle—. Ahora más que nunca quiero que seas mi novia.

¿Qué?, ¿Y qué pasaba entonces con Verónica? Y lo más importante de todo, ¿Se suponía que era en las mismas condiciones?

Capítulo 15

Antes de que pudiera bajarme del vehículo de Nicola, sentí como estiraba de mi brazo hasta que caí literalmente sobre su hombro y antes de darme cuenta su móvil nos estaba apuntando para sacar una foto.

—Tenía que haber hecho esto antes, pero tal vez estuvo bien no hacerlo porque así le dejaré las cosas más claras a Verónica —mencionó sin que yo comprendiera nada de todo aquello.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —pregunté mientras veía que no dejaba de teclear en la pantalla.

¿Acaso le estaba enviando la foto a Verónica?, ¿Con que intención?

—Ya es oficial —contestó con una sonrisa cómplice que no sabía si me inspiraba conmoción o reparo teniendo en cuenta la situación.

—Estoy más perdida que una pulga en un osito de peluche —reiteré en voz baja y entonces puso la pantalla de su móvil frente a mi.

«*Tengo a la mejor novia del mundo*» Leí en la descripción que había bajo la foto que acababa de subir a sus redes sociales.

¡No!, ¡Eso era una declaración de guerra en toda regla!

«Ya puedo ir cavando mi tumba» pensé de inmediato al imaginar la cara que Verónica pondría cuando viera esa foto.

—¿Qué significa esto? —pregunté con cara de espanto.

Ojito, que no es que no quisiera que todo el mundo constatará que nuestra relación era real, sino que quizá nos estábamos extralimitando con aquel acuerdo. No solo estaba engañando a mis amigas y a mi familia, sino que Nicola comenzaba a gustarme algo más de lo normal y debía tener siempre presente que él solo hacía aquello para provocar a Verónica, que era ella quien le gustaba de verdad.

—Significa que voy a pasar de Verónica —contestó evocando una sonrisa—. Ahora lo veo claro, siempre ha hecho lo mismo con cada chica que he salido, así que esta vez le demostraré que voy en serio contigo.

Se suponía que debía alegrarme no ser el hazmerreír el próximo lunes en el instituto por ser la chica a la que ha dejado el buenorro de turno y aunque así era, una parte de mi deseaba que no lo hiciese por puro rencor hacia ella.

—En ese caso, te veré el... ¿Lunes? —mencioné porque no sabía que responder exactamente.

—¿Te importa si salimos esta noche? —exclamó repentinamente y mi cara de sorpresa debió delatarme. ¿Salir?, ¿Cómo?, ¿En plan cita?—. No tengo ganas de quedarme en casa y no se me ocurre mejor forma de darle una excusa a Verónica que estando contigo —añadió guiñándome un ojo—. A menos que tengas planes, claro.

¿Tener planes? Si por planes se puede considerar ver por enésima vez la película de *Orgullo y Prejuicio* pues no, planes lo que se dice planes no tenía.

—¿A que hora has dicho que pasas a recogerme? —pregunté no queriéndome hacer ilusiones porque sabía que yo solo era el escudo que Nicola necesitaba para que la novia de mi estúpido

hermanastro no se deshiciera de mi para robarme a mi no-novio.

Uf... dicho así suena a algo muy enrevesado que no entiendo ni yo.

La risa de Nicola me relajó haciéndome sentir un mariposeo en el estómago inexplicable. Hacía tan solo dos minutos estábamos hablando de que aquella actuación iba a acabarse y ahora teníamos una cita los dos solos para esa noche. Vale. No es una cita como tal, más bien es una especie de salida entre amigos teniendo en cuenta que no teníamos nada, pero eso no quitaba el hecho de sentir ciertos nervios al respecto a pesar de saber que entre Nicola y yo no ocurriría nada.

«Eso sin mencionar que te ha vuelto a besar, guapa» medité mientras recordaba aquel beso inesperado y más que succulento en la playa hasta que las manos de Joan en mi culo me hicieron regresar a la realidad.

—Te cogeré en un par de horas e iremos a cenar al mejor restaurante de comida italiana que hay en la ciudad —advirtió y me bajé del coche mientras observaba como alzaba la mano para despedirse justo antes de alejarse, así que me dirigí hacia casa con la idea de que tenía exactamente ciento veinte minutos para arreglarme.

Casi me había olvidado del idiota de Joan hasta que cerré la puerta suavemente mientras no dejaba de pensar en que cita o no, iba a estar a solas con Nicola de nuevo y un golpe fuerte desde la cocina me asustó hasta que vi la silueta de Joan con el entrecejo fruncido y un rostro demasiado serio mientras me contemplaba.

—Ya te lo dije. Nicola no es para ti y ese imbécil no merece que derrames una lágrima por él.

¿Hola?, ¿Ha llamado imbécil a su amigo?, ¿Qué no merecía que derramase una lágrima por él?

—¿Eres bipolar? —pregunté en ese momento mientras me cruzaba de brazos y le observaba. Si lo era desde luego explicaría muchas cosas de su comportamiento.

—No cambies de tema. Te ha dejado, ¿no? —exclamó autoritario como si me reclamara una respuesta.

—¿Y porqué tendría que hacerlo? —pregunté y en ese momento pensé que razones tendría Joan para creer que Nicola iba a dejarme.

¿Podría ser que Verónica le hubiera advertido algo? No. Eso era insólitamente imposible, Joan no sabía nada de los líos entre su novia y su mejor amigo, de saberlo estaba segura de que le habría partido la cara en dos a Nicola, probablemente solo era simple casualidad.

—Porque conozco a Nicola y sus relaciones no duran más allá de una semana. Además, por el modo que ha tenido de decirme que os dejara a solas, sabía lo que iba a decirte —bufó de forma despectiva como si ya supiera todo lo que había pasado.

«Y una mierda para ti» pensé mientras me decía que ahí había algo que no me cuadraba. ¿Para que ese empeño en que no me besara si sabía que iba a dejarme?

No colaba su argumento.

—Pues parece que no conoces tan bien como crees a tu amigo, si me disculpas voy a la ducha ya que esta noche tengo una cita con mi novio —advertí mientras fingía una sonrisa y me apresuré en subir las escaleras sorprendida de que no escuchara su voz a mi espalda.

¿Acaso había dejado por primera vez a Joan Baker sin habla? Lo cierto es que la sensación era de lo más reconfortante hasta el punto de sentirme verdaderamente emocionada.

No dejaba de revisar mi armario pensando que debía ponerme para mi cita, no-cita de esa noche. ¿Qué se debe poner una para salir con un novio que no es su novio? Imaginaba que si la cosa iba de fingir, tendría que ponerme algo que supuestamente me pondría si aquello fuera una cita de verdad y yo tratara de impresionarlo.

«Vale, eso es un autoengaño para decir que de verdad quería impresionarlo» pensé mientras rescataba del armario una falda corta en color burdeos que hacía años que no me ponía y que ahora efectivamente me quedaba mucho más corta.

Subida en mis únicos zapatos de tacón y con el bolso aferrado en la mano, me dispuse a escribir una nota en la cocina para avisar a mamá de que había salido y no regresaría muy tarde. Sabía que si le enviaba un mensaje iba a hacerme un interrogatorio explícito, de esa manera me libraba más fácilmente.

—Si te inclinas un poco más, te veré el culo. —La voz de Joan hizo que diera un salto del susto. Por un momento creí que estaba sola porque todo estaba en silencio, no había percibido su presencia por ninguna parte y cuando me giré vi que estaba sentado en el sofá mientras parecía observarme.

—Pues te vas a quedar con las ganas, imbécil —respondí mientras me erguía completamente y escuchaba su risa socarrona acercándose.

—Yo diría que no —admitió saliendo entre las sombras y acercándose hacia la luz tenue que había en la cocina, donde pude comprobar que se había cambiado de ropa—. Lo he visto muy bien esta mañana, ¿No crees? —provocó haciéndome recordar ese momento bochornoso de mi vida y una furia interior recorrió mis entrañas.

¡Sera cerdo el muy idiota!, ¡Y encima me lo restriega en la cara para reírse de mí! En ese momento alcé una mano para plantarle un guantazo en toda la cara, pero mi mano no se estrelló en su mejilla, sino que me detuvo agarrando mi muñeca y antes de darme cuenta estaba prisionera entre su cuerpo y la encimera de la cocina.

—Admite que te gustó —jadeó—. Que no me detuviste porque te gustaba lo que te estaba provocando...

La voz de Joan era grave, casi ronca y sentí como mi respiración se aceleraba de forma incontrolada mientras notaba su cuerpo sobre el mío de aquella forma tan cercana. Podía percibir que mi cuerpo se estremecía, temblaba y no precisamente de miedo, sino de algo que no podía explicar con palabras. Era la segunda vez aquel día que no sabía que significaba ese cúmulo de sensaciones extrañas. Aquellos ojos azules me miraban de forma intensa y no podía reaccionar, ni hablar, ni que demonios debía responder a esas preguntas hasta que supe que aquello solo era un juego para él, una provocación, otra más de sus humillaciones para reírse a mi costa.

—Lo único que me provocas es asco Joan Baker —dije cerrando los ojos porque era incapaz de decirlo mientras le miraba—. ¡Apártate de mí! —grité tratando de soltarme de su agarre y escuché el claxon de un coche mientras mis muñecas eran liberadas.

Ni siquiera le miré, sino que cogí el bolso y salí de casa sin mirar atrás. No podía verle. No podía mirarle y esta vez no era para ver que él se había salido con la suya y me había humillado, sino porque yo misma era incapaz de hacerle creer que aquello no me había afectado. No podía dejar que precisamente se saliera con la suya, sabía que eso era lo que Joan buscaba, desestabilizarme, humillarme, hacerme sentir vulnerable de una forma distinta a la de antes y no pensaba permitirlo, no pensaba dejar que se acercara de nuevo a mí porque comenzaba a afectarme aunque yo quisiera que no fuera de ese modo.

La pregunta era, ¿Por qué me afectaba su cercanía?, ¿Por qué me hacía sentir pequeña y vulnerable?, ¿Por qué me ponía nerviosa y sentía esas cálidas sensaciones si le odiaba? Ni quería, ni deseaba una respuesta a mis preguntas, sino el simple hecho de que me dejara en paz y se esfumara de mi vida.

—¿Estás bien? Cualquiera diría que has visto a un fantasma —mencionó Nicola en cuanto me

acerqué a él y di la vuelta a su coche para subirme al asiento del copiloto.

—¿Qué? —exclamé y fui consciente de que tenía que olvidar el episodio que acababa de suceder, alejarlo de mis pensamientos porque precisamente ese sería el objetivo de Joan; martirizarme—. ¡Oh, no es nada! —fingí mientras sonreía—. Ya sabes, el estúpido de Joan y sus burlas.

—¿Aún se sigue metiendo contigo? —preguntó alzando una ceja como si aquello no fuera posible.

—Bueno, ciertamente odia el hecho de que salgamos, hasta se atrevió a amenazarme si dejaba de ser virgen.

Ay no, ¡Ay no!, ¡Ay, Dios mío que le acabo de soltar que soy virgen al buenorro de turno con el que finjo salir!

«Si existe el karma que me fulmine un rayo ahora mismo porque no quiero vivir» medité sin atreverme a alzar la mirada para ver como se reía de mí.

—¡Vaya! —exclamó sin dejar de conducir—. No sé si estoy más sorprendido de que seas virgen o de que tu hermano lo sepa y te amenace si dejas de serlo.

¡Menudo bochorno! Pensé mientras me mordía la uña y le miraba fugazmente.

«Vamos Andrea... piensa en algo que te haga salir inmune de esta»

—Si digo que no soy virgen no va a colar, ¿Verdad? —pregunté y el estallido en risas que provino de Nicola hizo que no supiera si había metido aún más la pata o significaba algo bueno.

—Empiezo a creer que eres única, Andrea —confesó tras varios segundos en los que solo deseaba cavar un profundo agujero y enterrar mi cabeza como los avestruces—. Si lo que te molesta es que Joan te tome el pelo respecto a eso, tal vez pueda ayudarte a dejar de serlo.

¿Queeeeeee?, ¿Dejar de ser virgen? No. Definitivamente no puede ser lo que crees que es, Andrea.

—Esto... —comencé a titubear mientras mis manos empezaban a sudar así que las frotaba contra mis piernas desnudas para aliviar la tensión.

—Se trataría solo de fingir que ha ocurrido, por supuesto —advirtió justo antes de que me fuese a dar un síncope de los gordos y entonces una bombillita se iluminó en mi cerebro.

¿No era eso justamente lo que había pretendido hacer? Y como caído del cielo Nicola me lo ofrecía en bandeja de plata.

—¿Estás seguro de que no te importa? —pregunté ahora con cierta complicidad.

—¿Importarme? En teoría salimos juntos, se supone que es algo que debería suceder y de hecho levantaría sospechas si no ocurriese —advirtió con una sonrisa ladeada.

Visto así lo cierto es que era verdad, si de verdad saliera con ese bombón andante, estaría muriéndome por saber de que trataban los placeres carnales.

—Aunque realmente tenga ganas de restregarle en la cara a Joan que sus amenazas me importan muy poco, quizá tengamos que esperar algunas semanas o nadie se creería que es verdad —admití reconociendo que no me acostaría tan fácilmente con el primer chico que salía.

—Lo cierto es que los últimos dos años hacemos una escapada antes de las vacaciones de navidad a una casa que tienen mis padres en la montaña, este año será el último que nos juntemos antes de ir a la universidad y quien sabe si volveremos a hacerlo de nuevo. Aunque aún faltan tres meses para eso me gustaría que vinieras conmigo y creo que sería más que aceptable dicha espera, ¿No te parece? —contestó y me di cuenta de que estaba aparcando el vehículo, por lo que deduje que habíamos llegado al restaurante.

¿Tres meses?, ¿íbamos a seguir fingiendo que salíamos durante otros tres meses? Si ya me

había parecido intensa una semana, no quería ni imaginarme lo que significaban doce más como aquella.

—¿Crees que seguiremos con esto para entonces? —pregunté señalándonos a ambos con los dedos.

—Te puedo asegurar por mi parte que será así —afirmó saliendo del coche y para mi absoluto estupor dio la vuelta y me abrió la puerta antes de que yo lo hiciera por mi cuenta—. Además, estoy comenzando a valorar los beneficios de tener una novia y debo reconocer que me agrada demasiado tu compañía.

«Andrea agárrate a la puerta que te tiemblan las piernas y te vas a caer redondita al suelo de tanto babear» medité mientras observaba aquella figura portentosa en todo su esplendor mirándome fijamente.

Capítulo 16

No sabía si era adecuado o no preguntar cuáles eran esos beneficios, pero lo cierto es que me moría de la curiosidad así que no pude evitarlo.

—¿Uno de esos beneficios es invitarme a cenar? —pregunté alzando una ceja y comprobé como él rodeaba con su brazo mi cintura conforme me guiaba hacia el restaurante.

—Más que invitarte a cenar, diría que es la compañía lo que me resulta un beneficio —admitió abriendo la puerta y comprobé que el restaurante era moderno, parecía estar a la vanguardia con el estilo más reciente y a la vista estaba por la elegancia en sincronía de los tonos dorados, negros y blancos que adornaban todo el conjunto con vagos toques de color turquesa.

Los cuadros eran enormes e impresionantes, así como los techos altos con mosaicos, sin duda el lugar despedía lujo por todas partes, aunque lo cierto es que casi todos los restaurantes de última moda estaban optando por ese estilo de decoración lujosa.

Nicola se dirigió hacia el metre que nos atendió en la entrada indicando que tenía una reserva a nombre de Verdini. No esperamos ni siquiera veinte segundos antes de que nos pidiera seguirle y nos acompañó hasta una de las mesas que estaban situadas en la mejor zona del restaurante por las vistas a la ciudad.

—Tu vienes mucho por aquí, ¿no? —admití por la confianza que parecía tener con los camareros.

—Te dije que era el mejor restaurante de comida italiana y mi familia es italiana. Vengo todas las semanas —contestó y supuse que toda su familia asistía a ese restaurante.

—¿Tienes familia en Italia o todos residen aquí? —pregunté por curiosidad.

Ciertamente conocía poco sobre Nicola ahora que lo pensaba, sí que sabía que tenía ascendencia italiana, pero él no tenía acento, sino que debía haber nacido en California o quizá habría llegado demasiado cuando era muy pequeño.

—En realidad casi toda mi familia aún reside en Italia. Mi padre siempre dice que algún día volverá, pero lo cierto es que la mayor parte de su negocio está en Estados Unidos, por eso nos trasladamos a vivir aquí cuando yo tenía cuatro años y como ves aún no hemos vuelto —admitió encogiéndose de hombros.

—¿Y a ti te gustaría volver? —pregunté cogiendo la carta entre las manos para echar una ojeada, aunque lo cierto es que no tenía ni idea de qué pedir que no fuera pizza o lasaña.

—En realidad volveré cuando termine el curso, estudiaré en la universidad de Milán donde se graduó mi padre. —Por su tono deduje que parecía más una imposición que una decisión propia —, aunque hubiera preferido ir a Harvard, pero dudo que con mis notas entrara —admitió encogiéndose de hombros—. Por lo que he oído tú podrías entrar, ¿no? —preguntó e hizo que me sonrojara—, dicen que eres la mejor de tu promoción.

—¿Yo? —exclamé y me sentí una empollona, aunque lo cierto es que sacaba buenas notas y supuse que la información debía haberle llegado por Verónica.

—¿Ya has pensado a qué universidad te gustaría ir? —preguntó con cierto interés.

Ciertamente había fantaseado alguna vez con ello, pero aún me quedaba más de un año para

decidirme puesto que no comenzaría a echar inscripciones hasta el próximo curso.

—Todavía no lo tengo decidido —admití, aunque tenía muy presente que elegiría la que estuviera más lejos del idiota de Joan, eso lo tenía muy claro.

—Ciertamente tienes más de un año para decidirte —dijo antes de que ordenáramos la comanda y comenzamos a hablar de cosas triviales.

Conforme avanzaba aquella cena me sentía cada vez más cómoda en su presencia y empecé a comprobar que Nicola era un chico agradable y divertido al mismo tiempo. No entendía porqué alguien como él estaba tan pillado de alguien tan superficial como Verónica. Supuse que aquella chica era puro magnetismo para los hombres si tenía en cuenta que tanto Joan como él estaban locos por ella.

«Que mal repartido está el mundo» gemí en mis adentros mientras salíamos del restaurante después de haberme comido un succulento tiramisú que había sido como probar un pedacito de cielo.

—¿Te ha gustado? —preguntó y yo le miré con cara de asombro.

¿Gustarme? Ciertamente no había comido más porque habría explotado, pero todo estaba absolutamente delicioso.

—¿Estás de broma? Solo el hecho de que haya rebañado el postre debería ser suficiente señal —dije sin ningún remordimiento y comprobé que él sonreía.

—Me alegra que te guste la comida italiana, porque los domingos mi madre suele organizar una comida familiar típica italiana como tradición y ha insistido en que lleve mañana.

La palabra familiar, tradición y madre no dejaban de resonar en mi cerebro.

—¿Ha insistido?, ¿Es que sabe que existo? —pregunté como si eso significaran palabras mayores, aunque. ¿No creía mi madre precisamente que salía de verdad con él?, ¿No lo creían también mis amigas y en realidad todo el mundo ya puestos?

—Después de que subiera la foto a redes sociales, toda mi familia lo sabe y quieren conocerte —dijo encogiéndose de hombros y con una sonrisa de no haber roto un plato en su vida que daban ganas de enmarcarla.

—Está bien —dije señalándole con el dedo y sin darme cuenta toqué su pecho sin querer comprobando que estaba lo bastante firme para inquietarme—, pero si yo voy, tu también tendrás que venir a la mía, y si no es a cenar será a ver una película o que se yo... —dije comenzando a estar nerviosa, pero en realidad solo quería igualar la partida.

—¿Una peli? Mientras no sea una cursilada aceptaré lo que sea —advirtió colocando las palmas de sus manos en señal de rendición.

—Insultas mis gustos cinéfilos Verdini. Que sepas que yo no veo cursiladas —dije sin admitir que alguna vez me había tragado alguna peli ñoña y cursi de final feliz, pero solo en ocasiones contadas.

—Estoy deseando que me sorprendas, aunque tienes el listón muy alto en cuanto a cine se refiere —contestó y le miré sombríamente provocando que ambos riéramos.

El ruido del motor de una moto hizo que no pudiera evitar girarme para verla como si de un acto reflejo se tratase. Pasó lo suficientemente rápido para que apenas durase unos segundos, pero podría reconocer esa moto en cualquier parte; era Joan Baker.

¿Qué demonios hacía él pasando por allí precisamente? No iba a obsesionarme, ni tampoco iba a dejar que me desquiciara y de hecho dudaba que nos hubiera visto a la velocidad que había pasado así que ninguno de los dos dijo nada, sino que entramos en el coche para que me llevase de regreso a casa.

Aquella mañana me levanté de buen humor, quizá porque había tenido una noche agradable y era lo más parecido a una relación que probablemente tuviera en años ahora que lo pensaba. Tenía presente que iba a tener un final más pronto que tarde, pero estaba comenzando a disfrutar de lo que implicaba ser la novia de Nicola Verdini, aunque no fuese en todo el sentido de la palabra.

«Eso sin contar los besos, chata» me dije evocando ese recuerdo inequívoco y agradable de probar esos labios.

Cuando bajé las escaleras comprobé que todos los miembros de mi reestructurada familia estaban presentes en la cocina y después del último encontronazo con Joan precisamente allí, lo cierto es que me apetecía muy poco dirigirle la palabra.

—Buenos días —dije englobando a todos, aunque eso incluyera al idiota de turno.

—A ver que te parece Andrea, estamos decidiendo salir todos juntos a comer y no nos decidimos, la elección es ir a uno de los restaurantes que hay cercanos a la playa o a ese asiático que nos gusta tanto —dijo mamá en voz alta para que la escuchara.

En aquel momento recordé que Nicola me había invitado a comer en su casa y que había aceptado sin siquiera mencionarlo a mi madre.

—Lo cierto es que ya tengo planes —dije encogiéndome de hombros—. Nicola me ha invitado a almorzar con su familia.

—¡Oh vaya! —exclamó mi madre.

—Pues dile que no puedes ir. Que también tienes una comida familiar. —La voz de Joan irrumpió por encima de la de mi madre que estaba entre asombrada y emocionada al mismo tiempo.

En ese momento le miré fijamente deseando darle un bofetón, el mismo que no había logrado darle la noche pasada. ¿De qué iba este tío?, ¿Hasta qué punto se creía que era de verdad mi hermano para decidir que debía hacer o no con mi vida?

—No pasa nada Joan —contestó mi madre por mi y casi agradecí su intervención porque iba a soltar una bordería—. Iremos el próximo fin de semana y así podrá venir Nicola para que le conozcamos mejor, ¿verdad? —inquirió mi madre mirándome para que le contestara.

¿Y ahora quien se ríe, mequetrefe?

—Por supuesto —dije mientras sonreía y alcé la vista para mirar aquellos ojos azules que desprendían algo parecido al odio.

Elegí un vestido sencillo de corte entubado que llegaba hasta las rodillas para parecer elegante y al mismo tiempo formal. Deseaba causar una buena impresión, aunque supiera que aquello no llevaría a ninguna parte, pero cada vez me estaba metiendo más en el papel de ser la novia de Verdini y eso me llevaba a pensar como tal por más que me dijese que no lo hiciera.

La familia de Nicola era agradable, desde su padre que parecía todo un señor de negocios, hasta su madre que iba elegantemente vestida a pesar de estar llena de cacharros en aquella inmensa cocina. Nicola era el mayor de cuatro hermanos todos varones. Suponía que la alegría de su madre al verme entrar en aquella casa solo era la señal de que necesitaba una mano femenina entre tanta testosterona.

—Me cae muy bien tu familia, aunque no me dijiste que erais cuatro hermanos —sonreí conforme salíamos al porche de la majestuosa casa —por no decir mansión— en la que vivía Nicola.

Era evidente que pertenecía a una familia adinerada, al menos más adinerada que la mía, aunque no era sorprendente teniendo en cuenta que ambos asistíamos a un colegio para gente de un nivel superior a la mayoría, solo que en ese rango existía gente más normal y gente rica como

parecía serlo el padre de Nicola.

—Temía que si te lo decía huirías —contestó y no pude evitar reír en cuanto lo dijo—. Les has caído muy bien, probablemente porque no eres el estilo de chica que esperaban que trajera —admitió encogiéndose de hombros.

—¿Qué estilo de chica soy? —pregunté no entendiendo aquella afirmación.

—Normal, cercana, divertida, elocuente y real. Puedo ver tus pecas sin necesidad de acercarme, el color verdadero de tus ojos y sobre todo no tienes ningún tipo de cohibición para reírte o comer cuanto te apetece. Si soy sincero, ninguna de las chicas con las que he salido antes era así.

—¡Vaya! —exclamé sorprendida por esa respuesta—. Pues no se si sentirlo por ellas o por tu pésimo gusto en elegir las —admití mordiéndome el labio y comprobé como esbozaba una sonrisa hasta que al final terminé estallando en carcajadas.

—Vamos, te llevaré a casa antes de que Joan me despedace por creer que le estoy metiendo mano a su hermanita —dijo guiñándome un ojo y me eché a reír.

—Como si eso fuera posible... —resoplé y comprendí que mi maldita lengua me había jugado una mala pasada.

¿Porqué no podía controlar los impulsos de mi cerebro para no decir sandeces en momentos como esos?

—¿Por qué no iba a ser posible? —preguntó repentinamente y no supe que carajos le iba a contestar.

—Bueno, lo decía porque solo somos amigos y entre nosotros nunca va a pasar nada —sonreí, pero era inevitable estar nerviosa mientras lo soltaba.

¡Por Dios Andrea que no perciba que te pones tensa hablando de esos temas!

—¿Sabes una cosa? Apenas llevo una semana fingiendo salir contigo y ya me has cambiado la perspectiva de muchas cosas. No sé cuanto tiempo durará este acuerdo, pero tengo claro que no voy a dejar que te alejes —dijo acercándose a mi y colocándose un brazo por el hombro para acercarme a él conforme avanzábamos hacia su vehículo—. Una lástima que esté pillado por Verónica porque tienes todos los ingredientes para que me enamorese de ti, pelirroja.

«Ahora sé como se siente un pagafantas»

Capítulo 17

Conforme comenzaron a pasar los días, Nicola y yo empezamos a tener cierta complicidad extraña que hacía que me sintiera realmente cómoda a su lado. No podía evitar verle extremadamente guapo y atractivo cada vez que me sonreía o decía algo que provocaba que estallara en risas, pero si no podía tenerlo como algo que más que un amigo, ciertamente comenzaba a apreciar su amistad.

Había pensado que sería una verdadera tortura traer a casa a Nicola para que le conociera mi madre, ya que a pesar de ser amigo de Joan, nunca había estado en casa. En realidad, ninguno e los amigos de Joan, ni tan siquiera Verónica solían venir a casa, algo que desde luego había agradecido enormemente durante esos dos años porque ya tenía martirio suficiente en el instituto como para traerlo también a casa.

Los astros se alinearon por primera vez en mi existencia para que Joan tuviera entrenamiento el sábado que Nicola venía a comer a casa, así que no estuvo presente en la presentación formal de mi supuesto novio a la familia. Si lo pienso detenidamente habría sido bastante incomodo teniendo en cuenta que ellos eran amigos y que mi hermanastro solo quería hacerme la vida imposible.

En lugar de marcharse, Nicola se quedó tras el postre para ver una película. Me sorprendió que mamá y Paul nos dejaran a solas ya que tenían entradas para un concierto que él le había regalado por su aniversario, pero cuando se despidieron mientras nosotros estábamos en el sofá del salón con la película a punto de comenzar y las palomitas recién hechas me sentí extrañamente anormal.

—¿Qué peli vamos a ver? —preguntó y vi que se estiraba para estar más cómodo.

Se había quitado la chaqueta y abierto el último botón de la camisa para estar más relajado. ¡Dios!, ¡Que guapo estaba!

—Gattaca —dije cogiendo el mando y sentándome a su lado con los pies sobre el sofá. Mi rodilla rozaba su pierna, pero él no se movió para impedirlo y eso me puso aún más nerviosa.

—¿Gata qué? —exclamó extrañado.

—Gattaca, con doble t —repetí algo sonriente—. Así que he encontrado una película que no has visto ni escuchado nada sobre ella... —inquirí—. Te gustará.

—¿Y como sabes que me va a gustar? —preguntó provocando que me girase para verle.

—Porque es muy buena —admití encogiéndome de hombros sin confesar que era una de mis pelis favoritas solo porque salía Jude Law en ella.

«Ese hombre es de otro planeta»

—Eso habrá que decidirlo cuando acabe... —terció y colocó su brazo sobre el respaldo del sofá de modo que su mano rozaba mi hombro.

En ese momento mi respiración quedó paralizada como si estuviera reviviendo el momento de la película Grease, justo cuando van al cine de verano y él trata de meterle mano en el coche del mismo modo sutil que parecían aquellos dedos rozándome.

«No te montes pelis Andrea, que después tienes pesadillas»

Tenía suerte de haber visto aquella película cientos de veces, porque era la primera vez en toda mi existencia que no lograba concentrarme en la pantalla. Sentía el calor del cuerpo de Nicola

cercano al mío y aunque él parecía completamente absorbido por Uma Thurman, no dejaba de sentir el roce de sus dedos en mi hombro a la par que su pierna tocaba mi rodilla.

Sabía que aquello no significaba nada, ¿Desde cuando dos amigos que fingen tener una relación y ser novios no podían ver una peli sentados uno junto al otro? Lo extraño sería que no lo hicieran, pero quizá no era eso lo que me ponía nerviosa, sino su constante cercanía como si de algún modo quisiera creer que le agradaba. ¿Podría suceder algo?, ¿Podría tratar de besarme en algún momento a pesar de que no debíamos fingir ante nadie para hacerlo?

Estiré las piernas porque las tenía algo cansadas de flexionarlas y emití un leve gemido de alivio al notar como se relajaba el músculo. Sin previo aviso, noté como él metía su brazo bajo mis rodillas y las colocaba sobre las suyas, de forma que estuviera cómoda.

—No es necesario —mencioné sintiendo que mi cara enrojecía al mismo nivel del color de mi pelo e hice un gesto para apartarlas.

—Se supone que soy tu novio, debo cuidar de ti y de tus intereses —contestó sonriente—. Y no me gustaría que dejaras de bailar porque te atrofiaras algún músculo. Así que insisto —añadió asegurándose con una mano que no movía mis pies de allí.

¿Lo diría en serio o sería una simple excusa para hacer lo que había hecho?

«Andrea, más vale que deseches cualquier tipo de interés que Nicola pueda tener en ti o el chichón será muy gordo»

Definitivamente solo trataba de ser amable. Nada más.

—Como hagas muchas cosas de ese tipo, al final me voy a acostumbrar y te arrepentirás de malcriarme —dije tratando de romper esa inquietud que me generaba.

—¿Y quien dice que me arrepentiría? —exclamó y alcé la vista no creyendo lo que acababa de oír.

Los ojos verdes de Nicola me observaban en la penumbra del salón. Aún era temprano, pero mamá había bajado las persianas de lamas para que la luz de la tarde no reflejara en la pantalla y eso había condicionado a que se creara un ambiente mucho más íntimo y cercano en la estancia.

Sentí como mi corazón se aceleraba, no sabía qué demonios estaba pasando, ni si verdaderamente eran imaginaciones mías o yo quería malinterpretar aquellas palabras inclinándolas a mi balanza, pero algo me decía que Nicola no estaba de broma.

Un silencio únicamente roto por las voces que emitía el televisor nos abrumó, no supe cuanto tiempo permanecimos mirándonos el uno al otro, pero de pronto el sonido de la cerradura se oyó en la puerta de entrada y aparté la vista para dirigirla hacia otro lado como si no me importara quien llegara.

—¿Qué se supone que hace aún aquí? —exclamó aquella voz que tanto odiaba a modo de saludo dirigiéndose obviamente a mi a pesar de hablar de su amigo—. ¿Os han dejado a solas?

¿Preguntaba por mi madre?, ¿Es que acaso quería que nos vigilara como a niños pequeños? No contesté. Me negaba a responder a ese cretino sin cerebro.

—Buenas para ti también, Joan —mencionó Nicola conforme sentía que acariciaba mis piernas desnudas.

«Ventajas de llevar un pantalón corto para estar más cómoda y fresca»

Noté que Nicola tampoco parecía apartar su vista de la peli para dirigirse a Joan, así que lo que menos esperábamos ninguno de los dos, es que diera un salto desde atrás y se colara entre nosotros logrando que nos apartáramos hacia los lados. Ni corto ni perezoso cogió el cubo e palomitas que tenía entre mis manos y comenzó a zampárselo a puñados.

—¿Qué demonios haces? —grité sintiendo como Joan cogía mis piernas para dejarlas ahora

sobre las suyas del mismo modo que instantes antes hacía con Nicola.

—De pronto tengo unas enormes ganas de ver esta película —admitió con serenidad—. Y de paso evito que este intento de novio tuyo te meta mano en mi propia casa.

No lo podía creer. ¿Quién demonios se creía que era?

Aquellos cuarenta y siete minutos restantes fueron los más lentos de toda mi vida, ya que los había contado uno a uno sintiendo que el tiempo no pasaba. Podía notar los músculos de mi cuerpo en tensión por más que trataba de separarme del candente cuerpo de Joan que permanecía a mi lado, pero desgraciadamente no había más espacio al que retroceder en aquel sofá y tenía que soportar su olor, su cercanía y sobre todo su desfachatez entrometiéndose entre nosotros.

Lo más sorprendente es que Nicola no pareció quejarse, pero era su mejor amigo, ¿Qué iba a decir? En cambio, yo sentía como mi mandíbula estaba tan apretada que de un momento a otro perdería una de mis muelas o saltaría algún diente.

En cuanto llegó la escena final, antes de que salieran los rótulos y pudiera interpretarse que la película había acabado, di un salto como si me estuviera abrasando el trasero y no aguantase más.

—¿Vamos fuera? —exclamé dirigiendo mi vista únicamente a Nicola a pesar de que sentía como los ojos de Joan me observaban.

—Claro... —contestó pacientemente mientras se incorporaba.

—Creo que deberías marcharte Verdini, seguro que la mocosa tiene deberes por hacer y tú llevas demasiadas horas aquí.

¡Lo que me faltaba por oír!

—Hasta el momento que yo sepa no eres mi padre para tomar mis propias decisiones, Baker. ¡Así que metete en tus asuntos! —grité para mi propia estupefacción importándome un cuerno lo que pudiera pensar de mi Nicola.

Ya había tenido suficiente con que me arruinara el momento mágico junto a mi supuesto novio. Que sí, que no iba a suceder nada, que solo éramos amigos con un plan en común y a él quien le gustaba verdaderamente era Verónica, pero el solo hecho de que Joan estuviera presente era un fastidio, más aún que se entrometiera entre nosotros y tuviera que aguantar su roce durante más de media película mientras él se regodeaba.

—Tal vez no sea tu padre, pero sí tu hermanastro mayor y como tal velaré por tus intereses. Ahora largo de aquí, Verdini —mencionó en un tono que no dejaba lugar a duda que casi parecía una amenaza.

No podía creerlo, ¿De verdad iba a salirse con la suya?

—No tienes ningún derecho a echarle de esta casa —dije sin más.

¿Así trataba a su mejor amigo? Aunque estaba convencida que solo era por llevarme la contraria y fastidiarme ya que odiaba el hecho de que Nicola y yo estuviéramos juntos a pesar de no saber realmente en qué circunstancias.

—Tengo todo el derecho puesto que vivo aquí ¿O es que no lo recuerdas mocosa? —inquirió y Nicola se incorporó entrometiéndose entre los dos.

—No pasa nada cielo. Es tarde y seguro que mi familia me espera en casa —intermedió—, mañana te recogeré a primera hora —puntualizó mientras su brazo me rodeaba la cintura y de algún modo me calmaba consiguiendo que atrapara mi atención.

Asentí. Lo que menos deseaba en aquel momento era incomodar a Nicola por culpa de las redencillas personales que Joan y yo tuviéramos en casa. Probablemente quería evitarlas y a pesar de las circunstancias no quedar mal con su amigo, un amigo que por cierto no sabía que él se había liado con su novia cuando no estaban juntos, así que comenzaba a dudar de que esa amistad fuera

realmente tal como aparentaban.

—Te acompaño —dije necesitando respirar aire fuera de aquella casa.

Sentí como Nicola no me soltaba hasta llegar a su deportivo aparcado frente a casa. Estaba segura de que Joan nos observaba y no hacía falta decirlo en voz alta para que mi supuesto novio también lo pensara.

—Joan es bastante protector contigo... —dijo cuando nos habíamos alejado lo suficiente de casa para que no pudiera oírnos.

Ya podía imaginarme a Baker recostado en la puerta de entrada y de brazos cruzados, observándonos con todo el descaro sin ningún tipo de cohibición.

—No es protector, él solo quiere hacerme la vida imposible —rebatí no comprendiendo que razones tendría para actuar así.

¿Tan insoportable era para él que no podía dejarme ser feliz?

—Discrepo en ello —mencionó con una leve sonrisa y me acercó más a él consiguiendo que sus labios rozaran mi oreja. En ese momento sentí el fervor de la sangre recorriendo mis venas, provocando que fuera consciente de cada uno de los músculos de mi cuerpo para sentir lo que él me hiciera o dijera—. Creo que de algún modo te aprecia o no repararía en ti. Joan tiene la habilidad de ignorar a las personas que no le interesan en su vida, en cambio focaliza toda su atención en ti —susurró como si me hubiera dicho la cosa más bonita del mundo y en cambio me hablaba de la persona que más odiaba en la Tierra.

—Solo porque no puede ignorarme, vivimos en la misma casa —dije tras varios segundos en los que permanecí en silencio tras la decepción de sentir que no hablaba de mi o de un nosotros.

—Lo veremos... —contestó alejándose con una leve sonrisa, pero sin soltarme—. Hasta entonces, seré tu cómplice para desquiciarle como tú lo eres para mi con Verónica. Démosle un buen espectáculo...

Acto seguido Nicola se aproximó lo suficiente para rozar mis labios, era como si esperase una respuesta por mi parte, así que alcé los brazos para rodearle el cuello e inclinarme un poco sobre mis puntillas, ya que era un poco más alto que yo y me dejé llevar por esos suaves labios que se movían sobre los míos con intensidad.

¿Podrían ser falsos los besos de Nicola? Si me besaba de esa forma a mi, sin gustarle ¿Cómo lo haría con Verónica? No quería pensar en ello, sino disfrutar de cada sensación que él creaba cuando tocaba mis labios, arrastrándome hacia un trocito de paraíso en el que nunca había estado.

Cuando se separó de mi cuerpo delicadamente abrí los ojos para deleitarme con aquella mirada verde que me dedicaba sonriente. Era muy probable que terminara enamorándome perdidamente de Nicola, pero no me importaba, eran justo esos pequeños placeres los que merecía la pena cualquier sufrimiento que posteriormente padeciese.

—Nos vemos mañana —dijo guiñándome un ojo antes de alejarse de mi para rodear su coche y montarse en él justo antes de arrancar y marcharse.

Solo cuando perdí de vista el flamante descapotable blanco de Nicola me di la vuelta y fui consciente de la realidad a la que debería enfrentarme. No me lo había imaginado, no. Joan permanecía en la puerta de casa, recostado en el marco y con los brazos cruzados. Lo único que había escapado a mi visión era la cara de cabreo que tenía y que se podía apreciar por su ceño fruncido.

Le ignoraría. Me iría directamente a mi habitación y no saldría de allí hasta que mi madre volviera y me llamara para la cena, aún así probablemente pondría algún tipo de excusa para evadir cenar con nuestra supuesta feliz familia. No me apetecía ver ese careto de engreído por

más tiempo.

En el momento que iba a pasar por su lado, colocó su brazo obstaculizándome la entrada a casa.

—Que sea la última vez que le traes a mi casa —mencionó en tono serio.

¿Perdona?, ¿Me estaba imponiendo sus normas?, ¿De verdad me prohibía volver a traer a Nicola?

—Te recuerdo que también es mi casa y puedo traer a quien me de la gana —dije sin mirarle, porque no se si me aguaría las ganas de propinarle una bofetada.

—Eres demasiado mocosa para saber realmente lo que quiere de ti, solo tiene un propósito y no parará hasta conseguirlo, luego no digas que no te lo he advertido —dijo con seriedad, pero sin apartar aquel brazo de la puerta que me impedía pasar.

—Tengo la misma edad que tu novia, por si no lo recuerdas —dije con tanto hastío que incluso se podía percibir el desprecio en mi voz—. Y salís desde hace más de un año, ¿Tu querida novia no es mocosa, pero yo sí?

De pronto me vi arrastrada hasta la pared de la fachada de casa, sintiendo el duro muro de hormigón clavándose en mi espalda conforme él me agredía de algún modo con su cuerpo notando como se adhería al mío por la cercanía. Me turbaba el hecho de tenerle así, de sentirle así y hacía que todo mi cuerpo temblara, pero no de miedo, sino de algo completamente desconocido para mí.

—Ni siquiera intentes compararte —susurró agarrándome las muñecas intuyendo que lo hacía para impedir que le empujara—. Tú no eres ella.

Sus ojos azules estaban fijos en los míos. Podía percibir cierta rabia en su mirada, pero sus manos no me apretaban lo suficiente para creer que así fuera. Había algo... no sabía qué, pero que no lograba comprender en su forma de observarme de aquel modo.

Antes de que pudiera contestar me había soltado apartándose bruscamente y después se perdió tras la puerta de casa.

¿Qué demonios había sido eso?

Capítulo 18

Por más que trataba de entender o comprender a Joan, no podía hacerlo. ¿Qué narices le movía tener esa rabia contra mi? Si tanto le fastidiaba haberse tenido que mudar a una casa nueva, cambiar de instituto o de amigos, no era mi problema para que tuviera que pagarlo conmigo constantemente.

Sentía que yo era el modo que tenía de desquitarse con la vida, de pagar su frustración y que el hecho de fastidiarme le hacía sentirse mejor cuando yo no había realizado nada para provocarlo. Desde el minuto uno en que llego a esa casa había tratado de ser amable con él, incluso podía recordar como le miraba embobada la primera vez mis ojos recayeron en su rostro creyendo que era el chico más guapo que había visto en toda mi vida, algo que desde luego se convirtió en todo lo contrario cuando me demostró lo absolutamente engreído, imbécil y capullo que podía llegar a ser.

Estaba claro que me detestaba y que su juego predilecto era sacarme desquicio dejándome en ridículo frente a los demás, aunque delante de nuestros padres se comportara bien, precisamente para que ninguno llamara su atención al respecto. Si no fuera porque mi madre hacía todo lo posible porque pareciéramos una familia y estaba tan empeñada en ello que no veía lo lejos que estábamos de serlo, le habría contado la verdad, pero no quería arruinar la situación, sabía que en el instante en que confesara lo que sucedía comenzarían los problemas, las discusiones en casa y probablemente él me tratara aún peor.

Al menos había conseguido provocarle, fastidiarle y lograr que sus amigos ya no me insultaran como antes para imitarle. Eso lo había logrado gracias a Nicola, aunque él también obtuviera algo a cambio como era darle celos a Verónica, pero de algún modo el acuerdo al que habíamos llegado era beneficioso para ambos, solo existía un problema; que Joan había comenzado a atosigarme demasiado en casa y cada vez que se enfrentaba a mi de aquella forma como instantes antes, me turbaba. No sabía cuál sería el siguiente paso o que haría para lograr su objetivo que no era otro que apartarme de Nicola, seguramente para iniciar de nuevo sus vejaciones y provocaciones fuera de casa.

No iba a permitirlo bajo ningún concepto, podría acorralarme, presionarme e incluso acercarse tanto a mi que lograra trastornarme porque nunca lo había hecho hasta ahora, pero no conseguiría que me apartara de mi objetivo, cuanto más tiempo pasara junto a Nicola, mas tranquilidad conseguiría en el instituto antes de que al fin se marchara a la Universidad y me dejara en paz para siempre.

Cuando mamá me llamo a para decir que pedirían pizza, descubrí que Joan todavía no había regresado. Escuché su moto poco después de nuestro enfrentamiento y no sabía si regresaría o no a tiempo, tampoco pensaba preguntar al respecto, pero sentí como mamá pedía una pizza para él desde su teléfono. Con la excusa de que tenía que terminar algunas tareas referentes al colegio, me encerré en la habitación no sabiendo si regresaría o no, pero lo que menos me apetecía en aquellos momentos era tener que soportar su cara de insolencia después de lo ocurrido. En cuanto di el primer bocado a la enorme pizza de cuatro quesos que tenía en mi escritorio, pude oír el

ruido de aquella moto inconfundible aparcar frente al garaje, al parecer no regresaría tarde como solía hacer en bastantes ocasiones y deduje sin duda alguna que debía haber visitado a su queridísima novia, la misma que no dudaba en correr a los brazos de otro en cuanto él se marchaba.

¡Que ganas de decirle que era un cornudo! Aunque técnicamente no lo era ya que mientras Verónica estaba con él, no le engañaba, pero igualmente ¿Qué clase de chica corre a los brazos de otro si en realidad quiere a su novio? No lo entendía, ni quería entenderlo, pero me quedaba claro que aquella rubia exuberante no podía querer de verdad a Joan o no le haría eso.

¿Quizá solo estaba con él por la popularidad que le había generado?, ¿Tal vez era consciente de que si le dejaba oficialmente y comenzaba a salir con Nicola se le acabaría ese chollo?, ¿O es que cuando Joan la dejaba no sabía estar sola y por eso corría a los brazos del mejor amigo de su novio? Ya se había hablado durante el verano que había estado saliendo con bastantes chicos del equipo de fútbol, pero al parecer eran rumores infundados, puesto que con quien había pasado el verano era con ese adonis italiano. Probablemente hicieron correr ese rumor para no levantar sospechas frente a Joan de que esos dos estuvieron liados.

¡Andrea olvídate de ellos!

No me interesaban, yo solo quería llevar un curso tranquilo, conseguir que me dejaran en paz y una vez que Joan se fuera a la Universidad todo cambiaría.

«Aunque hasta que ese momento llegara, iba a perder la cabeza por Nicola por más que supiera que él estaba colado por otra»

Era inevitable. Sus caricias, esa forma de besar, sus atenciones... Si. Sabía que todo era fingido, pero aún así no podía evitar crear vanas ilusiones.

¿Encontraría algún día a un chico así que sintiera de verdad todo aquello sin fingir?, ¿Qué verdaderamente quisiera besarme, rozarme, acariciarme y decirme palabras atentas como Nicola hacía? No sabía si algún día llegaría, pero hasta entonces; disfrutaría del momento sin pensar en las consecuencias.

Aquella mañana tal como me había prometido, el flamante descapotable de mi italiano favorito estaba aparcado en la puerta para llevarme al instituto. Comenzaba a ser una costumbre de la que quizá no debía creer que duraría demasiado, pero era tan gratificante verle cada mañana sonriente que supe como dolería el momento en que aquello cesara. Sonreí mientras abría la puerta para subirme al vehículo y en cuanto el cinturón de seguridad hizo click sentí como aceleraba para marcharse.

—¿Tienes prisa? —inquirí ya que solo me había dado un saludo breve.

—Un poco. Hoy quiero llegar antes de que lo haga tu hermanastro junto a Verónica —mencionó sin apartar la vista de la carretera.

Me sorprendió su respuesta, puesto que hasta el momento no le había importado que así fuera.

—¿Y me vas a decir porqué? —pregunté ante su silencio.

—Poco después de que me marchase, vino a verme —contestó sin parecer alterado o nervioso por ello—. Me refiero a Baker —puntualizó para que no me quedara ninguna duda.

—¿Joan fue a verte? —exclamé atónita.

¿Tal vez iría primero a su casa antes de dirigirse hacia la de Verónica?

—Si —afirmó—. Y fue muy contundente cuando me advirtió que me quería lejos de ti, de hecho, sus últimas palabras fueron; Aléjate de ella Verdini o tú y yo acabaremos muy mal —mencionó sin ningún tipo de emoción.

¡No podía ser!, ¿Amenazaba a su supuesto mejor amigo?, ¡Eso era el colmo!

—¿Y tú que le dijiste? —pregunté porque no sabía como se habría podido tomar aquella amenaza.

—Creo que la respuesta es evidente cuando he ido a tu casa a recogerte —mencionó con una media sonrisa que logré percibir en su cara—. Le dije que él no era quien para decirme con quien debía o no salir, que no era tu dueño y que eras mayorcita para decidir a quien querías en tu vida.

Mi boca se abrió de par en par al saber que había sido capaz de tener un enfrentamiento con su mejor amigo.

—No sé si quiero ser la causante de romper vuestra amistad —dije en un susurro de voz.

—No vas a romper nada, Andrea. Solo quiere salirse con la suya, aunque no sé porqué le fastidia tanto que tú y yo estemos juntos, pero reconozco que cada vez me gusta más la idea de que seas mi novia —advirtió sin perder esa sonrisa y provocó que yo también lo hiciera.

Me parecía increíble que Joan no solo me hubiera advertido a mi, sino que también se enfrentara a su amigo para impedir que aquella relación prosiguiera. Lo cierto es que con una felicidad que verdaderamente sentía, caminé de la mano junto a Nicola por el pasillo del instituto hasta que llegamos a las taquillas donde siempre se colocaba él junto a sus amigos. Hablábamos y reíamos de cosas triviales hasta que sentí como me colocaba la mano en la cintura para rodearme y sus labios acariciaban de nuevo los míos. Supe en aquel instante que Joan y Verónica acababan de aparecer por el pasillo.

No hacía falta ser un genio para saber que Nicola no me besaría así porque sí, él no iba a enamorarse de mi, yo no le gustaba y su único interés hacia mi persona residía en lo que podría obtener de Verónica tras provocarla de aquella forma.

¡Pero quien disfrutaba de aquellos labios que sabían a gloria era yo y no ella!

Al menos tenía eso, esa sensación de congojo que comenzaba en la garganta y bajaba hacia el estómago como si estuviera montada en una noria. Resultaba increíble y aunque no era el primero, ni el último —o eso quería creer—, cada vez que sus labios se posaban sobre los míos resultaba infinitamente placentero.

¿Cómo podía cambiar Verónica a ese adonis por el estúpido de Baker? Era imposible que besara mejor que él.

Abrí los ojos en cuanto sentí que se apartaba rápidamente de mi y pude percibir que lo había hecho de forma involuntaria. Al parecer Joan le había empujado para irrumpir aquel beso y evidentemente lo había logrado. La mirada que tenía sobre Nicola era digna de una película de la mafia.

«Si las miradas matasen, desde luego Verdini estaría más que sepultado»

—A este paso os van a echar del instituto por exhibicionismo —mencionó Verónica con un tono de voz de lo más molesto y chillón.

¿Perdona?, ¿Y las veces que ella se ha comido los morros con Baker no cuentan?

—Teniendo en cuenta tu historial, lo dudo —solté sin darme cuenta que lo acababa de decir en voz alta.

No fui consciente de que las palabras habían salido por mi boca hasta que el silbido por parte de alguien provocó que Verónica enrojeara hasta hacerle sombra a un tomate.

¡Oh Dios mío!, ¡Si ya no me tragaba antes, ahora me crucificará! Y peor aún, ¡La ira de Baker se cernirá contra mi!

Sentí que todas las miradas se concentraban en nosotras, por suerte más en la reacción de Verónica que en la mía, pero en ese instante alcé la vista y me di de bruces con los ojos azules de Joan observándome. No parecía alterado, ni tampoco enfurecido, sino que una leve sonrisa

camuflada aparecía en sus labios sin que dejara de observarme.

¿Qué demonios?, ¿Ofendía a su novia y él se reía?

¡El mundo al revés!

—¡Serás hija de la gran... —gritó Verónica dando un paso hacia delante, solo que antes de que pudiera avanzar otro más, fue detenida por Joan.

—¡Basta! —exclamó de forma autoritaria y con un gesto no se porqué razón provocó que ella guardara la compostura y mirase hacia otro lado.

Por primera vez aquello me hizo pensar si lo que acababa de hacer era para evitarle problemas a su novia o si había sido una salida en mi defensa.

«Imposible» me dije antes de que esa idea cobrara fuerza.

La campana del inicio de clases se escuchó por todo el pasillo y desde luego no pensaba quedarme para seguir viendo el espectáculo, por suerte todos comenzaron a dispersarse, incluido Nicola que se despidió diciéndome que nos veríamos a la hora del almuerzo. Rebusqué entre los libros que tenía en la taquilla el que necesitaba y sentí que Joan aún no se había marchado, aunque estaba a cierta distancia de mí, prácticamente nos habíamos quedado a solas en aquel pasillo. No le di importancia, aún quedaba gente y seguramente no me diría nada ahora que sus amigos no estaban presentes.

—Al final va a resultar que sí tienes carácter —susurró su voz a mi espalda y mucho más cerca de lo que necesitaba para mi propio estupor.

—¿Acaso te sorprende? —exclamé sin darme la vuelta porque no quería verle y menos aún mantener una conversación, suficiente tenía con aguantarle en casa hasta el punto de evitarle.

—Bastante... —Mencionó en un tono ronco que incluso llegué a creer que me había rozado la oreja con sus labios al decirlo—. Llevo esperando a que lo hicieras mucho tiempo, pelirroja.

Aquellas palabras fueron como dinamita para mis oídos y me giré bruscamente, pero solo para ver su espalda y escuchar sus risas alejándose.

¿Que demonios?, ¿Qué llevaba mucho tiempo esperando a que lo hiciera?, ¿A que hiciera qué?, ¿Plantarle cara?

¡No!, ¡Es absurdo!, ¿Para qué iba a querer él que lo hiciera?

Se reía cuando debería estar más que enfadado y no solo por haber dicho lo que dije de su novia, sino porque su llamada de atención tanto a mí como a su mejor amigo no había funcionado, sin embargo, allí estaba, riéndose sin que lograra comprender porqué.

«Definitivamente Joan Baker va a volverme loca porque no hay quien lo entienda»

Por más que intentaba concentrarme en clase y de vez en cuando Vanessa hiciera algún comentario dejando claro el poco interés que mostraba por la asignatura de cálculo, mi cerebro era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el idiota de mi hermanastro.

¡Hasta la degustación del beso con Nicola me había robado ese cretino!

En lugar de pensar en ese adonis italiano de ojos verdes, mi mente solo replicaba las palabras de Joan; llevaba esperando mucho tiempo a que lo hiciera, ¿Se refería a plantarle cara?, ¿Tal vez quería que le hubiera contestado en lugar de limitarme a esconderme de ellos?

No tenía lógica. Lo mirase por donde lo mirase, no comprendía para nada sus palabras, ni se justificaban con su forma de proceder para humillarme.

—Andrea, ¿Estás en este planeta? —preguntó Vanessa cuando evidentemente hacía un buen rato que debía estar hablándome y yo no la escuchaba.

—Sí, lo siento... —respondí como un autómata, aunque en realidad mis pensamientos estaban demasiado alejados de allí.

—Lourdes y yo hemos pensado que este año, dado que ahora estás saliendo con Verdini y tu hermano parece dejarte tranquila, podríamos ir a la fiesta de Halloween del instituto.

Ni tan siquiera se me había pasado por la mente esa fiesta, como tampoco la de fin de año o fin de curso puesto que las evitaba como la peste y por fidelidad, mis amigas también.

No había hablado del tema con Nicola, pero se suponía que deberíamos ir juntos para no levantar sospechas. ¿Cuánto faltaba para Halloween?, ¿Dos semanas?

—Supongo que sí —contesté encogiéndome de hombros y escuché pequeños grititos acallados para no llamar la atención del profesor.

Comprendí la ilusión que les hacía y por la cual yo les había privado el año anterior. La idea de acudir a esa fiesta debería ser toda una proeza, no solo por restregarle en la cara a Baker que me daban igual sus insultos, sino por retarle a hacer algo que él mismo me había prohibido; que no era otra cosa que salir con su mejor amigo.

Aún no podía creer que hubiera ido a la casa del propio Nicola para advertirle que me dejara, ¿A qué se debían todos esos actos?

Primero me amenazó para que le dejara, después comenzó a hostigarme con ello, no siendo suficiente acude al propio Nicola para lograrlo y hoy lejos de mostrarse molesto cuando le respondí cruelmente a su novia, sale en mi defensa y se ríe de ello.

«Mejor piensa en otra cosa Andrea, porque tus neuronas se van a chumarrascar como sigas intentando entender a Joan»

Decidí que no gastaré ni un solo minuto más de mi tiempo en ello y la idea de acudir al baile de Halloween era una alternativa muy atractiva para ello. ¿Tendría que llevar un disfraz conjuntado con Nicola?, ¿Me pediría que fuéramos juntos aunque no fuera realmente su novia? Nuestra relación era más de amistad que otra cosa, así que tal vez debería sugerirle algo a la salida cuando estuviéramos a solas.

El almuerzo fue tranquilo, sobre todo por la aparente desaparición durante el mismo de Joan y Verónica. Seguramente esos dos estarían en alguna parte del instituto donde nadie pudiera encontrarles y metiéndose la lengua hasta la campanilla.

«Y que luego me venga a decir a mí de escándalo público»

—¿Te has dado cuenta de quien faltaba en el almuerzo? —preguntó Nicola en cuanto subí a su coche y ponía rumbo a casa.

—Imagino que te refieres a Joan y Verónica.

A veces olvidaba que para él, lo nuestro solo se centraba en esos dos aunque por momentos lo pasáramos bien como en aquella cena italiana.

—Seguro que le ha montado una escena por salir en tu defensa y esta tarde me llamará diciendo que no están juntos —dijo convencido de ello, como si en otras ocasiones ya hubiera sucedido y estuviera acostumbrado a ello.

—Él no me ha defendido —asumí no importándome el resto.

Nicola rodó sus ojos hasta observarme apartándolos de la carretera y eso me inquietó.

—¿De verdad no te diste cuenta que lo hizo para que ella no se atreviera a tocarte? Lo cierto es que me sorprendió y más aún de que se quedase para asegurarse de que ella se marchaba sin hacerte nada.

¿Qué?, ¿Esa era la razón por la que Joan parecía demasiado entretenido en su taquilla?, ¿No era para decirme aquello que me dijo? Ciertamente podría habérmelo comentado en casa ahora que lo pensaba...

—No tiene sentido. Joan me odia, seguro que lo hizo únicamente pensando en el bien de

Verónica para que no pudieran expulsarla.

—Si lo quieres creer así... pero conozco a Joan, no salió en defensa de Verónica, sino que lo hacía por ti.

Guardé silencio analizando aquellas palabras y me crucé de brazos porque no sabía que responder a ellas.

¿Por qué?, ¿Para qué quería defenderme ese cretino después de humillarme tanto tiempo?, ¿Qué razón tenía para no desear que su novia me pusiera una mano encima?, ¿Tal vez eran demasiadas explicaciones que dar a nuestros padres si lo hacía? Si. Quizá solo se trataba de eso.

—Mejor hablemos de otra cosa. ¿Has pensado en ir al baile de Halloween? Normalmente no suelo ir, pero...

—¡Cierto! Casi se me olvidaba —comentó rápidamente—. Siendo mi supuesta novia, ¿Me acompañarás, verdad? No puedes dejar a este alma triste y desolado sin tu compañía —agregó poniendo cara de nostalgia y comencé a reír de verdad.

Lo agradecí. Al menos era un alivio a mi mente sobre todo lo ocurrido recientemente.

—Si me lo pides de ese modo, no me puedo negar —concluí no teniendo idea alguna de como se vestía la gente para ese tipo de fiestas.

—Este año pensaba ir del sombrero loco, pero no se si te agrada ir de niña buena y que tal te sentará el rubio —comentó como si estuviera estudiando mis rasgos para imaginarlo.

—¿Tengo otra opción que no sea esa? —pregunté gustándome la idea que fuéramos conjuntados.

—Lo cierto es que no creí que fuese acompañado, por eso pensé en un disfraz sin acompañante, pero en vista de que las cosas han cambiado, podríamos intentar ser Victor Van Dort y Emily...

¿La novia cadáver? Si me ceñía a la historia lo cierto es que un poco sí que nos representaba.

—Dadas las circunstancias creo que nos viene como anillo al dedo, nunca mejor dicho —contesté y ambos comenzamos a reír.

Aunque casi prefería ser la pequeña Alicia en el país de las maravillas antes de que Verónica me hiciera hincapié en que la novia cadáver no es quien se queda con el protagonista.

Con la idea de que tendría que encontrar un traje de novia roído y pintura azul, entré en casa entusiasmada con la idea, aunque eso acabo en el mismo instante en que mis ojos divisaron a Joan sentado en la cocina.

Sus palabras regresaron a mi mente y no solo lo que decían, sino la forma en que lo hicieron conforme susurraba a mi oído y podía percibir su aliento.

—Parece ser que estaremos a solas, pelirroja —mencionó justo después de que cerrase la puerta.

Capítulo 19

«No» Fue lo primero que pensé tras oír su voz y razonar aquello que acababa de decir.

¿Porqué el destino era tan cruel que se empeñaba en fastidiarme constantemente? Lo que menos necesitaba en ese preciso instante era quedarme a solas con el patán de turno y recordarme todas esas cosas que me martirizaban de sus actos. Peor aún, a ver que nueva estrategia utilizaba ahora para terminar mi relación con Nicola o mejor dicho; supuesta relación ya que entre nosotros no existía nada.

—Mejor dicho estarás a solas, porque yo me pienso encerrar en mi habitación. Tengo muchas cosas por hacer, como encontrar un vestido de novia.

Ni siquiera sabía porqué había dicho eso, pero lo solté sin más. ¿No era una realidad? Aunque él estuviera lejos de saber para qué lo necesitaba.

La expresión en la cara de Joan era digna de admiración. Primero alzó una ceja en señal de incredulidad y ante mi pasotismo su rostro pasó a tener un color violáceo.

—¡Por encima de mi cadáver permitiré que te cases con ese degenerado! —exclamó contundente.

—¿Y quien crees que eres tú para tomar decisiones por mi?, ¿Acaso te has creído mi padre? Ni tan siquiera somos hermanos de verdad y desde luego estamos lejos de ser algo parecido —contesté obviando que ni de coña iba a casarme, ¡Por favor! Si no he terminado el instituto aún, ¿Cómo se le puede ocurrir que vaya a casarme?

—No —negó—. Desde luego que estamos lejos de ser hermanos —aclaró con cierto rencor en su tono de voz—, no sé que clase de ideas te ha metido Verdini en la cabeza, pero no permitiré que cometas ninguna locura y menos aún que ese idiota juegue contigo y tus sentimientos.

¿Hola?, ¿Sentimientos?, ¿Qué le importaba a él mis sentimientos?

—Como si eso te importara... —subrayé no creyendo nada de aquello, a los actos me remitía.

—Me importa —recalcó y observé esos ojos azules buscando una nueva forma de hacerme daño, de atormentarme como había hecho siempre.

—¿Te importa? —grité—. ¿Qué te importa exactamente después de tratarme como me has tratado todo este tiempo delante de tus amigos?, ¿Después de humillarme con tus vejaciones constantes?, ¿Después de tratarme como la peor escoria del universo?, ¡Dime!, ¡Dime que demonios te importan mis sentimientos! —No era una pregunta. No tenía necesidad de preguntarlo porque era un hecho.

Si esperaba que me quedase a obtener una respuesta, la llevaba clara, con esas me di media vuelta no importándome lo que tuviera que alegar o no en su defensa. Pensaba encerrarme en mi habitación así mi estomago rugiera como un león, pero de allí no saldría hasta que mamá o Paul vinieran. Por primera vez creí que le habría dejado con la palabra en la boca, que no tendría modo alguno de responder a mis exigencias, ¿Qué podría decir para defenderse por su trato todo este tiempo?, ¿Por su forma de denigrarme ante todos?

Sentí el tirón de mi brazo deteniéndome y con la ira que me carcomía las entrañas no lo pensé dos veces y me giré alzando el otro brazo para empujarle o darle una sonora bofetada según me

pillara, pero Joan pareció predecir mis intenciones y detuvo mi mano en alto, justo antes de que se estampara en su mejilla.

—Me importa —dijo con voz suave conforme sus ojos azules me miraban con intensidad.

Antes de que pudiera contestar, de que pudiera soltarme, de alzar mi rodilla para clavársela en su entrepierna y que así me dejase en paz de una vez por todas, sin previo aviso se abalanzó sobre mi rostro y sentí como sus labios atrapaban los míos.

No reaccioné.

Me quedé completamente estática presa de sus labios y la sensación inquietante que de ellos emanaba. No podía creer lo que estaba pasando. No podía ser capaz de procesar que Joan Baker, mi odiado hermanastro me estaba besando.

Y la realidad me golpeó en toda la cara cuando mis propios labios se entreabrieron y pude percibir como los suyos se movían de un modo que jamás me habría gustado reconocer.

«Aquello era el jodido paraíso»

Eso no podía estar pasando. No podía ser real. ¡Joan no podía estar besándome de verdad!

Sus labios se movían con maestría, dignos de un fiel adversario. Cuando su lengua comenzó a jugar con la mía, sentí un estremecimiento brutal. Era la sensación de estar flotando en una nube de la cual no deseaba bajar. Mi corazón palpitaba sin ser consciente de ello, el calor comenzó a recorrer mi cuerpo provocando que mis impulsos fueran otros muy diferentes a los dictados de mi cerebro. Antes de darme cuenta de que realmente estaba respondiendo a ese beso, pude ser testigo de mi propio jadeo conforme sus manos apretaban mi cintura acercándose a él, sintiendo cada palmo de su cuerpo junto al mío de tal manera que iba a enloquecer.

«No» respondí mentalmente.

No podía dejar que me atormentara de esa forma, que jugara conmigo de ese modo.

Con la poca voluntad que aunaba la pequeña parte consciente de mi cerebro, subí la rodilla con fuerza y escuché su quejido de dolor al mismo tiempo que dejaba de ser presa de sus brazos conforme se apartaba de mi lado.

—Que sea la última vez que te atreves a tocarme, Joan Baker, porque de lo contrario vas a saber realmente de lo que soy capaz —dijo con seriedad, incluso me sorprendí a mi misma por no gritar ante el fuego que me quemaba por dentro.

No iba a esperar a que respondiera, ciertamente me importaba muy poco lo que tuviera que decir, solo necesitaba encerrarme en mi habitación, sentir el muro o mejor dicho, puerta que me separaba de aquel energúmeno de ojos azules y recapacitar en lo que había pasado para ver como narices iba a asimilarlo. Casi estaba llegando al último peldaño de la escalera, asumiendo que había dejado suficientemente claras las cosas para que la próxima vez se lo pensara no una, sino unas cuantas veces antes de atreverse a hacer tal cosa. Estaba segura de que aquel episodio había finalizado y siendo yo la vencedora, pero debí prever que con Joan eso nunca sucedía, que jamás iba a dejar que tuviera la última palabra.

—¡Quizás quiera ver de qué eres capaz, pelirroja! —gritó seguido de su risa como si el hecho de haberle dado un rodillazo en su entrepierna le hiciera gracia.

«Igual no le has dado suficientemente fuerte, Andrea» me dije llena de rabia.

Estaba claro que lo había hecho para provocarme, para sacar mi lado más mezquino y atroz. Y lo peor de todo es que lo había conseguido, había logrado sacar mi rabia y frustración.

—Le odio. Le odio. Le odio. ¡Le odio! —comencé a decir dando un portazo a la puerta de mi habitación importándome muy poco si eso le agradaba por sacarme de quicio.

¿Cómo se atrevía?, ¿Cómo podía haber llegado tan lejos?, ¿Importarle?, ¿Decía que le

importaba?, ¡Un cuerno! A ese solo le importa él mismo y su mezquindad.

Quería desquiciarme. Volverme loca además de humillarme o rebajarme al nivel más vejatorio posible y lo peor de todo es que yo se lo había permitido desde que llegó, dejando que me pisoteara a su antojo.

No más. Ya me había cansado de aguantar, de ser su objeto de frustración con el que pagar sus pajas mentales. Si tanto le cabreaba que saliera con su mejor amigo o que tuviera una vida plena y feliz, se iba a joder, pero a joder de verdad porque pensaba llevar aquella relación ficticia al máximo nivel.

No iba a permitir que mi mente perdiera ni un solo segundo en las sensaciones que había sentido al probar aquellos labios, ni mucho menos iba a dejar que mis pensamientos se fugaran por una parte de mi cerebro que no les estaba permitido viajar. Ni hablar. Joan Baker es un misógino engreído que buscaba hacerme la vida imposible y había sobrepasado el límite para conseguirlo. Me importaban un bledo sus razones para odiar la idea de que Nicola y yo estuviéramos juntos hasta el punto de atreverse a besarme haciéndome creer que le podían importar mis sentimientos.

Por favor... ¿Importarle?, ¿Después de como me había tratado todo este tiempo?, ¿Quién demonios iba a ser tan estúpido como para creerlo?

Si tenía hambre desde luego se evaporó completamente y a pesar de que tenía que adelantar trabajo de clase, era incapaz de concentrar mi mente en algo que no fuera el hecho de que ese energúmeno intentara entrar en mi habitación aprovechando que estábamos a solas.

Vale. Miedo no tenía, por ilógico que pareciera sabía que él no iba a hacerme nada que yo no quisiera y menos aún ponerme la mano encima, pero el hecho de que se hubiera atrevido a besarme me había desequilibrado mentalmente, aunque no quisiera reconocerlo, aunque lo que más me martirizaba era saber que yo misma le había dejado que lo hiciera e incluso se me había escapado un gemido de placer inconscientemente.

¡Le había dado razones al tío que mas detesto de mi existencia que me gustaban sus besos!

¿Cómo podía haber llegado a eso?, ¿En qué mundo me había dejado avasallar de esa forma para sentir placer con un ser tan miserable?

Comencé a desnudarme quitándome la ropa que llevaba de clase y quedando en lencería mientras buscaba desesperadamente mis zapatillas de ballet en la bolsa de danza. Era en momentos como esos cuando más necesitaba desconectar mis pensamientos, centrar mi mente en la música y dejarme llevar anulando cualquier tipo de pensamiento. Para mi la danza era un bloqueo a las neuronas de mi mente.

Me ajusté el body, puse la música en el ordenador y a pesar de que mi habitación no era realmente espaciosa, tenía el tamaño justo para poder bailar sobre mi misma sin golpearme la pierna con algún mueble.

—Siete meses Andrea —susurré estirando las piernas para calentar antes de comenzar a dar vueltas—. Te quedan siete meses para que se marche y al fin tengas paz mental.

Efectivamente faltaban siete meses para que Joan se fuera a la universidad. Probablemente iban a ser los siete meses más largos de mi vida viendo el percal, pero después de lo sucedido tenía muy claro que si él pensaba jugar sucio, yo lo haría aún más.

La fiesta de Halloween era uno de los primeros eventos que se celebraba en el instituto y todo aquel que quería ser alguien acudía con algún disfraz que intentara llamar la atención. Si echaba la vista atrás del año pasado a este, había una diferencia tan abismal que me parecía increíble que las cosas hubieran podido cambiar tanto. Mientras que el curso pasado huía literalmente de

acercarme a esa fiesta, este año tenía más ganas que nunca de dejarme ver junto a Nicola con mi flamante vestido de novia gótico.

No es que fuese una indirecta de que en un futuro él y yo fuéramos a casarnos, menos aún si me ceñía al papel que mi personaje representaba en la película, después de todo yo sería “la otra” a la que nunca amarían, pero me conformaría con estar al lado de Verdini fingiendo que estábamos más enamorados que nunca durante el baile.

Había evitado a mi estupidísimo hermanastro como el que evita comer en casa cuando ves que tu madre ha comprado coliflor en el súper. Salía más tarde a clase, volvía antes, me encerraba en mi habitación o pasaba las tardes en casa de Vanessa o Lourdes fingiendo tener innumerables trabajos o ensayos de ballet y en el instituto no me separaba ni un momento de Nicola, algo que agradecí que él no impidiera. De un modo u otro, logré que Joan no pudiera acercarse a mi en aquella semana y media, tiempo más que suficiente para comprender el engendro del mal que tenía por hermanastro para tratar de desquiciarme de aquel modo tan rastrero.

No le había contado a nadie lo de aquel beso. Siendo sincera me daba vergüenza ajena revelarlo aunque fuera a mis mejores amigas. ¿Qué iba a decir?, ¿Qué gemí de placer cuando tocó mis labios? No. Ni yo misma perdonaba haber cometido tal descaro. Por más que intentaba dar coherencia a mis pensamientos para adivinar porqué demonios podía mi cuerpo traicionarme de aquel modo, preferí eliminar ese suceso de mi mente de por vida y evitarle a toda costa hasta que lo consiguiera.

Yo sabía que Joan lo había hecho por fastidiarme. Era consciente de que solo se trataba de uno más de sus sucios y rastreros chantajes o manipulaciones para joderme la vida, pero a pesar de ello no podía evitar en que demonios pensaba para propasarse de aquel modo. Primero había comenzado a atosigarme acercándose demasiado a mi para encararme, después aquel manoseo en la playa que casi había logrado olvidar, y ahora ese beso impulsivo para hacerme creer que yo le importaba y que de ese modo dejase a Verdini. A fin de cuentas eso era lo que pretendía con todo aquello, salirse con la suya y lograr que Nicola y yo rompiéramos.

¡Como si hubiera algo que romper!, ¡Estúpido ignorante!

Mamá me había ayudado a elegir el vestido más parecido al de la película en una boutique de antigüedades. Lo cierto es que estaba lejos de parecerse, pero haría perfectamente el papel, más aún cuando recorté el encaje que cubría el escote y las capas de tul bajo la falda para que pareciera más voluminoso. Incluso lo habíamos teñido con café para que pareciera un poco más viejo y tétrico.

Con el pelo teñido de spray azul cuya rojez camuflaba a las mil maravillas pensé que precisamente esta noche nadie podría llamarme pelirroja como si fuera un insulto. Me maquillé lo más similar posible al dibujo animado aunque fuera complicado tener esos enormes ojos saltones y no salí de la habitación hasta que recibí el mensaje por parte de Nicola diciendo que estaba esperándome en la puerta de casa. Sabía que me encontraría a Joan y Verónica en el baile, pero prefería no tener ningún tipo de encontronazo previo en casa a pesar de que estuvieran nuestros padres.

Bajé las escaleras rápidamente y sentí como el corpiño provocaba que mi pecho se balanceara, ¿Sería quizá demasiado atrevido? Si lo era, ya era demasiado tarde para cambiar de idea.

—¡Me voy!, ¡No llegaré tarde! —Grité esperando pasar desapercibida detrás de mamá y Paul que estaban sentados en el sofá viendo alguna película que echaban por la tele.

—Andrea es tu primer baile, puedes volver un poco más tarde, ¿Verdad Paul? —exclamó mamá como si necesitara su aprobación.

¿Desde cuando Paul ejercía funciones como mi padre?

—Claro. Le dije a Joan antes de marcharse que te trajera a casa si el baile terminaba tarde.

¿Joan traerme a casa? ¡Ni en sueños! Para empezar jamás se había ofrecido y dudaba que comenzara a hacerlo ahora, pero en tal caso... ¡Preferiría venir andando sobre trocitos de cristal roto antes que montarme en el mismo vehículo que ese degenerado sin cerebro!

—Gracias pero no será necesario. Nicola me traerá a casa.

No esperé que me contestaran, sino que eche a correr hacia la puerta antes de que mi madre soltara algún discurso o charlita sobre tener cuidado, usar protección o similar. Me ahorraría el discursito innecesario el máximo tiempo posible, sobre todo teniendo en cuenta que el único modo de que yo me acostase con Nicola sería en mis sueños más perversos.

—¡Wow!, ¡Impresionante! —El grito de Nicola provocó que me avergonzara momentáneamente.

¿Tal vez lo hacía por subirme la moral?, ¿O realmente había logrado acercarme al personaje? Me fijé en su indumentaria; un traje antiguo descolorido pero que se ajustaba a su cuerpo perfectamente como si estuviera hecho a medida, además llevaba el pelo más oscuro, sin llegar a ser el negro que se suponía debería tener, pero le daba un aire más rudo a su rostro.

—Tampoco es para tanto... —dije en voz baja mientras abría la puerta para subir a su coche —. Por cierto, te queda muy bien ese traje.

—Olvida mi traje. Si estuviéramos realmente dentro de la peli, créeme... me casaría contigo sin dudar —dijo sonriente y eso provocó que yo también lo hiciera.

Nicola tenía la habilidad de conseguir que mis nervios se calmaran. Era mi primer baile, ni tan siquiera sabía si el próximo año podría asistir acompañada, seguramente no y por eso deseaba disfrutarlo al máximo, sacarle el mayor partido a cada minuto que aconteciera. En cambio, no dejaba de pensar en el idiota de mi hermanastro y su estúpido beso malintencionado.

«Céntrate Andrea»

Estaba con un guaperas de infarto en su flamante deportivo camino de una fiesta espectacular. ¡Disfruta de una vez y déjate de darle vueltas a algo que no merece la pena!

La música se sentía desde los pasillos que conducían al pabellón deportivo, podía oírse algunas risas y voces lejanas de personas que iban y venían. Por la cantidad de gente que había, imaginé que llegábamos cuando la fiesta ya había comenzado, así que Nicola estiró de mi mano para cruzar las puertas que daban al enorme salón deportivo y en lo que para mi siempre había sido la cancha de baloncesto se había convertido en una pista de baile repleta de estudiantes disfrazados.

Mirase donde mirase solo veía momias, esqueletos, brujas, calabazas iluminadas, telarañas y murciélagos de goma.

Alrededor de la pista estaban colocó caídas unas mesas redondas donde se habían instalado varios grupos que conocía. Nicola no perdió el tiempo y se dirigió a la de sus amigos, donde divisé a Verónica con un minúsculo vestido de enfermera y Joan, como no; de médico. Ambos llenos de sangre falsa hasta la médula.

«Cuanta creatividad» pensé mientras veía la mirada de ella sobre mi vestido y resultaba evidente que no le gustaba lo que veía.

—¿Acaso se celebra una boda y no nos hemos enterado? —preguntó con sorna la susodicha y empezó a reírse frenéticamente sin que nadie más lo hiciera.

¿Tal vez estaba borracha y la fiesta acababa de empezar?

Acto seguido cogió el vaso que había sobre la mesa y lo vació de un trago. Si. Definitivamente

estaba bajo los efectos del alcohol.

—¿Me concede este baile mi querida prometida? —exclamó Nicola ante el silencio que se generó frente a todos como si constatará que sí se celebraría una boda.

—Por supuesto, mi futuro marido —contesté sonriente mordiéndome el labio conforme él me guiñaba un ojo y nos dirigíamos hacia la pista de baile.

Ni todo el alcohol del mundo iba a ser suficiente para eliminar la furia que Verónica parecía sentir en aquellos momentos.

Capítulo 20

Podría decirse que sabía bailar, ¡Narices!, ¡Llevaba años en ballet! Pero era la primera vez que lo haría con un chico y en una lenta. Nunca había tenido la oportunidad de bailar de esa forma con nadie, ni siquiera con mi propio padre en alguna boda como suelen hacer todas las adolescentes de mi edad. Percibía como la tensión se acumulaba en mis extremidades conforme me rodeaba acercándome a él. Si no fuera por la pintura azul de de mi cara, estaba segura que percibiría el color de mis mejillas avergonzándose por aquel tipo de intimidad.

Vale. Sabía que solo estábamos dándole un escarmiento a Verónica por sus celos incontrolados, pero ¡Que leches!, ¡Yo era quien gozaría de ese pibón italiano! Ok. No en el sentido gozar de forma calenturienta, cosa que últimamente no sabía porque mi mente no cesaba de evocar continuamente.

¡Para Andrea!, ¡No empieces con tus neuras!

«Nicola solo es tu amigo. Nicola solo es tu novio de pega» Pensaba una y otra vez preguntándome si yo alguna vez podría encontrar a alguien como él que me apreciara de verdad.

Será mejor bajar de las estrellas para sentir la realidad antes de llevarme la hostia del siglo por crearme falsas expectativas.

«Pero era tan fácil crearlas cuando él hacía tan bien el papel de novio entregado» soñé despierta.

Igualito que Joan. Ese energúmeno con patas y cuerpo de Dios que se cree el rey del universo y que todo gira a su alrededor.

¡No voy a pensar en él!, ¡Andrea no pienses en él!, ¡Ahora es tu momento!, ¡Tu baile!, ¡Tuyo y de Nicola!, ¡No dejes que ese idiota lo estropee después de haberte privado de tantas cosas!

—Parece que hemos dado un buen espectáculo —dije sonriente esperando eliminar ciertos pensamientos de mi cabeza.

—Así es —contestó con una sonrisa enorme que le hacía ser el chico más guapo de toda la fiesta—. Creo que esta vez creará de verdad que no me tiene comiendo de su mano —añadió guiñándome un ojo.

—¿Y en verdad te tiene o no? —pregunté con el corazón en un puño. No sabía porqué, pero necesitaba oír su negación ante mi pregunta.

—Mentiría si dijera que no —confirmó rompiendo todas mis fantasías—, aunque he de confesar que comienzo a tener cierta predilección por pasar el tiempo con una guapa pelirroja —añadió sonriente y eso provocó que riera ante aquel comentario.

Sabía que solo estaba bromeando, seguramente para provocar que me riera por su comentario con la absoluta certeza de saber que nos estarían vigilando. Si Nicola deseaba despertar los celos más ínfimos de Verónica, seguro que lo estaba consiguiendo y, de paso, también un odio irascible hacia mi. Seguro que intentaba hacerme Vudú o algo así.

El baile terminó y su mano en mi cintura o la corta distancia que nos separaba desapareció mientras regresábamos de nuevo a la mesa donde estaban todos sus amigos y también Vanessa y Lourdes cuyos disfraces de personajes en los años cincuenta convertidas en zombies vivientes les

sentaban fenomenal.

—Traeré algo de beber, vuelvo enseguida —comentó Nicola antes de despedirse e intuí que lo hacía también para dejarnos a solas.

La música animada incitaba a la gente a bailar en un constante movimiento sin cesar. Reconocí al chico que pinchaba, se trataba de un estudiante de último curso que había visto varias veces relacionarse con el grupo de Joan, aunque no lo frecuentaba lo bastante para considerarse un miembro más. Miré alrededor contemplando a cada una de aquellas personas que allí se encontraban, todas parecían tener un papel, una función, un cometido en ese grupo extraño que conformaban. Existía un rey y una reina; Joan y Verónica, seguidos de todos sus súbditos. No había más que mirar como acataban lo que ellos decían o hacían, como si una alternativa no fuera viable en su plan. ¿Qué pintaba yo allí con todos ellos? De pronto me sentí la invasora, la chica extranjera que no había sido invitada a formar parte de ellos, pero que allí se encontraba de igual forma.

La cabeza me iba a estallar, así que me alejé aprovechando que mis amigas se encontraban bailando en la pista. Entré en el baño y me encerré en uno de los cubículos apoyándome en la puerta para respirar profundamente.

Hacia aquello para que Joan me dejase en paz. Me había metido en todo ese lío para tener un año tranquilo y sereno sin sus burlas constantes que hacían de mi vida un completo infierno. Ese era mi papel. Esa era mi función, la de hacerle ver a ese estúpido que yo no era igual al resto y no obedecería sus órdenes como si parecían hacer los demás. Además, ¿No lo estaba pasando genial junto a Nicola? Al menos a él si parecía importarle, me respetaba y si no fuera por que estaba perdidamente loco por Verónica casi podía creer que le gustaba.

«Sigue soñando bonita»

Iba a abrir la puerta segura de mi misma, con una sonrisa de oreja a oreja por haber cumplido mi plan, hasta que escuché el quejido en el cubículo de al lado seguido de varios golpes fuertes.

—¡Estás loca!, ¡Nos van a ver! —exclamó la inconfundible voz de Nicola y mi boca se abrió de par en par.

¿Qué puñetas hacía él en el baño de chicas?, ¿Y con quien?

—¿Y eso que más da? —exclamó ella—. ¿No te excita que nos vean?, ¿Qué nos puedan pillar? —era la voz de Verónica y no hacía falta ser un genio para saber que hacían esos dos.

«Mi globito de felicidad se acababa de pinchar»

—Estás loca... —bufó él y seguidamente pude oír el silencio de lo que supuse sería un beso.

Iba a marcharme. No me apetecía escuchar lo que allí sucedería, bastante martirizante sería de por sí imaginarlo después de lo que había escuchado.

—¿Te has acostado ya con ella? —preguntó entonces y supe que se refería a mi. Sin saber porqué mi mano se detuvo en el pomo de la puerta como si quisiera saber que clase de respuesta daría él.

—¿Y eso que te importa a ti? —contestó él con un tono que parecía alegre.

—¡Oh vamos!, ¡Es una mojitata!, Evidentemente estás con ella para desvirgarla, después la dejarás como a todas las demás. Dime, ¿Acaso sabe que ese es tu juego predilecto?, ¿Hacer que se enamoren de ti, llevártelas a la cama y después desecharlas como un juguete viejo? —mencionó en cierto tono de superioridad.

—Debería darte igual lo que hiciera o no con ella, después de todo tú estás con Joan. ¿Te pregunto yo si te acuestas con él? —La respuesta de Nicola me dio ciertas esperanzas al contestar con evasivas.

—¡Oh vamos!, ¿Estás celoso? Si es así te diré que esta noche seré solo para ti, ¿Te parece bien? Él y yo acabamos de romper.

¿De verdad habían roto?, ¿Cuánto les duraría esta vez?

—Y mañana seguro que volverás con él después de haber pasado la noche conmigo, ¿No es eso lo que haces siempre?

«Esto es más bueno que la telenovela cutre que echan después de comer» pensé sintiendo que me faltaban únicamente las palomitas.

—Si vienes conmigo esta noche, te aseguro que no será así —La voz de Verónica parecía como el ronroneo de una gata en celo.

Resultaba evidente que diría y haría cualquier cosa para conseguir que él fuera con ella. Estaba claro que los celos habían funcionado en su caso.

—Pues tendrás que esperar. Resulta que esta noche he quedado para desvirgar a esa pelirroja vestida de novia —soltó haciendo que mi sangre se congelara y tuviera que llevarme una mano a la boca para evitar que me escucharan

¿Estaba hablando en serio o era una coña?

Debía serlo. ¿Cómo iba a hablar en serio? Era obvio que solo quería provocar a Verónica, que ardiera de celos al pensar que esa noche se acostaría conmigo.

Muy fingidamente por supuesto.

«Lástima que no pudiera enterarse Joan. Disfrutaría a las mil maravillas si creyera que es verdad» pensé conforme aguardaba que Verónica saliera del baño puesto que me había quedado claro por el ruido que Nicola ya lo había hecho. Escuché un grito seguido de un golpe en la puerta y después oí como debió salir dando un portazo al mismo tiempo que las voces de otras chicas entraban al baño.

A pesar de que sabía que se había marchado, aguardé unos minutos antes de salir por si acaso y conforme caminaba bordeando la pista de baile Nicola me raptó de la cintura alzándome en el aire y arrastrándome de nuevo hacia la pista de baile mientras yo reía por su interesante forma de hacerlo. No me pasó desapercibido que nos observaban y si estábamos llamando la atención de ese modo, imaginaba que la de Joan estaba incluida.

—No te he preguntado si debía llevarte a casa a una hora concreta —dijo una vez que me había dejado en el suelo y pude mirarle a la cara.

No hizo referencia a lo sucedido en el baño con Verónica, pero imaginaba que no tenía porqué contármelo, después de todo yo no era su confidente, ni tampoco alguien con quien debiera desahogarse, aunque tampoco pensaba decirle que en cierto modo estuve presente.

—Realmente no tengo hora, puedo volver cuando quiera —contesté sonriente.

—¡Genial!, En ese caso cuando acabe la fiesta, me gustaría llevarte a un lugar muy especial —dijo guiñándome un ojo y eso hizo que mi pulso se acelerara.

¿Un lugar muy especial?, ¿Para qué?

Vale. Lo reconozco. Mis pensamientos iban frenéticamente y a toda velocidad sin freno teniendo en cuenta lo que acababa de decirle a Verónica sin que yo lo supiera.

«No te embales Andrea, que seguro que no es lo que tu piensas» me dije teniendo presente que ni en el caso más remoto Nicola querría acostarse conmigo. Además, entre nosotros no había ocurrido nada que no fuera premeditado y planificado, por lo tanto era inviable que algo así sucediera. Pero... ¿Y si fuera así?, ¿Y si pretendiera cumplir cada palabra que le había dicho a esa rubia que nos miraba con odio?, ¿Podría ser? Y de serlo, ¿Estaría yo dispuesta a acceder?

No tenía respuesta para esa pregunta, en realidad era muy distinto fingir una relación con cosas

que no sucederían jamás a hacerlas realidad. Eso sin tener en cuenta que él aún seguía coladísimo por la novia de mi hermanastro con la que incluso había engañado a éste y eso que supuestamente era su mejor amigo... ¡Vaya lío!

—Claro... —susurré sin estar del todo segura y observé como sonreía y seguidamente se acercó a darme un cálido beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de mis labios.

—Te encantará... —susurró cerca de mi oído y me estremecí.

¡Joder!, ¡Ahora estaría con los nervios a flor de piel toda la noche!

Permanecemos en la pista de baile durante bastantes canciones, incluso había perdido la cuenta del tiempo y que cada minuto que pasaba me acercaba más a ese momento de quedarme a solas con Nicola.

Vanessa y Lourdes se unieron a nosotros en la pista, además de Zacker y varios más del grupo de amigos de Joan, pero ni rastro de éste y su flamante novia o exnovia porque ya ni sabía en qué punto estaban. Las bebidas comenzaron a correr de mano en mano, di un par de sorbos a algo que estaba bastante fuerte y sentí como el alcohol se filtraba por mis venas parcialmente, pero no lo suficiente para sentirme mal, sino todo lo contrario.

La gente comenzó a marcharse poco a poco y anunciaron que en treinta minutos la fiesta acabaría.

—¿Nos vamos? —preguntó Nicola unos minutos antes de que nos echaran a todos.

—¿Ya? —exclamé recordando que no me llevaría a casa, sino a ese lugar especial del que me había hablado.

—Cerrarán dentro de poco, ¿Para qué esperar? —preguntó y me rodeó con el brazo la cintura.

—Si, claro —dije sin negarme y comencé a despedirme de mis amigas y el resto del grupo.

No había visto a Joan por la pista de baile en ningún momento, seguramente se habría marchado en vista de que él y Verónica habían roto, aunque ella si que pululaba de vez en cuando a nuestro alrededor y juraría que cada vez con más alcohol en su cuerpo.

Me recogí la falda del vestido para caminar mejor y cuando alcé la vista conforme nos dirigíamos hacia la salida la figura de Joan se interpuso entre nosotros.

—Lo siento Verdini, pero le prometí a mi padre que la llevaría a casa y me aseguraría de que se metía en la cama igual de intacta que cuando salió —soltó sin filtro alguno.

¡Será idiota!, ¡Capullo integral sin cerebro!

—Creo que no será necesario Baker... —susurré con los dientes apretados, aunque sabía que Paul le había dicho que me llevara a casa si se hacía tarde y nadie me acompañaba, estaba sacando las cosas fuera de contexto y si no fuera porque había discutido con Verónica, estaba segura de que ésta le habría comentado su conversación con Nicola en el baño.

—Me gusta tan poco como a ti, hermanita, pero las órdenes son órdenes —argumentó encogiéndose de hombros.

—¿Desde cuando obedeces tú a tu padre? —exclamé sabiendo que se pasaba por el forro lo que le decía la mayoría de ocasiones.

—No voy a discutir. Esta noche no vas a ir a ninguna parte sin mi.

Y no lo haría. El capullo integral se había quedado allí, como si fuera el guardia de seguridad de una discoteca y sabía que no me dejaría marchar.

—No importa preciosa, en otra ocasión será —mencionó Nicola en un tono suave y me guiñó un ojo antes de despedirse con un rápido beso en los labios y dejarme allí con mi perro guardián.

—Estarás contento, ¿no? —Le grité conforme avanzábamos hacia el coche y no podía contener mi furia.

—No sabes cuanto —contestó y supe que lo hacía solo para fastidiarme más.

—¡Eres un cretino! Rompes con tu novia y lo tienes que pagar conmigo, ¿Verdad?, Que sepas que lo habrás evitado esta noche, pero no podrás hacerlo siempre —Le dije como si con eso afirmara que verdaderamente iba a acostarme con Nicola esa misma noche.

—Eso lo veremos. Sube al coche —dijo en tono serio y me prometí no contestar, de hecho no pensaba dirigirle la palabra durante el resto del camino aunque intentara provocarme.

Guardé silencio, estaba tan cabreada y enfadada que ni siquiera me di cuenta de que no nos dirigíamos a casa, sino a las afueras de la ciudad, ¿A dónde diablos me estaba llevando Joan?

Capítulo 21

Me empecé a asustar. Esta vez comencé a tener miedo de verdad. ¿Y si me hacía algo?, ¿Y si me tiraba por un barranco y fingía no saber nada después?. ¿Y si me dejaba tirada allí para largarse después mientras un violador en serie me raptaba?

«Déjate de paranoias conspiranoicas mentales, Andrea»

—¿Dónde demonios me estás llevando Baker? —dije con ímpetu, como si así no se percibieran mis nervios a flor de piel.

—Veo que ahora si hablas —comentó como si tuviera gracia—. Cuando lleguemos te lo diré.

«Genial. Demuestra ser el capullo integral que es»

—Quiero saber ahora mismo donde vamos o me bajo del coche —solté creyéndome capaz de abrir la puerta y saltar con el vehículo en marcha.

—Solo voy a mostrarte algo, después nos iremos a casa. —Si creía que de ese modo iba a calmarme la llevaba clara, pero aún así me crucé de brazos mostrando mi enfurruñamiento y fijé la vista en la carretera, puesto que todo comenzaba a ser oscuro y no tenía la más absoluta idea de donde estábamos.

Había visto demasiadas películas de misterio y crímenes para saber que aquello no pintaba nada bien, pero nadiiiiita bien. Al menos tenía la seguridad de que Nicola sabía que me había marchado con Joan por si no regresaba jamás.

«Calma Andrea. Joan es un imbécil, pero no un psicópata» me repetí conforme las últimas luces desaparecieron y solo la oscuridad nos acontecía.

La arboleda era frondosa a nuestro alrededor, únicamente iluminada por los faros del coche y ni siquiera sabía que cerca de la ciudad existía esa especie de bosque. Repentinamente Joan comenzó a detener el vehículo y creí que nos quedaríamos allí, en medio de la nada, pero solo fue para adentrarse en un camino de tierra mucho más estrecho y lleno de baches. La cosa se iba poniendo cada vez peor, y más aún teniendo en cuenta que si saltaba del coche no tendría a donde huir porque no tenía ni la menor idea de donde estábamos.

Para mi absoluta conmoción, al final de ese camino un espectáculo de luces apareció frente a mi, se veía toda la ciudad. Era pura maravilla, un deleite visual. Ciertamente jamás había creído que un lugar tan recóndito fuera a esconder algo tan mágico. Podía apreciar la playa al fondo frente a nosotros y como se expandían las luces hacia el horizonte.

—¿Te gusta? —preguntó una vez que detuvo el coche y apagó el motor.

Me había quedado con la mirada fija frente a mi, embobada viendo el espectáculo que tenía ante mis ojos y olvidándome por completo de que estaba allí con el energúmeno al que más odiaba del planeta y el universo al completo.

Me encantaría responderle que no y que diera media vuelta para llevarme a casa, pero tenía que darle un punto a favor por haberme llevado a ese lugar tan bonito, aunque no entendía porqué me había traído.

—Es muy bonito. ¿Por qué estamos aquí Joan? —pregunté inmediatamente después no sabiendo que pintábamos allí los dos.

Nos odiábamos mutuamente, más bien me odiaba él y en consecuencia lo hacía yo, pero no sabía a santo de qué prorrogaba que pasáramos tiempo juntos y a solas.

—Descubrí este sitio cuando llegué aquí, en una de mis salidas cuando entrenaba. Al parecer no lo conoce mucha gente, por lo que suele estar vacío, es más conocido otro mirador más accesible que hay más atrás —dijo mientras ponía música en volumen bajo y abría la puerta del coche con la intención de bajar. Le seguí imitando el mismo movimiento y nos aproximamos al borde donde había una valla de madera para impedir la caída—. Le mostré este lugar a Verdini, desde entonces trae aquí a todas sus chicas para tener sexo. Una vez que lo consigue, pasa página y va a por su próximo reto.

Fruncí el ceño mientras apoyé mis manos en la valla y me giré para observarle.

—¿Es eso un delito? —exclamé como si no me importara. Después de todo yo no tenía esa clase de relación con Nicola.

—Esta noche pensaba traerte aquí para hacer exactamente lo mismo que hizo con las demás —mencionó en tono serio, como si realmente le fastidiara la idea.

Por un momento creí que le preocupaba de verdad lo que pudiera sucederme, pero solo fue un instante, un ápice de segundo antes de recordar que yo a él no le importaba una mierda.

—Como si eso te importase —bufé mientras rodaba los ojos y fijaba de nuevo la vista en el paisaje.

—Ya te dije que me importaba y no me creíste —contestó sin más.

—Y sigo sin creerte —puntalicé sin mirarle.

Escuché como resoplaba por mi respuesta, era como si le fastidiara. Pues bien, ya tenía dos trabajos que hacer; fastidiarse y llevarme de vuelta.

—¿Es que no comprendes que Nicola solo está contigo para joderme a mi? —exclamó dejándome completamente confusa.

—Si claro... ¡Invéntate otra Baker! —solté cruzándome de brazos y cabreándome de verdad. ¿Para joderle a él?, ¡Si pasaba de mi culo literal y si fuera por él, me aplastaba como a una cucaracha! —¿Tanto te cuesta creer que me quiera de verdad? —pregunté con cierta inquietud porque yo era la primera que sabía que no me quería, por la que sentía algo era precisamente su novia—. Mejor llévame a casa, ya se me han fastidiado las vistas.

No me apetecía seguir con esa conversación, aunque debía reconocer que había sido la única en la que parecíamos dos personas civilizadas.

—No —negó y pensé que se negaba a llevarme a casa por lo que abrí enormemente los ojos creyendo que sería capaz de dejarme allí a mi suerte—. No me costaría creerlo sino supiera que a la quiere es a otra.

¿Lo sabía?, ¿Joan sabía de quien estaba colado Nicola? No podía ser, ¿Cómo iba a saber que estaba enamorado de Verónica?, ¡Imposible! Cabía la posibilidad de que se lo estuviera inventado, que solo fuera una estratagema para hacerme tambalear o dudar respecto a mi supuesta relación con su mejor amigo.

—¿Ahora me vas a decir que te ha confesado que quiere a otra estando conmigo? —pregunté fingiendo no sorprenderme de su supuesta afirmación.

Tampoco tenía que sorprenderme algo que ya sabía, pero sí el hecho de que Joan pudiera saberlo. ¿Acaso Nicola no mantenía en secreto sus sentimientos por Verónica?, ¿Tal vez se lo había confesado a alguien y este alguien a Joan? Lo dudaba. No creía que tuviera la confianza suficiente para revelarle a nadie el tipo de relación que mantenían esos dos salvo a mi porque los detestaba.

—Lo sé y punto —aclaró para dar a entender que no pensaba revelar ningún detalle al respecto.

Genial. Acaba de cerrarse en banda. ¿Sabrá también que es un cornudo?, ¿Estará al tanto de que Nicola y su novia se lían cuando no están juntos? No podía saberlo o de lo contrario jamás volvería con ella de nuevo.

—Lo que sé es que no sabes nada —afirmé—. Este es solo otro intento tuyo para que deje a Nicola y ya te advertí que no lo haré, menos aún con tus estúpidas amenazas.

Por un momento creí que tras decir aquello explotaría, me cogería del brazo o me agarraría fuertemente para gritarme que tenía que obedecerle o que debía hacer lo que él me dijese, pero para mi sorpresa hizo todo lo contrario. Se alejó dándome la espalda y vi como se llevaba las manos a la cabeza sujetándose, después miró hacia el cielo y le oí soltar el aire con una especie de quejido.

—¿Me prometes al menos que no te acostarás con él? —preguntó finalmente cuando se dio la vuelta lentamente.

No era una orden, ni una exigencia, sonaba más bien a esperanza por su tono de voz.

—No te haré ni ahora ni nunca tal promesa —contesté a sabiendas de que nunca me acostaría con Nicola aunque yo quisiera.

—Prométemelo o juro que volveré a besarte te guste o no —amenazó y enrojecí ante su absoluta falta de moralidad.

—Atente a las consecuencias como se te ocurra hacer tal cosa —contesté alzando el mentón segura de mi misma.

Si se atrevía a hacerlo, esta vez le dejaría sin descendencia del rodillazo que se llevaría. Aún así estaba convencida que solo era una amenaza, que no se atrevería realmente, hasta que vi como caminaba rápidamente hacia mi y en un acto reflejo salí corriendo adentrándome en la oscuridad de aquella arboleda.

Apenas podía ver entre la vegetación, menos aún con cada paso que daba alejándome del reflejo de las luces de la ciudad conforme avanzaba, sabía que no llegaría muy lejos, menos aún con aquel vestido de novia desgarrándose en cada rama, Sentí como me alcanzó cogiéndome del brazo y frenando mi huida, seguidamente estiró de mi hasta darme la vuelta y dejarme frente a él, apenas le veía puesto que la oscuridad a esa altura del bosquejo en el que nos hallábamos hacía que ni siquiera pudiera apreciar bien sus rasgos.

—Prométemelo —dijo acercándose a mi lo suficiente para sentir su aliento en mi boca.

—Nunca —dije con el corazón a mil por hora e intentando soltarme de su agarre, haciendo fuerza para desengancharme, pero él me sostenía cada vez más fuerte sujetándome de la cintura.

De algún modo noté que algo duro se situaba a mi espalda y percibí que me había acorralado entre su cuerpo y el tronco de un árbol. No tenía escapatoria, era su presa tras haberme alcanzado.

—Prométemelo y te dejaré... —susurró esta vez cerca de mi oído y su voz raspó mis sentidos provocándome una sensación extraña e inaudita.

—Jamás —dije en un último esfuerzo por soltarme mientras trataba de empujarle sin conseguir que se moviera un ápice.

—Tú lo has querido —contestó conforme se acercaba hasta acortar la breve distancia que nos separaba y fundió sus labios con los míos en un beso de absoluta posesión.

Sabía que era un castigo por no obedecerle. Era consciente de que solo quería darme una lección de lo que podía suceder si no acataba sus órdenes. Me resistí. Cerré los labios con fuerza al mismo tiempo que le empujaba, cosa que no sirvió de nada. Y entonces contra todo pronóstico

sentí como besaba mi oreja provocando que me estremeciera. Yo le odiaba. Yo le detestaba. No podía sentir nada parecido al placer proveniente de él, pero eso al parecer mis labios no lo querían entender, porque cuando regresó de nuevo a ellos se resistieron momentáneamente para después responder como un instinto natural, como si tuvieran vida propia ajena a mis sentimientos o al odio que sentía por Joan.

Su cuerpo me estrechaba tanto que era incapaz de realizar ningún movimiento estando atrapada entre sus brazos, sintiendo cada músculo de su anatomía a través de la tela del vestido. Sus manos comenzaron a subir por mi cintura conforme su lengua se adentraba en mi boca sin insistir demasiado. La sensación de calor que abrasaba mi cuerpo por dentro era arrolladora y no sabía si se debía al momento o a la acumulación de la tensión que había tenido hasta ahora. En cualquier caso, no podía evitar sentir que mi cuerpo se enfebrecía por donde pasaban sus manos, sintiendo el calor que producían en la piel de mi cuello desnudo acogiéndome entre ambas para profundizar aquel beso.

No sabía qué estaba haciendo, ni porqué respondía mi cuerpo de aquel modo involuntario a sus besos. Tampoco entendía porqué él ofrecía aquella especie de castigo severo, pero lo cierto es que en aquellos momentos poco importaba más allá de la sensación escalofriante con la que vibraba mi cuerpo producto de sus besos.

Mis manos comenzaron a subir por su cuello hasta colocarlas tras su cabeza solo para afianzar aquella sensación de posesividad con la que dominaba aquel beso. Podía sentir su lengua jugando con la mía en un vaivén de sentidos que fulminaban mis pensamientos hasta anularlos por completo. No importaba el lugar. Ni el quien. Ni las razones de aquel beso. Solo importaba que por alguna razón mi cuerpo respondía ante la demanda de ese placer que le proporcionaban independientemente de la persona que lo ejercía.

Por alguna razón mi cordura había mandado a paseo a las neuronas racionales, porque a pesar de que una ínfima parte de mi ser sabía que debía detener aquello, no lo hacía. ¿Tal vez quería averiguar hasta donde era capaz de llegar?, ¿Quizá si le dejaba actuar se terminaría cansando de su juego? Si. Probablemente me quería autoconvencer de ello en vez de asimilar que por alguna razón me encandilaban sus besos.

Su boca abandonó la mía proporcionando un reguero de besos hacia mi escote. Mi cuerpo se arqueaba como si buscara la droga de sus labios mientras mis ojos estaban cerrados ajenos a lo que sucedía. Sentí como de mi garganta se escapaba un gemido cuando rozó con la lengua el hueco entre mis pechos y tras hacerlo noté como sus dientes se clavaban suavemente en mi piel con frenesí.

Creí que me bajaría el vestido, por un momento no supe si deseaba o no que lo hiciera porque ya no me reconocía a mi misma a esas alturas de la película, pero percibí que sus labios abandonaban mi piel y se erguía de nuevo hasta rozar mi boca.

—Quizá me preocupé por nada —dijo con un ademán de lo que creí que era una sonrisa por su tono de voz.

No entendía la afirmación, ¿A que se debía?, ¿Qué quería decir con aquello?

—¿Qué? —exclamé atontada, confusa y no sabiendo ya ni donde me encontraba.

—No me besarías como lo has hecho si tuvieras la intención de acostarte con Verdini —dijo tan seguro de sí mismo que en aquel momento volví a la realidad.

¿En que estabas pensando Andrea?, ¿Ese estúpido solo quiere dejarte en evidencia!

—Sigue soñando Baker —escupí de malas formas empujándole y consiguiendo que se apartara de mi lado—. Solo respondí a tu beso para que terminaras cuanto antes —mentí como una bellaca.

—Te gusto pelirroja. La cuestión es saber si vas a reconocerlo o no.

Capítulo 22

¿Gustarme?, ¡Que se ha creído ese imbécil!

—Ni en tus mejores sueños sucedería algo así —solté cabreada.

¿Cómo podía mi cuerpo traicionarme de aquella forma?, ¿Por qué?, ¿Por qué tenía que pasarme eso a mi?

—Ya imaginaba que no lo reconocerías...

Mi indignación rozaba el límite, pero sabía que pegarle un guantazo en condiciones o frustrar mi indignación con él solo haría que aumentara su ego creyendo que de verdad podía gustarme, así que me recogí el vestido y apartándome de él me dirigí hacia donde había dejado el coche sin decir palabra alguna.

«Vas a ver tú cuanto me gustas, energúmeno sin cerebro»

Abrí la puerta y entré en el asiento del copiloto cruzándome de brazos. No sabía si estaba más cabreada conmigo misma que con Joan, pero de un modo u otro tenía que callarle la boca a ese creído y misógino que se creía el gallo del corral.

¿Es que cree que todas van detrás de él?, ¿Gustarme?, ¿Él? Antes me tiro de un puente sin arnés.

Le había dado lo que quería respondiendo a ese beso, ahora parecía satisfecho de sí mismo como si fuera imposible que una chica no se derritiera en sus brazos.

«Idiota. Idiota. Idiota y tres mil veces idiota. ¿No has hecho precisamente tú eso mismo?, ¿Derretirte en sus brazos?» me dije martilleándome el cerebro.

¿Cómo se te ocurre Andrea?

Debía idear un plan. Uno en el que esa cara de pagado de sí mismo se fuera al traste y su creencia de que podía gustarme se evaporase de un plumazo.

Mientras me debatía mentalmente escuché como abría la puerta y se sentaba al volante. Mas le valía que no dijese nada si no quería que estallase, en aquel momento me sentía como una bomba de relojería a punto de explotar.

No lo hizo, simplemente arrancó el coche y dio marcha atrás hasta volver de nuevo a esa carretera secundaria y finalmente regresar a la ciudad.

Un silencio abismal únicamente roto por el sonido del motor del vehículo se concentraba dentro de aquel pequeño espacio. Nunca se me había hecho tan largos los minutos como en ese preciso instante. Casi no veía la hora de llegar a casa, encerrarme en mi habitación y olvidar aquel nefasto episodio bochornoso. Ni siquiera podía pensar en lo ocurrido sin sentirme vulnerable. En cuanto divisé la casa sentí el alivio inundando mi interior, salvo por el hecho de que ambos vivíamos allí y no podría evitarle. Antes de que aparcase me quité el cinturón de seguridad.

—Andrea... —comenzó a decir, pero no le dejé hablar. Abrí la puerta para bajarme y me dirigí hacia casa sin mirar atrás.

No quería oír nada que proviniera de él. No quería escuchar absolutamente nada que tuviera que decirme. Estaba harta de sus insultos, burlas o su modo de prejuzgarme sin conocerme. Joan

no sabía nada de mi, ni tan si quiera se había molestado en intentar conocerme.

—¡Andrea! —exclamó un poco más alto llamando mi atención, pero seguí caminando mientras sacaba las llaves del bolso sin perder tiempo para abrir—. Yo...

—¡Tú nada! —grité alzando la voz más de lo que me gustaría y esperaba que nuestros padres no nos oyeran—. Ni quiero escucharte, ni hablar contigo, ni saber nada de ti. ¡Eres un maldito cerdo sin escrúpulos!, ¡Me das asco! Antes creía que te detestaba, que tenía que aguantar tus idioteces de niño por mi madre, ahora no lo tengo tan claro. La próxima vez que intentes tocarme, se lo diré a tu padre.

Sabía que eso sería lo último que haría puesto que significaría conflictos familiares y si había aguantado todo un año de burlas constantes era precisamente por la felicidad de mi madre.

Su rostro cambio de expresión, no sabía que parte era la que había hecho que lo hiciera, seguramente la amenaza con revelar a su padre su comportamiento hacia mi, pero aproveché la situación para adentrarme en casa y apresurar el paso hasta encerrarme en el baño. Tenía que quitarme esa sensación que me ahogaba por dentro, el rastro que sus labios habían dejado por mi cuello. Me miré al espejo y vi que tenía la pintura que había usado a parches, seguramente la ropa de Joan estaba manchada de azul y me llevé las manos a la cabeza dejándome caer en la pared fría conforme me sentaba en el suelo. Las imágenes de lo sucedido atormentaban mi cabeza no pudiendo sacarlas de mis pensamientos.

¿Porqué no podía reaccionar con frialdad cuando él me besaba de ese modo?, ¿Por qué no podía frenarle y negarme?

«No me gusta. Joan no me gusta para nada» me decía como si necesitara reafirmarlo.

Tiré el vestido al suelo y me metí en la ducha. Conforme el agua caliente limpiaba mi piel azulada, también se llevaba las caricias de Joan. Iba a sacarle de mi mente. Lograría que no me afectara en absoluto nada de aquel recuerdo a como diera lugar.

Era consciente que para él solo se trataba de un juego, uno muy macabro por cierto, pero no pensaba dejar que me afectase. Volviendo en bucle a lo sucedido, recapacité en que él había confesado que Nicola estaba enamorado de otra, que por esa misma razón me utilizaría. ¿Qué sabía él?, ¿Podría intuir lo que ocurría entre su mejor amigo y su novia?, ¿Sabría que le traicionarían a su espalda?

«Imposible»

Si Joan supiera que Verónica corre a los brazos de Verdini en cuanto él se aleja de ella, le partiría la cara.

Obvie que él pudiera saberlo, al fin y al cabo no me importaba. Me envolví en la toalla y cuando abrí la puerta esperaba que bajo ningún concepto él estuviera esperando. No estaba, aunque la luz de su habitación permanecía encendida por lo que se podía apreciar bajo la puerta. Camine de puntillas hasta mi habitación y la cerré enseguida como si temiera que en cualquier momento él pudiera verme o acercarse de nuevo.

No sabía si mi amenaza surtiría efecto, pero después de lo sucedido esa noche sabía que Joan Baker suponía un peligro para mi y mi conciencia. No podía dejar que se acercara y no porque le temiera o creyera que fuera a hacerme algo, sino porque había comprobado cuanto me traicionaba mi subconsciente si me apesaban sus labios.

Solo existía un modo de alejarle. Solo un modo en que me dejase en paz para siempre. Ya no podía esperar a que finalizara el curso, tenía que creer de verdad que me había acostado con Nicola.

Había pasado todo el fin de semana evitando a mi querido y odiado hermanastro. Por suerte para mi, el tiempo no acompañaba y por lo tanto a mi madre no se le había ocurrido realizar planes en familia, algo que agradecía considerablemente teniendo en cuenta las pocas ganas que me apetecía verle la cara a ese idiota redomado. Traté de distraerme viendo alguna película en mi habitación, incluso fui a dar una vuelta con Vanessa, puesto que Lourdes tenía planes con sus padres y estuve tentada de contarle lo sucedido con Joan, pero ni yo misma era capaz de enfocar aquello, o mejor dicho; asimilarlo.

En el fondo sabía que me afectaba más de lo que debería y por tanto contar lo ocurrido era como admitirlo, casi prefería olvidarlo, sobre todo porque Joan solo trataba de salirse con la suya al precio que fuera, puesto que a ese imbécil le importaba muy poco lo que a mi me sucediera.

Tal vez si debería contarle a mis amigas lo ocurrido y no dejar que aquel sentimiento me ahogase, probablemente lo haría cuando fuera capaz de procesarlo yo misma sin dejar que me abrumara el recuerdo de sus labios tocándome.

El lunes por la mañana Nicola me recogió como siempre. En realidad no habíamos hablado durante el fin de semana ahora que lo pensaba, ni tampoco me había dicho de quedar, pero supuse que si no me había comentado nada era porque todo seguía normal. Mientras iba sentada en el asiento del copiloto de su coche, recordé la conversación que mantuvo con Verónica en la fiesta de Halloween. ¿Cómo se me podía haber olvidado? Ciertamente mis pensamientos habían estado enfocados en otra cosa en lugar de lo que escuché a escondidas en aquel baño.

Dudaba que lo que le había dicho fuera cierto. Yo no le interesaba mas allá de lo puramente ficticio, quizá debería dolerme que así fuera, pero no tenía derecho puesto que yo misma había accedido y fui la primera en querer usarle en mi propio beneficio. A pesar de ello esperaba que él me lo dijera, puesto que entre nosotros se había creado una amistad a pesar de nuestro acuerdo y por ende, esperé a que él mismo sacara a relucir aquel encuentro y me hablara de los evidentes celos de Verónica, así como el hecho de que ella y Joan ya no estaban juntos, algo que probablemente se remediara incluso a lo largo del día si es que no habían vuelto durante el fin de semana.

Sin embargo Nicola estaba sonriente, risueño, más hablador de lo normal y en ningún momento mencionó el tema o algo referente a la fiesta.

—¿No te ha llamado Verónica durante el fin de semana? Joan ha pasado todo el tiempo en casa, ni siquiera salió de su habitación el sábado por la noche —dije como si no me importara solo por sonsacar información.

¿Tal vez estaba tan contento porque se habría visto realmente con Verónica? De se así me lo diría, me confesaría sus logros para darle fin a nuestro engaño frente a todos.

—Ahora que lo dices estuvo llamando sin cesar, pero no respondí a ninguna de sus llamadas. Tengo entradas para un espectáculo de danza el jueves, ¿Te gustaría venir conmigo? Mi madre pensó que te agradaría.

—Imagino que ahora que ella y Joan han cortado estará desesperada ¿Las entradas son para este jueves? —pregunté sin comprender porqué no se centraba en Verónica, porqué no hablaba de ella y parecía no importarle que le hubiera estado llamando.

—No le vendrá mal estar sin ninguno de los dos un tiempo, quizá eso le servirá para aclarar sus ideas —contestó fijando la vista en la carretera—. Te recogeré a las siete, no terminaremos muy tarde si es lo que te preocupa.

—En realidad no me preocupa —contesté sonriente.

Me agradaba la idea de hacer algo fuera de lo establecido para mantener nuestra aparente

relación, es cierto que entre nosotros había surgido una apacible amistad, pero no podía evitar pensar que aquello era una especie de cita.

Tal vez era la oportunidad perfecta para sugerirle mi idea de hacerles creer a todos que me había acostado con él. Quizá era el momento perfecto sugerirle sin saber como, que necesitaba hacerle creer a Joan que había dejado de ser virgen.

Cuando entramos por el pasillo de la mano, Nicola se dirigió como siempre hacia el grupo reducido donde se encontraban sus amigos. No existía rastro alguno de Joan por ninguna parte, sin embargo, Verónica sí que estaba con una cara más amargada de lo habitual, incluso pude escuchar el portazo que le dio a la puerta de su taquilla profiriendo un bufido de hastío cuando Nicola se acercó para susurrarme algo.

—Te veré en el almuerzo —dijo antes de darme un beso justo ahí, detrás de mi oreja y alejarse por el pasillo hasta perderse en una de las aulas donde tenía la primera clase.

Su actuación solo tenía el enfoque de manifestar los celos encarnecidos de esa rubia que me miraba con verdadero odio, pero no podía dejar de pensar si sería posible por ínfimo que fuera, que en lugar de hacer aquello por Verónica pudiera gustarle yo, aunque solo fuera la ínfima parte de lo que sentía por ella.

«Deja de hacerte ilusiones Andrea, Nicola no es para ti y nunca lo será» me dije agarrando mis libros y comenzando a caminar.

Sentí el golpe en mi hombro izquierdo provocando que estos cayeran al suelo y el revoloteo del pelo rubio de Verónica pasó a mi lado.

—¡Ups!, Lo siento pecosita, eres tan insignificante que no te había visto —dijo en voz alta mientras se llevaba una mano a la boca y comenzaba a reír.

—Al parecer no parezco tan insignificante para Nicola —contesté sonriendo del mismo modo que ella lo hacía.

—¿De verdad crees que le importas?, ¿Aún no te has dado cuenta que solo te está usando? —exclamó con la mirada fija y cualquiera diría que me estaba retando a un juego que no comprendía.

—Últimamente he escuchado mucho eso, cualquiera diría que Joan y tú os habéis puesto de acuerdo —dije cruzándome de brazos, ¿No será que tienes celos de que tu relación con él no sea tan maravillosa como la que tenemos Nicola y yo? Porque cualquiera diría que tienes envidia —añadí sonriendo al final y vi como se le hinchaba la vena del cuello mientras su color parecía subir de intensidad.

Supe de inmediato que se iba a lanzar como perro hambriento a mi yugular y de hecho estaba preparada para ello, pero en lugar de eso vi como apretaba las manos de rabia y se daba media vuelta mientras se alejaba.

Mis ojos se abrieron de par en par sin comprender porqué no me había atacado, ¿Dónde estaban las uñas que ya me había anticipado a sentir en mi cara?

—Andrea...

Cerré los ojos al reconocer su voz. Por mucho que le hubiera evitado durante todo el fin de semana, no podía olvidar que acudíamos al mismo instituto, muy a mi pesar por los próximos meses hasta que él terminara.

—No tengo nada que hablar contigo —dijo sin girarme.

No quería verle. Mirar esos ojos azules era recordar lo sucedido en aquel bosque y me negaba a ello.

—Tal vez tú no tengas nada que hablar, pero yo sí —contestó tratando de sujetarme del hombro

pero evité que lo hiciera con un movimiento y huí hasta perderme en la clase de historia que tenía a primera hora.

¿Hasta cuando podría evitarle? Probablemente no podría hacerlo por mucho tiempo.

—¿Estás bien? —Era la voz de Lourdes la que susurraba en mi oído—. Si te ha hecho algo podemos decírselo al director para que la echen. —Con un gesto de cabeza hizo un movimiento dirigiendo la vista hacia Verónica y negué instintivamente.

—No me hizo nada —contesté abstraída y pensando que quizá se había contenido solo por la oportuna aparición de Joan en escena.

¿Acaso eso importaba?, ¿Tal vez Joan no quería problemas en casa si llegaba con media cara rasgada o un ojo morado? Tal vez serían demasiadas explicaciones que dar tratándose de su novia o exnovia, o lo que fuera que eran esos dos ahora.

—Últimamente estas de lo más distraída y pensativa, ¿Tiene algo que ver con Nicola?, ¿Es que las cosas no van bien entre vosotros?, ¿O más bien es todo lo contrario y por eso estás así?

Debí hacer alguna mueca extraña porque ambas me miraban con cara de sapo, como si estuvieran expectantes por mi respuesta.

—No. No. Para nada —dije mirando hacia el frente donde el profé de Historia acababa de dejar su carpeta sobre la mesa y se preparaba para la lección matutina—. Todo va de lujo entre Nicola y yo —solté sin más, creyendo que de ese modo me dejarían en paz.

¿Cómo iba a admitir lo realmente sucedido con Joan sin reconocer que había respondido a esos besos a pesar de odiarle con todo mi ser? Si era objetiva con la situación, negarlo era lo mejor. Bien era cierto que podía haber omitido la parte en que inesperadamente mis labios respondían a los suyos, pero prefería no correr ese riesgo. Para mi y para el resto del mundo, eso era algo que nunca había ocurrido.

Ya había tomado cartas en el asunto para que eso no volviera a suceder y me negaba a quedarme a solas con el energúmeno de turno porque no sabía de lo que sería capaz de hacer con tal de alcanzar su objetivo.

No le tenía miedo. En realidad no tenía miedo de Joan sino de mi misma y la reacción de mi cuerpo si se acercaba del modo en que lo hacía.

A pesar de no querer hacerlo era impensable comparar los besos de Nicola con los de él. Ellos eran los únicos chicos a los que había besado y a pesar de no desearlo, mis pensamientos se fugaban con vida propia para equipararles y meditar que había sentido con cada uno de ellos.

No me gustaba la respuesta. No me gustaba en absoluto y por esa misma razón la obviaba de mi cerebro.

Convencidas o no, lo cierto es que mis amigas no insistieron en el tema y durante el almuerzo trate de parecer la persona normal y corriente que solía ser siempre a pesar de tener a mi estúpido hermanastro a solo tres metros de distancia.

Capítulo 23

Conseguí evitar a Joan durante toda la semana. No había sido fácil, pero me dediqué a pasar la mayor parte del tiempo fuera de casa, sobre todo cuando sabía que mamá no estaría y el resto lo pasaba encerrada en mi habitación o pegada a ella como una lapa.

Cuando llegó el jueves pensé que Joan habría desistido, creí que tal vez habría ganado finalmente aquella batalla. Así que me relajé y comencé a disfrutar de la que sería mi cita con Verdini esa misma tarde. Me había comprado un vestido burdeos de corte entallado y algo más corto de lo que solía vestir siempre, solo para parecer alguien deseable. Sabía a ciencia cierta que él no tenía ningún interés en mí, menos aún físicamente y quizá por esa razón no sentía nervios o inquietud por lo que pudiera ocurrir durante aquella velada. Sabía que solo sería un encuentro entre amigos que disfrutarían juntos del espectáculo y después me traería de vuelta a casa.

Me despedí de mamá y Paul que permanecían sentados viendo una serie de misterio de la que tanto le gustaban a ella mientras que él trabajaba en el ordenador a su lado y prometí no llegar tarde, como siempre hacía cuando acudía a algún evento de danza entre semana.

Justo cuando estaba cogiendo mi bolso y las llaves de casa de la encimera de la cocina, sentí los pasos de la escalera y la figura de Joan aparecía en escena. Me miró de soslayo, como si se preguntara a donde demonios iba vestida de ese modo, pero simplemente sonreí cínicamente y me marché sabiendo que él no diría o haría nada delante de nuestros padres.

Me importaba un comino que le preguntara donde iba o con quien, ya sería demasiado tarde y me estaría alejando en el flamante deportivo de mi italiano predilecto.

—¡Vaya!, ¡Estás guapísima! —exclamó Nicola en cuanto me acerqué a él.

Su comentario me agradó. Aunque no había esperado ningún halago por su parte, ciertamente hacía que me sonrojara.

—Gracias —contesté llevándome una mano al pelo para colocármelo detrás de la oreja en un acto reflejo. Había decidido por dejarlo liso y suelto, ya que no me apetecía pasarme horas hasta conseguir un recogido que finalmente no quedaría como en el video de Youtube que encontrase—. Aunque no es necesario que me halagues solo para quedar bien —dije con cierta sonrisa, puesto que entre nosotros había confianza o eso quería creer.

—Tendré que acabar con esa manía tuya de creer que todo lo bueno que te dicen no es cierto, aunque quizá podemos culpar de ello a alguien... —contestó mientras arrancaba el coche—. No tendría porqué decirte nada que no fuera cierto, pero hay que reconocer que tenías muy bien escondidos tus atributos —añadió mientras se reía y sentí el calor invadirme por completo, incluso me toque la cara para que bajara la rojez que evidentemente tenía en mis mejillas.

—¿Se supone que eso es un halago? —exclamé mirando hacia otro lado.

—Desde luego, ¿Acaso no has oído los rumores por el instituto? —preguntó y entonces volví rápidamente la mirada hacia él.

—¿Qué rumores? —exclamé asustada.

—Al parecer a Verónica le ha salido competencia, ya no es la tía más buena del insti, según parece su competidora es una flamante pelirroja y yo el afortunado que la tiene solo para ella —

dijo con evidente énfasis en la última frase y supe que estaba medio bromeando.

—¡Te lo acabas de inventar! —chillé dándole un pequeño golpe en el brazo, lo suficientemente leve como para no lograr desestabilizar el volante del coche.

«Tampoco es que quisiera que matásemos en un accidente»

Probablemente lo había dicho solamente para hacerme sentir bien, aunque tampoco sabía el porqué, pero ciertamente había logrado que mi rubor pasara y me sintiera más relajada.

¿Tal vez creía que necesitaba escuchar cosas así por todos los insultos que me había dirigido Joan frente a ellos?

No iba a negar que en ocasiones me había hecho sentir la persona más insignificante del planeta, incluso había rozado el fango al creer que me decía aquello porque era realmente despreciable y fea. Pero por alguna razón comprendí que solo buscaba afán de protagonismo humillándome, que él solo deseaba llamar la atención sobre los demás con sus burlas dirigidas hacia mi, así que convertí aquel sentimiento en odio y rabia contra él, dejando de compadecerme a mi misma buscando esos defectos que no tenía.

—En realidad no me lo inventé, realmente corre ese rumor por el instituto, aunque me alegra que ya vuelvas a ser tú y no la Andrea ausente que llevo acompañando a casa toda la semana.

¿Se había dado cuenta? Es verdad que no había estado tan habladora como siempre, pero estaba más preocupada de llegar a casa antes de que lo hiciera Joan que apenas había mantenido conversación con él en toda la semana y cuando detenía el coche en la puerta salía prácticamente escopeteada como si el culo me ardiera en llamas.

—No es posible —contesté volviendo al tema del supuesto rumor porque no quería entrar al detalle sobre mi supuesta ausencia—. Era invisible hasta hace solo unas semanas y puedo asegurar que lo poco que conocían de mi no era nada bueno —argumenté haciendo hincapié en los motes humillantes con los que me había congraciado él idiota de mi hermanastro.

«Deja de decir esa palabra Andrea, hermanastro significa algo y con ese bruto no tenía ninguna relación por más que nuestros padres estuvieran juntos.

—La gente solo ve lo que los demás quieren que vean.

¿Y eso que significaba?, ¿Tal vez ahora que estaba supuestamente con Nicola todo el mundo había comenzado a ver que no era como Joan quería hacer creer?, ¿Tanto valía la palabra de ese mequetrefe cuya masa muscular superaba la de sus neuronas?

—Genial, si Verónica ya me odiaba antes, ahorra me querrá matar —dije cruzándome de brazos resignada y dejándome caer en el asiento con evidente frustración.

El sonido de su risa acaparó mi atención y no entendía porqué lo hacía, ¿Acaso no veía que tenía un problemón? Me había librado de sus uñas gracias a la aparición de Joan, pero estaba segura de me perseguiría detrás de las esquinas para desahogarse por robarle a Nicola y en el camino el protagonismo que tenía como la reina de la popularidad.

«Como si yo deseara llamar la atención, cuando había hecho todo aquello solo para que me dejaran en paz»

—¿Te digo que todo el mundo habla bien de ti en el insti y tú solo piensas en lo que pueda hacerte Verónica? Te aseguro que no te hará nada. Además, Joan ya le advirtió que no te tocara ni un pelo.

—Como si le hiciera caso ahora que no están juntos...

—Ella siempre respeta las decisiones de tu hermano aunque estén separados.

—No es mi hermano. Ese estúpido no es nada mío —repliqué con desdén.

—Vale, vale. No quería ofender, me ha quedado claro que no le tienes ningún aprecio aunque

vuestros padres estén juntos, pero eso no cambia el hecho de que a su manera intente protegerte de ella.

—Para salvar su culo, ¿Qué crees que le haría su padre si supiera que su novia me ha dejado un ojo morado? —exclamé imaginándome la situación.

—Quizá tengas razón, pero mejor dejemos de hablar de esos dos. ¿Sabes que mi madre le ha estado hablando de ti a toda mi familia italiana? —dijo sonriente—. Ahora eres oficialmente mi novia de verdad —añadió comenzando a reírse y realmente no sabía que significaba aquello.

—¿Y que era antes? —pregunté un poco tensa.

—Podía pasar por una amiga especial para la familia, ahora no, pero si soy sincero eres la mejor novia que podía tener. No tengo que hacerte regalos, ni tenemos discusiones, ni tienes pretensiones sobre lo que pueda o no hacer. Empiezo a encontrar esta relación demasiado ventajosa —sonrió y supe que estaba de broma, así que me relajé.

—Ten cuidado Verdini, cualquiera diría que al final vas a querer realmente estar conmigo cuando todo esto acabe —dije sonriendo en el mismo tono que él.

—Lo cierto es que empieza a parecer una idea de lo más tentadora... —Su tono había dejado de ser bromista para convertirse en una afirmación de lo más directa a pesar de que mirase a la carretera.

¿De verdad lo pensaba?, ¿Era posible que Nicola pudiera tener algún interés hacia mi?

No podía evitar ponerme nerviosa al pensar en la respuesta a dicha pregunta. ¿Acaso quería yo que lo sintiera?, ¿Podría plantearme si quiera la posibilidad de tener algo con ese italiano de ojos verdes salido del Olimpo de los Dioses.

La idea me abrumaba, colapsaba mis sentidos no sabiendo en realidad la respuesta. Había fantaseado mil veces con esa posibilidad siendo muy realista de que jamás sería posible. Había coqueteado con el sentimiento de cercanía que él manifestaba hacia mi creyendo que solo formaba parte de aquel acuerdo. ¿Y si habían podido despertar en él alguna clase de sentimientos como me sucedió a mi?

Vale. Admito que enamorada lo que se dice enamorada no es que estuviera, pero no podía negar que él tenía un poder de atracción y seducción innegables para cualquiera.

Los impulsos de mi cerebro dictaminaban que sí, que me lanzase al vacío ante cualquier propuesta, pero una vocecita interna me decía todo lo contrario.

¿Podría confiar en Nicola sabiendo que traicionaba a su mejor amigo con su novia? Hasta ahora ese hecho no me había importado, incluso creía que alguien como Joan no se merecía otra cosa. Además, yo había accedido a dicho acuerdo solo porque me beneficiaba de ello, pero jamás con la intención de que de aquella relación saliera algo que no fuera amistad o cordialidad. Desde un principio tuve claro que los sentimientos de Verdini por Verónica no cambiarían y menos aún que podría cansarse de ella o lo más improbable de todo; que yo pudiera gustarle —algo que por cierto aún no tenía del todo claro como había sucedido si es que en verdad había ocurrido—, era fácil soñar sabiendo que nunca se haría realidad, pero quizá la situación diera un giro de ciento ochenta grados y todo cambiara de forma drástica, ¿En verdad estaba preparada para ello?, ¿Estaba dispuesta a asumir los riesgos sabiendo que podría terminar escaldada y achicharrada por ello?

—¡Oh venga ya! —exclamé varios segundos después, lo suficiente para darse cuenta que había estado meditando su respuesta—. Te gusta demasiado Verónica como para posar tu vista en otra chica que no sea ella.

Le escuché suspirar, como si él mismo se sintiera enfadado consigo por ello.

—Si. Quizá tengas razón, aunque encuentro tu compañía mucho más agradable que la de ella, no lo voy a negar —terminó sonriendo con esa mirada que provocaba que sus ojos se iluminasen con un destello—. Aunque esta noche preferiría no hablar de ella, sino de ti.

Su cambio de humor y de conversación hizo que mis alertas se disparasen. Antes únicamente hablaba de Verónica y ahora prefería no hablar de ella y en cambio deseaba que le hablase sobre mi. La conversación que había mantenido precisamente con ella en aquel baño vino a mi mente de inmediato. ¿Podría tener algo de verdad en sus palabras?

«Andrea frena tus pensamientos y no te precipites de inmediato que estás muy lejos de pueda suceder algo así»

En mis pretensiones estaba la idea de fingir que me acostaba con Nicola, no de hacerlo literal.

—En realidad no tengo mucho que contar —dije encogiéndome de hombros—. Mis padres se divorciaron cuando yo era pequeña, mi madre se volvió a casar hace poco, aunque eso es algo que todo el mundo sabe por desgracia. Doy clases de danza desde pequeña, me relaja la música clásica, me encanta la pizza y soy fan de las películas ñoñas y románticas —añadí sonriente al final solo para recordar aquella vez en la que creía que le pondría una de esas películas.

Realmente no era tan fan de ese género concreto, prefería las películas de misterio, pero no iba a negar que más de una tarde me había pasado leyendo libros de ese tipo o viendo pelis de ese estilo.

Su estallido de risa era contagioso, y con esas vi que estábamos llegando al gran teatro donde tendría lugar el espectáculo.

—Ya me lo imaginaba —comentó carraspeando la voz tratando de frenar su risa—. La próxima vez traeré rosas, bombones y champán —añadió con un guiño y supe por alguna razón que bromeaba.

Decidí no responder. De hacerlo podría decir que prefería tulípanes en lugar de rosas. Que me gustaban más las gominolas que los bombones. Y que prefería mil veces antes una coca-cola que el champán.

A pesar de que no había nadie presente que pudiera vernos y de que aquello no era el instituto, Nicola se acercó hasta mi para rodearme con su brazo la cintura como en tantas ocasiones había hecho, pero esta vez estábamos a solas, lo estaba haciendo de un modo natural como si se hubiera acostumbrado a hacerlo y resultaba extraño a la vez que emocionante saber que estábamos cogiendo hábitos sin darnos cuenta de ello.

¿Sería consciente de ello?, ¿Tal vez lo hacía porque le gustaba? Ni siquiera me atrevía a preguntarlo.

En California había varios teatros, pero casi siempre los espectáculos de ballet un poco más relevantes eran en el preciosísimo Pantages. Una estructura majestuosa que evocaba el periodo histórico mozartiano moderno, con arcos árabes simulando una geometría magnífica a los lados del escenario y aquellos techos mágicos que jamás me cansaba de mirar por más veces que fuera. Lo cierto es que pocas veces conseguía entradas para una gran compañía de ballet que viniera a la ciudad. En primer lugar, eran demasiado caras para unos buenos asientos que mereciera la pena y en segundo, se agotaban con bastante rapidez. Ni que decir de los mejores espectáculos que venían al teatro Dolby, donde se celebran los Oscar, aún no había tenido la oportunidad de ir, pero esperaba poder hacerlo algún día.

Por eso casi siempre me limitaba a ver los espectáculos de la academia de ballet que organizaban en el pequeño teatro cercano a ella y que en su mayoría eran de alumnos de último curso cuyas representaciones eran magistrales, pero nada que ver con las grandes compañías que

viajaban por el mundo ofreciendo sus coreografías anuales.

Nos dirigimos —o más bien me dirigió—, hacía unos asientos privilegiados, puesto que estaban en las primeras filas, concretamente en la séptima y lo bastante centrados como para ver todo al detalle.

—¿Cómo has conseguido entradas tan buenas? —pregunté impresionada realmente.

—Ya te comenté que a mi madre le gustaba la danza —dijo sin más—. Cuando le dije que practicabas ballet y te encantaba, insistió en que debías ver este espectáculo, dice que es una de sus compañías favoritas.

Ciertamente no tenía porque no creer su explicación, así que asentí enormemente agradecida y no hubo que esperar mucho tiempo antes de que todo el mundo fuera ocupando sus asientos, las luces se atenuaron hasta apagarse y la proyección se centro en el núcleo del escenario donde comenzaron a salir los bailarines.

Fue impresionante, verdaderamente magistral y magnifico y eso que aún podía verse mejor desde uno de los palcos, pero aquella posición había permitido que viera cada detalle en movimiento de los bailarines.

No es de extrañar que cuando saliéramos de allí sintiera que flotaba en una nube.

—¡Ha sido impresionante! —exclamé aturdida y emocionada al mismo tiempo.

Escuché la risa de Nicola que no dejaba de observarme mientras elogiaba a la compañía, los bailarines, el vestuario, las luces, la música y todo en general.

—Sabía que te gustaría, aunque desconocía que tanto —comentó acercándose hasta mi de forma que sentí como su chaqueta rozaba mi brazo—. ¿Tienes frío? Se ha hecho tarde y ha refrescado un poco.

—Frío es lo que menos siento ahora mismo. ¿Cómo se puede tener frío después de ver semejante obra magistral? Ahora solo me apetece bailar... ¡Bailar hasta que amanezca! —dije alejándome de él para dar una vuelta sobre mi misma en punta, o todo lo en punta que los zapatos me permitieron hacer.

En cuanto aterricé sobre mi misma sonreí y, a pesar de que podía haber pensado que creería que estaba loca, o neurótica, me rodeó de la cintura para inclinar sus labios sobre los míos hasta que el suave roce presionó en mi boca como por arte de magia.

Me estaba besando.

¡Nicola Verdini me estaba besando y no estábamos frente a nadie disimulando!

Capítulo 24

El recuerdo de aquel bosque donde Joan me besaba pasó fugazmente por mis pensamientos y acto seguido lo deseché, lo hice con tal ímpetu que respondí con vehemencia a aquel beso y sentí la presión de Nicola sobre mi cintura apretándome hacia él.

No sabía lo que estaba sucediendo, pero tampoco importaba. Probablemente solo sería un beso sin pretensiones, un simple beso como acto culmine de una noche llena de magia en la que me había hecho olvidar los estragos de toda la semana. Quizá era eso, un beso de simple agradecimiento, pero fuera como fuera lo cierto es que aquellos labios suaves conseguían que me sintiera llena de vida.

—Intentémoslo —dijo en un susurro cuando se apartó levemente de mi boca y su voz llegó a mis oídos con connotación ruda.

¿Intentar el qué?

Le miré absorta, como si no entendiera su pregunta lo más mínimo o quizá porque aún estaba aturdida con el hecho de que me hubiera besado en medio de la calle y sin nadie que nos observara.

—Podríamos lograr que esto de verdad funcionara —insistió y abrí mis ojos completamente sorprendida por sus palabras—. No negaré que aún siento algo por Verónica, pero me gusta estar contigo, eres real y no una visión fugaz de algo que realmente no es.

Vale. Esta última parte no la había comprendido del todo, pero el concepto me quedaba claro. ¿Nicola quería que nos diéramos una oportunidad?, ¿Quería que intentásemos que aquel fraude de relación realmente funcionara?

¡Oh Dios mío!, ¡Esto no está pasando!, ¡Esto no me está sucediendo de verdad!

Me clavé el tacón derecho en la punta izquierda y joder si dolía por lo que no estaba soñando, ¡Aquello era real!

—A ver si lo he entendido bien, ¿Quieres que estemos juntos de verdad?, ¿Ser una pareja real?

—Podríamos intentarlo, solo si tú quieres por supuesto.

Valoré la situación ¿Qué podría perder?

«Mi corazón, desde luego» pensé rápidamente.

Pero quizá podría salir bien, tal vez Nicola realmente llegara a enamorarse de mi, era obvio que si estaba diciendo algo así debía gustarle aunque solo fuera un poco, ¿Y si negándome perdería al hombre de mi vida? Si decía que no, jamás descubriría si aquella relación podría funcionar o no.

La imagen de Joan se proyectó de nuevo en mi mente, ese beso en el bosque, esa sensación de congoja que me hizo sentir cuando sus labios bajaban por mi cuello...

—Quiero intentarlo —dije sin pensarlo demasiado.

Necesitaba llenar mi mente de vivencias y emociones con otro chico que no fuera mi hermanastro. Estaba segura de que solo sentía aquello por la simple y llana razón de que no lo había experimentado con ningún otro.

En cuanto mis palabras salieron de mis labios observé su sonrisa y su frente se acercó hasta

unirse a la mía.

—Entonces señorita Andrea Campell, le comunico que es verdaderamente mi novia.

«Dicho así sonaba bien, jodidamente bien»

—Eso parece —contesté con una sonrisa.

De regreso a casa me sentía como en una nube. Incluso en el momento que Nicola detuvo el coche delante de casa no sabía si realmente deseaba que esa noche mágica terminase.

¡Era su novia!, ¡Verdaderamente lo era!

—Te recojo mañana como siempre, aunque si te apetece podríamos ir a almorzar juntos y planificar el fin de semana —comentó relajadamente como si no tuviera prisa alguna por marcharse.

—¿Quieres que pasemos el fin de semana juntos? —pregunté imaginándome la visita a algún lugar privado donde estuviéramos a solas los dos.

—Tal vez ya tenías planes con tus amigas o algún tema familiar —comentó prudente.

—Estoy disponible todo el fin de semana —contesté atropelladamente antes de que cambiara de opinión.

Lo que más me interesaba ahora mismo era pasar el máximo tiempo posible fuera de casa y lejos de cierto personaje indeseable.

—¡Genial! Podemos ir a la feria que hay cerca del puerto, hace tiempo que no voy y después al cine, la bolera o los recreativos, como tú prefieras.

Todos esos planes implicaban estar en lugares públicos, así que me tranquilicé.

¿Qué pensabas Andrea?, ¿Qué te iba a meter mano el primer día?

Me daba igual el plan, sabía que con Nicola me divertiría de cualquier manera.

—Hace años que no voy a las atracciones del puerto —mencioné recordando que antes solía ir con mayor frecuencia cuando mamá no estaba con Paul, ahora tenía mucho menos tiempo para mí, aunque ciertamente yo pasaba la mayoría de este con mis amigas.

—Entonces ya tenemos plan. —Parecía contento y con las mismas noté como se inclinaba hasta rozar sus labios con los míos. Por pura inercia alcé mis manos hasta enredarlas en sus hombros y acariciar con la punta de mis dedos su pelo sedoso.

Percibí su lengua entrando en mi boca, jugando con la mía en un vaivén de movimientos estratégicos para que encajaran. Notaba la intensidad de sus labios demandando los míos con devoción y sus manos comenzaron a bajar por mi cintura recorriendo parte de mi cuerpo.

El sonido del motor de una moto rompió el silencio, sobre todo porque estaba situada al lado del coche, solo tuve que alzar la vista para ver la silueta de quien desafortunadamente para mí conocía de memoria.

¿Qué puñetas quiere este ahora?, ¿Y porqué narices no está en casa? ¿Y tiene que regresar justo a la misma hora?

Por suerte el vehículo de Nicola se cerraba completamente con techo plegable y había decidido usarlo tras salir del teatro, así que el memo de Joan no podía vernos nítidamente a pesar de saber que estábamos dentro.

Esperaba que aquella detención fuera solo una advertencia de que nos estaba viendo y pasara de largo, pero si creía que ese espécimen tenía educación es que estaba muy equivocada al respecto. Por si el ruido del motor de su moto no era suficiente, golpeó con los nudillos el cristal de la ventanilla de Nicola.

—Lo que me faltaba... —susurré en un quejido casi inaudible.

—No te preocupes, me ocupo yo —contestó Nicola mientras bajaba la ventanilla pulsando un

botón de su puerta—. Buenas noches, Baker —dijo dirigiéndose a él por su apellido, algo que me resultó extraño teniendo en cuenta que eran buenos amigos.

—Verdini —dijo quitándose el casco y apoyándolo sobre la moto—. Andrea es tarde, así que entra en casa. —Fue toda su respuesta.

—Entraré en casa cuando me de la real gana, no cuando tú me lo digas.

¿De verdad iba a seguir con ese rollo medio paternal controlándome?

—Será mejor que escuches a tu hermana, Baker. Ya es grandecita para saber lo que tiene que hacer.

No es que quisiera que me defendieran ni mucho menos, pero el hecho de que Verdini saliera en mi defensa me consolaba y me hacía creer que no estaba sola.

—Tú mejor cállate —soltó así sin más, como si creyera que tenía derechos sobre los demás.

—¿O qué?, ¿Me vas a pegar?, ¿Ahora la proteges? No parecía interesarte lo que fuera de ella un par de meses atrás... —La voz de Nicola era altiva, seguro de si mismo y de sus palabras.

Ví que Joan chasqueaba la lengua como si estuviera controlando sus impulsos. No hacía falta ser un genio para saber que estaba apretando los puños. Odiaba que le llevaran la contraria y más aún que se revelaran ante una de sus órdenes.

«Pues ve aprendiendo guapito de cara» sonreí en mis adentros.

Para mi absoluto desconcierto vi que se bajaba de la moto y dejaba el casco apoyado en ella. Creí que de verdad lanzaría un puñetazo a Nicola de un momento a otro, pero no lo hizo, sino que rodeó el coche por detrás hasta llegar a mi puerta y la abrió sin miramientos mientras hacía un ademán con la cabeza indicándome que entrara en casa.

¿Es que no se daría por vencido?

Estaba claro que no. No se marcharía de allí mientras yo estuviera.

—Con esto solo vas a conseguir que te odie más —recalqué quitándome el cinturón de seguridad y antes de bajar del asiento me giré hacia Nicola con la súplica en los ojos. Si no fuera porque conocía demasiado bien a Joan, saldría pitando de allí hacia el; no volveré a salir contigo nunca más.

Por más que quisiera, Joan no se marcharía y eso era algo que Nicola también había comprendido.

¿Por qué se tenía que salir siempre con la suya de una forma u otra?

—Te veo mañana, cariño —indicó antes de inclinarse sobre mi y robarme un fugaz beso.

No sentí ninguna emoción cuando lo hizo y me frustré aún más porque sabía que la razón era ese idiota que me observaba concienzudamente. ¿Quién podía dejarse llevar o disfrutar de un beso con la presión constante en la nuca?

Cuando salí del coche ni tan siquiera le miré, sino que me fui directamente a casa enfadada, cabreada, indignada, completamente enfurecida con él y sintiendo que un fuego atroz me quemaba por dentro llenándome de una rabia incontrolable.

¿Hasta cuando iba a tratar de dominar mi vida?, ¿Hasta donde pretendía llegar con todo aquello?

Iba a entrar en mi habitación, solo que no lo hice, por primera vez en mi vida sin que fuera para dejarle la colada sobre la cama, entré en su habitación a oscuras, ni tan siquiera me detuve a darle al interruptor, me bastaba con la luz que se filtraba en la habitación a través de la calle. Su equipo de música, el ordenador y la videoconsola estaban en la misma mesa que hacía esquina de su dormitorio, así que con esas me dirigí hasta allí e importándome un cuerno todo, lo empujé hasta que cayó al suelo formando un auténtico estruendo sonoro. No contenta con eso me dirigí hacia su

armario y comencé a tirar la ropa arrancándola de las perchas conforme se rompían o saltaban muchas de ellas.

No sabía cuanto tardaría en llegar, de hecho, tampoco me importaba que me pillase en su habitación haciendo aquello puesto que sabía que había sido yo la causante de tal estropicio. Me tenía harta, cansada y hasta las mismísimas narices de su prepotencia creyendo tener derechos sobre mi, actuando como hacía e incluso propasándose para conseguir su objetivo. Estaba completamente enfurecida y no solo por querer romper la relación que tenía con Nicola, sino por haber provocado que se filtrara en mis pensamientos sin que yo pudiera sacarlo.

Le odiaba. ¡Le odiaba con toda mi alma!

Antes de que lanzara la última prenda, sentí como me agarraban de la cintura elevándome del suelo y supe que sería él. Tampoco se había molestado en encender la luz, sino que la habitación seguía a oscuras, pero era evidente que sabía lo que estaba haciendo allí.

—Quieta —me dijo cuando intenté escapar de su agarre.

Me revolví. No quería tenerle cerca. No quería sentir ni su cercanía, ni su olor y mucho menos percibir su aliento. Eso provocaba demasiadas sensaciones confusas.

—Suéltame ahora mismo o grito —contesté en el tono más frío que me fue posible.

—Grita si quieres, no te pienso soltar —respondió dejándome atónita mientras trastabillaba en mi intento de librarme de él y ambos caímos al suelo sobre aquel montón de ropa.

No sabía si mi madre estaría en casa o no, pero de lo que estaba segura es de que él creía que no lo haría, que jamás llamaría la atención y no me extrañaba que lo hiciera porque llevaba más de un año callándome el trato que recibía fuera de casa por parte de él.

Grité.

Chille con todas mis fuerzas mientras pateaba en mi intento por deshacerme de él y noté como abría sus brazos dejándome libre por lo que no perdí el tiempo para escapar de él.

Cerré la puerta de mi habitación con cerrojo y comencé a caminar hacia atrás sin perderla de vista. ¿Acaso temía que entrara?, ¿Temía lo que pudiera hacerme? No. En realidad no le temía a sus actos, sino a los míos porque sería capaz de responderle.

Mi corazón latía desesperadamente, podía sentir el bombeo en mi pecho constantemente y aturdiendo mis sentidos. Joan sacaba lo peor de mi, lo más oscuro y recóndito de mi interior y aún así no lograba comprender porque no era capaz de olvidar ese encuentro en el bosque.

Nadie vino a mi habitación. Ni Joan, ni mi madre, ni Paul en su defecto. Estaba claro que nuestros padres no estaban en casa o de lo contrario mi madre habría ido a investigar. No era tan tarde como para que estuvieran acostados y debía haber intuido que habían salido cuando todo estaba apagado.

Él lo sabía. Sabía que no había nadie en casa y por eso había dicho que podía gritar pero no pensaba soltarme. ¿Entonces porque lo hizo?, ¿Por qué me soltó si sabía que ni mi madre, ni Paul acudirían a mi rescate?

Nunca comprendería los actos retorcidos de Joan. Su mente maquiavélica y aquella presuntuosidad inaudita con su afán de salirse siempre con la suya dominando a todos. Solo había que ver como le había dado ordenes a Nicola tan solo unos minutos antes, era insólito que se creyera el rey del mundo y que nadie, absolutamente nadie le parase los pies.

No iba a dejar que dominara mi vida y tampoco mi mente. Debía estar feliz, realmente debía gritar de absoluta felicidad porque mi relación con Nicola ahora era completamente real y verdadera, sin embargo, ese idiota había estropeado todo con su aparición.

—¡Te odio Joan Baker! —grité lo más fuerte que pude sabiendo que solo él me escucharía—.

¡Ojalá te pudras en el infierno! —chillé llena de rabia apretando los puños mientras aporreaba la puerta de mi armario de un manoteado intentando sacar así la furia que me corroía por dentro.

Escuché un portazo seguido de pasos fuertes por el pasillo. No sabía si intentaría abrir mi puerta pero que lo intentara, porque estaba dispuesta a clavarle las uñas si hacía falta.

No lo hizo. El sonido se alejó y sentí como bajaba las escaleras hasta que finalmente dio otro portazo en lo que supuse sería la puerta de entrada a casa y después escuché el sonido del motor de su moto.

Me asomé a la ventana y allí estaba, colocándose su casco justo antes de pisar el acelerador y salir como un rayo hasta perderse tras la arboleda.

¿Dónde demonios iba?, ¿Por qué se marchaba?

Me importaba un comino donde fuera. Por mi como si se estrellaba.

— Mal nacido.... —susurré quitándome la ropa y tirándola con desgana—. ¡En que momento mi madre se tenía que haber casado con Paul! —insistí como si necesitara desahogarme conmigo misma—. Bien podían haber seguido juntos sin necesidad de vivir en la misma casa, al menos hasta que hubiera ido a la universidad, ¿Tanto trabajo les costaba esperar unos años?

Si. Me alegraba por mamá puesto que se la veía muy feliz junto al padre de Joan, pero a mi esa relación me había amargado la existencia y lo seguía haciendo a pesar de todos mis esfuerzos para obtener lo contrario.

¿Qué le había hecho yo a ese idiota para que me tratara así?, ¿Por qué no me dejaba en paz y vivía su vida de una vez? Me importaba un bledo que estuviera o dejara de estar con Verónica, pero que hiciera su vida sin tener que entrometerse en la mía.

Me tiré a la cama en ropa interior, ni siquiera me apetecía ponerme el pijama. Además, con toda esa situación tenía hasta calor y a pesar de no haber mirado la hora, no debían ser ni las once, puesto que Nicola me había traído directamente a casa.

Fui a coger el móvil y me di cuenta de que no estaba. ¡Mierda! Se me debió haber caído cuando ese idiota me tiró al suelo. La despreocupación por saber que se había marchado me hizo no vestirme, sino que salí de mi cuarto y me dirigí hacia la habitación de Joan esta vez dándole al interruptor de la luz para encontrar mi puñetero bolso. A simple vista no lo encontré, así que comencé a rebuscar entre las cosas que yo misma le había tirado al suelo. Al parecer se había marchado importándole muy poco el desorden de su habitación. Esparcí toda la ropa sin encontrarlo, entonces dirigí mi vista hacia la esquina donde él tenía su escritorio, ¿Tal vez se cayera cuando le tiré el ordenador al suelo? Lo vi, estaba justamente debajo de la mesa, así que me incliné y extendí mi mano derecha para cogerlo. Al incorporarme vi que se me había pegado algo a en la mano izquierda, parecía un papel hasta que comprobé por el tamaño y forma que era una foto. Le di la vuelta solo para despegármela de la mano con el convencimiento de que allí encontraría una bonita estampa de Joan y Verónica sonriendo, pero cuando mis ojos se posaron en el revelado no pude dar crédito alguno a lo que estaba viendo.

¿Qué hacía Joan con una foto nuestra en su dormitorio?

Capítulo 25

Ni tan siquiera recordaba que existía esa foto, tardé varios segundos en recordar aquel día en el restaurante para celebrar que su padre y mi madre se habían casado, puesto que no hicieron ninguna celebración ya que ambos habían pasado por eso antes. Mamá se empeñó en hacernos una foto mientras esperábamos el postre. Observe la sonrisa en la Andrea del pasado, era radiante, incluso podía ver el brillo de mis ojos azules porque estaba feliz, totalmente ajena al infierno que el ser que tenía al lado me haría pasar tan solo unas semanas después. Contemplé a Joan en aquella foto, también sonreía. Parecía relajado y sereno, por más que quisiera negarlo tenía que admitir que era demasiado guapo y precisamente mi sonrisa de la imagen se debía a ello.

Detestaba haber sido tan inocente. Haber fantaseado que entre él y yo podría... ¡Bah! Solo eran imaginaciones de una perturbada adolescente, aunque aún lo siguiera siendo, pero al menos había madurado en ese sentido y había visto que Joan solo poseía su belleza externa, pero en su interior estaba demasiado podrido.

De nuevo me pregunté porqué conservaría esa foto. ¿Para que la tenía allí? Además, debía estar en su escritorio teniendo en cuenta que le había tirado el ordenador, la play station y algunos libros que había por el suelo.

—No debías encontrarla —pronunció aquella voz y di un salto al no esperar que él regresara. ¡Se había marchado en moto, joder!, ¡Se suponía que no debía volver! No sabía cuanto tiempo me había quedado observando aquella foto completamente absorta, pero evidentemente el necesario para que hubiera regresado y entrado en casa sin darme cuenta.

—¿Por qué tienes esta foto? —exclamé exigente, sin importarme un bledo que estuviera en ropa interior medio sexy.

«Y digo medio porque no era transparente»

—¿Acaso no es evidente? —contestó con otra pregunta mientras caminaba hacia mi.

Él y sus juegos. Con él todo eran suposiciones, adivinanzas y titubeos. Nunca era claro. Nunca era directo. Siempre maquinaba como hacerme daño de mil modos posibles y seguramente aquello solo era otro de sus juegos.

—Lo único evidente aquí es que tienes una foto nuestra en tu habitación cuando ambos sabemos que no puedes ni verme —solté sin dejar que me intimidara su cercanía.

—Tengo esa foto porque me recuerda lo único que no podré tener —dijo a un paso de distancia, deteniéndose frente a mi como si esperaba ver mi reacción.

¿Lo único que no podía tener?, ¿A que se refería?

—¿Una hermana? —exclamé sin comprender nada.

—No necesito ninguna hermana —aseguró con voz firme y de lo más serio—. Y tú estás muy lejos de serlo.

—Déjate de jueguecitos de adivinanzas imbécil. ¿Porqué tienes mi foto? —insistí puesto que no pensaba irme de allí sin averiguarlo costara lo que costara.

—Porque en esa foto estás feliz —contestó y eso era algo cierto, no se podía negar que lo estaba.

—¿Y eso que tiene que ver? —pregunte no siendo relevante.

—Estás feliz porque estas junto a mí —respondió y observé de nuevo la foto.

¿Cómo sabía él eso?, ¿Y que tenía eso que ver con lo único que no podría tener?

—Estaba feliz porque no sabía el infierno que me esperaba solo unos días después y lo capullo integral que era mi nuevo hermanastro —solté con verdadero hastío en la palabra final.

—Estabas feliz porque te gustaba, lo vi en tus ojos nada más verte, no podías negar en cada expresión de tu cuerpo que te agradaba tu nuevo hermanastro.

—Aunque lo que dices fuera cierto, que no lo es, no cambia el hecho de que te odie, ni que tu me detestes, lo cual no es motivo alguno para que tengas una foto mía en tu dormitorio —dije con toda la intención de partir en dos aquella imagen y convertirla en añicos, pero antes de que pudiera hacerlo el me detuvo.

—Eres tú —dijo cogiendo mis manos entre las suyas—. Lo que me recuerda esa foto que jamás podré tener es a ti.

¿Tenerme?, ¿A que demonios se refería?

—¿De qué.... —Mis palabras se quedaron en el aire porque sus labios sellaron los míos a la vez que sus manos abandonaban las mías para estrecharlas en mi rostro y así evitar que me apartase.

—Estoy completamente loco por ti, Andrea —susurró abandonando levemente mis labios y aquellas palabras martillearon mi cerebro como si lo estuvieran verdaderamente aporreando.

—¡Andrea!, ¡Estás en casa! —El grito de mi madre me sacó de mi aturdimiento y me aparté de él rápidamente saliendo de su habitación.

—¡Si mamá!, ¡Buenas noches! —contesté en el pasillo y sin esperar a que me respondieran me metí en mi habitación cerrando la puerta conforme me dejaba caer en el marco de esta.

¿Qué cojones acababa de suceder?

«Estoy completamente loco por ti, Andrea»

¡Surrealista!, ¡Definitivamente no podía ser verdad!, ¿Cómo iba a serlo?, ¿Cómo iba a gustarle a Joan si me había tratado como escoria? Me había insultado, humillado, rebajado y pisoteado.

—Imposible —susurré conforme me dejaba caer en el suelo y me tocaba los labios, los mismos que él me había besado únicamente para hacerme creer que era cierto.

Solo era otro más de sus juegos para volverme loca. Uno más para su pérfido plan del cual no pensaba participar.

¿En qué mundo iba yo a gustarle a Joan después de todo lo que me había demostrado en el último año?, ¿Quién iba creer algo semejante? No solo era ridículo, sino que estaba fuera de lugar y por esa misma razón sabía que solo se trataba de un juego, de algún plan maquiavélico de su retorcida mente siniestra.

Su prioridad parecía ser hacerme daño, no dejarme ser feliz, era como si le satisficiera joderme la vida por completo y no se lo pensaba permitir. Iba a apostar todas mis cartas en la relación con Nicola independientemente de si esta salía bien o mal. Quizá él nunca dejara de sentir lo que fuera que sentía por Verónica, pero al menos había decidido darnos una oportunidad, intentarlo al menos y yo pensaba hacer lo mismo.

Aquello que fuera lo que me provocaba la cercanía de Joan solo era un mero acto reflejo de mi falta de experiencia. Estaba segura de que sentiría mucho más por Nicola cuando me tocara del mismo modo, cuando mi cerebro se concentrara en él y solamente en él.

¡Maldito Joan y sus mentiras!, ¿De verdad pensaba que iba a creerme que estaba loco por mí?, ¿En serio creía posible que me lo iba a tragar?

—Ni hablar —susurré en voz tan baja que ni siquiera yo misma me oí—. Demasiado había permitido que desmoronara mi vida como para dejar que lo siguiera haciendo.

¿Qué pretendía?, ¿Burlarse?, ¿Reírse de mi cuando consiguiera su objetivo? Pues lo lamento mucho Joan Baker, pero esta vez seré yo quien me ría de ti.

A pesar de que tardé en conciliar el sueño, finalmente me dejé arrastrar por el cansancio y el consuelo de saber que Nicola estaba conmigo, que no me encontraba sola en aquel entuerto y que me defendería de cara a sus amigos. Tal vez podría lograr que olvidase a Verónica y se enamorase de mi. Era posible, ¿no? Después de todo él había decidido darnos una oportunidad justo cuando Joan y ella habían dejado su relación, eso debía ser una clara señal de que sentía algo por mi por mínimo que fuera.

La alarma sonó a la misma hora de siempre, pero apenas había logrado dormir cinco horas mal contadas por lo que la apague mientras me hundía aún más en la almohada. Evidentemente mi madre debió darse cuenta de que seguía durmiendo porque escuché que golpeaban en mi puerta, sin lugar a duda era ella. Salí dando tumbos de mi habitación colocándome una bata de estar por casa y fui medio zombie hacia el baño, la puerta estaba abierta, así que entré sin pensar que estaría ocupado.

Lo estaba.

Por un Joan desnudo cuya única prenda eran unos calzoncillos que le sentaban como un guante y permanecía de pie frente al espejo cepillándose los dientes.

«La madre que me parió» gritó mi subconsciente.

El nudo en mi garganta debió ser evidente porque me quedé sin habla. ¿Por qué no había echado el pestillo al baño como hacía siempre? Incluso la había dejado abierta.

—Yo... mejor vuelvo luego —dije dándome la vuelta y siendo consciente de que me había visto en ropa interior.

¡Mierda!, ¡Anoche también me vio en ropa interior!

—¿Vas a huir siempre? —mencionó a mi espalda.

—¿De los mentirosos? Siempre —contesté sin mirarle.

—Puedes acusarme de todo lo que quieras, lo aceptaré sin negarlo, pero lo que te dije anoche era verdad.

¿De verdad iba a seguir con ese juego?

—¡Muy bien! —exclamé empujando la puerta pero conmigo dentro de aquel baño dejándonos solos a los dos—. Digamos que quisiera creerte —ironice—. Digamos que por una décima de segundo me trago tus palabras pensando que por primera vez son sinceras, ¿Qué pretendes?, ¿Qué deje mi relación con Nicola para estar contigo? —bufé soltando una risotada—. ¿Acaso crees que podría siquiera plantear la posibilidad de tener algo contigo teniéndolo a él? —inquirí con más énfasis—. Tú no eres ni la mitad de hombre de lo que es Nicola —pronuncie con verdadero rencor en mis palabras.

Sabía que eso era lo que más le jodía, por lo que le daría justamente donde más le dolía; su orgullo.

—¿Quieres que te demuestre lo equivocada que estás? —exclamó escupiendo en el lavabo y tras enjuagarse en una milésima de segundo cerró el grifo para mirarme con aquel ceño fruncido—. ¿De verdad deseas que te enseñe lo poco hombre que es ese idiota? —insistió acorralándome contra la puerta—. Créeme, ardo en deseos de demostrártelo —jadeó tan cerca de mi oído que sentí como mi cuerpo se estremecía.

«Jodido traidor»

En realidad solo debían ser mis hormonas revolucionadas por la cercanía de aquel cuerpo semidesnudo pegado a mi.

«Eso y que está buenísimo, no te jode» pensé en mis adentros.

Y lo peor es que él debe saberlo. Debe ser consciente de lo que provoca en las chicas con aquel cuerpo y precisamente por eso estaba haciendo aquello.

Si cree que seré como las demás, se va a llevar una buena decepción.

—Mejor te guardas tu demostración para tu adorada Verónica, a mi no me interesa en lo más mínimo.

Por un momento se apartó ligeramente y sus ojos azules contemplaron los míos.

—Tienes miedo —dijo sin apartar la mirada.

¿Miedo? Podría tener muchas cosas pero precisamente miedo no era una de ellas.

—¿De ti? —exclamé y me reí con una carcajada irónica—. Empiezo a creer que tienes un problema de egocentrismo muy elevado.

—Te asusta lo que sientes hacia mi —reiteró haciendo caso omiso a mi comentario.

—Dudo que me asuste la repulsión, el rechazo y el odio —contesté cruzándome de brazos solo para interponer más distancia entre él y yo.

—Si sintieras todo eso por mi, no habrías respondido a mi beso como lo hiciste. Si estuvieras realmente enamorada de Nicola, no te habrías entregado de esa forma cuando toqué tu cuerpo. Tal vez me odies, me detestes y creas que soy el peor ser humano que has conocido, pero no puedes negar que te sientes atraída hacia mi por más que no quieras.

«Capullo integral»

—¿Sabes una cosa? Tienes razón en algo. Eres el peor ser humano que he conocido en mi vida —solté dándole un empujón para que se apartara de mi y largarme de allí.

Definitivamente quedarme a solas con ese idiota era una malísima idea.

—Dime que no sentiste nada y te dejaré en paz —mencionó colocando su mano en la puerta impidiendo que me fuera.

—No sentí nada —respondí de espaldas a él.

—Dímelo mirándome a los ojos —insistió e instintivamente los cerré.

¿Solo quería eso y me dejaría en paz?, ¿De verdad se acabaría ese infierno con tan solo afirmarlo? Parecía demasiado fácil.

Lentamente me giré sobre mi misma para encararme de nuevo a él, sus ojos azules brillaban con intensidad, de un azul profundo más vibrante que el agua del mar. Sentía como mi corazón se aceleraba al ver que me observaba de aquella forma inquietante, notaba un nudo en mi garganta que me impedía hablar y el sudor de mis manos era palpable dada la tensión que tenía por su inquietante cercanía.

—No sentí nada —solté bruscamente y apartando rápidamente la mirada, por alguna razón era incapaz de mantenerla ¿Tal vez se debía a qué mentía?

No. No mentía. No había sentido absolutamente nada.

«Al menos eso era lo que deseaba»

No hubo respuesta, sino que dio un paso atrás y evidentemente comprendí que me dejaba libre. ¿Lo haría de verdad?, ¿Me dejaría de atosigar para siempre?, ¿Dejaría al fin que mi relación con Nicola proliferase sin entrometerse? No podía creerlo hasta que no lo viera con mis propios ojos, pero antes de que pudiera poner un pie fuera del baño, lo hizo él pasando por mi lado mientras me rozaba sutilmente.

Me estremecí y después pude contemplar aquel cuerpo esculpido y sin pretenderlo mis ojos

acapararon la atención de aquel culo perfecto.

«Virgen santa» pensé obligándome a mirar hacia otro lado y recordándome que ese espécimen de hombre era el demonio personificado.

—Todo es mentira, Andrea —susurré para convencerme—. Solo trata de reírse de ti. De burlarse de ti. De manejarte a su antojo por simple placer. Es un maniático engreído que se cree con derecho a manipular tu vida.

Seguramente lo de dejarme en paz era solo otra mentira más.

El tiempo se me echó encima por lo que metí rápidamente una muda en la bolsa de gimnasio que solía llevar a danza y salí corriendo hacia el vehículo de Nicola que me esperaba en la puerta. Ni siquiera me había avisado a mamá que no vendría a almorzar, así que me apunté mentalmente enviarle un mensaje después y para que no se preocupara si no volvía a casa.

Al menos podía estar tranquila sabiendo que el resto del día tras las clases no tendría que soportar la presencia de Joan, aunque él solía estar fuera los viernes por la tarde con Verónica —o eso pensaba—, pero como no estaban juntos por ahora, suponía que esa tarde estaría, a menos que tuviera planes.

«Deja de pensar en el imbécil de turno» medité intentando apartarlo de mi mente a como diera lugar.

Capítulo 26

Al llegar al coche Nicola me esperaba fuera, apoyado en la puerta por la que yo debía entrar y con una sonrisa enorme de oreja a oreja. En ese momento recordé que ahora estábamos juntos de verdad, ¿Cómo se supone que debía actuar?, ¿Cómo actúan las novias de verdad? Me acerqué hasta él y se inclinó hasta rozar mis labios. Era extraño. Sobre todo teniendo en cuenta que no existían espectadores a nuestro alrededor, aunque tal vez mi querido odiado hermanastro nos observara puesto que no tenía la menor idea de si se había largado ya o aún seguía en casa.

Quería dejarme llevar. De verdad que lo quería y deseaba con toda mi alma, pero ese estúpido no dejaba de avasallar mi mente una y otra vez con sus palabras, sus modales y su perfecto cuerpo semidesnudo.

«¡Andrea céntrate en lo importante!» me dije obligándome a responder a ese dulce beso mañanero.

—¿Te dio muchos problemas Joan anoche? —La pregunta llegó a mis oídos antes de que me hubiera dado tiempo a saborear sus labios.

¿Es que ese maldito tendría que estar siempre presente?

—Para nada —mentí como una bellaca solo para dar por terminado el asunto—. Mejor no perdamos el tiempo hablando de ese cretino.

—¡Por supuesto! —exclamó sonriente y abrió la puerta de su coche para que entrase como todo un caballero.

—¡Gracias!, ¿Me vas a abrir la puerta de tu coche cada mañana? —pregunté emocionada.

—Lo que quiera mi bella novia —contestó de lo más halagador subiéndose a su flamante deportivo y poniendo rumbo hacia el instituto.

Aquel día no cambiaba nada para todos los que nos miraban entrar por las grandes puertas del instituto Fairmont, pero era diferente para Nicola y para mi porque habíamos dejado de fingir. Eso debía hacerme feliz, irradiar un aura llena de absoluta alegría y sin embargo tenía mis músculos en tensión porque no sabía qué esperar de aquella relación, ni cuál sería el siguiente paso de mi jodido hermanastro para hacerla añicos solo por fastidiarme la vida.

Como cada mañana el pequeño grupo de amigos de Nicola hacía un círculo junto a las taquillas que ocupaban el pasillo. Pude divisar que entre ellos estaba Joan y también Verónica que puso cara de fastidio al vernos, como si le hubiéramos amargado el día —peor para ella por no haber jugado bien sus cartas cuando pudo hacerlo—, vi la mirada de Joan al vernos llegar, simplemente rodó sus ojos hacia Verdini y después se marchó sin despedirse de nadie, simplemente se dio la vuelta y comenzó a caminar a pesar de que aún no había sonado la campana de inicio de clases.

Su forma de actuar me inquietó, ¿Podría ser cierto que me dejaría en paz?, ¿Por una vez en su vida habría dicho la verdad? No. Seguramente solo se trataba de hacerme creer que sí, pero más tarde o más temprano él volvería a sus jueguitos clásicos.

Durante la mañana no dejaba de pensar en lo sucedido, aunque prefería desecharlo y centrarme en el espléndido fin de semana que me aguardaba junto a mi recién estrenado novio.

—Andrea, Lourdes y yo vamos a ir este fin de semana a ver la última película de Liam

Hemsworth, ¿Vienes con nosotras, verdad? —preguntó Vanessa dando por hecho que las acompañaría para ver al guapísimo Liam en la gran pantalla.

Daba igual que peli fuera, si era un bodrio o digna de un Óscar, cualquiera merecería la pena solo con ver a ese tremendo bombón en acción a escala gigantesca.

—No creo que pueda, le prometí a Nicola que iríamos a la feria del puerto este fin de semana —contesté encogiéndome de hombros y ellas sonrieron con cierta complicidad.

—Él y tu ya... —comenzó a decir mientras hacía gestos con los dedos y rodé los ojos interpretando lo que trataba de decir.

—¡Vanessa! —exclamé atónita.

—Vale. Eso quiere decir que no —soltó con una risita y luego miró a Lourdes—, pero nos contarás todos los detalles cuando ocurra, ¿Verdad? —añadió—. Serías una malísima amiga si no lo hicieras.

¿Sería capaz de contarle todos los detalles de algo así si es que algún día sucedía? Solo de pensarlo me avergonzaba yo misma.

—Si algún día sucede, quizá o os lo cuente, ¡Pero mientras tanto callaos que nos van a echar de clase!

Durante el almuerzo pude notar la evidente falta de presencia de Joan, ¿Dónde estaba? Él jamás se ausentaba de aquella mesa y sin embargo, no había ni rastro de él en todo el comedor. Nadie dijo nada, daban por hecho que si no estaba era porque tendría algo mejor que hacer que estar allí o tal vez es que había dado el motivo de su ausencia. Desde luego no iba a preguntar por ello, sino que debía estar feliz de que no estuviera.

Su actitud lejos de tranquilizarme me inquietaba y al mismo tiempo me recriminaba a mi misma permitir que ello me afectara. No quise prestar demasiada atención, quizá solo fuera una casualidad o precisamente actuaba para hacerme creer que cumplía su palabra.

«No creas que eres el centro del mundo, Andrea»

Era más probable que tuviera algo que hacer que el hecho de actuar así por mi.

Tras cambiarme el uniforme por un pantalón ajustado en tono claro y una camisa blanca que había acompañado con un jersey burdeos, Nicola y yo decidimos almorzar en el centro comercial, concretamos ir el sábado por la tarde a la feria del puerto y cenar por allí en alguno de los puestos. El domingo pasaríamos la mañana en la playa y después iríamos al cine como plan tranquilo antes de regresar a casa.

—Ahora que hemos planificado nuestro fin de semana, deberíamos ir pensando en nuestra escapada a la montaña. ¿Recuerdas que te dije que todos los años íbamos antes de navidad?

Como olvidarlo, se suponía que en esa fecha íbamos a fingir que él y yo nos habíamos acostado.

—Si —afirmé—. Lo recuerdo...

—Vendrás conmigo, ¿Verdad? La casa tiene unas vistas espectaculares a la montaña y probablemente habrá nevado bastante por esas fechas, incluso tenemos una sauna y piscina de agua caliente, te encantará.

—¿Cuántas habitaciones tiene la casa? —pregunté no sabiendo si ahora que estábamos juntos se suponía que debía compartir la cama con él.

—Más de diez —contestó—. Tranquila, cada uno tiene su habitación y lo que decida hacer por la noche es cosa suya.

Aquello hizo que me calmara, no quería tener presión, aunque la idea de estar en la misma cama que Nicola podría ser tentadora, todavía no estaba preparada para ello y menos aún

sabiendo lo que él sentía por Verónica.

—Seguro que me encantará —sonreí decidida.

¿Qué podría perder? Además, sería la perfecta oportunidad para hacerles creer a todos, en especial a Joan, que mi virginidad se había esfumado como la nieve en primavera.

«Incluso podría ser real que la perdiera» me dije observando aquel rostro mediterráneo de piel bronceada y ojos verdes de infarto.

¿Porqué no? Nicola era el perfecto adonis griego que cualquier chica desearía para su primera vez.

Aún quedaba un mes para eso, tenía tiempo más que suficiente para saber como avanzaba mi relación con Nicola y si realmente yo le gustaba lo suficiente para que olvidase a Verónica.

Pasamos la tarde por el centro comercial paseando tranquilamente agarrados de la mano mientras hacíamos algunas compras. Tomamos un café en uno de los lugares más chic de la ciudad mientras que Nicola no dejaba de hablar de la casa de la montaña, su familia italiana e incluso decir que ambos deberíamos viajar a Italia antes de que acabara el curso.

Eso me hizo recordar algo que hasta el momento no había tenido presente, cuando Nicola finalizara el insti se iría a la Universidad de Milan y probablemente allí acabase toda relación posible.

¿Cómo iba a competir con las bellísimas italianas que habría en su ciudad? Si no tenía conocimiento de una relación normal, menos aún de una que pudiera sobrevivir a miles de kilómetros de distancia.

«Andrea empiezas mal. Aún no se ha ido y ya estás pensando en cuando lo hará. ¡Maldita sea!, ¡Vive el presente y no el futuro de una jodida vez!»

¿Y si Nicola Verdini era el hombre de mi vida?, ¿Y si dentro de dos años decidía irme a Milán junto a él?

Apreté aún más fuerte su mano y sonreí. No sabía si él estaría o no en mi futuro, pero estaba claro que era mi presente.

Los sábados en casa solían ser de plan familiar. Comer todos juntos puesto que durante la semana rara vez se conseguía por el trabajo absorbente de Paul y a veces también de mamá. Me sorprendió ver que Joan estuviera despierto desde temprano, habitualmente llegaba lo suficientemente tarde para levantarse aún más tarde. Parecía relajado, o eso inspiraba su chándal desgastado y su pelo despeinado. Daba la sensación que no tenía ningún plan por el que ausentarse de casa y eso en él era extraño.

Me había vestido con unos shorts vaqueros algo desgastados y botas altas, combinándolo con una camisa de cuadros en tonos azules, blancos y rojos, junto a un jersey azul que conseguía que la prenda se ajustara. No era muy habilidosa con los peinados, así que decidí recogerlo en una cola alta mientras estaba por casa antes de salir, así podría soltarlo luego. No solía maquillarme muy recargado salvo para algún espectáculo de danza en el que actuase, pero en esa ocasión decidí maquillar los ojos en tonos suaves junto a un delineado en negro bien marcado que potenciara el color de mis ojos.

Me senté junto a Joan, como era habitual y aunque mamá se había esmerado preparando la comida, lo cierto es que la tensión de estar a su lado provocaba que mi apetito se esfumara como el viento.

—¿Dónde pensáis ir Nicola y tu? —preguntó mamá cuando los temas de conversación triviales habían tocado su fin.

Me encantaría mentir, sobre todo para que Joan no se enterase del lugar donde iría puesto que imaginaba que aparecería solo para chafar mi plan, pero por alguna razón no lo hice.

—A las atracciones del puerto —indiqué sabiendo que mamá recordaría mi infancia y la multitud de veces que me llevó cuando era pequeña.

—¿Es que tenéis doce años? —ironizó Joan y comprendí perfectamente que estaba pendiente de la conversación.

—Pues mira ahora que lo dices...

—Joan —inquirió su padre provocando que me callase—. Deja que tu hermana vaya donde quiera con su novio, ¿No haces tú lo mismo con Verónica?

—Por supuesto —contestó este sin admitir que ya no estaba con ella, ¿O es que habrían vuelto por enésima vez?

—¿Has vuelto con Verónica? —pregunté como si me pareciera de lo más intrigante el hecho de saberlo.

—¿Es que habéis roto? —preguntó mamá directamente a Joan.

—No. No hemos roto —concluyó y vi como miraba a su padre para después pinchar uno de los filetes con el tenedor y servírselo en su plato—. Solo fue un pequeño malentendido.

—Pues deberíais ir los cuatro juntos a las atracciones del puerto, después de todo sois todos amigos, ¿no?

¿Los cuatro?

No. No, no, no y mil veces no.

—Es una idea estupenda, papá —soltó Joan mientras me dirigía la mirada y sonreía como un traidor.

¡Maldito sea!, ¡Me había salido el tiro por la culata!

Aunque si había accedido eso solo debía significar que sí había vuelto con Verónica, ¿no?

La rubia despampanante apareció ultra mega maquillada y con unas ondas perfectas de peluquería a las cinco en punto, hora acordada en la que Nicola pasaría a recogerme. Lucía un vestido ajustado que revelaba sus piernas moldeadas. No era el conjunto ideal para ir

precisamente a una feria de atracciones, pero a ella parecía no importarle en absoluto.

Era inviable no realizar comparaciones entre ella y yo. Podría tener mil defectos que sonsacarle a Verónica, pero el de fea no era precisamente uno de ellos. Era demasiado guapa para competir con ella.

Podría haber cancelado mi plan con Nicola para que la parejita feliz se fastidiara, pero quizá levantaría demasiadas sospechas si lo hacía, por lo que simplemente envié un mensaje a mi recién estrenado novio para avisarle de la nueva situación y en lugar de cambiar de planes o anular la cita, aceptó sin inconvenientes.

¿Tal vez quería demostrarle a Verónica lo feliz que era conmigo?, ¿Quizá solo era para que ella estuviera aún más celosa? No tenía ni idea, pero lo único cierto de todo aquello es que yo sentía un nudo en el estómago por aquella cita de cuatro y teniendo que estar a solas con ellos.

«Quizá una vez que llegemos al puerto nos dispersemos» pensé siendo la opción más probable.

Si pensaba que Joan iría con su propio coche o en cualquier caso; en moto, estaba equivocada. Ambos se auto invitaron a ir en la parte trasera del descapotable con la excusa de que iríamos al mismo lugar, menos mal que ninguno de los dos mencionó ir en el asiento delantero, sino que parecieron concederme ese honor.

De camino percibía a Nicola bastante relajado, o quizá solo era mi impresión, incluso me agarraba la mano cada vez que soltaba el volante, algo que no había hecho hasta ahora, pero que me parecía de lo más enternecedor.

¿Quizá era solo porque nos veía Verónica?

Hablando de la susodicha, no podía guardar silencio ni dos segundos. Había estado cotorreando desde el mismo instante en que se montó en el coche.

—Creo que no voy a la feria desde que tengo ocho años, ¿Vas a ganar algún peluche enorme para mi, amor? —Su voz era aguda y comenzaba a resultar desagradable hasta para mi.

¿Cómo la soportaba Joan?

No hacía falta ser un genio para saber que habían vuelto a estar juntos, demasiado tiempo les había durado la separación.

—Claro —contestó Joan—. Si es lo que quieres, eso tendrás —aseguró como si lo que le había pedido fuera lo más sencillo del mundo.

Era evidente que estaba colado por ella, ¿Por qué sino volvería tantas veces a su lado después de romper? En ese instante rememoré el encuentro en su habitación cuando encontré aquella foto. Esa confesión que me martilleaba en el cerebro pero que no dejaba de repetirme constantemente que solo se trataba de un juego, ¿Cómo iba a pretender que me creyera semejante estupidez si era evidente que estaba loco por Verónica?

Era un cretino. Simplemente un idiota que trataba de manipularme a su antojo solo porque le resultaba divertido.

Tal vez para él fuera un simple entretenimiento, pero se trataba de mi vida, de mis decisiones y de mis sentimientos.

Capítulo 27

En cuanto nos bajamos del vehículo pensé que tomaríamos caminos separados, pero aquello solo fue el comienzo de la tortura porque se pegaron a nosotros como una sanguijuela. Mi frustración era evidente, pero eso a ellos no parecía importarles. Nicola en su lugar estaba ajeno a todo; me daba la mano, me rodeaba de la cintura, cada poco tiempo me robaba un beso o lo sentía en mi cuello... ¿Estaba actuando porque Verónica estaba presente o de verdad me los daba porque le apetecía?

Joan no mentía cuando dijo que le conseguiría un peluche enorme, el tío era un crack metiendo canastas así que ella pudo elegir el que más le gustara de toda la tienda. Por el contrario, yo me tuve que conformar con un osito de tamaño relativamente pequeño, pero siendo sincera me importaba más el recuerdo que el tamaño, aunque me resultaba divertido ver a Joan cargando con el enorme oso rosa que la rubia había elegido.

Decidimos subir a la noria y para mi sorpresa, a la querida novia de mi petardo hermanastro le daban miedo las alturas, por lo que al fin Nicola y yo nos quedamos a solas. Casi no podía creerlo cuando nos sentamos y la cabina comenzó a avanzar mientras subía.

—Empezaba a creer que nunca nos quedaríamos a solas —susurré sintiendo un poco de alivio.

—¿Querías estar a solas conmigo? Lo podrías haber dicho y habría encontrado alguna excusa para desaparecer —sonrió Nicola pasándome el brazo por los hombros y acercándose a él.

La suerte de aquella noria es que la cabina era completamente cerrada y no había necesidad de tener una barra de sujeción, por lo que dentro de aquel pequeño habitáculo había libertad de movimiento.

En realidad lo que quería era estar lejos de Joan y Verónica, no estar a solas con él, aunque tampoco me disgustaba la idea porque a su lado lo pasaba bien.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez, aunque espero que no tenga que haber una próxima vez con esos dos...

—No te preocupes, estoy acostumbrado a verles juntos y tampoco ha sido tan horrible, ¿no? —increpó conforme se acercaba para robarme un beso y me estrechaba con firmeza.

Al principio sentí la presión de sus labios candente, suave y como algo refrescante. Comencé a responder del mismo modo la demanda de aquel beso y pronto sentí como sus manos comenzaban a acariciar mis piernas desnudas. Era extraño, me sentía incomoda y emocionada al mismo tiempo. No sabía como debía reaccionar mi cuerpo. No sabía que tenía que esperar de aquello.

«Mentira»

Sabía que debía sentir algo mucho más intenso que lo que Joan me provocó cuando estuvimos a solas.

Sus labios profundizaron con más intensidad cuando su lengua encontró la mía y comenzó a danzar a un ritmo frenético. Noté como me acercaba aún más a su cuerpo y sus manos comenzaron a colarse bajo la camisa conforme ascendían hasta rozar la prenda íntima. Me alejé rápidamente en cuanto sus dedos tocaron uno de mis pechos. No sabía si era por la situación, por el hecho de poder ser observada en algún momento o porque aún no me sentía preparada, pero quería ir

despacio y Nicola estaba avanzando demasiado rápido.

—Lo siento. Me deje llevar... —dijo antes de que pudiera decir nada.

—No pasa nada, es solo que yo... —No me salían siquiera las palabras.

—Lo sé. Eres virgen —sonrió perspicaz como si me recordase aquel momento en el que se escapó de mis labios.

—Me gustaría ir más despacio.

No quería hacer referencia al termino virgen porque tal vez era mi inexperiencia lo que me hacía desear ir más despacio. Todo había sucedido demasiado rápido para hacer las cosas atropelladamente. Además, no podía olvidar que hasta hace poco, a Nicola solo le interesaba Verónica y dudaba que la hubiera olvidado de la noche a la mañana.

—Claro. No hay problema —dijo sin más, como si no le diera la mayor importancia y el hecho de saber que él no tenía prisa o tomaría todo el tiempo que yo necesitara me tranquilizó.

«Tal vez Nicola sí es el hombre de mi vida»

Tal vez si que podría olvidarla y sintiera por mi lo que algún día sintió por ella.

Tras bajar, estuvimos dando una vuelta y de nuevo fuimos interceptados por la parejita feliz, así que en lugar de una cena romántica en algún restaurante como aquel italiano al que me llevó una vez para alejarnos de allí sin ser vistos, decidimos picar algo por los puestos de comida rápida que había en la feria como teníamos previsto y regresar a casa.

Se suponía que Nicola debía dejar a Verónica y posteriormente a Joan y a mi en nuestra casa, eso nos daría la oportunidad de estar un rato a solas si el idiota de turno nos dejaba. Para mi sorpresa o estupor, fue el propio Joan el que propuso dejarnos en primer lugar alegando que ella vivía más cerca de Verdini.

Pensé que Nicola se negaría en rotundo, aunque simplemente alegara que iríamos a dar una vuelta en coche tras dejarles, pero en lugar de eso me pregunto a mi si me parecía bien, como si yo tuviera la última palabra.

¿Qué clase de encerrona era esa? Sabía muy bien que él me lo preguntaba porque conocía su historia, ¿Era una prueba de confianza?, ¿Tal vez no se negaba porque no quería quedar mal y me pasaba a mi el marrón? ¿Qué se suponía que debía contestar? Si decía que no, sería la novia celosa y si decía que si, me pasaría toda la noche pensando si entre esos dos hubo algo.

¡Vamos Andrea!, ¡Se adulta! Si Nicola quisiera estar con Verónica no te habría pedido salir formalmente, seguiría como había estado hasta ahora fingiendo que estábamos juntos sin estarlo. Sin embargo, si había apostado por la relación es porque de verdad sentía algo.

—Claro. No hay problema —admití con una leve sonrisa mientras apretaba la mano de Nicola dentro del vehículo.

Tenía que confiar en él y superar esa barrera en la que siempre me compararía con ella como si estuviera compitiendo cuando en realidad Verónica estaba con mi hermanastro y siempre había infravalorado a Nicola.

En cuanto nos bajamos del coche, la rubia despampanante ocupó el que hasta ahora había sido mi asiento con una enorme sonrisa.

Sentía ciertas ganas de pegarle un puñetazo en los piños, ¿Eso se suponía que eran celos? De pronto recordé que Verónica no hacía nada si salía oficialmente con Joan y habían vuelto a estar juntos, así que me calmé pensando que no tenía porqué preocuparme de nada, ¿De verdad estaba confiando más en ella que en él?

¡Deja de darle vueltas Andrea!

En cuanto el coche de Nicola se perdió me di cuenta que me había quedado a solas con Joan.

Aún no era muy tarde a pesar de parecer noche cerrada porque apenas se escuchaba un ruido en todo el barrio.

—Creo que a partir de ahora las citas a cuatro se van a convertir en una costumbre —mencionó sin que nadie le preguntara nada y alcé una ceja no comprendiendo a que se refería.

—¿De que hablas? —pregunté sin recordar que no debía dirigirle la palabra.

—De que a partir de ahora seré tu sombra cuando salgas con Nicola —susurró acercándose a mi oído, pero en cuanto iba a responderle que ni de coña permitiría aquello comenzó a reírse conforme se alejaba para entrar a casa.

—¡De eso ni hablar, capullo! —le grité dando zancadas para alcanzarle—. ¿Me has oído? Tu haz tu vida con tu perfecta novia que yo haré la mía con el mío.

Era inútil. Por más que insistí, Joan se fue a su habitación y se encerró para no volver a salir dejándome con la palabra en la boca al pie de la escalera.

¿Dejarme en paz? Poco le había durado a ese su promesa.

El domingo teníamos planeado ir al cine, pensé en marcharme de casa antes de ser vista para que Joan no cumpliera su advertencia, pero si esperaba salirme con la mía la llevaba clara, por alguna razón inexplicable cuando llegamos a la puerta del cine allí estaba la parejita feliz; los dos sonrientes como si fuera una simple coincidencia.

¿Cómo sabían a qué cine iríamos?, ¿Y la hora?, ¿Es que nos habían perseguido saliendo de casa?

No entendía como, pero al final terminamos en la misma fila de la sala de proyección junto a ellos. Y encima la película la habían elegido los chicos; una de miedo nivel máximo.

Al menos no tuve que sentarme al lado de mi hermanastro el petardo o su novia, sino que permanecí en una de las esquinas.

Se puede decir que de la hora y media que duraba la película no había visto ni la tercera parte, ya que escondía la cabeza tras el hombro del italiano y este me acariciaba como si de ese modo me consolara. Ni tan siquiera probé las palomitas con lo que a mi me gustaban.

De regreso a casa me moría de ganas por preguntarle a Nicola que tal había ido su viaje a solas con Verónica. No me había escrito nada por mensaje la noche anterior, ni mencionado algo al respecto cuando me recogió para ir al cine, supuse que debía ser porque no existía nada memorable que mencionar, pero me parecía demasiado cotilla preguntar si no salía de él la información.

«Igual creerá que estoy celosa si lo hago»

No me había comentado tampoco su conversación en el baño, ¿Tal vez creería que me ofendería si lo hacía? Él le había dicho a Verónica que se acostaría conmigo, quizá no deseaba mencionármelo para no meterme presión respecto a ese tema.

—¿No te resulta extraño que esos dos ahora siempre estén con nosotros? —pregunté a Nicola aprovechando que al fin estábamos a solas.

—Lo de hoy ha sido una mera coincidencia —contestó encogiéndose de hombros—. No hay que darle mayor importancia y según me dijiste ayer fue una sugerencia del padre de Joan que no pudiste evitar.

¿Por qué le parecía bien aquello?, ¿No se suponía que los novios querían pasar tiempo a solas?

—¿Entonces a ti no te molesta? —pregunté intrigada.

—Somos amigos desde hace años, con Joan un poco más reciente, pero me alegra que hayan aceptado nuestra relación ahora que sí es real —sonrió y vi que no se dirigía hacia casa, sino que comenzó a conducir hacia las afueras de la ciudad.

¿Dónde íbamos? No es que fuera muy tarde, pero pensé que me dejaría en casa teniendo en cuenta que al día siguiente habría clase.

—Creo que te has equivocado de camino —sugerí y los edificios que había a nuestro alrededor comenzaban a desaparecer dando paso a un bosquejo en el que se adentraba.

De pronto recordé la noche del baile, el lugar donde me llevó Joan y supe de inmediato que Nicola me estaba llevando hacia ese mismo lugar.

¿No decía Joan que Nicola se llevaba siempre allí a las chicas con las que se acostaba?

Por alguna razón mi piel se erizó y no sabía si era porque mi apuesto italiano tuviera esas pretensiones conmigo o porque aquel lugar me despertaría ciertas emociones que deseaba olvidar.

Decidí actuar como si no supiera a donde me llevaba, como si todo fuera nuevo para mi sin admitir que Joan ya me había llevado una vez allí.

—No me he equivocado —contestó con un amago de sonrisa—, quería traerte a este lugar desde hace tiempo, pero por una u otra razón no he podido hacerlo hasta hoy.

¿Sería el mismo lugar que mencionó la noche del baile?

—Es ese sitio al que me querías llevar después del baile de Halloween? —pregunté intentando parecer emocionada.

—Veo que lo recuerdas —contestó cogiéndome la mano y apretándola ligeramente—. Así es —afirmó—. Normalmente no traigo aquí a ninguna chica, es un lugar al que vengo siempre solo y tú serás la primera.

Sus palabras ahondaron en lo más profundo de mi mente como témpanos de hielo. ¿A ninguna?, ¿No decía Joan que allí llevaba a todas las chicas con las que quería tener sexo?

—Y seguro que eso es lo que le dices a todas —contesté evitando mirarle.

¿Tal vez Joan mintió?, ¿Quizá dijo eso solo por hacerme daño en el caso de que me llevase? Si era incierto que allí solía ir con las chicas que conocía, era improbable que me llevase a mi y por tanto, la advertencia de Joan me parecía infundada.

Escuché la carcajada de Nicola sin que la velocidad del coche se viera afectada, era evidente que el camino lo conocía muy bien. Esperé creyendo que admitiría su mentira, que le había pillado y de ese modo confesaría.

—Tal vez tengas un concepto erróneo de las chicas con las que he salido, Andrea. En realidad no es así y aunque lo fuera, tú eres la primera que llevo a este lugar.

Ahora me sentía verdaderamente confusa y con la duda fehaciente sobre quien había dicho la verdad.

Mi instinto me llevaba creer a Nicola, él siempre había sido sincero conmigo, siempre me había dicho la verdad desde un principio, incluso había confiado en mí revelándome su secreto con Verónica cuando podría hacerle mucho daño si se lo contaba a Joan. En cambio, el inútil de mi hermano haría cualquier cosa para fastidiarme, incluyendo aquella mentira sobre Nicola que sabría que surtiría precisamente el efecto que ahora tenía; sembrar la duda respecto a él.

¡Era obvio quien mentía!

Y aún así era incapaz de quitármelo de la cabeza.

En cuanto atravesó el bosquejo y llegó a la pequeña explanada, detuvo el coche. Las luces de la ciudad brillaban tan espléndidas como la vez anterior, no existía la magia de la primera vez que las vi, pero sin lugar a duda el sitio seguía siendo espectacular.

—Es precioso —confesé sin mentir bajando del vehículo.

—Lo sé —oí que dijo unos segundos más tarde comprobando que se había acercado a mi.

Estaba situada casi en el borde de aquella ladera de la montaña, bajo nuestros pies se

encontraba todo un barranco de matorrales y arboleda frondosa hasta disiparse y fundirse con la oscuridad.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunté queriendo saber si me confesaría que aquel sitio lo había descubierto Joan.

—Porque quería estar a solas contigo —susurró abrazándome por la espalda y apoyé la cabeza en su pecho—. Aquella noche quería haberte propuesto intentarlo, decirte que me gustas y quizá robarte un beso... o algo más que un beso —susurró en mi oído conforme sentía el roce de sus labios en mi oreja.

Cerré los ojos dejándome llevar por la sensación. Era placentero. Era dulce, suave y sumamente embriagador, pero no dejaba de pensar en las palabras de Joan y el maldito engreído como siempre me estaba estropeando el momento.

¿Por qué tenía esa capacidad de joderme la vida incluso sin estar presente?

Fui percibiendo como sus labios descendían por mi cuello mientras sus manos ascendían por mi cintura y me encogí al sentir aquel aturullo de emociones. Solo hacía un día que le había mencionado que deseaba ir despacio, ¿Qué comprendía Nicola por despacio?, ¿Qué se suponía que era poco a poco?

Expulsé de mi mente la advertencia de Joan y me centré en ese momento, en disfrutar verdaderamente de aquellas caricias, esos besos, de lo que Nicola me ofrecía por ser yo y no fingiendo o actuando delante de otras personas. Me estaba besando a mi. Me estaba tocando a mi y lo hacía porque le gustaba, porque le atraía.

Ladeé la cabeza y su boca apesó la mía. Era suave, de hecho era demasiado suave y le agarré fuertemente del cuello para avivar aquel beso. Necesitaba sentir lo que justamente en el bosque que habría detrás de nosotros había sentido. Quería que mi cuerpo ardiera del mismo modo para desechar de una vez por todas a Joan y suplantar en su lugar a Nicola. La respuesta no se hizo esperar y percibí como respondía a mi beso mientras me arrastraba hacia el coche y me dejé caer mientras que él me apesaba con su cuerpo. Sus manos alcanzaron mi pecho y comenzó a frotarlo con frenesí, de hecho lo hacía de un modo tan frenético que empezó a resultarme incómodo.

El ruido del motor de una moto empezó a hacerse más sonoro y cuando la boca de Nicola abandonó la mía para dirigirse hacia mi pecho vi las luces, así que empecé a palmearle el hombro para que se diera cuenta de que venía alguien.

Siendo sincera, pensé que solo se trataría de algún extraño que también conocía ese lugar, pero cuando divisé el casco rojo del conductor de la moto, maldecí.

¡No puede ser!, ¿De nuevo él?, ¿Es que me ha puesto un gps en el culo? Incluso oí el resoplido de Nicola como si estuviera verdaderamente cabreado.

No me moví. Me quede exactamente apoyada en la puerta del conductor del deportivo de Nicola con los brazos cruzados esperando a ver que demonios se inventaba para haber aparecido en ese lugar.

Sentía la ira carcomiendo mis entrañas y sabía que en cuanto se quitara aquel casco e hiciera una de las suyas, no me contendría, le daría una bofetada allí mismo importándome un comino que Nicola nos viera.

—¿Se puede saber para qué te di mi móvil? —exclamó en un tono que parecía más bien de reproche y enfado.

—¿De qué hablas? —pregunté porque me estaba mirando solo a mi.

—¡Habló de que te he llamado quinientas veces y no me lo has cogido! Y menos aún respondido —agregó ahora realmente enfadado.

—Estaba ocupada —dije con hastío y señalé a Nicola—. Como has podido ver... ¡Así que hazme el favor y piérdete!

Dudaba que me hiciera caso, ¿Alguna vez lo hacía?

—Coge tus cosas y sube a la moto ahora mismo —contestó tan serio que parecía que le hubiera metido un palo por el trasero.

¿De verdad creía que me iba a marchar con él?, ¿En qué mundo de fantasía alternativa vivía ese idiota?

—Ella no está haciendo nada que no quiera, Baker —dijo Nicola que hasta ahora había permanecido en silencio.

—¡Tu te callas! —gritó señalándole con la mano en la que no llevaba el casco—. ¡Y tú súbete a la moto de una jodida vez, no tengo tiempo de rabietas de niña!

¿Rabietas de niña?, ¡Será cretino!

—Escúchame bien subnor....

—Tu madre está en el hospital. Han tenido un accidente. Lo sabrías si me hubieras cogido el teléfono en una de esas quinientas llamadas que te he hecho. Ahora cállate de una jodida vez, coge tu bolso y sube a la moto sin rechistar —contestó dejándome con la palabra en la boca y sentí que toda la rabia que tenía se desvanecía por algo muy distinto; preocupación y terror. Un terror horrible de que mi madre pudiera desaparecer de mi vida.

Ni siquiera contesté, sino que me giré para coger el bolso del asiento del copiloto sin abrir la boca y corrí directamente hacia él. Ni siquiera pensé que podría llevarme Nicola en su coche, o despedirme al menos con alguna simple palabra de él. En aquel momento solo me importaba una cosa; que mi madre estuviera bien.

—Solo dime si está viva —susurré mientras me colocaba el casco que me ofrecía y me subía a la moto sin pensar en lo que hacía, como tampoco en que llevaba un vestido de lo más inapropiado para montar en moto.

—Lo está —contestó en el mismo tono y no pregunté nada más, solo me aferré a su cintura con fuerza, con la única certeza de que deseaba abrazar del mismo modo a mi madre cuando la viera.

Capítulo 28

El trayecto hasta el hospital se me hizo tan corto que apenas me dio tiempo a pensar que era la primera vez que montaba en la moto de Joan. Ni siquiera reaccione para saber si conducía bien o no, o si me daba miedo o no, tenía la cabeza tan sumida en mi propio terror que no reaccioné, solo me abracé a él y recé para que ella estuviera bien.

Las luces fluorescentes y frías hicieron que saliera de mi aturdimiento conforme entramos en el hospital. Había estado tan aterrada que ni siquiera había preguntado como había sido, qué había sucedido, si estaba sola... tenía ahora todas esas preguntas acumuladas en mi boca a punto de salir atropelladamente y a la vez.

Joan se dirigió hacia el mostrador y dio el nombre de su padre junto al de mi madre. Ahí comprendí que el accidente lo habían tenido los dos.

—¿Cómo te has enterado? —pregunté mientras la enfermera que nos atendía revisaba la pantalla del ordenador.

—Mi padre tiene mi numero asignado como persona de contacto, me llamaron del hospital para advertirme que había tenido un accidente y que había sufrido un fuerte traumatismo, me advirtieron de que su esposa le acompañaba en el coche.

—¿No te dijeron nada de ella? —exclamé.

Joan iba a contestar, pero la voz de la enfermera acalló aquello que me iba a revelar. Me giré para contemplar el rostro de mediana edad de aquella mujer cuyos cabellos rizados de un tono borgoña mantenía recogidos en una cola baja. Tenía alguno de ellos rebeldes que se escapaban y se metían entre sus gafas de pasta negra. Llevaba una mascarilla a la altura de la barbilla, y su traje azul lucía con una placa pequeña en la que permanecía inscrito el nombre de Yamila.

—El señor Paul Baker ha ingresado en planta, habitación cuatrocientos ocho. Su esposa en cambio aparece en el registro de ingresos en la unidad de cuidados intensivos debido a un fuerte traumatismo craneoencefálico... —A partir de ahí dejé de escuchar, era como si mi mundo se desvaneciera al saber que estaba grave, incluso podía notar como mis piernas perdían fuerza y mi nombre se repetía una y otra vez por la voz de Joan que permanecía a mi lado sosteniéndome.

—Andrea, ¡Andrea! —seguía gritando y vi como la enfermera había salido de su mostrador para acercarse hasta mi y verificar mi estado.

—Estoy bien. Estoy bien. Solo quiero ver a mi madre —mencioné en un hilo de voz del que apenas salía de mi garganta.

Pensé que Joan me dejaría sola y se iría a ver a su padre, en cambio no lo hizo, sino que me acompañó hasta la unidad donde se encontraba la U.C.I y estuvo a mi lado cuando el médico nos informó de la gravedad en la que se encontraba. Al parecer había sufrido varios golpes, pero uno de ellos había sido en la cabeza y era la razón por la cuál permanecía ingresada con vigilancia constante. No estaba consciente, aunque sus signos vitales eran constantes y fuertes, esa noche sería decisiva para definir su progreso y saber aquello, hizo que me asustara de verdad.

No estaba preparada para perder a mi madre. Podía afrontar mil cosas, incluso tenía demasiadas cosas que reprocharle para que se marchara así sin más. No. No podía perderla. Ella

no podía irse ahora que al fin había encontrado la felicidad.

Me dijeron que no podía entrar a verla hasta la mañana siguiente, así que subimos a la habitación donde había ingresado el padre de Joan en busca de respuestas.

Paul tenía varios rasguños por los brazos y la cara, pero a pesar de las vías que llevaba en ambos brazos, parecía bastante bien. Nos contó que estaban cruzando una intersección cuando un camión se saltó el semáforo y les envistió. Tuvieron suerte y solo les chocó por la parte trasera del coche teniendo en cuenta la velocidad a la que iba, pero el empezaron a dar vueltas y volcó por la parte en la que estaba sentada mi madre, por eso el peor golpe se lo había llevado ella.

Eran casi las dos de la mañana cuando el padre de Joan nos echó básicamente de la habitación para que nos fuéramos a casa a descansar. Siendo sincera no me apetecía en absoluto marcharme, casi prefería hacer noche allí mismo a la espera de noticias, pero Paul insistió en que sería un día largo y era mejor dormir unas cuantas horas y ducharnos antes de volver por la mañana.

Cuando salimos noté el frío de la noche, antes de poder quejarme sentí la chaqueta de Joan sobre mis hombros y le miré preguntándome porque me la cedía.

—Hace frío y no vas apropiadamente vestida para ir en moto, tu madre no me perdonaría si te resfriaras por mi culpa —mencionó y supuse que lo hacía por ella, por mi madre.

No se la devolví. En cualquier otra circunstancia lo habría hecho, pero en ese momento me importaba un bledo llevar la cazadora de Joan Baker e incluso montarme en su moto y abrazarme a él. Mi inquietud hacía que la batalla que manteníamos entre ambos fuera algo trivial en comparación con aquello. Por increíble que pareciera y por primera vez desde que Joan entró en mi vida, era como si hubiéramos sellado una tregua.

Al llegar a casa supe que no podría conciliar el sueño por más que quisiera. Tenía miedo de dormirme y que algo malo pudiera suceder, que fuera demasiado tarde o que la fuera a perder. Ni tan siquiera era consciente de mi nerviosismo hasta que cogí la jarra de agua que mi madre siempre tenía en la mesa de la cocina y derramé un poco al servirme.

—Tranquila. Ella va a estar bien —oí a mi espalda conforme me sujetaba la jarra para evitar que se siguiera derramando.

No aguanté más y las lágrimas que hasta ahora había contenido comenzaron a salir de mis ojos conforme trataba de erradicarlas con una de mis manos. Sentí su abrazo y en cualquier otro momento lo había rechazado pero ahora mismo lo necesitaba.

Necesitaba sentir que no estaba sola.

Necesitaba sentir que todo saldría bien.

Necesitaba precisamente eso; sentir.

—Lo sé —contesté conforme seguía derramando lágrimas a pesar de que él no me viera y me bebí el vaso de agua esperando que de algún modo me tranquilizara—. Creo que me quedaré en el salón por si llaman del hospital o hay noticias. Puedes irte a dormir... —añadí esperando que me dejara a solas.

—Me quedaré contigo.

No sabía si deseaba o no que lo hiciera, pero aquello no parecía un ofrecimiento, sino más bien un hecho.

—No es necesario. Estaré bien —dije en un intento de que me dejara a solas.

En realidad no quería estar sola, no en aquel momento, pero después de todo lo ocurrido no sabía si quería por compañía precisamente a ese idiota al que odiaba con todas mis fuerzas.

—No voy a dejarte sola en un momento así. Ve a darte una ducha caliente mientras preparo café bien cargado para una larga noche.

Preferí no discutir, no tenía fuerzas ni ganas de luchar por una causa perdida, así que subí las escaleras y conforme me acercaba a mi habitación fui desnudándome importándome un comino que pudiera verme en ropa interior, como si eso fuera relevante en aquel momento cuando la vida de mi madre estaba pendiente de un hilo.

Me coloqué una camisa ancha de cuadros que usaba como camisón para estar por casa y bajé las escaleras conforme me hacía uno de esos moños arreglados pero informales dando vueltas a la goma. El olor a café recién hecho inundaba toda la planta baja y acompañando al café había un surtido de lo más variopinto de dulces y galletas que debía haber recolectado entre los armarios.

No tenía hambre. Lo que menos me apetecía en aquellos momentos era comer algo. Sentía un agujero en mi estómago debido al estado de preocupación y aunque el café tampoco fuera de mi agrado, era lo único apetecible en aquellos momentos para combatir el cansancio.

En cualquier otra circunstancia me sorprendería la forma agradable en la que Joan se dirigía hacia mi, pero mi cabeza no estaba en esos momentos para evaluar la situación, supuse que después de todo no era tan macabro para actuar mal conmigo en un momento así.

Cogí la taza de café entre mis manos, esta vez estaba más cargado de lo habitual y me fui hacia el sofá como una autómatas sin decir nada más que un simple gracias en voz baja. La casa estaba silenciosa. Demasiado, y ese silencio abismal me incomodaba, así que cogí el mando de la televisión y pulsé un botón al azar. La pantalla iluminó parcialmente el salón que permanecía a oscuras, únicamente con la luz proveniente de la cocina que Joan apagó y todo se quedó a oscuras. Sentí sus pasos acercándose y encendió una de las lámparas que iluminaba de forma suave.

—¿Desde cuando te gustan los documentales? —preguntó en un tono de extrañeza.

Era cierto. No soy una gran fanática del reino animal, quizá un poco más de la naturaleza, pero normalmente solo veía la televisión si echaban algún deporte que me gustara, para el resto utilizaba aplicaciones como Netflix o HBO donde podía elegir lo que quisiera.

—Desde ahora parece ser... —contesté recostándome en uno de los laterales y subiendo las piernas al sofá para sentirme cómoda.

En realidad me daba igual que echaran, como si fuese el bodrio más aburrido y absoluto del universo, mi cabeza realmente no estaba viendo lo que salía por la pantalla.

—Está bien. Veamos como se aparean los leones entonces —contestó en un tono divertido y eso hizo que me ruborizase hasta el punto de cambiar de canal pulsando varios botones al azar y para mi estupor, las imágenes de lo que parecían ser una película porno inundaron el salón.

—¡Que mierdas! —grité nerviosa dándole a los botones del mando de la tele, que no es que se manejase muy bien porque casi nunca veía los canales y aquello no se quitaba.

El estrepitoso sonido de las risas de Joan por encima de los gemidos atrajo mi atención y le miré enfurecida. ¿Encima le parecía gracioso?

—Que si quieres lo dejo, ¡Eh! Por mi no hay ningún problema —ironicé.

Lo que menos necesitaba ahora es parecer una niñaata monjil. Aunque no había visto una película porno en mi vida y me sentía incapaz de mirar pero sin poder evitar mirar al mismo tiempo.

—Tú eres la que decide. Tienes el mando —contestó con una media sonrisa.

No miraba la televisión a pesar de las imágenes, sino que me observaba a mi. Sus ojos brillaban con la luz de la pantalla y parecía divertirse la situación, como si estuviera encantado de la vida con mi bochorno. Había algo en su forma de observarme que era como si aquellas palabras tuvieran doble sentido, pero no le di mayor importancia, mi cerebro estaba frito y no era capaz de razonar para nada.

Genial. ¿Y ahora que hacía? Casi era preferible haber dejado el puñetero documental de los leones.

Me giré hacia el televisor y la imagen de aquella tía con cabello negro gritando mientras se movía encima de aquel musculoso que no dejaba de azotarle el culo me perseguiría durante meses. Aparté la vista e hice lo único que sabía hacer; poner Netflix y acto seguido le tiré el mando.

—Elige lo que quieras, pero que no sea un muermo —bufé.

Joan era de películas policiacas, de esas de misterio, investigar y cosas de ese estilo, al menos era lo que le había visto ver en alguna ocasión. Por eso, cuando eligió la peli más ñoña, románticona y sentimental que podía haber en la cartelera no supe por qué razón lo hizo; bueno miento, seguro que por ser un pelmazo y llevarme la contraria, aunque para mí no sería aburrido.

«El diario de Noa»

¿De verdad alguien como Joan iba a ver esa peli?

No dije nada. Simplemente me limité a fijar mi vista en la pantalla y dar un trago de vez en cuando al café, que estaba malísimo, pero aún así me lo bebía mientras comprobaba que el teléfono tenía sonido unas treinta veces.

Tardé en prestar atención a la película. Podía influir el hecho de que ya la había visto unas cuantas veces, pero empezaron a pesarme los párpados y me moví incómoda, como si buscara una postura más relajada. Noté como me cogía los pies y los colocaba sobre sus rodillas, ¿No había hecho exactamente lo mismo Nicola? En cualquier otro momento me habría ido a mi habitación dando por zanjado el asunto, pero empezaba a estar demasiado cansada para moverme del sofá, tanto, que incluso me daba igual que mis pies estuvieran en el regazo del mismísimo Joan.

En algún momento, no sé cuando, mis ojos dijeron basta y el sonido de las voces de los protagonistas comenzaron a ser lejanas mientras me adentraba en la oscuridad, en un profundo sueño del que me embriagaba la calidez y la sensación inaudita de tranquilidad.

Abrí los ojos lentamente y confusa. No sabía donde estaba, tenía como una pesadez en la boca y la sentía pastosa al mismo tiempo que estaba sedienta. Me removí aún medio dormida y fue cuando me di cuenta de que estaba sobre el cuerpo de alguien, de que permanecía abrazada y enredada con un abdomen lleno de pectorales.

Los recuerdos de la noche anterior me invadieron repentinamente. El accidente de Paul y mamá. Regresar a casa en la moto con Joan. El olor a café. La peli en el sofá... ¿En que momento me había abrazado a él? Sin duda alguna eso no estaba en mis recuerdos.

Intenté separarme y percibí que no podía hacerlo. Su brazo rodeaba mi cintura como si de esa forma evitara que pudiera caerme. Traté con delicadeza de apartar su mano, pero en su lugar la aferró con más fuerza y noté como me apretaba contra él haciendo que sintiera cada músculo de su piel.

Mi muslo dio contra su entrepierna y ¡Ay Dios!, ¡El bochorno en mi cara debió ser colosal! Y para más vergüenza se restregó sutilmente en él.

Capítulo 29

Reprimí un quejido. Alcé la vista y vi su rostro relajado y dormido. El jodido era realmente guapo, sobre todo mientras dormía, algo que jamás había visto en él. Sus labios estaban perfectamente definidos, el óvalo de su cara era firme, masculino, erguido y verdaderamente atractivo.

Instintivamente toqué su cara, nunca le había acariciado, ni tocado sutilmente. En realidad nunca había estado tan cerca de él sin sentirme vulnerable por su forma de imponerse. En el instante en que lo hice, aquellos orbes enormes y azules se abrieron para mí, posando su mirada sobre la mía fijamente.

El silencio reinó durante segundos, o minutos, en realidad el tiempo dejó de existir, por alguna razón ninguno de los dos hacía nada. Ninguno de los dos decía nada. Solo estábamos. En aquel sofá, uno frente al otro y observándonos sin cesar.

Creía que iba a besarme. Verdaderamente creí que lo haría, pero el teléfono móvil comenzó a sonar incesantemente y me aparté de él bruscamente como si al fin recobrará el sentido y fuera consciente de la idiotez que estaba cometiendo.

Por un microsegundo creía que había magia. Un leve instante en el que no pensé quien era él realmente, sino en la sensación que me transmitía al tenerle frente a mí de ese modo.

Sacudí mi cabeza haciendo que todos esos pensamientos se volatilizaran. Estaba segura que solo era el producto de la falta de sueño y de la inquietud por sentirme sola a la vez que desamparada.

Busqué el teléfono entre los pliegues del sofá, hasta que finalmente lo alcé y vi que se trataba de Paul. Descolgué rápidamente y miré hacia otro lado porque era incapaz de ver de frente a Joan. Su cara de recién despierto con ese cabello despeinado y ojos achinados revolvía algo en mí que no quería descubrir.

—Dime Paul —dije alejándome para poner distancia entre Joan y yo. Tal vez mi subconsciente pensara que de ese modo lo que acababa de suceder solo era producto de mi imaginación ya que me parecía impensable que hubiera pasado la noche con él.

«Dicho así suena fatal»

Vale. No había ocurrido nada. Tenía mi camisón exactamente en el mismo lugar de mi cuerpo y mis bragas no habían sido robadas, por lo que era evidente que no había sucedido nada, pero el simple recuerdo de estar enredada en su cuerpo me abrumaba.

¿En que momento había estado tan dormida para abrazarle y dejarme caer sobre él sin darme cuenta?

—Tu madre está fuera de peligro —contestó y sentí la liberación de aquella pesada carga.

Ella estaba bien. Ella se pondría bien. Ella volvería a casa.

Suspiré y no pude evitar que mis ojos lagrimearan de pura felicidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Joan acercándose pero coloqué una mano para evitar que siguiera haciéndolo y le di la espalda.

—¿Has podido verla?, ¿La subirán a planta? Calculo que estaré allí en una hora más o

menos...

Paul me dijo que no me preocupara, él estaba lo suficientemente bien para estar con ella. Ni siquiera sabía que hora era, pero tampoco me importaba porque era evidente que no pensaba ir a clase en toda la mañana. Al parecer mamá había pasado bien la noche e incluso se había despertado. No tenía gran lucidez y estaba cansada, pero eso era una señal de que se recuperaría pronto y podría volver a casa.

En cuanto colgué la llamada dejé el teléfono sobre la mesa de la cocina y me giré para subir a mi habitación a cambiarme. No tenía ni un minuto que perder para llegar al hospital.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó de un modo extraño.

Por primera vez era como si Joan no quisiera importunarme, no presionaba, ni exigía, ni manipulaba, sino que me estaba dando a mi la opción de elegir si quería o no ir con él.

Sabía que él iría igualmente. La idea de estar de nuevo a su lado no me resultaba atractiva, sobre todo porque aún sentía un cúmulo de sensaciones extremas que me hacían verlo todo de forma diferente a la racionalidad que tendría que tener respecto a él. Tenían que ser mis hormonas disparadas, unidas al agotamiento mental y la sensación de soledad por lo sucedido en las últimas horas.

Quería decir que no, pero de mis labios solo salieron las palabras para aceptar su propuesta.

¿Por qué aceptaba?

Bien era cierto que nadie más podría llevarme si quisiera, todos estarían en clase incluyendo a Vanessa o Nicola. Por descontado estaba que ir caminando era impensable y acudir en transporte público o en taxi era como ponerme un cartel en la frente diciendo que estaba huyendo de él.

¿Huía de él?

«Por supuesto»

Como no iba a huir después de lo que acababa de suceder. Como no iba a salir por patas si sabía que había pasado la noche enroscada en su cuerpo aunque llevásemos ropa puesta.

El simple hecho de pensarlo ya hacía que mis mejillas se enrojecieran. Y lo peor de todo era que... ¡No sentía el desprecio y la repulsión que se suponía que debía sentir!

Me di una ducha en el baño de Paul y mamá para despejar mis ideas. No estaba la cosa como para cruzarme con un Joan en ropa interior teniendo en cuenta que compartíamos baño. Lo cierto es que él siempre dejaba el pestillo echado cuando estaba dentro y nunca hasta hacía dos días lo había visto prácticamente desnudo por casa, era muy cuidadoso en ese sentido, pero ahora todas las imágenes junto a la sensación que había sentido al despertar se apelotonaban en mis pensamientos.

¿Por qué demonios no podía quitármelo de la cabeza?

Debía ser la situación, el estrés, la sensación de congoja... en definitiva estaba segura de que cuando mamá volviera a casa, las cosas se tranquilizaran y me centrara en Nicola, todos esos pensamientos se volatilizarían.

Cuando miré el teléfono vi la cantidad de mensajes sin leer que tenía. La mayoría eran de Nicola, preocupado por el estado de mi madre. Después tenía bastantes en el grupo de Vanessa y Lourdes, preguntándome por mi cita con Nicola durante el fin de semana y algunos más reciente preguntándome porque no había ido a clase. Al parecer mi novio no las había informado, aunque tampoco tendría porqué hacerlo, ni andar de chismoso ahora que lo pensaba.

Decidí usar el trayecto en coche para contestar a todos ellos, eso me daba una razón para no tener que hablar con Joan. Agradecía infinitamente que no hubiera decidido ir en moto en aquella ocasión, eso implicaba estar demasiado cerca de su cuerpo y mi perturbada mente se dejaba

llevar.

Cada vez que mis pensamientos se dirigían hacia ahí, los frenaba pensando en mi cita con Nicola minutos antes de que Joan nos interrumpiera, quería tener ese recuerdo aferrado, quería vivirlo con intensidad y hacer que me gustara lo que sentía, pero una y otra vez solo podía irme a ese momento en el sofá donde Joan me miraba con aquellos ojos azules, donde su cuerpo dibujaba el mío encajado en uno solo.

¡Joder!, ¡Me voy a volver loca!

El respiro de alivio cuando vi que mamá tenía los ojos abiertos y parecía sonriente provocó que la tranquilidad inundara todo mi ser.

Me abracé a ella todo lo fuerte que me permitieron los cables que tenía conectados a su cuerpo y las lágrimas escaparon de mis ojos al sentir ese profundo alivio de saber que estaba conmigo.

—Tranquila, solo fue un pequeño susto pero todo está bien.

Paul ya permanecía fuera de su cama y tras pasar la noche en observación, le habían dado el alta ya que solo había sufrido algunos rasguños. Mamá estaba fuera de peligro y según transcurrieran las próximas veinticuatro horas, podría marcharse a casa.

Decidí quedarme esa noche en el hospital alegando que Paul necesitaba descansar, pero en realidad es que no concebía volver de nuevo a casa sola con Joan.

Mi pulso se aceleraba solo con pensar en lo sucedido la noche anterior y no cabía en mí la posibilidad de que se repitiera algo similar. En realidad, no quería pensar en quedarme a solas con él de nuevo.

Los días siguientes al accidente de mamá y Paul fueron caóticos. Ella debía guardar reposo, por tanto nos turnábamos para hacer la comida, mantener la casa en orden y hacer la colada. Descubrí la gran carga de trabajo que llevaba y eso que solía ayudarla frecuentemente.

No fui a clase hasta el jueves, por suerte tenía a mis mejores amigas para pasarme los apuntes de todas las asignaturas y ponerme al corriente de cualquier chismorreó, como el rumor de que Joan y Verónica estaban juntos de nuevo, algo que no me sorprendió en absoluto después de verles en la feria o en el cine.

¿Besaría Joan a Verónica como me besaba a mí?, ¿La miraría del mismo modo en que lo hizo aquella mañana tras dormir juntos?

Era evidente que no, sino que lo hacía aún mejor y con mayor pasión puesto que a diferencia de mí, a ella sí la deseaba.

Nicola parecía preocupado en un principio, pero todo con él volvió a tener la naturalidad de siempre. Sus manos en mi cintura, sus caricias, sus besos suaves y deliciosos. Sabía que solo era cuestión de tiempo que me enamorase perdidamente de él. Era el chico perfecto; guapo, simpático y realmente dulce. Era él con quien debía imaginarme cuando pensaba en el futuro. Era él a quien debía entregarme en cuerpo y alma si deseaba apostar por esa relación y que esta proliferara.

Lo tuve claro. Si realmente quería eliminar por completo los vestigios de pensamientos que se cruzaban por mi mente respecto a mi hermanastro, tenía que acostarme con Nicola. Solo él borraría todos esos recuerdos, solo él sería capaz de anular por completo cualquier rastro que quedase para que únicamente pudiera tener sentimientos y pensamientos hacia ese italiano predilecto.

Joan había sembrado exactamente lo que deseaba, que dudase de mi propio juicio, hacerme replantear mi relación con Nicola pudiendo sentir algo hacia él y lo peor de todo es que sabía que todo era fingido, no era real, solo una vaga ilusión para humillarme después.

No estaba dispuesta a que se saliera con la suya. Por más que pudiera incluso desearle en

alguna parte ínfima de mi ser, no sucumbiría a ello, me negaba por completo a hacerlo.

—¿Ya tienes el equipo de nieve? —preguntó Nicola mientras yo le daba vueltas a mi batido de fresa.

Esa tarde habíamos decidido pasarla juntos, mamá ya se encontraba un poco mejor, podía caminar con muletas por casa y además Paul había pedido tele trabajar para estar con ella y no dejarla sola por las mañanas.

—Aún no. La verdad es que no sé si compensa teniendo en cuenta que no sé esquiar. Quizá sea mejor que me quede en la casa leyendo algún libro mientras vosotros subís a la montaña —mencioné siendo realista.

Solo sería un fin de semana largo, no es que fuera a aprender a esquiar en tan poco tiempo y además, tampoco me apetecía comprar todo un kit completo para tan poco tiempo.

—Si quieres puedo prestarte el de mi madre, es un poco más bajita que tu, pero igual te sirve... —dijo estudiando mi cuerpo como si lo estuviese comparando con el de su madre.

—Te lo agradezco, pero preferiría no estropeárselo o romperlo —hice con un ademán de sonrisa—. De verdad que no te preocupes por mí, no me importará quedarme en casa calentita mientras vosotros pasáis un frío de la muerte —reí.

Aún faltaban unas semanas para el viaje a la montaña, en principio pensé cancelarlo por el accidente de mamá, pero viendo su mejoría decidí que aquella sería mi oportunidad. Era Nicola de quien estaba enamorada, o al menos, quería estarlo.

—¡Oh!, ¡Vamos Andrea!, Será divertido y yo puedo enseñarte a esquiar, de verdad que no me importa.

Y sabía que no le importaría, pero aquel era el último año en el que se juntaban todos y como tal no deseaba que lo perdiera solo conmigo por enseñarme a esquiar.

—Lo pensaré, pero no quiero acapararte todo el fin de semana, es vuestro último año y debéis disfrutar antes de que cada uno siga su rumbo por separado.

Eso me recordaba que él se iría a Italia, ¿Podría sobrevivir nuestra relación a la distancia?

—Puede que cada uno estemos en alguna parte del mundo, pero eso no es impedimento para que estemos juntos —dijo seriamente mirándome a los ojos y cogiéndome la mano para darme un beso en la muñeca interna—. Además, podrías visitarme cuando esté en Italia y así te llevaré a conocer Europa, ¿Eso te gustaría? —preguntó como si fuera uno de esos príncipes europeos caballerosos y perfectos.

—Eso me encantaría —mencioné con una sonrisa y él se acercó hasta rozar mis labios delicadamente y separarse sin darme un beso.

—París... —susurró colocándose el cabello detrás de la oreja—. Londres, Barcelona, Amsterdam, Viena... —dijo acercándose a mi oído de forma delicada—. Me encantará hacer el amor contigo en todas ellas.

Su declaración de intenciones provocó que mis mejillas se sonrojaron y sintiera una vergüenza inaudita, pero al mismo tiempo me hizo sentir deseada por él, saber que le provocaba aquel sentimiento me convencía aún más para entregarme a sus brazos, para sucumbir al deseo y para probar al fin la fruta prohibida y averiguar si de verdad podría enamorarme de Nicola Verdini.

—A mi también me encantará —contesté creyendo que así sería, que moriría de amor por él cuando llegara ese momento.

Quería desearlo. Quería quererlo. ¡Literalmente quería arder por él y que solo existiera únicamente Nicola en mis pensamientos!

¡Maldito Joan y malditos sus besos!

Dos semanas, solo faltaban dos semanas para el viaje a la montaña y ahí acabaría cualquier rastro de Baker que pudiera albergar en mis entrañas.

Capítulo 30

A pesar de que mi odiado hermanastro y yo fuéramos al mismo lugar, me negaba en rotundo a viajar con él todo el camino, así que como buen novio que resultaba ser, Nicola me recogió para ir juntos y solos todo el camino. Agradecí que Joan hubiera decidido llevar su propio coche en lugar de auto invitarse a venir con nosotros.

Paul había sorprendido a mamá con una escapada a un spa de lujo todo el fin de semana, ahora que estaba prácticamente recuperada se merecía un buen descanso antes de volver al trabajo así que decidieron aprovechar que no estaríamos en casa para irse ellos también de fin de semana.

A pesar de que no pensaba poner un pié sobre un esquí, mi madre insistió en que llevase ropa adecuada para la nieve y no pillara una pulmonía. Mi intención para el fin de semana era descansar, leer, tomar chocolate caliente con nubes de algodón y lo más importante; dejar de ser virgen.

Lo que mi madre no sabía es que del dinero que me había dado, parte del mismo lo había gastado en un conjunto de lencería íntima casi transparente y demasiado sexy hasta para mi. Ni siquiera sabía como iba a ponérmelo sin que me diera vergüenza ajena, puesto que yo jamás usaba prendas de ese tipo. La braguita era minúscula, con encaje y seda o algo que imitaba a la seda en las zonas apropiadas. El sujetador era una obra de arte, no solo aparentaba que tuviera más pecho del que tenía, sino que unas cintas bajaban por la cintura embarcándola y provocando un efecto visual como si tuviera más curva de la que tenía. Sin duda eso era lo que me había convencido para adquirirlo.

Tenía toda la intención de ponérmelo el sábado por la noche, sabía de sobra que tendría habitación propia, pero esa noche no la pasaría sola.

El viaje hasta la casa de la montaña de los padres de Nicola no era tan largo como pensaba, quizá el hecho de ir hablando, escuchando música y contemplando el paisaje hizo que el tiempo volara. Tal vez también influía mi determinación y eso provocaba que los minutos se aceleraran.

Mi coherencia me indicaba que él era el chico correcto, el que cualquier chica desearía, es más, era la envidia de más de una compañera de clase, por no decir de mis propias amigas que suspiraban cada vez que Nicola me daba un beso antes de marcharse para dejarnos a solas.

Él era perfecto.

Él era único.

Él debía ser el indicado.

Cuando mis ojos visualizaron la enorme casa moderna rodeada de altos pinos formada en madera y piedra, me pareció que sería la típica construcción que aparece en las revistas de decoración.

Era preciosa. Llena de grandes ventanales con vistas a la montaña, numerosas habitaciones, un salón enorme con cocina unida donde había varios sofás y mesas con sillas. Resultaba evidente que aquella casa no era una simple residencia familiar, había sido ideada para pasarla con amigos o invitados de la familia.

Debía reconocer el buen gusto de la madre de Nicola en cuanto a la decoración de la casa.

Desde las escaleras en madera voladas y cuya barandilla de cristal parecía un sueño, hasta las vigas abovedadas que lucían en el gran salón a una altura de cuatro metros.

Solo entonces supe el gran poder adquisitivo que debían tener los padres de Nicola.

Mi novio estaba forrado. Literalmente forrado.

Íbamos a quedarnos de viernes a lunes en la casa, por lo tanto los días serían intensos y de los que dudaba que se durmiera demasiado.

La asignación de habitaciones fue básicamente una especie de quien llegue primero. Salvo por la de Nicola, que dormía en el dormitorio principal que solían usar sus padres. Me quedé con una de las habitaciones que dejaron libres, supuse que sería las peores, pero en realidad después descubrí que todas tenían orientación a la montaña, por tanto ninguna estaba mal, aunque sí estaba algo alejada de la de Nicola, pero eso no me importó.

—Si no te gusta puedes venirte a la mía —escuché su voz tras dejar mi pequeña maleta y el bolso de viaje sobre una de las butacas.

En realidad la habitación era preciosa, en tonalidades marfiles, con marrones y algún toque de color mostaza. Toda la casa era en tonos neutros, respetando el verdor de la naturaleza.

—Quizá me lo piense, aunque mi habitación me encanta —reconocí con una sonrisa y acercándome a la ventana.

Me pareció muy educado por su parte, que a pesar de ser el anfitrión de la casa y estuviera junto a sus amigos, decidiera estar conmigo como si presintiera que estaba un poco incómoda.

En realidad era la primera vez que estaríamos tanto tiempo a solas, aunque en realidad hubiera más gente pululando por la casa, pero sería la primera oportunidad de pasar la noche juntos y tal vez eso era algo que él también pensaba.

—Como quieras, mi puerta siempre permanecerá abierta —susurró rodeándome la espalda y percibí como su nariz comenzaba a acercarse sigilosamente a mi garganta.

Se oían gritos lejanos, ruido por las habitaciones y chillidos por toda la casa. Sería muy distinto si estuviéramos solos, pero también agradecía aquella interrupción para no sentirme tan nerviosa.

—¿Aún no os habéis cambiado? —era Melissa, una de las chicas que habían venido, solo seríamos diez en la casa y sorprendentemente éramos cinco chicos y cinco chicas.

—Te veo en el salón —susurró Nicola antes de alejarse y dejarme a solas sin que ninguno de los dos respondiéramos a Melissa, que se había marchado tras oír un golpe en la parte inferior de la casa.

«No tenía la menor idea de como los padres de Nicola eran capaces de prestarle esa mansión a unos adolescentes sabiendo que podrían destrozársela»

A pesar de que mi relación con Nicola prosperaba, no podía dejar de percibir las malas energías de Verónica sobre nosotros. ¿Es que no se había dado por vencida? Ella tenía a Joan, él estaba siempre a su lado y no la dejaba ni a sol, ni a sombra, ¿Por qué no nos podía dejar en paz?

Me había resultado demasiado egoísta pedirle a Nicola que no les invitara a aquel fin de semana, después de todo eran sus amigos y él parecía haber conseguido pasar página. Hacía semanas que no hablaba de ella, ni de sus sentimientos hacia ella, sino que estaba tan involucrado en nuestra relación que yo me sentía mal por no haber logrado lo mismo respecto a Joan.

Tal vez la diferencia estaba en que yo convivía con mi hermanastro —por más que odiara esa palabra—, y el resultado era verle a diario lo quisiera o no. No descansaba ningún almuerzo o cena, ningún fin de semana, sino que tenía que ver su cara de cretino y aquellos ojos azules observándome día tras días, como si me recordasen lo que habíamos vivido aquella mañana

fatídica.

Ese recuerdo me perseguía cada noche y me avergonzaba cada vez que mi mente me llevaba sin pretenderlo al momento exacto en el que sus ojos se adentraron en los míos como si profundizaran hacia mi interior y descubrieran una parte de mi que no deseaba mostrar.

Las pistas de esquí no estaban muy lejos de allí para llegar andando, así que el grupo al completo caminábamos por las calles de aquel pequeño pueblo, la casa de Nicola estaba un poco apartada del resto, eso le daba la privacidad necesaria para aislarse en la montaña, la mayoría de los asistentes del grupo alquilaban los esquís, y a pesar de mis reticencias a aprender ese deporte porque me consideraba demasiado torpe para ello o pasaba de romperme una pierna, Nicola se encargó de que estuviera entretenida gran parte de la tarde con un profesor mientras él se iba con el resto del grupo a las pistas más peligrosas.

Me sentía un poco torpe e inútil por ser la única del grupo que no sabía esquiar. ¿Desde cuando todos los padres de mis compañeros les llevaban a practicar ese deporte desde pequeños? Mi madre definitivamente no lo había considerado nunca, aunque patinar sobre hielo no se me daba nada mal.

Incluso Joan practicaba snowboard y acababa de enterarme al verle la tabla bajo el brazo. Era el único que no llevaba esquís y a pesar de que me separé del resto del grupo que avanzaba alejándose de mí, ni siquiera me observó un solo instante, sino que echó su brazo sobre los hombros de Verónica conforme se apartaba de nosotros.

—No te preocupes, en un par de horas estaré de nuevo contigo. Si estas cansada o terminas antes, espérame en la cafetería. Iremos allí cuando terminemos de recorrer la pista —mencionó colocándose las gafas protectoras y con una gran sonrisa antes de alejarse para alcanzar al resto del grupo.

En ese momento sentí que quizá había sido una mala idea haber ido, puesto que no encajaba en ese mundo, menos aún en el de Nicola y su grupo y quizá por alguna razón siempre había permanecido apartada. ¿Por qué no me había quedado en la casa?

Tal vez podría quedarme viendo la vida pasar, viendo como los demás disfrutaban sin mí, o bien podía precisamente hacer lo que Nicola me indicaba, aprender para involucrarme junto a los demás, formar parte de su vida y no volver a quedarme apartada nunca más.

«Si tan solo mis amigas estuvieran allí»

Para mi pesar ambas tenían planes aquel fin de semana, Vanessa se iba de viaje familiar y Lourdes tenía que visitar a su abuela en otro estado aprovechando los días libres sin instituto.

Conforme pasaban las horas me di cuenta de que esquiar no era tan difícil como imaginaba, en realidad mi agilidad de baile y el hecho de saber patinar hizo que fuera bastante fácil aprender a manejar los esquís. Otra cosa era lo de frenar, eso lo llevaba un poco mal, pero en solo tres horas había logrado defenderme bastante bien y poder hacer sin esfuerzo la pista de nivel más bajo.

Aquella noche todos parecían divertirse en el gran salón de la casa de Nicola, contando anécdotas de otros años y hablando del viaje de fin de curso que pensaban hacer a las islas Maldivas dentro de unas semanas. En solo cuatro meses acabarían las clases para ellos y tomarían caminos distintos. De todos los presentes, solo Verónica y yo permaneceríamos un año más en el instituto. Sería extraño no ver las caras del resto, incluso me pregunté que haría ella sin su círculo de amigos, y sobre todo sin Joan.

¿Vendría a menudo para visitar a su queridísima novia?, ¿Iría ella verle a su universidad? Sabía que ya tenía apartamento en la ciudad donde estudiaría y eso que aún no había terminado el instituto, pero Paul se había anticipado comprando un pequeño estudio de una habitación donde se

alojaría los próximos años.

Me sorprendió cuando vi que la habitación de Joan estaba al lado de la de Nicola y separada de la de Verónica. ¿Es que no compartían habitación?, ¿No pensaban dormir juntos?

Ya fuera el cansancio o trasnochar hasta muy tarde, lo cierto es que cuando abrí los ojos eran casi las once de la mañana y reinaba el silencio en toda la casa.

Joan y Nicola habían desaparecido, al parecer se habían ido a esquiar. El resto estaba dispersado, algunos aún dormían, otros habían decidido dar una vuelta por el pueblo, Melissa estaba en la cocina preparando el almuerzo y Zacker estaba junto a otro de los chicos haciendo una fogata en el jardín.

Decidí quedarme junto a Melissa para ayudarla puesto que éramos muchos y quizá eso me hacía evitar pensar en lo que tenía planeado para esa noche.

No tenía intención de avisar a Nicola, sino que pensaba utilizar su invitación para escabullirme a su dormitorio una vez que todos estuvieran acostados y durmiendo en sus habitaciones. Lo que menos deseaba es dejar testigos de que me iba a su habitación. Quería sorprenderle y tal vez eso también me daría a mi la seguridad suficiente para no sentirme obligada a acudir si cambiaba de opinión.

Lo había decidido hacía semanas y aunque el día había llegado lo cierto es que aún tenía dudas al respecto, pero... ¿Qué chica en mi situación no las tendría? No sabía que debía hacer, como actuar, ni que esperar de aquello.

Nicola tenía experiencia y la mía en cambio era completamente nula, por no decir inexistente.

Nadie fue a esquiar aquella tarde, sino que nos quedamos en casa escuchando música, y preparando la gran noche junto a la fogata. Nicola no se separó de mi ni un momento y a pesar de que me concienciaba para evitar que mi vista le alcanzara, no pude evitar pillar en más de una ocasión a Joan observándome.

¿Tal vez solo había sido casualidad?, ¿Quizá solo me estaba mirando porque Nicola hablaba? No quería darle mayor importancia, después de todo cada día que pasaba me sentía más atraída hacia mi italiano y mas convencida de que lo de Joan solo había sido un momento de debilidad hacia el chico que me había sentido atraída antes de conocerle.

Le detestaba. Le odiaba. Me repugnaba. No podía tener ninguna clase de sentimientos que no fueran repulsivos hacia él por más bueno que estuviera.

Conforme la noche avanzaba, el alcohol discurría entre los presentes. No quería beber, deseaba estar demasiado cuerda para lo que pretendía hacer, pero quizá una cerveza consiguiera relajar la tensión de mis músculos y haría que mis pretensiones fueran más fáciles de realizar de ese modo. Aplacar mis nervios fue fácil y junto a mi determinación supe que aquella noche jamás la olvidaría durante el resto de mi vida.

Veía a Verónica bailar mientras se medio desnudaba frente a todos y animada por algunos de los chicos, sobre todo por Zacker. Se quedó en vaqueros y sujetador bailando alrededor de la hoguera con un frío invernal, pero supuse que esos eran los efectos del alcohol, ya que era evidente que estaba borracha.

Me sorprendió que Joan no hiciera nada por evitarlo, simplemente la observaba y no movía un músculo o hacía algo por evitar que siguiera exponiéndose de aquella manera. Desde luego esos dos formaban una pareja de lo más extraña.

Poco a poco el ambiente comenzó a caer y mas de uno se fue retirando a su habitación. Estaba algo cansada cuando Verónica propuso meternos en el jacuzzi en ropa interior, a esas alturas solo quedábamos Nicola, Joan, ella y yo. Me pareció una malísima idea, pero al parecer a mi novio no.

Quise poner una excusa, algo parecido al cansancio extremo o que era alérgica al agua caliente — mejor dicho era alérgica a mi hermanastro—, pero me vi arrastrada hacia la parte trasera de la casa que daba a un jardín privado donde se encontraba el famoso jacuzzi cubierto.

Mi esperanza era que el agua estuviera turbia después de estar tanto tiempo tapado y sin ser utilizado, pero no debió sorprenderme que no fuera así, era evidente que alguien se encargaba de mantener la casa en perfecto estado.

La primera en meterse obviamente fue la rubia despampanante, era como si estuviera deseosa de lucir su cuerpo frente a los dos tíos que tenía delante. En aquel momento quise morirme de la vergüenza. ¿Cómo iba a quedarme en ropa interior sexy frente a ellos? Mi intención era hacerlo a solas y obviamente solo frente a Nicola. La rubia me daba igual, pero ¿Joan? Ese ni hablar.

—¿Es que tienes braguitas de mariposas, pelirroja? —escuché cerca de mi oído y apreté fuertemente mis manos queriendo propinarle un puñetazo.

Su risa hizo que cualquier vestigio de duda se evaporara. ¿Mariposas? Se iba a enterar de que ya no era una niña...

Me quité la ropa con seguridad, como si llevar lencería cara y fina fuese de lo más normal. Cuando me hundí en el agua busqué la mirada del cretino de Joan, era como si pretendiese reírme en su cara por considerarme una niña infantil y malcriada. Pensé que estaría sorprendido, pero encontré molestia en su rostro y seguramente lo estaba porque no había podido burlarse de mi en público como era su costumbre.

Las manos de Nicola me atrajeron hacia él, quedando en su regazo y sentí como me apartaba el pelo para darme un beso en la nuca.

—Ahora mismo desearía que estuviéramos a solas... —susurró logrando que la piel de mi cuerpo se erizara mientras contemplaba a Joan y Verónica.

—Me marcho. Tengo dolor de cabeza y mañana quiero ir a la pista temprano —soltó Joan decidido mientras se erguía en todo su cuerpo y dejaba a la vista sus más que definidos músculos.

—¡Oh vamos!, ¡No me puedes dejar sola!, ¡Aguafiestas! —exclamó Verónica que no era capaz de mantenerse en equilibrio.

—Mejor llévatela a su habitación, ha bebido lo suficiente para que mañana tenga una buena jaqueca —respondió Nicola y Joan parecía molesto con el comentario.

—¡No me iré a ninguna parte! —chilló ella cruzándose de brazos y después se estiró hacia atrás y comenzó a reírse—. Además, él no es mi novio, ¿verdad? —añadió en tono grotesco y vi como Joan rodaba los ojos hacia otro lado.

—Será mejor que la lleves tú, te hará más caso que a mi —contestó Joan colocándose una toalla alrededor de la cintura mientras recogía su ropa del suelo.

—Quizá sea mejor que nos vayamos todos —añadí yo, puesto que me sentiría incomoda si me quedaba a solas en aquel jacuzzi con Nicola teniendo en cuenta que había demasiado espectador merodeando.

Verónica protestó, pero al final accedió a marcharse y Nicola la acompañó a su habitación.

—¿Tan ciega estás que no lo ves? —oí justo cuando llegue a la puerta de mi habitación.

Me aparté para encarar a Joan y vi que aún le caían gotas de agua por el rostro.

—¿De que hablas? —exclamé.

Llevaba demasiado tiempo sin sus juegos sucios o sus réplicas y exigencias. Creía que se había cansado, que por fin me había dejado en paz.

—Lo tienes delante. Solo tienes que mirar bien —dijo antes de alejarse y perderse en su habitación.

¿Qué demonios le había picado ahora?, ¿Qué se suponía que tenía que ver?

Odiaba ese comportamiento de él, siempre provocando con preguntas, sin concluir nada, sin afirmar nada, dejando dudas en el aire para conseguir exactamente lo que deseaba, que no dejase de pensar en él.

Creí que Nicola aparecería en mi habitación para darme aunque fuera un beso de buenas noches. Esperé durante media hora creyendo que él vendría con la intención de que volviéramos al jacuzzi después de confesarme que había deseado que estuviéramos a solas. Esperé y esperé, pero nadie llamó a mi habitación, así que decidí tal como tenía previsto ir yo.

Había esperado sorprenderle, demostrarle que ya estaba preparada para que nuestra relación se afianzase, pero de todas las cosas que esperaba de él, jamás creí que pudiera traicionarme de esa forma.

Cuando entré en su habitación traté de no hacer ruido, deslicé el pomo suavemente y comprobé que tal como él me había dicho la puerta estaba abierta. Cerré con suavidad del mismo modo y comprobé que todo estaba oscuro. Había pasado relativamente poco tiempo, pero debía estar dormido. Un quejido llamó mi atención y alcé una ceja. ¿Tal vez tenía un sueño agitado? Otro sonido aún más grave me hizo prestar atención y adaptar mis ojos a la oscuridad. Entonces la voz suave de una mujer pidiendo más hizo que exclamara una maldición e incluso creyera que me había equivocado de habitación.

—¡Joder! —exclamó la que sin lugar a duda era la voz de Nicola y mi cuerpo se paralizó.

Tenía la mano en el pomo de la puerta, pero en vez de girarla y huir, le di a la luz de la habitación y me di la vuelta para ver la escena que nunca podría borrar de mi cabeza.

No era otra pareja. No me había equivocado de habitación. Era Nicola en la cama con Verónica completamente desnudos.

—¡Mierda Andrea! —gritó él al verme y apartándose de ella conforme rodaba de la cama.

No sabía que decir. Ni siquiera sabía como reaccionar en un momento así. Si hubiera sucedido cuando todo era fingido entre nosotros quizá no me sorprendería, pero se suponía que yo era su novia, que me quería de verdad y sin embargo acababa de descubrir que todo era una farsa desde el principio.

No contesté. Simplemente me di la vuelta y me marché.

No había llegado a la mitad del pasillo cuando oí gritar de nuevo mi nombre y ni siquiera me giré para enfrentarle. No tenía nada que decirle. De hecho, no me apetecía hablar del tema ahora mismo. Quizá necesitaba procesar lo que acababa de descubrir.

Antes de que pudiera entrar en mi habitación me detuvo. Una de las puertas se abrió, era Joan, evidentemente él aún no estaba dormido y debía haber oído los gritos.

—No es lo que tu crees... —susurró Nicola.

¿De verdad?, ¿En serio me iba a soltar que no era lo que creía?, ¿Y que demonios era?, ¡Estaban desnudos en una cama gimiendo, joder!

—¿Te acabo de pillar acostándote con Verónica y no es lo que yo creo? —exclamé y en cuanto terminé de decir aquello el puño de Joan se clavó en la cara de Nicola haciendo que cayera al suelo.

Por una vez en la vida agradecí que Joan existiera.

—Recoge tus cosas, te llevo a casa —soltó sin esperar a que yo dijera una palabra.

No contesté. Simplemente hice lo que me había pedido porque me negaba a pasar un minuto más en aquella casa y que todos se enterasen de que tanto él como yo éramos unos cornudos.

Capítulo 31

No podía creerlo. Simplemente no daba crédito a que pudiera haber ocurrido a pesar de saber lo de ellos desde un principio.

¿Me había estado engañando todo el tiempo?, ¿Habría sido solo esa vez?, ¿Quizá se estaban riendo los dos a mi costa sin yo saberlo?

Me había tragado su sinceridad. Creía de verdad que le gustaba, que le atraía, que se estaba enamorando de mi...

—Soy imbécil —susurré ladeando la cabeza sin saber que lo había mencionado en alto.

Todo estaba en silencio dentro de aquel pequeño habitáculo en el que solo nos encontrábamos Joan y yo a las cuatro de la mañana rumbo a casa.

Después del puñetazo que él le había propinado, Nicola no había vuelto a protestar, más bien no había tenido tiempo porque en cinco minutos ya teníamos las cosas metidas en el coche y partíamos en mitad de la noche. Ni siquiera sabía cuan dolido se sentía él, después de todo acababa de enterarse de la traición de su amigo con su novia, ¿Sentiría lo mismo que yo? Es evidente que lo de él sería mucho peor, a la vista estaba el ojo morado que le había tenido que dejar.

Ni siquiera me percaté de revisar bien si me olvidaba algo, lo cierto es que me daba igual, por no decir que aún llevaba la ropa interior algo húmeda pero me había colocado un chándal sin pensar.

—Tú no eres imbécil. Ese idiota no te merece, no te merecía desde el principio y traté de avisarte mil veces. Si solo me hubieras hecho caso una vez...

¿Avisarme?, ¡Él más bien quería imponerme que le dejara!

—¿Y que sabías tú? —alcé la voz algo indignada.

—Para empezar que esos dos llevan jugando al gato y al ratón desde sexto, y que la historia siempre termina igual de mal —contestó sin apartar la vista de la carretera.

No puede ser. ¿De verdad Joan sabía que Verónica le engañaba y aún así volvía con ella?

—¿Qué clase de novio permite que su novia se acueste con otro? —gemí no dando crédito a que él supiera todo.

—Ella es libre de hacer lo que quiera, al igual que yo.

Sus palabras me hicieron pensar que tipo de relación mantenían esos dos. ¿Acaso eran de esas parejas liberales donde no les importaban que estuvieran con otras personas al mismo tiempo?, ¿Tal vez por eso decía que eran libres? De ser así, podría tener sentido muchas cosas, salvo el hecho de que Nicola dijese que Verónica solo le buscaba cuando rompía con Joan.

—No entiendo —admití en voz baja—. ¿Quieres decir que no te importa que ella esté con otros tíos? —pregunté siendo más explícita.

—No —negó y no supe si es que no le importaba que lo hiciera o que por el contrario si lo hacía—. Verónica y yo hace mucho que nos dimos cuenta que no sentíamos nada el uno por el otro.

—¿Y aún así seguíais juntos? —pregunté extrañándome porque se empeñaban en hacer que algo funcionase cuando estaba claro que no tenía futuro.

Oí como resoplaba y parecía algo exasperado.

—Es complicado y además influían otros factores externos para que fingiésemos estar juntos, pero ese no es el punto. Lo único que aquí importa es que ese cretino no te iba a tomar en serio y lo sabía desde un principio. Te lo dije. Te avisé de que no era de fiar y aún así insististe. Incluso Verónica trató de hacerlo porque le pedí que lo hiciera, pero eres demasiado terca y obstinada.

¿Verónica me dijo aquello en la playa para ponerme sobre aviso?

No iba a admitir que al principio mi relación con Nicola no fue real, pasaba de quedar como una estúpida cuando al final habíamos tratado de que aquello funcionara, incluso yo misma me recriminaba como había podido no verlo cuando tenía delante de mis narices todas las señales. El propio Nicola me había advertido de que estaba pillado por Verónica, ¿Cómo iba a creer que podría olvidarla por mi? No sabía si Joan tenía razón y había jugado conmigo desde el principio, ni si las palabras de la rubia en aquel baño donde se suponía que yo no debía estar escuchando eran ciertas, saltaba a la vista que lo eran. ¿Acaso Nicola fingiría hasta que se acostara conmigo?, ¿Era esa su intención desde un inicio?, ¿Coleccionaría vírgenes para después desecharlas de su vida?

No quería creerlo.

Sería demasiado estúpida si había caído en su juego.

Me sentía una completa idiota por creerle. Siempre había parecido sincero, honesto, siendo fiel a sus palabras y precisamente le había creído por eso, por creer que no me mentía, que me decía la verdad y que yo le estaba gustando de verdad.

—¿Y como pretendías que te creyera después de como me has tratado desde que me conociste? —exclamé alterada.

La culpa la tenía él.

Siempre era él.

Si no me hubiera tratado como lo hacía, yo no habría tenido la brillante idea de acercarme a Nicola para que me dejase en paz, yo no me habría hecho vanas ilusiones con él y mucho menos habría tenido que presenciar el bochorno de esa noche.

No sabía si me sentía peor por su traición o por el hecho de haber decidido acostarme con él y saber que no era el chico que creía.

No estaba dolida porque se hubiera acostado con Verónica estando conmigo. No me sentía afectada por su traición, sino que estaba enfadada conmigo misma por no haberlo visto, por ser tan tonta de creer que sentía algo por mi y esforzarme para corresponder esos sentimientos.

—Lo sé —contestó afligido—. Yo tengo la culpa de todo esto—. Su afirmación me dejó atónita, ¿Acababa de admitir que era culpa de él?, ¿En serio? —. No tenía opción. Ese era el único modo de alejarte de mi.

Las palabras de Joan ahondaban en mis pensamientos tratando de procesar lo que significaban, sobre todo porque no quería dar crédito a su confesión.

Por más que las sirenas rojas me indicaban peligro, no podía evitar pensar si verdaderamente él me habría dicho la verdad cuando confesó que estaba loco por mi.

Era imposible. Inviabile. No podía ser cierto. ¿Cómo iba a tratar así a una persona que le gustase?

—¿Alejarme de ti? —exclamé en un hilo de voz que apenas salía de mis labios.

Observé que su ceño estaba fruncido, con la mirada fija en la carretera, era como si estuviera enfadado consigo mismo y no giraba ni un solo centímetro su cuello para observarme.

—Tengo la maravillosa habilidad de destruir todo lo que toco —confesó apretando con fuerza

el volante—. Mi padre lo sabe, por eso me advirtió que no me acercase a ti o me desheredaría. Si hasta ahora le hice caso es porque sé que te mereces a alguien mejor que yo, pero desde luego ese alguien no era Nicola.

Me quedé muda.

¿Qué se suponía que respondería a aquello?

Mi primera reacción habría sido no creerle, pensar que era otro de sus juegos macabros, que solo se estaba burlando de mi, pero mi instinto me incitaba a hacerlo, a buscar una explicación a sus actitud hacia mi.

Nunca. Ni en mis más remotos pensamientos había podido creer que la causa de su rechazo y comportamiento fuera algo así. Él parecía detestarme. Odiarme. Incluso llegué a creer que le resultaba repulsiva a un nivel estratosférico. ¿Cómo iba a imaginar que yo podría gustarle? Aún me costaba creerlo. De hecho, era tan insólito que durante el resto del camino permanecí en silencio tratando de procesar esa información y dudando si sería real o no.

Cuando bajamos del coche aún no había amanecido, pero no tardaría en hacerlo. A pesar de estar cansada por la falta de sueño, lo cierto es que no sabía si lograría dormirme después de una noche llena de confesiones y descubrimientos. Joan se encargó de coger mi maleta y su bolsa de viaje sin dejar que yo lo hiciera, parecía fatigado, cansado y con cierta molestia en el rostro. Fui delante de él para abrir la puerta y en cuanto pasó cerré y vi como subía las escaleras en silencio.

Siempre me había parecido guapísimo por más que deseara odiarlo y encontrarle mil defectos. Incluso cansado, fatigado y con aquel rostro apesadumbrado seguía siendo igual de guapo.

¿De verdad sentía algo por mi?, ¿De verdad le volvía loco como me había confesado?

Dejó mi maleta en la puerta de la habitación. Por suerte nuestros padres no estaban y no tendríamos que dar explicaciones de nuestra llegada anticipada.

—Que descanses —mencionó con la intención de alejarse para adentrarse en su cuarto.

No supe porqué lo hice, pero instintivamente cogí su brazo impidiendo que diera un paso para alejarse.

—¿Qué es lo que realmente sientes por mi, Joan? —pregunté necesitando estar segura.

—Ya te lo dije una vez, pero te seguirás esforzando en no creerme y haces bien, será lo mejor para los dos y esta supuesta familia —dijo tratando de darse la vuelta de nuevo.

—Demuéstrame —insistí mientras seguía sujetando su brazo—. Si quieres que te crea, demuéstrame —reiteré de nuevo y de un movimiento soltó la bolsa que colgaba de su hombro al suelo y me apresó de la cintura fusionando sus labios con los míos en un aterciopelado beso.

Su boca demandaba a la mía con veracidad, con una fuerza y vigor que hasta ahora no había experimentado o tal vez fuera el ansia y deseo que ahora proclamaba los que me hacían vibrar de emoción.

—¿Estás segura de esto? —susurró apartándose levemente de mis labios y esperando una respuesta.

No lo estaba. ¿Para que mentir? No lo estaba para nada, pero sabía que nunca lo estaría si no lo hacía y por alguna razón lo necesitaba, al menos esa noche quería sentirme querida.

—Si —contesté traicionando a mi mente pero dejándome arrastrar por esa sensación que él provocaba.

En cuanto mis palabras tomaron voz propia, percibí la intensidad con la que aprisionaba mi boca, demandando que correspondiera al fulgor de sus labios conforme me alzaba entre sus brazos y sentía que mis pies abandonaban el suelo.

Me agarré a él con firmeza sintiendo que era lo que tenía que hacer, necesitando la seguridad

que me proporcionaba su cuerpo en aquel instante. No sabía qué estaba haciendo. No sabía a donde me llevaría aquello, pero no podía seguir negando lo que él me hacía sentir con aquellos besos. Lo había rechazado hasta ahora alegando mi inexperiencia con otros chicos, creyendo que solo era la consecuencia por no conocer lo que realmente debía sentir.

No podía negar que mi cuerpo temblaba, que por alguna razón inexplicable anhelaba aquellos labios aunque me los hubiera prohibido hasta ahora.

Sentí como me dejaba caer suavemente sobre una superficie blanda, por un instante no supe donde estábamos, hasta que descubrí que era la habitación de Joan, estaba tumbada en su cama y su cuerpo se inclinaba sobre el mío conforme me acariciaba.

No sabía que debía esperar de aquello, ni siquiera sabía que quería o que era lo que hacía mi cuerpo, solo era consciente de que me estaba dejando llevar por el momento y que algo en mi interior me empujaba a desearlo con más ímpetu que nunca. Era como si hubiera dejado de tener voluntad propia para guiarme por los impulsos de mi cuerpo, por una sensación de calor que nacía en mi estómago y se expandía hacia todo mi ser al completo.

Sentía como sus labios se entrelazaban con los míos en un juego de emociones a flor de piel, percibí el calor que emanaba de su cuerpo al mismo tiempo que su lengua se unía con la mía forzándome a bailar en su mismo compás. Percibía la complicidad, la absoluta perfección en cada uno de sus besos provocándome un estremecimiento infernal.

Sus manos comenzaron a recorrer la piel de mi cintura desnuda bajo la sudadera que llevaba puesta. Podía sentir el calor que me producían. En cualquier otra circunstancia le habría detenido, simplemente había frenado todo aquello, pero en esos momentos lo único cierto era que no deseaba que lo hiciera, sino que necesitaba averiguar que era lo que él lograba provocar en mi cuerpo.

Sentí como se apartaba suavemente y la prenda superior de mi chándal desapareció en un segundo dejando a la vista el sujetador de encaje que me había puesto esa noche para sorprender a Nicola. ¿Cómo había podido dar aquel giro radical la noche?

Durante unos segundos vi como me observaba, era como si estuviera estudiándome detenidamente, haciendo que sintiera vergüenza por su forma de mirarme. Por un momento creí que se reiría de mi, la parte más vulnerable de mi ser creyó que todo formaba parte de una burla, pero antes de que mis manos se cruzaran para taparme, él agarró mis muñecas evitando que lo hiciera..

—He pasado demasiado tiempo deseando este momento, quiero grabarlo en mi mente y poder recordarlo siempre —dijo rozando su nariz con mi mejilla en un acto de cercanía.

Sus labios fueron descendiendo por mi cuello lentamente, consiguiendo arrancarme gemidos de emoción ante la vibrante sensación de su cuerpo junto al mío. No era capaz de pensar en nada más que no fuera la sensación que me producía su lengua recorriendo la piel de mi cuerpo.

Aquellas manos eran posesivas, descendiendo de mis brazos para acariciar mi vientre desnudo y deslizarse bajo el pantalón deportivo hasta apretar fuertemente mis nalgas conforme me pegaba hacia su entrepierna.

Podía percibir que estaba duro, tan duro como una piedra y eso lejos de cohibirme provocaba una excitación irracional que no lograba gestionar teniendo en cuenta el odio que se suponía que le profesaba. ¿Por qué me sentía atraída por él?, ¿Por qué lograba provocar aquello en mi cuerpo sin control? Quería más. Deseaba más. Y por alguna razón incomprensible no podía frenar aquellas sensaciones.

Tal vez era la adrenalina por lo sucedido esa noche, quizá fuera la decepción de Nicola lo que

me provocaba descubrir hasta qué punto me sentía atraída por Joan, pero de un modo u otro lo necesitaba, mi cuerpo pedía a gritos ser colmada por sus labios y descubrir hasta donde llegaba esa excitación que una vez inició en el bosque y que con tanto ahínco había deseado desechar de mis pensamientos.

Los labios de Joan llegaron hasta mi pecho y pude percibir sus dientes sobre la fina tela de encaje y transparencia que los cubrían. Resultaba embriagador y fascinante al mismo tiempo, Acaricié su cabello negro conforme mi cuerpo se arqueaba instintivamente hacia él. Era consciente de que lo anhelaba y por más vergüenza que debería sentir, lo cierto es que no me importaba.

Le deseaba.

Mi cuerpo le clamaba a gritos y solo había que observar la respuesta tácita a sus caricias para saber que le encantaba lo que él provocaba con sus besos y caricias.

Estiré mis brazos hasta su cinturilla conforme mis manos se hundían bajo su camiseta rozando su piel. Era tersa y firme, propia de un jugador de fútbol cuyo cuerpo estaba curtido a base de músculos.

Nunca me había permitido admirar el cuerpo de Joan hasta ahora, era justo en ese instante cuando le tenía a mi merced, sobre mi, colmando mi cuerpo con sus labios y deleitándome con sus besos.

Con un solo gesto se sacó la camisa por el cuello y la tiró lejos de nosotros conforme volvía de nuevo a atrapar mis labios en un candente beso lleno de ardor, escuchando como gemía al hacerlo, provocando que ardiera de absoluta pasión al sentir también su fulgor.

Resultaba evidente que para Joan no era nada nuevo, en cambio para mi todo resultaba una experiencia única. Mi pantalón desapareció en algún momento, sus vaqueros también lo hicieron y nuestros cuerpos comenzaron a rozarse sutilmente conforme sus manos no dejaban de acariciarme.

Sentía como algo dentro de mí quería estallar. Un fuego me abrasaba interiormente tratando de consumirme, tan fuerte y tenaz que lograba poner alerta mis cinco sentidos.

Percibía el olor de su perfume más fuerte que nunca. Olía a madera, a incienso, a naranja y a especias. Podía ver sus ojos azules observándome minuciosamente, al igual que aquella boca recorriendo cada trozo de mi desnuda piel provocando el estremecimiento de cada célula de mi cuerpo. Oía el sonido de sus labios acariciándola lentamente conforme mis manos tocaban la calidez de su torso. Sí. Definitivamente había abrumado todos y cada uno de mis sentidos por completo.

Sentí como estrechaba con sus manos mis pechos, acogiéndolos al principio lentamente para después hacerlo de un modo más rudo y tenaz, como si se escapara a su propio control el gesto. Gemí en su oído y su repuesta fue bajar uno de los tirantes del sujetador para liberar uno de ellos y meterlo dentro de su boca logrando que un pequeño grito se escapara de mi garganta.

No estaba preparada para aquella clase de placer, menos aún podía creer que tal cosa podía suceder, hasta que me agarré a la suave tela de la cama que había bajo nuestros cuerpos y sentí como una de sus manos se deslizaba hacia abajo hasta posarse entre mis piernas y abrirse paso por los pliegues llegando al lugar más íntimo de mi cuerpo.

En cuanto sentí el roce de sus dedos en aquella parte de mi anatomía sentí que desfallecía y no precisamente de vergüenza, sino de puro placer por el movimiento que hacían.

Instintivamente me moví provocando que aquel roce se incrementara, sin saber exactamente porqué lo hacía, pero siguiendo los impulsos de mi propio cuerpo que me exigía con voluntad propia que lo hiciera.

Notaba como aceleraba aquel movimiento mientras me abrazaba a él y mordía su hombro desnudo exigiendo la liberación de aquel fuego interno, Cuando estaba a punto de alcanzarlo, a un solo paso de sentir que explotaba, percibí como sus dedos se internaban dentro de mi y provocaban una fulminante sensación de liberación hasta ahora inaudita.

Mi respiración estaba agitada, casi era incapaz de controlar los espasmos de mi cuerpo, estaba ajena al momento y al lugar donde me hallaba, siendo únicamente consciente de la sensación que acababa de vivir y deseosa de que nunca finalizara. Cuando abrí los ojos me encontré con los suyos observándome fijamente, mis piernas estaban abiertas para él con su cuerpo posicionado entre ellas y sin dejar de observarme sentí la presión entrando en mi cuerpo paulatinamente.

No dolía, solo era conmovedor y sobrecogedor al mismo tiempo, hasta que la punzada atravesó mi cuerpo y cerré los ojos fuertemente soportando aquel estremecimiento encogiéndome en mi misma.

Solo duró un instante, apenas lo suficiente para recobrar el sentido y notar como él besaba mis mejillas mientras acariciaba mi cabello, solo entonces comprendí que trataba de calmarme.

Mis ojos se encontraron con los suyos, pude notar exactamente lo que percibí el día que despertamos sobre aquel sofá juntos, no podía describirlo, pero era como si pudiera leer en mi interior y yo en el suyo, algo completamente inexplicable incluso para mi.

La sensación de que abandonaba mi cuerpo me inquietó, justo antes de percibir como se hundía de nuevo, pero esta vez no era dolor, era otro tipo de percepción. Ya no existía la presión, ni tampoco era placentera, pero comenzaba a descubrir que provocaba algo distinto incapaz de describir. Por alguna razón deseaba que continuara, quería descubrir hacia donde me dirigía aquello que empezaba a aumentar de intensidad en mi interior, colmando un ardor interno que hasta ahora desconocía que lo tenía.

Joan atrapó entonces mi boca con fiereza, con una atrocidad que me hizo agarrarme firmemente a sus hombros y responder con la misma intensidad mientras sentía como se movía dentro de mi con más fuerza. Por alguna razón necesitaba responder a sus movimientos y comencé a moverme buscándole, tratando de acercarme a él y a la sensación que despertaba anulando cada uno de mis sentidos hasta eclipsarme y abandonar mi cuerpo al placer que él estaba provocando. Sentía como si un dragón escupiera fuego en mi interior recorriendo cada fibra de mi cuerpo, era mucho más intenso que antes, incomparable con la sensación del principio y tan absolutamente cautivador que sentía que iba a desfallecer.

Percibía el fulgor de su cuerpo entre el mío, la intensidad de sus movimientos acogióndome entre sus brazos y el sonido de sus gemidos que acompañaban los míos propios sin ser consciente de ello.

Apreté mis uñas fuertemente en su espalda, como si necesitara hacerlo por la intensidad que me sobrecogía al percibir que algo dentro de mi eclosionaba, sencillamente era como si me desfragmentara en mil pedazos y grité. Grité de la pura intensidad de aquella sensación inaudita jamás experimentada.

Joan se dejó caer a mi lado y sentí como giraba mi cuerpo para verle de frente. Me sentía cohibida, nunca había experimentado algo tan íntimo y mi relación con él hasta ahora no podía definirse precisamente buena.

—Nunca pensé que podría ser el primero —susurró acariciando mi cintura—. En realidad nunca me permití soñar que pudiera tenerte —añadió acercándose para posar sus labios sobre los míos y acariciarlos suavemente—. Ha sido mejor de lo que podría imaginarme.

Por alguna razón era incapaz de responder. Sentía que flotaba en una nube de la que aún mi

mente tenía que procesar lo ocurrido. Demasiadas emociones juntas, demasiadas vivencias unidas, demasiadas sorpresas inesperadas al mismo tiempo. El cansancio de tantas horas sin pegar ojo hizo mella en mi cuerpo, así que mis ojos fueron apagándose lentamente viendo el rostro de Joan dormido a mi lado sin que sus manos dejaran de envolverme.

Quizá por la mañana me diera cuenta de que todo había sido un sueño, tal vez con la luz del día todo se desvaneciera, pero por ahora me permitiría soñar con la maravillosa sensación de saber lo que se sentía cuando me había hecho suya.

Capítulo 32

El ruido me despertó provocando que abriera lentamente los ojos. Al principio no supe donde estaba, hasta que descubrí quien tenía a mi lado. Joan estaba dormido y entonces percibí la desnudez de su cuerpo y el mío juntos en aquella cama.

La realidad me dio de bruces y más aún cuando escuché la voz de mi madre a lo lejos.

¡Mierda!

«¡Mierda!, ¡Mierda!, ¡Mierda!» repetí en mi mente conforme daba un salto de la cama importándome un comino despertarle y mirando hacia todas partes para ver que podía ponerme. ¿Dónde narices estaba mi ropa?

Divisé el pantalón del chándal y lo cogí rápidamente, me daba igual que estuviera del revés, que no llevase bragas o que fuera el fin del mundo, lo único que quería es que no me pillaran desnuda en la habitación de mi hermanastro.

A pata coja conforme me los ponía malamente alcancé la parte de arriba que estaba medio caída en una de las esquinas de la cama y me la coloqué conforme avanzaba hacia la puerta tratando de averiguar si estaban en la planta inferior o ya habrían subido y estarían por su habitación.

¿No se suponía que llegarían por la noche?, ¿Qué hacían allí tan temprano?

La puerta no estaba cerrada, sino que se había quedado medio entornada, así que me asomé parcialmente y vi que no había moros en la costa, por lo que salí al pasillo y entré en el baño como si pudiera fingir que salía de este si me pillaban.

—Sigue saliendo apagado, ¿Tu crees que les habrá pasado algo? —oí que decía mi madre desde abajo.

—Tranquila cariño, seguro que están bien. En cuanto puedan se comunicarán con nosotros.

Alcé una ceja preguntándome de qué estaban hablando, ¿Notaría mi madre en mi cara que habría pasado algo entre Joan y yo si bajaba? Decidí mirarme en el espejo y comprobé que la imagen que proyectaba era la misma de siempre, salvo por el leve rubor de mis mejillas si recordaba lo sucedido.

¿Cómo había podido pasar?, ¡Dios mío!, ¡Me había acostado con Joan!, ¡Con el tío que más odiaba en el mundo!, ¡Con la persona que detestaba por encima de todo!

¿Cómo le había permitido llegar tan lejos?, ¿Cómo era posible que hubiera ocurrido? Todo me parecía tan difuso, tan lejano y al mismo tiempo las imágenes se repetían en mis pensamientos consiguiendo que me derritiera por dentro.

No.

Andrea basta.

Ni siquiera yo misma era capaz de entender la razón por la que me había dejado llevar de ese modo, traicionando de esa forma a mis sentimientos.

¿Es que iba a olvidar tan fácilmente como me había tratado todo ese tiempo?, ¿Es que iba a perdonar todo lo que él me había hecho sufrir cada día de mi vida desde que llegó a ella?

Apoyé mis manos sobre el lavabo y abrí el grifo para echarme agua fresca. Necesitaba

despejarme, tal vez debería salir a que me diera el aire y aclarar mis ideas, aunque para eso debía pasar por delante de mi madre y darle explicaciones del porqué estábamos allí cuando en teoría no llegaríamos hasta el lunes.

¿Qué narices me invento yo ahora? La historia de ser cornuda no era buena idea...

Comencé a bajar las escaleras y a mitad de camino me di cuenta de que no llevaba ropa interior. Definitivamente Joan había frito mis neuronas. Iba a darme la vuelta, sería mejor volver a mi habitación y cambiarme para colocarme algo decente teniendo en cuenta que además haría bastante frío en la calle. Ni tan siquiera había dado dos pasos hacia atrás cuando la voz de mamá me detuvo.

—¡Andrea! —gritó como si hubiera visto un fantasma.

Vale. Ciertamente no debía estar en casa, pero tampoco es para que se pusiera así de histérica. Cerré los ojos y solo deseé que no se diera cuenta. Que ese instinto que se supone que tenían todas las madres con la mía no funcionara.

—¡Vaya!, ¡Que pronto habéis llegado! —exclamé fingidamente y comencé a descender viendo como ella corría hacia mi y se abalanzaba abrazándome.

¿Y a esta que le pasa ahora?

Ni siquiera la había visto cojear, y eso que aún le fastidiaba la pierna.

—¿Cuándo habéis llegado? —Esa vez era la voz de Paul quien hablaba.

—Pues... anoche, o más bien de madrugada —dije en cuanto mi madre me dejó respirar.

—¿Entonces no os habéis enterado? —preguntó de nuevo y mi cara de no saber de que hablaban debió ser respuesta suficiente—. Hubo una avalancha esta mañana a primera hora en la zona donde estabais, al parecer varias pistas han quedado sepultadas y no encuentran a dos esquiadores.

Tras decir aquello enmudecí. ¿De verdad había sucedido eso?, ¿Estarían todos bien?

—Yo sabía que tú no podías ser uno de ellos, eran pistas profesionales y no sabes esquiar, pero no sabíamos si Joan estaría bien... ¿Estáis los dos aquí, verdad? —preguntó mamá.

—Sí. Claro... si —dije fallándome la voz.

—Teníais los teléfonos apagados, no quería preocuparme en vano, pero al ver que ninguno respondíais comencé a ponerme nerviosa y decidimos venirnos antes a casa por si alguien nos contactaba o recibíamos información, ¿Cómo es que estáis aquí? Se suponía que no volveríais hasta mañana.

La pregunta del millón, ¿Qué me inventaba yo ahora?

—Es que....

—Andrea no se encontraba bien —concluyó la voz de Joan detrás de mi y supuse que debía haberse despertado por el ruido—. Así que decidí traerla por si debía llevarla a urgencias, pero al parecer no era nada grave por lo que veo, ¿No? —dijo ahora dirigiéndose hacia mi y rodé la vista para verle.

«Dios mío que guapo era recién despierto»

—No, no —negué demasiado saturada por lo sucedido y porque casi nos pillan juntos en la cama —Solo era un fuerte dolor de cabeza, pero ya se me ha pasado.

—Menos mal... —susurró mi madre que no pareció percatarse de nada extraño entre nosotros —. Iré a preparar gofres, ¿Me ayudas?

Mi madre solo preparaba gofres cuando se sentía feliz, así que deduje que debía haberlo pasado bastante mal al preocuparse por nosotros. No me apetecía en absoluto quedarme a solas con Joan, así que asentí conforme la seguía hacia la cocina y mientras ella sacaba la harina, los

huevos, el azúcar y el resto de ingredientes para hacerlos, yo cogí la gofrera.

—Tienes que reponer energía —susurró la voz de Joan cerca de mí y noté como me tensaba.

—¿Estás bien?, ¿Te sientes cansada? —preguntó mi madre acercándose a nosotros—. La verdad es que tienes las mejillas sonrojadas, tal vez tengas un poco de fiebre —dijo colocándome una mano en la frente y sentí que iba a desfallecer.

—Estoy perfectamente bien, gracias mamá —dije alejándome de ella y colocando el cacharro sobre la encimera mientras buscaba chocolate y fruta para acompañar.

Joan nos confirmó unos minutos más tarde que todos sus amigos estaban bien, ni siquiera se habían enterado de la avalancha porque ninguno había salido de casa. Aquello me tranquilizó, no es que por descubrir a Nicola en la cama con Verónica deseara que fueran sepultados por la nieve, siendo sincera, no podía culparles de caer en la tentación. ¿No había hecho yo precisamente lo mismo anoche?, ¿No me había dejado arrastrar por los instintos más bajos de mi cuerpo? Ahora mi mente racional y fría me gritaba por lo que había hecho, me recriminaba haberme dejado llevar por esa clase de sentimientos sin tener presente todo el daño que él me había hecho.

La noticia de la avalancha debió llegar a todas partes del condado, porque recibí el mensaje de preocupación por parte de mis amigas. Aproveché que Vanessa había regresado a casa para escaparme de la mía con aquella excusa.

Necesitaba contarle lo sucedido a alguien o explotar. Tenía que tener una opinión ajena a la mía de lo sucedido o me volvería loca.

Si. Más loca de lo que de por sí estaba si me había acostado con Joan.

Cogí el primer autobús que pasó por la parada más cercana a casa. No se dirigía hacia la dirección que necesitaba, pero no me importaba, por alguna razón había intuido las intenciones de Joan para hablar conmigo a solas y había salido despavorida antes de que eso ocurriera. Tenía que aclarar mis ideas, sobre todo por el remolino de sentimientos y culpabilidad interna que sentía.

Algo en mí me decía que me había traicionado a mí misma y a mis convicciones dejándome llevar por lo que él provocaba en mi cuerpo. Eso sin contar con que aún no tenía del todo claro si serían sinceros sus sentimientos.

Se había acostado conmigo. No me había tratado mal en ningún momento, pero siendo sincera conmigo misma, ¿Qué podría esperar de aquello? En solo unos meses él se marcharía y con toda probabilidad se acostaría con más de una universitaria que conociera en su campus. Joan era guapo, estaba bueno y tenía la facilidad de que cualquier chica se acercara a él con solo chasquear los dedos.

No es que me hiciera vanas ilusiones con tener una relación junto a mi hermanastro —una palabra que odiaba a muerte—, pero la situación de por sí era complicada, más aún si añadía el hecho de que se había estado burlando de mí hasta hacía solo unas semanas.

«Quería alejarte de mí»

¿Sería verdad que deseaba alejarme de él?, ¿Qué todo lo que había dicho y hecho solo era para tener el efecto deseado?

Quería creerle al mismo tiempo que no me tragaba ninguna de sus palabras. De él solo había llegado odio, dolor y sentimientos encontrados al mismo tiempo.

—Ya puedes tener algo bien gordo que contarme porque escaparme de casa me ha costado una discusión con mi madre y seguro que me termina castigando cuando regrese —dijo sentándose en la mesa que acababa de ocupar en aquella pequeña cafetería.

Hacía un día lluvioso, aunque apenas llovía y lo cierto es que eran de esos días en los que apetecía quedarse en casa si no fuera porque la persona que estaba en ella era de quien

precisamente rehuía.

—Me he acostado con Joan —solté sin medias tintas.

Si iba a decirlo de todos modos, ¿Qué más daba como lo hiciera?

—¿Qué te has acostado con Joan? —gritó mi amiga atrayendo la atención de las cuatro personas que había en la cafetería.

—Gracias por hacer que se entere todo el mundo —susurré tapándome la cara con las manos.

—Dime que es una broma de muy mal gusto, Andrea —reiteró sentándose y esa vez en un tono de voz más bajo.

—Eso quisiera yo, que hubiera sido una broma, pero no, no lo es —afirmé cogiendo el batido y dando un buen sorbo a la pajita como si eso calmase mis nervios.

Sabía que ahora vendría una retahíla de preguntas, las suficientes para llegar al punto en el que había podido producirse aquello.

Después de revelar que mi relación con Nicola no era real hasta hacía muy poco y los intentos de Joan porque finalizara esa inexistente relación, llegamos al punto en el que había pillado a Verónica en la cama con mi supuesto novio y en la que yo terminé en la cama del supuesto suyo.

Si lo analizaba, casi parecía irónico.

—Si me pinchan no sangro, Joan Baker colado por ti, mira que la idea pasó por mi mente debido a como actuaba contigo, pero nunca creí que pudiera suceder —susurró pensativa—. ¿Y qué vas a hacer ahora?, ¿Vas a perdonar como te trató todo este tiempo?, ¿Vas a intentar tener algo con él? Eso sin contar con que realmente tenga buenas intenciones después de como se ha comportado hasta ahora. Además, sois hermanastros, ¿Cómo crees que va a reaccionar tu madre cuando se entere?

«O peor aún; su padre» pensé.

No. En definitiva mi relación con Joan estaba destinada al fracaso desde mucho antes que iniciara, aunque tampoco podía denominarse relación siquiera.

—Todo es demasiado complicado. Mi vida se volvió un caos desde que mi madre se casó con Paul —susurré terminando el batido y dejándolo a un lado.

Necesitaría mil como esos antes de tomar una decisión y mi amiga no me ayudaba en nada. No existía elección buena. Hiciera lo que hiciera no estaría conforme con ninguna de ellas, eso sin contar con lo que fuera que opinaba Joan respecto a lo sucedido entre nosotros.

Mi teléfono había permanecido apagado desde el momento en que me fui de la casa de Nicola, lo último que deseaba eran leer sus mensajes o contestar sus llamadas, así que lo apagué, únicamente lo encendí cuando Paul y mamá nos avisaron de la avalancha, pero no había querido leer los mensajes de Nicola, es más, me negaba por completo a hablar con él tras lo sucedido y tampoco sé que demonios pretendía decirme después de pillarle con las manos en la masa.

Vanessa me había indicado que le bloqueara, así no me seguiría entrando sus llamadas, pero lo cierto es que no le guardaba rencor, tal vez porque en el fondo sabía que lo que sentía por Verónica siempre sería más fuerte de lo que lograría sentir por mí. Yo fui consciente de ello desde el primer minuto y aún así lo acepté, lo ocurrido solo me pareció una falta de respeto, pero no algo que pudiera sorprenderme demasiado teniendo en cuenta su trayectoria.

De lo que sí podía culpar a Nicola es de ser el culpable indirectamente de que me lanzase a los brazos de Joan en aquel momento de debilidad y ahora estaba demasiado confusa para aclarar mis propios sentimientos sin saber realmente hacia donde debía caminar.

Cuando mi amiga tuvo que regresar a casa y comenzó a oscurecer, supe que no podría hacer eterno aquel momento, tarde o temprano me debería enfrentar a él y plantear lo ocurrido entre

nosotros e incluso tomar una decisión como adultos responsables y consecuentes de nuestros actos.

En cuanto me subí al autobús que me llevaría a casa me entró otro mensaje de Nicola que no abrí.

«Tengo que hablar contigo. Es urgente»

No había leído la mayoría, pero alguno que otro me había entrado en la notificación y eran similares.

«Por favor contestarme», «Necesito hablar contigo», «Tengo que explicártelo»

¿Qué había que explicar?, ¿Acaso podía explicarse el hecho de que le encontrara en la cama con ella? No me parecía demasiado lógico y por esa misma razón no contesté, aunque sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarle y escuchar aquello que quisiera decirme o inventarse.

Había desechado a que aquel momento llegase mínimo hasta el martes que volveríamos a clase, por lo menos tendría un pequeño margen de tiempo para aclarar mis ideas y que la situación no me molestase, pero en el pequeño tramo que había desde la parada hasta mi casa avisté el flamante descapotable blanco de Nicola.

¿Había venido aposta?, ¿Quería hablar conmigo o con Joan? La respuesta la descubrí de inmediato cuando me acerqué y vi como él se bajaba del vehículo.

—¡Andrea! —exclamó—. ¡Andrea espera! —insistió interceptándome.

—No tengo nada que hablar contigo Nicola —comenté tratando de esquivarle pero volvió a colocarse frente a mi.

—Llevo esperándote una hora. Tu madre me dijo que no tardarías en regresar y aunque no quieras ni verme, aún así te debo una explicación.

Sabía que no me iba a dejar en paz, así que me crucé de brazos y alcé la vista, comprobé el cerco morado alrededor de su ojo, sobre todo en la sien hacia el nacimiento del pelo, al parecer Joan le dio con bastante fuerza.

—Está bien. Di lo que tengas que decir y márchate.

No tenía demasiadas ganas de afrontar aquello ahora, bastante lío mental tenía ya para que él viniera ahora con sus vanas explicaciones las cuáles no me servirían de nada.

—Yo no sabía que vendrías a mi habitación, de haberlo sabido...

—¿No te habrías acostado con ella? —exclamé terminando su frase como si me pareciera completamente absurda su afirmación.

—Joder Andrea, ¡No sabía que me harías esperar tanto! —contestó como si fuera mi culpa y no di crédito a su excusa.

—¿Perdona? —exclamé patidifusa—. ¿Ahora es culpa mía que metieras a Verónica en tu cama? —añadí con toda la calma del mundo.

Si ya me parecía patético que tratara de excusarse, el modo en que lo hacía volviendo la pelota contra mi era aún peor.

—No estoy acostumbrado a estar tanto tiempo con una chica sin sexo, Verónica apareció en mi habitación y me dejé llevar —contestó fatigado—. Eso no cambia lo que siento por ti, me gustas. Eres el tipo de chica con el que me agrada estar y sé que lo nuestro podría funcionar...

—No —negué cortándole por lo sano—. No te equivoques. Desde el principio quien te gustaba y por quien sentías algo era Verónica y salta a la vista que aún sigue siendo así. Estás confundiendo deseo con amistad y yo para ti solamente soy una amiga con la que te diviertes y lo pasas bien, pero nada más —puntalicé.

Nicola pareció pensativo, como si buscara las palabras adecuadas para contestar.

—Si solo fuera eso no estaría aquí tratando de disculparme después de lo que pasó —insistió.

No sabía cuáles serían sus razones, pero lo llevaba claro si pensaba que podría olvidar el hecho de verles en la cama juntos delante de mis narices.

—Estás aquí porque te sientes culpable, nada más. Crees que yo estaré sufriendo por lo que vi, y lo cierto es que lo que ocurrió tal vez fue necesario para descubrir que lo nuestro jamás funcionaría. No estoy dolida, ni tampoco me siento utilizada o engañada porque desde un principio supe lo que había. Nicola, hazte un favor o mejor dicho, haceros los dos un favor y comenzar realmente una relación en lugar de andar a escondidas mientras fingís no sentir nada el uno por el otro —terminé refiriéndome a él y Verónica.

Vi como se echaba la mano a la cabeza metiendo sus dedos entre el pelo y parecía bastante confuso.

¿Acaso nadie le había hablado así de claro alguna vez? No sabía si me escucharía y tendría en cuenta mis palabras, pero esperaba que sí por bien de esos dos.

—¿Entonces no estas enfadada?, ¿No me odias? —exclamó extrañado.

Tal vez debería estarlo, pero eso sería admitir que tenía sentimientos hacia Nicola y la cruda realidad es que había descubierto que por él no sentía absolutamente nada.

¿Eso significaba que sí los sentía por Joan? Lo cierto es que no quería analizar esa pregunta porque me asustaba la respuesta que podría encontrar.

—Si te sirve de algo mi respuesta, no te odio Nicola, pero tampoco tengo ninguna intención de tener una relación contigo salvo de amistad. Creo que nunca debí aceptar que intentáramos tener algo, sobre todo teniendo en cuenta tus sentimientos hacia Verónica. Ahora me doy cuenta de ello, tal vez estaba tan centrada en tratar de olvidar algo que no me di cuenta de la verdad —confesé sin ser específica.

—¿Qué verdad? —preguntó confuso.

—Eso no importa —concluí—. Quizá debas tener una conversación con Verónica, ella debería explicarte muchas cosas —dije alejándome de él y observando como se quedaba confuso.

No iba a decirle lo que me había confesado Joan, eso no me repercutía a mi hacerlo, si ella quería decírselo que lo hiciera y entonces pensé en si verdaderamente todo lo que me había confesado sería verdad. ¿No habría tratado de mentirme para llevarme a la cama?

No. Él nunca podría saber que yo accedería o me implicaría de ese modo. Una cosa eran algunos besos y otra tener sexo.

¡Dios mío!, ¡Ya no era virgen!

Casi estaba llegando a casa cuando Joan parecía venir hacia mi con el ceño fruncido.

—¿Qué quiere ese idiota ahora? —exclamó airado, con la intención incluso de aproximarse hasta Nicola, cosa que impedí.

—Todo está aclarado —dije dejando claro que me había encargado del asunto.

Tal vez agradeciera que me sacara de aquella casa como lo hizo y que incluso le propinara un puñetazo bien merecido a Verdini, pero del resto podía encargarme solita.

—¿Aclarado?, ¿Es que piensas darle otra oportunidad después de lo que ha hecho?, ¿Cómo eres capaz de caer tan bajo? Así que te acostaste conmigo anoche solo para igualar la jugada. Eres igual de...

«Plaff» Ni me lo pensé cuando mi mano estampó su mejilla como si tuviera vida propia.

No estaba dispuesta a seguir escuchando, ¿En que concepto me tenía?, ¿Es que creía que por un instante podía pasar por alto algo así?, ¿Qué me engañaran y me tomaran por idiota para responder del mismo modo solo por igualar la partida?, ¿De verdad era tan imbécil para creer que

iba a entregarme a él solo por venganza?

—Eres un cretino —solté—. Te odiaba antes y te odio ahora, ni siquiera sé como te pude creer por un momento. Solo espero el día que desaparezcas de mi vida de una puñetera vez para no volver a verte de nuevo. Y si vuelvo o no a darle un oportunidad a Nicola, no es asunto tuyo, será solo mío.

Me importaba un bledo que pensara si estaba saliendo o no con Verdini, desde luego él no era nada mío para decidir o no sobre mi o lo que tuviera que hacer al respecto.

—¿Es eso lo que quieres?, ¿Qué desaparezca de tu vida para siempre? —exclamó con un gesto serio.

—Lo deseo desde el mismo momento en que llegaste —me apresuré a decir tratando de apartarme de él.

Estaba enfadada.

Estaba cabreada.

Estaba fuera de sí.

Se suponía que tendríamos que hablar de lo ocurrido, que tendríamos que aclarar lo que había sucedido y él volvía a su carácter dominante donde parecía tomar las decisiones por mi y presuponer cosas que no eran.

No me contestó, sino que se apartó y pasé a su lado hasta llegar a mi habitación. No me apetecía en absoluto compartir la cena en familia, pero por suerte los fines de semana eran algo informales porque normalmente Joan no estaba presente. No fue lo que sucedió en aquella ocasión, sino que permanecía en la mesa más callado de lo normal y por suerte para ambos, fue mi madre quien llevó la conversación hablando sobre las vacaciones de navidad y el viaje que tenían pensado a hacer a Nueva York.

Genial. Unas vacaciones de navidad a solas con Joan. Lo que le faltaban a mis revolucionadas hormonas después de lo ocurrido.

Ni siquiera me quedé para el postre, sino que cogí una tarrina de helado de chocolate junto a una cuchara y me la llevé a mi cuarto. Tal vez la Andrea impaciente que había en mi, esperaba que de algún modo él llamara a mi puerta, que se disculpara y que tal vez aclarásemos todo, pero si me había creído que Joan Baker iba a aminorar su orgullo, lo llevaba claro. No solo no sucedió, sino que al día siguiente cuando me desperté no había rastro alguno de él por la casa.

Agradecí su ausencia para remolonear en el sofá mientras veía películas al azar que seleccionaba en la plataforma. Esperaba que apareciera en cualquier momento, quizá por esa misma razón no me había movido del lugar, pero durante el almuerzo no apareció, tampoco mencionaron nada Paul o mamá, así que intuí que ellos debían saber donde estaba, pero lo mismo ocurrió en la cena y aquello me mosqueó.

No quería preguntar, pero al mismo tiempo me carcomía en las entrañas. ¿Estaría con Verónica?, ¿Con quien sino?

El pensar en Joan junto a ella me provocó un nudo en el estómago, algo que no había sucedido con Nicola. ¿Por qué me sentía así?, ¿Por qué me preocupaba donde estuviera?, ¿Por qué deseaba que regresara si le había dicho que no quería volver a verlo?

—¿Dejó algo de pizza fuera para Joan? —pregunté como si de ese modo no pareciera interesada en él.

—No cariño —contestó mamá despreocupada—. Él no vendrá, se ha mudado al piso de Paul una temporada. Dice que aquí se desconcentra para estudiar y que debe focalizarse en la recta final del curso para sacar la nota que le piden de acceso a la universidad.

En aquel momento sentí que me habían tirado un jarro de agua fría. ¿Se había marchado?, ¿Joan se había ido de casa?

—¿Se ha ido? —exclamé congelada.

—Deberías estar contenta, ahora tendrás el baño solo para ti —contestó mamá con una media sonrisa, pero parecía algo preocupada.

No dejó que contestase, sino que se marchó de la cocina al sofá donde estaba Paul con su ordenador y yo me quedé de pie sin saber que hacer.

¿Se había marchado por mi culpa?, ¿Por lo que yo le había dicho?

Las últimas palabras que le había gritado diciéndole que no quería volver a verlo en mi vida me refrescaron la memoria. Era evidente que se había marchado porque indirectamente le había forzado a hacerlo.

En cuanto entré en mi habitación noté que mis manos temblaban, que todo mi cuerpo se estremecía y que la cruda realidad me acechaba.

No era feliz por saber que no volvería a verle, sino que tenía un sentimiento muy contrario.

¡Joder!, ¡Joan me gustaba de verdad!

¿Qué otra cosa podría ser para describir como me sentía en aquel momento?

Por primera vez en mi vida, derramé lágrimas de desazón, de un sentimiento de vacío en mi interior.

Tal vez le detestara, no quisiera verle o me pareciera un engreído orgulloso, pero no podía evitar sentir lo que él provocaba en mi cuerpo cuando estaba cerca de mí, la ternura de sus labios besándome, reclamando mis besos y el estremecimiento que me acontecía cuando me miraba con aquellos ojos azules de la forma en que lo había hecho durante los últimos días cuando estábamos juntos.

Debía estar loca para gustarme Joan Baker, pero ¿Desde cuando había estado cuerda? Ni siquiera tenía razones para sentir lo que sentía, era irracional e incoherente, aunque ¿No era así el amor?, ¿Loco, estúpido y que escapaba al propio control?

Capítulo 33

Me levanté de mejor humor por la mañana, tal vez por el hecho de que aunque Joan se habría marchado de casa, seguiría viéndole en el instituto, pero cuando vi el círculo de sus amigos, los mismos que habían estado en la casa de la montaña de los padres de Nicola, no hubo rastro de él. ¿Quizá no había asistido a clase? No solo fue inexistente su presencia ese día, sino que nadie vio a Joan en toda la semana y aquello comenzaba a preocuparme.

¿Tal vez debería llamarle?, ¿Enviarle un mensaje?, ¿Presentarme en su casa? Lo cierto es que Paul no parecía preocupado, muy al contrario parecía en calma, sin duda alguna debería hablar con él a diario o de lo contrario no estaría tan relajado.

Mi tensión se iba acumulando día tras día sin tener noticias de Joan y sin que nadie hablara de él, actuando como si todo fuera de lo más normal.

—¿Por qué nadie dice nada? —exclamé a Lourdes y Vanessa en la hora del almuerzo.

Obligada por Vanessa le había contado todo también a Lourdes, quien no daba crédito a lo sucedido, pero al menos ahora podía despacharme a gusto revelando mis pensamientos a ambas sin martirizarme por ello.

—Tal vez esté enfermo —soltó Lourdes.

—O esté fuera de la ciudad —añadió Vanessa encogiéndose de hombros, pero sea como sea, no lo descubrirás si no le llamas.

Les había confesado que creía que sentía algo por él, no había revelado que esos sentimientos crecían día a día, tal vez porque yo misma era incapaz de creerlo, pero desde luego no hacía falta ser un genio para averiguarlo teniendo en cuenta que todas las conversaciones se habían centrado en él y solo en él.

—Llámale —reiteró Lourdes.

—No puedo hacerlo —confesé por enésima vez—. ¿Qué voy a decirle? Ni siquiera sabría por donde empezar. Además, fue él quien se largó después de humillarme.

Se suponía que era él quien debía pedir perdón, no yo.

—Puedes tragarte tu orgullo y llamarle porque estás preocupada o puedes esperar a que regrese a casa. Al fin y al cabo su padre está casado con tu madre, en algún momento deberéis veros, ¿no? —inquirió Vanessa dando por hecho que Joan no podría escapar eternamente de mí.

Tal vez tuviera razón, probablemente llegaría una cena, un evento o un acontecimiento familiar en el que no pudiera esquivarme. Es más, tampoco podría faltar al instituto eternamente teniendo en cuenta que necesitaba aprobar todos los exámenes antes de ir a la universidad.

La teoría era muy fácil, pero conforme pasaban los días cada vez me exasperaba más y más. Era extraño el silencio prolongado en casa cuando mamá o Paul no estaban, la ausencia de su cepillo de dientes en el baño o el hecho de que nadie me deformara el tubo de la pasta de dientes, todo permanecía siempre del mismo modo en que yo lo dejaba. Ya no tenía que esperar porque estuviera el baño ocupado, o sentir el olor de su perfume cuando entraba por las mañanas. Tampoco oía la música que normalmente ponía por las tardes, ni escuchaba sus pasos cuando pasaba por mi puerta. No solo era extraño no sentir nada de aquello, sino que de pronto un vacío

se apoderó en mis adentros.

¿No era eso precisamente lo que había deseado? Había anhelado fervientemente que él se marchara, que me dejase en paz, que al fin desapareciera de mi vida y ahora que lo había conseguido no era feliz, sino que contaba los minutos hasta volver a verle de nuevo.

Diez días.

Diez largos y eternos días fueron los que pasé sin verle hasta que aquella mañana su rostro vagamente iluminado por el poco sol que dejaba traspasar aquellos nubarrones apareció en el parking del instituto.

Llegó en su moto, vistiendo unos vaqueros que le sentaban como un guante y una cazadora de cuero marrón. No se entretuvo en mirar a todos los presentes que le observaban, desde luego tenía un cuerpo y un rostro para ser admirado aunque tiempo atrás lo hubiera negado. Se quitó el casco y lo ató con una cadena al eje de la rueda como solía hacer siempre. Desde mi posición le observaba tímidamente conforme sentía un mariposeo en mi estómago de lo más peculiar.

Ser consciente de la intimidad que había compartido con él me hacía sentir de ese modo, Había estado en su cama, junto a él, siendo suya y él mío aunque solo hubiera sido una vez.

—¡Vamos!, ¡A qué esperas! —gritó Vanessa alentándome y sentí que desfallecería.

¿Qué debía hacer?, ¿Llamarle?, ¿Acercarme a él?, ¿Preguntarle que tal estaba?

La respuesta no se hizo esperar cuando se volvió hacia atrás y me vio, su mirada se posó sobre la mía dos segundos y después actuó como si no me conociera, como si yo no existiera. Se giró bruscamente y continuó hacia delante.

Ni siquiera una sonrisa o una mueca.

La sensación de desolación me invadió por completo. No sabía si prefería al Joan que veía ahora mismo o al que me tenía comentarios absurdos sobre mi pelo, al menos en este último caso existía para él y en cambio ahora actuaba como si no me conociera de nada.

Lourdes me dio un pequeño empujón animándome a caminar para entrar en el edificio. Siendo sincera lo único que deseaba era darme media vuelta y regresar a casa, aunque tuviera que andar una hora, quizá el aire me sentara bien después de esperar durante diez días para verle y ahora comprobar que ni siquiera tuvo una expresión de desagrado hacia mi persona. Nada. Su cara no expresaba absolutamente nada.

Cuando pasé por el pequeño círculo de amigos de Joan donde también se encontraba Nicola y Verónica como siempre, observé que él parecía entretenido cambiando libros en la taquilla. Ninguno estaba pendiente de él o preguntándole por su ausencia. ¿Tal vez todos sabían algo que yo desconocía? Ni siquiera me había atrevido a preguntar porque en teoría yo debía saberlo teniendo en cuenta que vivíamos en la misma casa.

—¡Andrea! —gritó Nicola y sentí su brazo por mis hombros atrayéndome hacia él. No dije nada, mis ojos iban hacia Joan que seguía sin inmutarse con la vista fija en su taquilla, como si algo de lo que tuviera allí dentro fuera más interesante que el resto que lo rodeaba—. El próximo fin de semana vamos todos al festival de invierno que se celebra cerca de la playa, ¿Te apuntas? Será la última fiesta antes del baile de fin de curso para los de último año, dime que vendrás —añadió dándome un sonoro beso en la mejilla y haciendo al resto partícipes de su pregunta.

¿Iría Joan al festival? Recordaba que el año pasado si había asistido, misma razón por la cuál yo no había acudido. Aunque hubiera cientos de personas en la mayoría de conciertos, no quería correr el riesgo de tener que soportarle si le veía. Prefería aprovechar el fin de semana para deambular por casa a mis anchas sin su presencia.

—Claro... —contesté con la fehaciente idea de que él estaría también.

—¡Genial!, ¡Entonces estaremos todos! Dile a tus amigas que también vengan —indicó mirando a Lourdes y Vanessa que se habían parado unos metros delante de donde nos encontrábamos.

Asentí antes de marcharme y alejarme de él viendo por el rabillo del ojo como Joan seguía ensimismado en su taquilla sin pronunciar palabra alguna. En cuanto me alejé de allí, se colgó la mochila al hombro y se giró hacia sus amigos. No hacía falta ser un genio para saber que trataba de evitarme a toda costa, ¿Es que no pensaba volver a mirarme de nuevo?, ¿Me haría el vacío eternamente a pesar de que nuestros padres estuvieran casados?, ¿Qué pasaría cuando tuviéramos algún acontecimiento familiar?, ¿También me evitaría?, ¿No volvería a dirigirme la palabra nunca más?

Tenía todo cuanto había deseado en un principio. Que él me dejase en paz, que se olvidase de mi y pudiera vivir mi vida en paz sin sus humillaciones. Ni Joan, ni sus amigos tenían comentarios sobre mi, es más, me habían incluido en su círculo. Nunca imaginé que no disfrutaría de ese momento y que mi inquietud fuera tan descorazonadora al ver como él obviaba mi presencia.

¡Joder!, ¡Ni tan siquiera se ha dignado a mirarme!

Rememoré una y otra vez nuestra última conversación, esa en la que le había gritado que no quería saber nada de él, que solo deseaba que desapareciera de mi vida. Solo entonces vislumbé que él no trataba de imponerme una decisión, al menos no en ese momento, sino que más bien trataba de protegerme de caer en los brazos de Nicola de nuevo, solo que yo no necesitaba que nadie me advirtiera, sabía perfectamente tomar decisiones por mi misma y aunque errase en ellas, no quería que él se entrometiera. Quizá fui demasiado drástica, pero nunca creí que tomaría al pie de la letra mi palabra, más aún si tenía presente que todas las veces que habíamos discutido el siempre me llevaba la contraria.

Si creía que el primer día fue una excepción, el resto de semana siguió de la misma forma. Cada vez que pasaba por el pasillo y saludaba a sus amigos, él parecía demasiado ocupado con los libros de su taquilla o hablaba con otra persona sin dignarse a mirarme, literalmente era como si no existiera para él, de hecho parecía que era invisible. A pesar de no tener demasiado entusiasmo con el festival de invierno, me dejé convencer por mis amigas para acudir, tal vez podía ser el momento perfecto en el que limar asperezas con Joan, porque estaba segura de que él iría a pesar de que yo también lo hiciera.

Me coloqué una minifalda de cuero negra que llevaba incorporado un pantalón debajo para que no se me viera hasta el alma y una blusa un poco suelta en color crema. Decidí combinarlo con medias de red, calcetines altos y botas de agua teniendo en cuenta que se formaría un barrizal en el campo de arena. Cogí mi mochila pequeña y una cazadora que abrigara bastante, había decidido dejarme el pelo suelto con la idea de hacerme posteriormente una trenza, de ahí que llevase varias gomas de colores en la muñeca. Apenas llevaba maquillaje, no estaba segura que después de todo el día, aguantase sin que acabara como un mapache.

Estaba esperando en la puerta de entrada a mis amigas cuando vi llegar al grupo de amigos de Joan. Nicola llevaba el brazo echado por encima de Verónica, que sonreía sin parar y el resto de integrantes venían por detrás. No había rastro alguno de Joan, ¿Es que no pensaba venir? El grupo se detuvo un instante a saludarme y les indiqué que entraría después cuando llegasen mis amigas.

Mi pulso se aceleró cuando le vi solo unos minutos después que el resto del grupo, al menos no había decidido ausentarse por mi culpa. Percibí la ansiedad acumulándose en mi estómago hasta que alzó la vista y me vio. Solo fueron unas décimas de segundos las que aquellos ojos azules cristalinos se posaron sobre mi, llevaba tanto tiempo sin cruzar su mirada que casi había olvidado lo que sentía, pero tal como hizo la última vez, apartó la vista y se dirigió hacia el lugar donde te

colocaban un sello al pasar la entrada.

Decidí no esperar más tiempo, ya me encontrarían o me llamarían. Tenía que hablar con Joan, no sabía que iba a decirle, pero no podía más con aquella situación. Cuando entré tarde un rato en visualizarle, aquello era más grande de lo que imaginaba, pero divisé al chico moreno de espaldas cuyos vaqueros le sentaban como un guante y caminé rápido hacia él. El aforo aún no estaba lleno, de hecho se veían bastantes claros en lo que sería la pista y cuando estaba por alcanzarle vi al resto de sus amigos saludarle gratamente mientras él chocaba algunas manos.

¡Mierda!, ¡Había perdido la oportunidad de pillarle a solas!

—¡La pequeña Andrea! —gritó Zacker agarrándome de la cintura conforme me elevaba en el aire.

—¡Eh tío, ten más cuidado! —oí a Joan y mis mejillas se tiñeron de rojo.

Le observé, pero evitaba mirarme de nuevo. ¿Sería siempre así conmigo? En cuanto alguien dijo de ir a por bebidas me apunté de inmediato. Necesitaba si o si meter alcohol en mi cuerpo para entumecer mis sentidos.

Vanessa y Lourdes no tardaron en llegar, las dos me animaban a intentar hablar con él que se hallaba al otro extremo de donde yo me situaba, pero las palabras no salían de mi boca, de hecho, tenía un nudo apretado en el estómago que me impedía disfrutar de la fiesta, mis ojos se iban una y otra vez hacia donde él se encontraba conforme vaciaba mi bebida de vino con limón.

Los efectos del alcohol no tardaron en llegar, aunque en realidad tenía más inquietud por la situación de tener a Joan tan cerca y no poder hablar con él que por mi ligero estado de embriaguez.

Por alguna razón vi que Verónica se acercó hasta Joan y se colocó de puntillas para decirle algo al oído, no supe que sería, pero sí que él le rodeó los hombros y la atrajo hasta él de un modo cariñoso. Después se inclinó sobre ella y le dio un beso en la frente sin dejar de soltarla.

No lo soporté.

Una sensación horrible de impotencia y enfado hizo que soltara el vaso al suelo y me diera media vuelta. No aguantaría un minuto más aquel martirio, no podía soportar un instante más que él evitara mi presencia y no me dirigiera la palabra. Quizá yo había provocado aquello. Tal vez fuera mi culpa, pero eso no significaba que no me doliera su actitud.

—¿Dónde vas? —dijo la voz de Lourdes deteniéndome.

Vanessa estaba unos pasos más atrás tonteando con un chico, de modo que ni siquiera se había dado cuenta de lo que sucedía.

—Me duele un poco la cabeza, creo que voy a salir un momento —mencioné no queriendo hacer un drama de la situación.

—Te acompaño.

Realmente agradecía su preocupación, pero no pensaba regresar y no quería fastidiarles a ellas el concierto, más aún teniendo en cuenta el interés de Vanessa por ese chico.

—Será mejor que te quedes vigilando a Vanessa, por si necesita tu ayuda para escapar —sonreí tratando de parecer tranquila.

En cuanto estuviera fuera de allí les enviaría un mensaje para decirles que me marchaba a casa. Aunque Lourdes no parecía muy convencida, pero asintió y se quedó, dejando que me marchara.

Tuve que empujar a varias personas para hacerme hueco hasta salir de allí. Tanto la zona donde se celebraba el festival como las inmediaciones estaban hasta arriba de gente, así que me alejé sin mirar atrás, percibiendo como el frescor provocaba que las lágrimas que estaban a punto de salir de mis ojos no lo hicieran.

Estaba atardeciendo, podía llamar a un taxi o coger el bus de regreso a casa, pero casi prefería caminar para despejar la mente. Iba abrazada a mi misma cuando el ruido de la moto se detuvo a mi lado.

Genial. Lo último que necesitaba ahora mismo era un idiota acosándome.

Alcé la vista para enviarle directamente a freír espárragos cuando descubrí que se trataba de él.

De ÉL

¿Qué hacía Joan allí?

—Sube —indicó haciendo un gesto y cogiendo el otro casco que siempre llevaba.

Me quedé paralizada, pero a pesar del titubeo de mi mano, cogí el casco que él me ofrecía y me lo coloqué antes de subirme y aferrarme a su cintura.

Sentir de nuevo su olor, el calor de su cuerpo, la sensación de estar cerca de él era muy diferente en aquella ocasión respecto a otras veces. Cerré los ojos fuertemente dejándome llevar por esa única e irremplazable emoción, no deseaba que terminara aquel viaje, lo único que quería es que continuara interminablemente.

Me percaté de cuando se había detenido minutos más tarde. El ruido del motor de su moto no había cesado, pero permanecíamos parados el suficiente tiempo para que abriera los ojos y me diera cuenta que habíamos llegado a casa. Me bajé lentamente, era la hora de la verdad, el único momento que tendría para hablar con él de forma civilizada. Me quité el casco importándome muy poco los pelos de loca que pudiera llevar y se lo di en lugar de colocarlo yo misma en la parte trasera donde siempre lo llevaba.

—¿Vas a entrar en casa? —pregunté tratando de establecer una conversación.

—No puedo —negó ajustando las correas que ataban el casco y volviendo a su posición inicial en la moto—. Entra en casa, has bebido y será mejor que tu madre no se percate de ello.

Iba a darme la vuelta y marcharme, de hecho casi había dado medio giro, pero ya fuera en parte por el alcohol o por mi maltrecho corazón, no lo hice y me dirigí de nuevo a él.

—¿Por qué te has ido? —pregunté a pesar de saber la respuesta.

—Es mejor así —contestó sin mirarme, su mirada permanecía al frente—. Tenías razón, lo mejor es que me mantenga lejos de ti, siempre estropeo todo lo que toco.

Un sentimiento sobrecogedor me hizo dar un paso hacia él como si sintiera que debía tocarlo y decirle que no era así, pero antes de poder acercarme más a él, aceleró y su moto se perdió calle abajo.

¡No!, ¡No se podía marchar así!

Si estaba borracha o no, mamá no pareció percatarse, también el hecho de que estuviera ensimismada viendo una serie de cocina ayudó. Mencionó no se que de un pastel de carne que haría para la cena de navidad y sinceramente, el último de mis pensamientos sería que receta le haría estar ocho horas en la cocina para una simple cena.

¿Estaría Joan en esa cena? Solo faltaban cuatro días para eso, ¿Tal vez se iría con sus abuelos maternos? En cualquier otro momento de mi vida lo habría deseado con fervor, pero ahora solo esperaba que el afán de mamá por reunir a la familia aquella noche le obligara a venir.

Capítulo 34

Si había algo que llevaba mal, verdaderamente mal es que nadie hablara en casa de Joan. ¿Por qué no decían nada?, ¿Es que les parecía normal su ausencia constante?, ¿Ni siquiera una visita de cortesía?, ¿Es que ellos sabían algo que yo desconocía? Bien era cierto que en solo unos meses se marcharía a otro estado para ir a la Universidad, pero de momento seguía aquí, en California y ni siquiera se había pasado a saludar en las dos semanas que llevaba fuera de casa.

Aún había ropa en su armario.

Si, lo reconozco. Había ido a husmear cuando no había nadie en casa y porque no confesarlo; me tiré en su cama para olisquear su olor en la almohada, ya hacía unos días que se había evaporado su perfume, pero aún así me gustaba tumbarme allí para recordar lo que había sucedido entre nosotros.

Mamá llevaba desde primera hora de la mañana en la cocina, parecía ilusionada, pero ella siempre lo estaba cuando llegaba navidad, si había algo que adoraba de esa época del año era cocinar. Siempre me obligaba a realizar con ella la pasta para las galletas de jengibre o me liaba para que le ayudara con el pavo. Aquel día no fue menos, pero parecía más contenta de lo normal. Me había hecho a la idea de que Joan no vendría cuando no habían mencionado nada, seguramente habría optado por marcharse para pasar las navidades con sus abuelos, el año pasado también lo había hecho, así que decidí que sería una buena opción cenar con el mismo pijama con el que llevaba todo el día.

Mamá y Paul tenían planes después de la cena, al parecer se irían a una fiesta que daban unos amigos, por tanto yo me quedaría triste y amargada en el sofá viendo películas de amor, así lloraría a moco tendido dándome lástima de mi misma por pifiarla con Joan.

—Andrea, coge los platos de la vitrina, los de porcelana fina —mencionó mamá desde la cocina mientras colocaba el mantel.

Resoplé porque esa vajilla era intocable salvo precisamente en estas fechas. Me gustaba decorar la mesa, al menos era la parte divertida del día y conseguía relajarme. En aquel momento me servía para distraerme de mi propia autocompasión.

Coloqué los tres platos encima de sus bases y comencé a sacar le fuente para servir el pavo, las salsas y el resto de vajilla que acompañaba.

—¿Cuántas copas pongo? —pregunté no sabiendo si ellos beberían o no.

—¡No sé si Joan beberá o no, pero pon para todos! —gritó mamá y sentí como se me escurrían de los dedos dos copas que llevaba en la mano.

El estruendo llamó la atención de Paul, que salió de su despacho para comprobar que había pasado.

—¡Andrea ten más cuidado! —exclamó entonces mi madre que también había venido para ver que había pasado.

Mi cuerpo estaba hecho un manojo de nervios. ¡Él vendría!, ¡Joan estaría!, ¡Dios mío y yo tenía unas pintas de haber salido de un loquero!

—¿Lo siento? —dije con una medio sonrisa y cogí otras copas nuevas y relucientes para poner

en su lugar.

Nunca en mi vida había estudiado con mayor esmero mi guardarropa. ¿Qué debía ponerme?, ¿Qué se supone que se debe poner una para decirle al chico que le gusta que le echa de menos?

¿Le echaba de menos? Cada día lo tenía más claro. ¿Cuándo había dejado de odiarle?, ¿De detestarlo?, ¿De querer que desapareciera de mi vida? Probablemente habría sido la noche en que me hizo suya con auténtica pasión. Solo ahí descubrí que lo que sentía por él no podía ser simplemente atracción.

La elección de un vestido azul con mangas rectas y corte clásico a medio muslo me hacía parecer alguien más madura de lo que realmente era. Decidí no ponerme medias aprovechando la temperatura confortable de casa y en lugar de utilizar tacones opté por unas cómodas sandalias. Un poco de máscara de pestañas, colorete y brillo de labios completaban el atuendo junto a un collar de perlas que tenía como única joya de valor en mi joyero.

Cuando llegué a la cocina oí su voz en el salón, parecía hablar con Paul sobre algo, mi tensión estaba al límite y precisamente por eso era incapaz de dar coherencia a aquella conversación.

Llevé los entrantes y permanecí inquieta hasta que mamá llegó con el pavo para colocarlo en medio de la mesa.

—Al fin la familia reunida —sonrió provocando que todos nos sentáramos a la mesa.

En realidad no es que fuéramos una familia como tal, de hecho, hasta que mamá se casó con Paul en esa cena siempre estábamos las dos solas.

Joan se sentó a mi lado frente a su padre, como siempre habíamos hecho desde que se casaron. Permanecí en silencio un buen rato hasta que mamá le preguntó por su viaje.

¿Viaje?, ¿Qué viaje?

Ahí fue donde descubrí que los diez días de ausencia habían sido para ir al campus universitario de su futura universidad en Utah y hacer unas pruebas físicas necesarias para la beca que le otorgaban si aprobaba.

No me estaba evitando, se había marchado de la ciudad y por esa misma razón a nadie le resultó extraño. ¿Es que no vieron útil darme esa información?, ¿Ni siquiera mamá o Paul? Ni un solo comentario al respecto en todo ese tiempo y me tenía que enterar ahora, dejándome una cara de boba total.

—Y tú Andrea, ¿Has decidido a que universidad querrás ir? Tampoco falta mucho para que te vayas decidiendo —preguntó Paul.

Siempre había querido ir a Washington, probablemente por mi estúpida fantasía de convertirme en la mujer del presidente de Estados Unidos, ser la primera dama era un sueño.

Una completa y tremenda estupidez ahora que lo analizaba.

—Ella siempre ha querido ir a Washington, ¿Verdad? —sonrió mi madre sabiendo mi proyecto de futuro y la quise matar.

—Pues ya no lo tengo tan claro —solté sin mirar a nadie en concreto, sino que observaba mi tenedor conforme pinchaba las verduras que acompañaban al pastel de carne—. Quizá hasta pueda plantearme ir a Utah también.

No lo dije porque pensara hacerlo, ni tampoco porque Joan iría precisamente a esa universidad, sino que fue un comentario sin malicia alguna, aunque por un instante fantaseé con estar en el mismo lugar que él.

Si Joan se oponía a la idea de irme a la misma universidad que él, no comentó nada en su contra o a favor, por suerte para mi, la discusión finalizó ahí cuando comenzaron a hablar de fútbol, inversiones y el viaje que nuestros padres harían a Nueva York en pocos días.

Tras terminar el postre comencé a recoger la mesa mientras Paul y mamá parecían prepararse para salir. Joan no hizo ademán de marcharse, sino que me ayudó a llevar cosas a la cocina sin que nadie se lo indicase.

—No regresaremos muy tarde. Gracias por quedarte —mencionó mamá colocándose el abrigo y solo ahí descubrí que Joan pensaba permanecer una vez que ellos se fueran.

¿Íbamos a estar a solas?, ¿Se quedaría porque le habían pedido que lo hiciese?, ¿Es que iba a permanecer en calidad de niño?

Cuando Paul y mamá desaparecieron, mi cuerpo parecía un torbellino hiperactivo guardando cosas en la nevera y organizando la cocina hasta que no quedó ni una pequeña migaja suelta por la encimera. Si pensaba quedarse a pasar la noche o no, era lo de menos, ahora estaba allí y debía afrontar el toro por los cuernos.

—¿Quieres ver una película? —pregunté en el silencio y comprobé que se había quedado sentado en el sofá ensimismado en su teléfono.

—Como tú quieras, solo estaré aquí hasta que ellos vuelvan —mencionó y supe que si había accedido a quedarse era simplemente como un favor a mi madre.

Genial. He pasado de acostarme con él a ser la cría a la que tiene que cuidar.

Por lo menos me había contestado, ya era un paso hacia la civilización entre ambos.

Con un cuenco de palomitas entre ambos —y no era por hambre porque acabábamos de pegarnos una buena comilona, sino porque las palomitas siempre eran necesarias— y una película de terror de las que jamás vería a solas, comenzó nuestra noche.

Joan sabía perfectamente que odiaba ese tipo de películas, en realidad no es que las odiara, sino más bien que me daba un miedo atroz quedarme a solas una vez después de que terminaran, pero quería permanecer despierta todo el tiempo que él estuviera y sabía que una película de miedo sería la única que me mantendría en vilo y con la tensión por las nubes todo el tiempo.

«Si añadía más tensión a mi cuerpo explotaría como las palomitas»

No mentiría si dijera que estaba más tensa por tenerle a mi lado que por la película en sí, era la primera vez que no me daban tanto miedo los fantasmas de personas muertas —ingenua de mí—, porque en el momento que metí la mano y el sonido estridente hizo que diera un rebote del asiento a la vez que apretaba fuertemente el cubo de palomitas, me di cuenta que no era eso a lo que me había aferrado, sino a la mano de Joan que al parecer la había introducido sin que yo me diera cuenta.

Podría soltarla rápidamente y pedir perdón. Podría alejarme y hacer como que aquello no había ocurrido, pero en cambio no lo hice, por alguna razón ajena a mi juicio mental, me aferré a ella con más fuerza y lentamente giré mi cabeza para verle.

Durante unos segundos él no hizo nada, se quedó quieto, hasta que soltó el aire que parecía estar conteniendo y al mismo tiempo se desprendió de mi mano incorporándose del sofá en el que estábamos sentados.

—No me hagas esto, Andrea —dijo dándome la espalda y poniendo distancia entre nosotros.

—¿Es que no volverás a hablarme nunca más? —pregunté no soportando más su indiferencia—. ¿No volverás a mirarme nunca más? —inquirí porque eso era lo que más me dolía en el alma.

Tras decirlo alzó su mirada y aquellos ojos azules me miraron fijamente.

—Dime que lo haga y no apartaré la vista de ti nunca más —mencionó con un tono de voz tan grave que sentí como me derretía—. Si evito estar cerca de ti es únicamente porque tu así me lo pediste.

Era cierto, yo se lo había pedido y del mismo modo había comprobado cuanto me dolía tenerle

lejos.

—¿Qué hay de Verónica? —pregunté porque no podía olvidar como la había abrazado y dado un beso en la frente en el concierto.

—Entre ella y yo nunca existió nada de verdad. Solo era una tapadera para evitar mostrar lo que sentía por ti —confesó dando un paso hacia donde me encontraba—. Dime que me vaya y me iré para siempre, dime que me quede y lo haré, pero no juegues conmigo de este modo o terminaré volviéndome loco.

Podía escuchar mi corazón acelerándose y bombeando sangre atropelladamente, ¿A quien quería engañar? Me moría de ganas por volver a besarle, por enredarme en su cuerpo, porque me calmaran sus abrazos...

—Durante mucho tiempo creí que te odiaba como jamás he odiado a nadie, solo deseaba que desaparecieras de mi vida, que al fin te fueras y me dejaras vivir de una vez —comencé a decir y vi como ladeaba el rostro y se daba la vuelta.

—Lo entiendo. Creía que de ese modo nos haría un favor a ambos, que si me odiabas te alejaría de mi, así conseguiría olvidarte y arrancarte de mi mente. Sé de sobra que todo cuanto hice es imperdonable —mencionó con la intención de marcharse, acercándose cada vez más a la puerta de entrada.

—Tal vez tengas razón, pero desde el mismo momento en que te marchaste descubrí que no deseaba estar sin ti —dije justo cuando su mano rozaba el pomo de la puerta y observé como se detuvo—. Ni quiero, ni puedo estar sin ti —confesé acercándome a él—. Tal vez este sea el error más grande que cometa en mi vida, pero se que me arrepentiré si no confieso ahora mismo que te necesito junto a mi.

No sabía cuál sería su reacción, si igualmente se marcharía o si se quedaría por lo que le acababa de decir.

En menos de dos zancadas le tuve frente a mi y sus manos acogían mi rostro, acercándolo lentamente hasta él. Su expresión era distinta, incluso se podía atisbar una medio sonrisa.

—Estoy enamorado de ti, Andrea —susurró conforme se acercaba a mis labios para depositarlos suavemente—. Locamente enamorado —añadió sonriendo mientras bajaba sus brazos hasta mis nalgas para elevarme y hacer que me enroscara en su cintura conforme volvía a besarme esta vez de forma profunda.

Respondí a ese beso fervientemente, sintiéndome exaltada y completamente consciente de lo que él acababa de revelar.

¿De verdad me quería?, ¿Y yo?, ¿Le amaba?

No tenía una respuesta a esa pregunta, aunque la acumulación de sentimientos encontrados me llevaba a pensar que una parte de mi sí que lo hacía.

¿Podía pasar del odio al amor tan fácilmente?

El cuello del abrigo de Joan se arrugaba entre mis manos conforme me aferraba a él. No debía suponerle un gran peso cuando caminaba conmigo fácilmente por aquellas escaleras dirigiéndose al piso superior. Me importaba muy poco hacia donde fuéramos, solo quería estar junto a él de nuevo. Que me embriagara otra vez con su cuerpo, que no dejara de besarme hasta que amaneciera.

En aquel momento no pensaba en nuestros padres entrando por la puerta, en ser descubiertos o en que nuestra relación estuviera destinada al fracaso teniendo en cuenta que en pocos meses él se marcharía a otro condado.

No.

Solo importaba él y yo en aquel preciso instante.

Su habitación estaba a oscuras, en realidad toda la planta superior lo estaba, pero eso no nos importaba, al contrario, nos daba la privacidad que deseábamos. En lugar de tumbarme sobre la cama y abalanzarse sobre mi, se sentó dejándome sobre él a horcajadas y no tardé ni un segundo en deshacerme de su abrigo para tirarlo lejos de allí. Joan pareció reírse por el gesto pero rápidamente atrapé sus labios con tanta intensidad que yo misma debería avergonzarme de la necesidad insaciable que tenía de su cuerpo.

Nuestras ropas se fueron disipando conforme nuestras manos se apresuraban a deshacerse de ellas. Una necesidad imperiosa primaba por la intensidad de aquel innegable deseo. Los labios de Joan atrapaban los míos ferozmente mientras sus manos recorrían mi espalda desnuda y apretaban mis nalgas hacia él.

Solo había experimentado aquello una vez en mi vida, pero ahora podía reconocer la verdadera necesidad de sentirlo dentro de mi, colmándome y saciándome por completo.

Mis dedos se deslizaron bajo su prenda interior, atrapando firmemente su miembro. Estaba duro y pude notar la inmensidad de su tamaño entre mis manos mientras él gemía por mi contacto.

—No creo que dure mucho si me tocas así —jadeó en mi oreja al mismo tiempo que la mordía—. Creo que me dejé algunos preservativos en la mesita de noche —añadió en voz baja y me giré sin apartarme para revisar los cajones.

Estaban parcialmente vacíos, pero al fondo pude encontrar una caja, la agité y había bastantes, así que saqué uno de ellos y él lo atrapó rasgando el borde con la boca y abriéndolo con la mano que tenía disponible.

Me aparté sutilmente conforme se lo colocaba y cuando pensaba rodar hacia la cama él evitó que lo hiciera, simplemente me alzó posicionándome de tal forma que si me inclinaba sentiría como se hundía en mi interior.

No tenía experiencia, de hecho no tenía absolutamente ninguna experiencia, pero conforme notaba que se iba adentrando en mi interior era incapaz de mordirme el labio ante el regocijo de aquella sensación.

Me gustaba tener el control, me encantaba tenerle en aquella posición, así que me aferré a sus hombros cuando me hundí por completo en él y me alcé levemente ayudada por sus manos para hundirme de nuevo. La sensación era inaudita, infinitamente mejor que la primera vez y una posesión incontrolada se apoderó de mi cuerpo haciendo que me desinhibiera por completo.

Me balanceaba sobre él buscando mi propio placer, sin saber o no si le estaba complaciendo, pero a juzgar por sus gemidos pude percibir que lo disfrutaba del mismo modo en que yo lo hacía. Atrapé sus labios mordiéndolos ante la inminente sensación de sentir que iba a alcanzar aquel inmenso orgasmo, noté como vibraba y me deshacía en pequeños fragmentos conforme gritaba de placer y me arqueaba dejándome llevar por aquel sentimiento.

Cuando abrí los ojos comprobé que tenía su rostro hundido en mi pecho, el sonido de su respiración agitada fusionándose con mi piel y sus brazos rodeándome para evitar que pudiera caer, sosteniéndome por completo.

—¿Qué haremos ahora? —pregunté siendo consciente de donde nos estábamos metiendo.

¡Joder!, ¡Su padre y mi madre estaban casados! No es que pudiéramos esconderlo durante mucho tiempo.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó él buscando la respuesta en mi rostro.

—Quizá deberíamos esperar un tiempo, ver hacia donde va esta relación y...

—¿Tenemos una relación? —exclamó sonriente y comprobé que era aún más guapo cuando

tenía aquel gesto relajado.

Por todos los dioses, ¡Joan era demasiado guapo!

—Tampoco estoy diciendo que tengamos que casarnos pero... —Silenció con un dedo mis labios indicándome que dejase de hablar.

—Estaba bromeando —confesó—. Quiero estar contigo, únicamente contigo Andrea. No sé que sucederá en el futuro, pero si sé que te quiero a mi lado.

Definitivamente tenía la habilidad de hacer que mi estómago se contrajera con aquellas confesiones. ¿Este era realmente Joan?, ¿Dónde estaba el cretino prepotente de los últimos años?, ¿El que me había hecho la vida imposible día tras día?

—Quizá lo mejor sea que por el momento permanezca entre nosotros sin que nadie más lo sepa —dije acariciando su cabello.

No era que no estuviera segura de apostar por aquella relación, sino que tal vez era demasiado pronto para contar una noticia así a nuestros padres e incluso al mundo entero.

—Ya he asumido que me quedaré sin herencia, pero no me importa si estás conmigo —dijo acercándose para darme un beso en el cuello—. Todo este tiempo me repetía una y otra vez que no te merecía y que obligándote a odiarme terminaría aceptando que jamás podrías ser mía, pero imaginarte en los brazos de otro y ver como podían utilizarte haciéndote daño hizo que me diera cuenta que no podía soportarlo, que por más que quisiera, no podía resignarme a ello a pesar de intentarlo con todas mis fuerzas.

Quizá debería confesar la realidad, pero me sentía como una tonta por aceptar y admitir que había tratado de obligarme a querer a Nicola, pese que desde un principio sabía que sus sentimientos estaban destinados hacia otra persona. En el fondo sabía la razón de aceptar aquella relación, solo pretendía sacar de mi mente a Joan, engañar de algún modo a mi corazón pretendiendo que se enamorase de otra persona.

A pesar de intentarlo, a pesar de obligarme a ello, fui incapaz de sacar de mi mente sus besos, de olvidar las imágenes que me rememoraban una y otra vez sus manos tocando mi cuerpo, la increíble sensación de regocijo que no había obtenido con Verdini y que dudaba que consiguiera tener con cualquier otro chico.

Quizá algún día se lo diría, tal vez le confesaría que me había aliado con Nicola llegando a un acuerdo, pero en ese momento prefería centrarme en nosotros y en lo que podía llegar a ser aquello que construiríamos.

¿Tendría un futuro junto a Joan?, ¿Sería nuestra relación tan duradera como para estar juntos el resto de nuestra vida?

—¡Dios mío!, ¿Cómo lo vamos a ocultar a nuestros padres? —pregunté poniéndome de pie y comenzando a caminar por la habitación—. ¿Y si nos pillan?, ¿Nos echarán de casa? Mi madre me va a matar cuando se entere... —confesé recordando que Paul le había amenazado con desheredarle, pero realmente dudaba que lo hiciera.

—Calma —mencionó con suavidad—. No nos pueden culpar de que haya pasado, ellos nos han obligado a estar juntos y al final ha pasado lo inevitable. Suceda lo que suceda, yo estaré a tu lado, pero aún así tendremos cuidado hasta que decidamos confesarlo.

Lo cierto es que todo parecía surrealista e irreal.

Asentí mientras me abrazaba a él y sentía su calor inundando mi cuerpo.

—¿Regresarás a casa? —pregunté deseando tenerle cerca, aprovechar esos pequeños momentos para estar a su lado antes de que se fuera a Utah y tuviera que acostumbrarme a su ausencia.

—Será más fácil ocultarlo si me mantengo alejado. Podremos estar a solas sin temor a ser pillados y dudo mucho que pudiera permanecer solo en esta cama sabiendo que duermes al lado —confesó con una pequeña sonrisa mientras me giraba las caderas como si estuviéramos bailando.

—¿Te colarías en mi habitación por las noches a escondidas? —pregunté con una gran sonrisa.

—Ten por seguro que lo haría, como pienso hacerlo esta noche —aseguró acercándose a mi oído—, y pienso colarme por tu ventana, así que asegúrate de dejarla abierta y cerrar con llave la puerta.

Me estremecí solo de pensarlo, pero tal vez lo descubriría más tarde.

Joan bajó al piso inferior para desconectarlo todo y fingir que nos habíamos ido a la cama cuando mamá y Paul regresaran. Permanecimos hablando en su cama hasta que escuchamos el ruido en la parte inferior y me escabullí hasta mi habitación. Tal como imaginaba, mamá entró en mi cuarto para comprobar que estaba dormida, pero una vez que el silencio reinó en casa, me levanté sigilosamente para girar el pestillo de la puerta y cuando me di media vuelta vi que la silueta de Joan entraba por la ventana.

Aquello me excitaba al mismo tiempo que tenía una sensación de temor por ser pillada. Era inexplicable, pero cuando sentí sus brazos rodeándome en mi propia cama, percibí una calma inaudita que me hizo dormir plácidamente como hacía años que no lograba.

Capítulo 35

Joan se instaló en casa los días que mamá y Paul estuvieron en Nueva York, en mi vida había sido más feliz de que esos dos se fueran de viaje. Tiempo atrás lo habría detestado y odiado, aunque probablemente habría rogado a alguna de mis amigas que me acogiera en su casa, en cambio aquella vez disfruté de cada minuto y cada segundo al lado de él. Levantarme viendo su rostro relajado y dormido a mi lado era maravilloso y más aún lo fue no tener que cohibirnos en ningún momento o lugar de la casa, ni siquiera en la ducha, donde comprobé que era un lugar exquisito para tener sexo mientras el agua caliente bañaba nuestros cuerpos.

La burbuja de felicidad explotó en el mismo momento que regresaron. Joan se marchó de nuevo al apartamento de su padre y volví a quedarme sola en casa reinando el silencio.

Habíamos decidido mantener en secreto momentáneamente aquella relación, por lo que ni siquiera le había revelado a mis amigas que estábamos saliendo a escondidas, entre otras cosas aún no habían terminado las vacaciones de navidad y no las había vuelto a ver, pero en unos días regresaríamos de nuevo a las clases y mi tiempo junto a él se vería reducido drásticamente.

—¿Qué pasará cuando te vayas a la universidad? —pregunté entrelazando sus dedos con los míos mientras permanecíamos tumbados en aquella cama enorme que pertenecía a su habitación en el apartamento que ahora vivía.

Nunca había visitado aquella casa, aunque sabía más o menos donde estaba. Ahora era nuestro pequeño lugar secreto en el que poder desinhibirnos sin ser vistos.

—¿Qué tiene que pasar? —contestó con otra pregunta.

—¡Oh vamos! —exclamé dando un pequeño manotazo—. Te irás demasiado lejos y no vendrás todos los fines de semana. Además, seguro que estará lleno de chicas muy guapas.

«Y tú tienes el poder de atraerlas a todas como las abejas a la miel» Eso último no lo dije, pero lo pensé.

—Puedes venir a verme tú también —indicó acariciando mi mejilla—. Y que esté lleno de chicas muy guapas no importa, yo tengo a la más hermosa de todas —susurró sonriendo y atrapando mis labios.

Sabía que solo decía aquello por apaciguar mis dudas, pero si antes mi inquietud residía en contar los días hasta que él se marchara, ahora era todo lo contrario, contaba las horas para que no lo hiciera.

¿Cómo podía cambiar de parecer tan drásticamente en tan poco tiempo?, ¿Sería su marcha el fin a nuestra relación?, ¿Podría sobrevivir sabiendo que él estaría lejos de mí y con un montón de chicas persiguiéndole?

Si. Era muy fácil decir que podría visitarle, eso implicaba confesar nuestra relación a mi madre y Paul, algo que por el momento lo veía muy lejano.

Pensar en la reacción de mi madre me apabullaba, ¿Cómo podrían tomarse ellos que estuviéramos juntos? Sobre todo teniendo en cuenta que si algo salía mal afectaría a la relación familiar por más que no quisiéramos.

Quizá era demasiado negativa, pero después de mi trayectoria con Joan, ¿Cómo no poder

serlo? Hasta hacía solo unos meses le odiaba con toda mi alma, o quería hacerlo. Le detestaba, le quería lo más lejos de mi y a ser posible no volver a verle en el resto de mi vida. Ahora no me imaginaba una vida sin él.

—¿La más hermosa? —gemí sin sentirme ofendida o halagada—. Mentir se te da demasiado bien, aunque agradezco tu intento.

—¿Estás celosa de personas que ni siquiera conozco? —exclamó en un tono agudo como si aquello le divirtiera.

«No tenía gracia alguna» pensé yo.

—Muy gracioso, listillo —tercié mientras tiraba a un lado el cubrecama con el que estábamos tapados y me levanté completamente desnuda. Se notaba el cambio de temperatura y lo extremadamente agradable que era permanecer en aquella cama a su lado, sintiendo el calor de su cuerpo abrazando el mío—. No estoy celosa, es solo que no puedo evitar pensar en las circunstancias. Tú estarás solo, lejos de aquí y sería completamente normal que te sintieras atraído por otra chica —dije dando voz a mis pensamientos.

¿Eran eso celos?, ¡Por supuesto que no!

«Quizá un poco sí que lo son»

Joan repitió mi gesto y se levantó rápidamente para atraparme como si tratara de consolarme.

—Llevo demasiado tiempo deseando estar contigo Andrea, ni la distancia, ni otra chica, ni siquiera mi padre, impedirán que esté a tu lado si tu quieres estar conmigo.

Parecía bastante firme, como si lo tuviera muy claro y su seguridad hizo que tuviera un temblor interior ante aquellos ojos azules que me miraban fijamente como si esperara una respuesta por mi parte.

—¿Crees que tendría esas dudas si no deseara estar contigo? —exclamé con cierto temor porque no quería que aquello se esfumara entre mis dedos.

Joan me hacía sentir, palpitar de verdad, él conseguía que una fuerza interna estallara y fuera colmada cada vez que estaba a mi lado. Antes no quise verlo, pero ahora sabía que eso no lo sentiría por otro chico, que lo que él y yo teníamos era especial.

—Te quiero —afirmó acercándose a mis labios para depositar un beso tan suave que casi me hizo llorar—. Estoy perdidamente enamorado de ti, y lucharé por lo nuestro hasta el final.

Supe a que se refería. Él temía por la reacción de su padre cuando se enterase de lo nuestro y comprendía que yo también lo haría, que yo también sería capaz de luchar hasta el final.

—Quizá antes no lo supiera, pero ahora lo sé —susurré casi en un hilo de voz por ser consciente de aquello.

—¿El qué? —preguntó él confuso.

—Que te quiero —confesé dando voz a ese sentimiento que jamás pensé que tendría hacia él—. Creí que te odiaba, pero solo intentaba hacerlo, ahora lo entiendo. Una parte de mi siempre se sintió atraída hacia ti y detestaba que te comportaras así conmigo, pero por más que quería, que deseaba con todas mis fuerzas odiarte, en el fondo sabía que había algo más y no quise verlo.

Su sonrisa hizo que me derritiera por dentro conforme acariciaba mi rostro lentamente.

—Los dos lo intentamos a nuestra manera. Ambos quisimos alejarnos del otro y es evidente que por más que pusimos de nuestra parte para hacerlo, nuestros caminos estaban predestinados a estar juntos —afirmó con un brillo especial en sus ojos—. Si hubiera sabido como acabaría esto, no te habría hecho sufrir de ese modo, ni a mi mismo tampoco. Pensé que solo debía esperar un poco para poner distancia entre nosotros y que de ese modo te olvidaría. No pude. La idea de verte en brazos de otro nubló mi visión y mi percepción de las cosas. Me volví loco. Ni siquiera

sé como pude mantener la cordura y no matar a Nicola de una paliza por tener el pensamiento de tocarte sabiendo sus intenciones.

No pude evitar pensar que tenía razón, pero de no ser por mi plan y haber continuado aquel año como los anteriores, Joan se habría marchado de casa y yo habría respirado en paz. ¿Sentiría entonces su ausencia?, ¿Me habría dado cuenta que no le odiaba como creía?

—Quizá debas darle las gracias después de todo —sonreí con malicia y Joan me atrapó con vehemencia para besarme de un modo tan salvaje que me aferré a su cuello para no caer al suelo.

Aquel día regresé tarde a casa y lo cierto es que me pesaba el hecho de abandonarle sabiendo que podría tenerle a dos metros de distancia.

Joan había afirmado que era mejor mantenerse lejos mientras mantuviéramos la relación en secreto. Ciertamente no sabía si podríamos actuar como si nada entre nosotros sucediera frente a nuestros padres o si por el contrario se darían cuenta de que algo pasaba, por no decir que pudieran pillarnos con las manos en la masa.

Aún recordaba el día que regresaron tras el fin de semana en la nieve y casi me pillan en su cama.

No. Definitivamente tenía que darle toda la razón en eso. Además, el apartamento de Paul nos venía demasiado bien para evadirnos del mundo entero.

Cené algo ligero y subí a mi habitación con la excusa de preparar todo para el día siguiente. Las vacaciones de navidad habían finalizado y tocaba regresar a la realidad de las clases. Tiempo atrás habría odiado ese momento, sería el final de mi apaciguada paz para enfrentarme a los pasillos del terror y ahora temblaba de un sentimiento muy distinto. ¿Cómo actuaría cuando viera a Joan en aquel pasillo?, ¿Podrían darse cuenta de nuestras furtivas miradas?, ¿Sería posible que alguien pudiera leer nuestro lenguaje corporal?, ¿Conseguiríamos evitarnos y actuar como si no sucediera nada?

El solo hecho de pensarlo ya conseguía estremecerme. No habían pasado ni dos horas que había abandonado sus besos y moría por volver a besarlos de nuevo. ¿Cómo iba a resistirme? Es más, ¿Cómo iba a evitar confesar la verdad a mis amigas cuando vieran mis mejillas sonrojarse?

Probablemente no podría.

Vanessa me recogió temprano para ir a clase. Seguramente mi madre comenzaría a preguntar por Nicola tarde o temprano, había preferido no mencionar nada al respecto porque era la excusa perfecta para haber salido tanto tiempo de casa durante las navidades y estar a solas con Joan, pero pronto tendría que plantear el tema sin comentar que le había pillado con otra en la cama o ella misma sacaría conclusiones cuando viese que nunca pasaba a recogerme por casa.

A pesar de que mi amiga me preguntó por la situación, me pareció injusto hablar del tema sin que mi otra mejor amiga estuviera presente. Ya cometí el error de confesarle a ella primero que me había acostado con mi hermanastro y no volvería a hacerlo. Simplemente me encogí de hombros y lo dejé estar, en cambio ella no paraba de hablar del chico que había conocido en el concierto y al parecer estaban empezando a salir juntos, cosa que me alegraba infinitamente por ella.

Nos encontramos con Lourdes a la entrada del instituto y decidimos entrar porque solo faltaban unos minutos para que sonara la campana de inicio de clases.

El momento había llegado, estaba realmente nerviosa por ver a Joan y si éste me miraría, me sonreiría o simplemente actuaría como si no me conociera para no levantar sospecha alguna. Vi de lejos su grupo de amigos y a pesar de no querer quedarme fijamente observando, la cazadora de cuero marrón que solía llevar a menudo me hizo saber que estaba allí, que sin duda alguna él

había ido.

Las voces de alguno de ellos quejándose de lo cortas que habían sido las navidades llegaban a mis oídos a pesar de que mis amigas iban hablando de sus citas con los chicos que habían conocido en el concierto, pero era incapaz de retener la información que decían.

—Tres meses para el baile de fin de curso y se habrá acabado todo —soltó Nicola con cierto pesimismo, como si no deseara realmente acabar el instituto.

¿Tal vez la idea de irse a Italia no le agradaba del todo? Teniendo en cuenta que su vida y sus amigos estaban aquí, tal vez no quisiera ir.

—Oye tú —dijo Zacker mirando hacia mi amiga Lourdes—. ¿Te vienes conmigo al baile? —preguntó y ella se quedó congelada como si no supiera que responder.

—¡Mira que eres bruto Zacker! —exclamó Nicola dándole un pequeño empujón mientras el aludido se quejaba—. Perdona a mi amigo, no sabe como hacer bien las cosas. Mira y aprende —añadió pasando de mirar a mi amiga a mí—. Preciosa, sería un placer para mí que me acompañaras a mi último baile, ¿Aceptas? —preguntó con la sonrisa más seductora que le había visto en mi vida.

Nicola y yo habíamos quedado como amigos, no le guardaba ningún rencor, pero... ¿Por qué no invitaba a Verónica? Era ella quien le gustaba de verdad y probablemente haciendo aquello, le haría sufrir de verdad.

—La verdad es que...

—Ella no irá contigo a ningún baile, Verdini —La voz de Joan me interrumpió acercándose.

—Ya estamos. Creo que tiene pensamiento propio para decidir, Baker —alegó Nicola con cierto humor.

No parecía cabreado, sino más bien era como si quisiera exasperarle, hacerle explotar de cólera.

—No va contigo porque vendrá conmigo —soltó y acto seguido rodeó con su brazo mi cintura y me atrajo a él mientras se inclinaba para besarme delante de todos.

«¡Oh Dios mío!» pensé mientras la calidez de sus labios me embriagaba.

En cuanto Joan se apartó de mí, fuimos conscientes de los gritos y aplausos, e incluso de los golpes a las taquillas o los silbidos por lo que acababa de suceder además de las caras de estupefacción por parte de algunos estudiantes.

«A la mierda el secreto» me dije siendo consciente de que todo el mundo sabría ahora lo que había entre él y yo.

Capítulo 36

La sucesión de acontecimientos que se produjeron tras aquel beso fue caótica. Mis amigas me saturaban con preguntas a diestro y siniestro sobre qué había sucedido entre nosotros y no sabía como contestar a muchas de ellas. Verónica parecía sonreír cuando me observaba en lugar de mirarme con cara de rancia como hacía siempre. Nicola tampoco parecía contrariado o sorprendido, sino más bien satisfecho de que Joan y yo estuviéramos juntos. ¿Es que a nadie le extrañaba?, ¿Por qué no había confusión en la mayoría de ellos? Mi preocupación mientras pasaban las horas era otra, ¿Podría alguien llevarle el rumor a nuestros padres?, ¿Podrían de algún modo enterarse de lo que estaba pasando? Aquello aceleraba las cosas y en consecuencia, crecía mi preocupación por no saber que reacción tendrían.

He de confesar que al principio no me preocupaba tanto, pero ahora sí lo hacía y eso era porque quería su aprobación o más bien; la necesitaba.

Me había hecho falta poco tiempo para estar segura de mis sentimientos hacia Joan y creer que los suyos eran realmente sinceros, no sabía que iba a hacer si nuestros padres se oponían a nuestra relación y nos obligaban a permanecer separados. Saber eso hizo que sintiera un vacío en mi pecho descomunal, ¿Tal vez habría sido mejor ocultarlo el máximo tiempo posible?

«Algo así como acabar la universidad» medité.

Durante el almuerzo quise separarme de mis amigas para encontrarme a solas con Joan, pero me fue imposible despegarme sin antes comentar todos los detalles de lo que había sucedido, obviamente no mencioné la parte en la que él y yo nos habíamos acostado por todos los rincones de la casa o moriría de vergüenza.

Ahora que había descubierto el sexo, se me haría un mundo que él se fuera tan lejos.

«Tranquila Andrea, para eso aún faltan cuatro meses y el verano» me dije a mi misma para consolarme.

—Me muero de la curiosidad —confesó Lourdes—. Has besado a los dos tíos más buenos del instituto, ¿Quién lo hace mejor?

—Nicola no besa mal, de hecho no besa nada mal, pero sin lugar a duda me quedo con Joan —confesé flotando en una nube de júbilo por no creer que estuviera sucediendo de verdad.

—Hay quien opinaría lo contrario —citó la voz de Verónica saliendo detrás de un árbol. ¿Desde cuando nos estaba escuchando ésta? Los últimos días no se había mostrado tan desagradable como normalmente hacía, así que no sabía muy bien como actuar con ella—. ¿Podemos hablar un momento a solas?

Mi cara debía ser un poema, pero aún así asentí, de todos modos aquel era el lugar más seguro si quería sácame un ojo o algo así.

Comenzamos a caminar alrededor del césped, no era demasiado grande, pero la mayor parte del alumnado se encontraba en el comedor y en las mesas que había laterales, por lo tanto en el césped había poca gente.

—Tú dirás —dije incomoda con el silencio que se había creado entre las dos.

—Me ha costado dar el paso, pero Joan me ha convencido para hacerlo —comentó

restregándose las manos—. Quería darte las gracias.

¿Darme las gracias?, ¿De qué?

—No sé de qué me hablas...

Pillarla en la cama con Nicola fue incómodo, de hecho, fue terriblemente vergonzoso y supongo que en parte para ella también lo fue.

—Sé que Joan te ha confesado que entre nosotros hace tiempo que no hay nada y a veces me pregunto si realmente lo hubo —dijo con un suspiro—. En realidad cuando comencé a salir con Joan mi intención o más bien la intención de ambos fue de que funcionara, pero era evidente que no iba a suceder puesto que él no sentía nada por mi, ni yo por él aunque me esforcé por hacerlo. Ambos nos dimos cuenta de eso al poco tiempo.

—¿Puedo preguntar por qué estabas con él? —exclamé no comprendiendo nada de aquello.

—Cada uno de los dos tenía sus motivos, él necesitaba una novia para que su padre no se preocupara si ponía las miras en otra parte y yo quería fastidiar al mío saliendo con un chico que no era de familia adinerada, ni tampoco parecía un buen tío.

¿Fingía salir con Joan para fastidiar a su padre? Mejor no preguntaba que tipo de relación tendría con su progenitor.

—Pero tú realmente quieres a Nicola —advertí siendo conocedora de ese hecho.

—Sí, aunque de no ser por ti, no me habría dado cuenta de que realmente quiero estar con él y de que él también quiere estar conmigo. Siempre creí que jamás me tomaría en serio, que solo se divertía conmigo porque no dejaba de salir con otras chicas a la misma vez que se acostaba conmigo, creía que diciéndole que dejaría a Joan para estar con él cambiaría, pero entonces aparecía una nueva chica en su vida y sentía que solo trataba de jugar conmigo. De no ser por ti ninguno de los dos habría descubierto la verdad; nos hacíamos daño mutuamente sin saberlo. Yo por estar con Joan para fastidiar a mi padre y él saliendo con otras chicas para darme a entender que no era la única en su vida y que no le importaba en absoluto —confesó con pena, como si sintiera que había estado perdiendo un tiempo demasiado valioso.

—Me alegro por vosotros y que al menos os deis una oportunidad para intentarlo.

Su sonrisa me complació, después de tantos años por fin se había firmado la paz entre nosotras, esperaba que el resto del curso y el próximo año pudiéramos llevarnos con cordialidad e incluso ser amigas.

A la salida de clase pude comprobar que Joan me esperaba en su moto, de hecho me hizo el gesto para que fuera hacia él e imaginé que pensaba llevarme a casa él mismo. No había podido hablar a solas con él en todo el día, por lo que aprovechando que estábamos solos expresé todas mis dudas.

—Mantener secretos no se te da muy bien, ¿no? —pregunté con una medio sonrisa.

—Solo cuando quiero —confesó atrayéndome hasta él y no cortándose en absoluto de besar mis labios a pesar de que alguien pudiera vernos.

Seguramente más de una persona nos estaba mirando, pero al parecer a él no le importaba.

—Sabes que habrá que decírselo a nuestros padres, ¿Verdad? —dije ahora que corríamos peligro de que el rumor llegase a ellos a través de alguien o del padre de algún alumno que nos hubiera visto.

No se podía esconder, era consciente que de un modo u otro, alguien le haría algún comentario malicioso a mamá y descubriría el pastel.

—Lo haremos ahora, antes de que alguien se nos adelante y sea peor —confesó seguro de sí mismo y comencé a temblar.

¿Porqué tenía miedo? Ni yo lo sabía, pero me daba pánico su reacción. Joan y yo no llevábamos juntos el tiempo suficiente para decir que era una relación formal, pero lo cierto es que teníamos toda la intención de que lo fuese.

Al bajar de la moto frente a casa podía sentir mis piernas temblando, ni siquiera sabía si mi madre o el padre de Joan estarían en casa, pero el simple hecho de adelantarme a lo que allí iba a pasar lograba hacer que mis músculos estuvieran más tensos que el hilo de pescar de una caña cuando ha picado un pez.

—Tranquila. Todo estará bien, yo estoy contigo —comentó en voz baja mientras me rodeaba con un brazo por los hombros y me atraía hasta él para inducirme calma.

Tampoco es que fuéramos a contar nada malo, ¿no? No estaba embarazada, ni habíamos cometido un delito. Ni siquiera lo que estábamos haciendo podría considerarse un pecado puesto que entre él y yo no había lazo alguno sanguíneo.

Habitualmente solo mi madre solía estar en casa y aquella ocasión no era diferente, Paul siempre llegaba un poco más tarde del trabajo por lo que no sabía si el plan de Joan era decírselo primero a mi madre o esperar a que llegase el suyo.

«Sinceramente no sabía que era peor»

Mamá se alegró de verle, tanto que parecía llena de júbilo y no le extrañó que llegáramos juntos, ¿Desde cuando él y yo llegábamos a la vez?

«Nunca»

Parecía tan centrada en su felicidad de que Joan hubiera decidido ir a comer a casa que ni se planteó el hecho de que entre nosotros hubiera cordialidad. Me relajé en cuanto vi que el discurso parecía normal, Joan hablaba de las pruebas en su universidad, de lo poco que faltaba para marcharse, que se estaba acostumbrando a vivir solo y no era tan complicado como creía, incluso mi madre le preguntó por Verónica y él simplemente dijo que lo habían dejado para siempre.

La observé con ganas de preguntar si habría otra chica, pero no realizó la pregunta, en cambio si que mencionó que habría muchas chicas en Utah con las que flirtear.

«Si ella supiera...»

Paul apareció solo un par de horas más tarde y parecía algo alegre, no sabía si sería por el trabajo o por que Joan estuviera presente, mis nervios aumentaron, pero como la conversación fluía sobre otros temas llegué a pensar que quizá terminaríamos aparcando el asunto para otro momento, después de todo comenzaba a hacerse tarde y yo tendría que marcharme a mis clases de ballet como siempre.

—¿Por qué no planificamos algo todos juntos para este fin de semana? —preguntó mamá realmente motivada.

—Claro, me apunto —dijo Joan sonriente.

—Cariño, ¿Podríamos ir de excursionismo a la montaña y ver el sitio ese que mencionaste el otro día? Por lo visto no se puede llegar en coche, y hay una enorme cascada.

—Creo que hará buen tiempo, así que me parece una idea estupenda —confesó Paul.

—¿Qué dices Andrea? Puedes decirle a Nicola que venga si quieres, últimamente no le he visto recoger, ¿Le pasa algo a su coche?

—Es que ya no están juntos —soltó Joan.

—Gracias —dije ofuscada porque yo también tenía voz para decirlo.

—¿Qué ha pasado cielo? Hacíais muy buena pareja y él me caía bien. Era muy buen chico.

—Las cosas entre nosotros no funcionaban bien, solo eso —dije encogiéndome de hombros porque bajo ningún concepto iba a admitir que me había puesto los cuernos con la ex-novia de

Joan.

—Lo cierto es que...

—¡Joan y yo estamos saliendo juntos! —grité creyendo que Joan le diría a mi madre que era una cornuda.

Bastante sufrió mamá con mi padre para que se preocupara por mis nulos sentimientos hacia Verdini.

Sus caras fueron de incredulidad al principio, después parecían mirarnos para saber si se trataba de una broma o estábamos hablando en serio, así que Joan me cogió la mano y le dio un beso.

—¿Desde cuando? —preguntó mi madre absorta y confundida.

—Muy poco tiempo —confesó Joan adelantándose a lo que probablemente estaba pensando ella, que nos había dejado completamente a solas—, pero no queríamos ir a escondidas de vosotros, no nos parecía justo.

Paul se llevó las manos al puente de la nariz y pareció frotárselo mientras cerraba los ojos, como si estuviera cansado o más bien tratara de analizar la situación.

—Creo que voy a servirme un café bien cargado —dijo levantándose de la mesa sin mencionar absolutamente nada sobre el tema.

Mamá tenía la típica cara de no saber que decir, como si la situación le sobrepasara.

—Creo que Paul y yo necesitamos algo de tiempo para procesarlo, ¿Estáis seguros de esto? —dijo haciendo un gesto con los dedos señalándonos para luego unirlos.

—Completamente —confirmó Joan.

—¡Si yo creía que os caíais mal! —exclamó mamá como si la idea de que pudiéramos estar juntos le pareciera absolutamente descabellada.

«No era la única»

—Los dos escondíamos lo que sentíamos hacia el otro sin saberlo —dije saliendo en su defensa.

No quería que todas las culpas pudieran recaer en uno u otro, a fin de cuentas aquella relación era cosa de dos y de no ser por mi, Joan estaría lejos de allí poniendo tierra entre nosotros.

—Creo que necesitamos algo de tiempo para asimilar esto —concluyó mamá.

Seguramente necesitaban mantener una conversación privada, sin nosotros, tal vez hacerse a la idea de que Joan y yo estuviéramos juntos y después podríamos mantener una conversación civilizada.

—Será mejor que me vaya —mencionó Joan algo decepcionado, tal vez la reacción de Paul era algo que esperaba, pero quizá la falta de palabras era lo que más le pesaba—. Ya hablaremos más adelante.

Nadie dijo nada, simplemente mamá asintió con un gesto de cabeza y él comprendió que era mejor que se marchara. Resultaba evidente que la situación era extraña y ninguno de los dos sabía como reaccionar.

Con la excusa de tener clases de ballet, me escabullí a mi habitación para preparar la mochila, no habían pasado ni cinco minutos cuando oí las voces procedentes del salón.

Nunca había oído a Paul alzar la voz, ni siquiera para reprender a Joan o discutir con mi madre. Jamás le sentí gritar o maldecir, por lo que me acerqué de puntillas hasta el pie de la escalera y oí perfectamente lo que decía.

—Tú no lo entiendes, él se irá y la cambiará por otra, si sé algo de mi hijo es que es especialista en destrozarse las cosas. Destruirá nuestra relación y nada volverá a ser como antes.

¡Le advertí que tuviera las miras en otra parte!, ¡Incluso le amenacé! —gritó exaltado—. Decidí confiar en él, darle una oportunidad, pero no debí traerle porque sabía desde el principio que algo así iba a ocurrir, nunca tuve que permitir que entrara en esta casa.

—¿Y que podemos hacer? Son adolescentes y estas cosas suceden aunque no lo queramos, ¿Crees que a mi me agrada la idea?, ¡Les hemos dejado a solas durante varios días Paul!

—Prohibiremos esta relación —sugirió Paul y me estremecí.

¿De verdad nos iban a imponer que no pudiéramos estar juntos?, ¿Serían capaces de hacer algo así?

Esperé impaciente la respuesta de mi madre, por alguna razón pensé que se negaría, que simplemente le diría que estaba loco por pensar algo así, después de todo tenía una madre racional y coherente.

El silencio se prolongó durante unos momentos, pensé que tal vez no contestaría o que lo dejaría estar hasta que escuché su voz.

—Será la única forma de protegerles —oí que dijo y mi pulso se congeló.

Capítulo 37

No podía creerlo, ¡No podía tener una madre que pudiera estar de acuerdo en semejante barbaridad!

Era capaz de entender que la idea no les agradara, incluso que fueran reticentes al principio hasta que vieran que nuestra relación iba en serio, que lo que sentíamos él uno por el otro era real, pero ¿Prohibirlo?, ¿Imponer su voluntad? No solo me parecía cruel y egoísta, sino que no daba crédito a que pudieran pensar algo así, ¿Qué creerían que ganarían separándonos? Probablemente nos aferraríamos más al hecho de estar juntos.

Regresé a mi habitación sin hacer ruido y saqué las cosas de ballet de la bolsa para meter un par de vaqueros y algunas camisetas, cogí un puñado de ropa interior del cajón de la mesita de noche y la hucha del cerdito donde tenía todos mis ahorros desde hacía años. No tenía la menor idea de qué iba a suceder, pero sí tenía claro que no pensaba dejar que me separasen de Joan.

Había pasado un infierno hasta darme cuenta de mis verdaderos sentimientos hacia él. Los dos habíamos sufrido tratando de impedir la relación precisamente para que no afectara al núcleo familiar, así que no estaba dispuesta a permitir que nos impusieran su voluntad solo para su conveniencia.

Bajé las escaleras sin hacer ruido y comprobé que habían salido a la zona de la piscina, seguramente se habían dado cuenta demasiado tarde que podía escucharles desde arriba teniendo en cuenta el tono candente con el que discutían. Aproveché la oportunidad para escabullirme sin ser vista y salí corriendo por el camino que atravesaba el jardín delantero de casa hasta perderme bordeando la esquina y ser ocultada por los setos del vecino.

Mi pulso temblaba cuando llegué al apartamento donde residía Joan, solo le había enviado un mensaje avisándole de que llegaría, pero durante todo el trayecto no dejaba de repetir las palabras de Paul y mamá en mi mente una y otra vez sin dar crédito.

En cuanto llegué las lágrimas comenzaron a salir de mis ojos y me abracé a él, que parecía preocupado y alterado al mismo tiempo.

—No van a dejar que estemos juntos. Les oí Joan, planean separarnos —dije entre sollozos mientras ocultaba mi rostro en su pecho.

—¿De qué hablas, Andrea? —preguntó bastante calmado.

—Comenzaron a discutir como nunca lo han hecho, tu padre estaba fuera de sí diciendo que había que impedir que estuviéramos juntos y mi madre le apoyó, dijo que de ese modo nos protegerían.

Durante unos segundos hubo silencio, supuse que él estaba procesando lo que acababa de decirle y tal vez no le sorprendía el hecho de que se opusieran.

—Quizá no les guste la idea y se opondrán al principio, pero después no tendrán más remedio que aceptar que nos queremos y que deseamos estar juntos. Solo es una cuestión de tiempo, verás que todo se arregla —dijo calmado.

—¿Y qué pasará si no es así?, ¿Qué sucederá si deciden separarnos?

—Afrontaremos juntos lo que tenga que ocurrir, pero ten presente que estaré siempre a tu lado

y pase lo que pase no debes dudar de que eres la única para mi —afirmó—. Es normal que para ellos sea complicado aceptarlo.

—Lo sé —dije abrazándome fuertemente a él y deseando que aquello solo fuera una pesadilla, que de algún modo todo pudiera ir bien por una sola vez en mi vida.

Había ido con la intención de quedarme allí, aunque sería el primer lugar en el que nuestros padres me buscarían, por lo que Joan me convenció de que sería mejor no darles motivos para ir en nuestra contra, así que él mismo me llevó de regreso a casa un par de horas más tarde en su moto.

—¿Dónde estabas?, ¡Te he llamado infinidad de veces y tenías el teléfono apagado! —gritó mamá en cuanto entré y me extrañó aquella ansiedad por parte de ella.

Apenas había estado fuera un par de horas, el mismo tiempo que solía faltar cuando acudía de verdad a clase de baile.

—En clase de ballet —dije deseando que no hubiera contactado con alguna de mis amigas, aunque de hacerlo ellas tampoco le habrían cogido el teléfono por estar en clase.

—¡Oh!, ¡Es cierto! Lo había olvidado... —contestó más calmada y bebiendo un vaso de agua.

La palabra extraña se quedaba corta para su actitud, estaba rara, ansiosa y era evidente que todo se debía a nuestra confesión.

—¿Dónde está Paul? —pregunté solo por ser amable.

—En su despacho, esta haciendo algunas llamadas... —mencionó sin querer darle importancia—. Andrea, sabes que jamás te he impedido hacer lo que has querido —dijo con la mirada fija en el vaso de agua que había vacío sobre la encimera—, siempre he velado por lo que era mejor para ti y creo que ese es mi deber como madre.

Alcé una ceja no sabiendo hacia donde pretendía ir con aquel argumento.

—Nunca me has dejado conducir —dije para resaltar que no siempre me ha dejado hacer lo que quería.

—Sabes perfectamente que no lo hice porque me preocupó por ti —recalcó.

—Te preocupas por mí, pero no confías en mí y en mi sentido de responsabilidad.

—No es que no confíe en ti, en quien no confío es en los demás, solo tienes que ver el accidente que tuvimos Paul y yo hace poco por culpa de otra persona —recalcó y tuve que darle la razón, pero no podía vivir con ese miedo el resto de su vida.

—Nada cambiará de aquí a un año y medio —dije siendo la edad en la que me permitiría obtener el carné de conducir.

—Cuando seas mayor de edad no podré impedirte que hagas lo que quieras, pero mientras tanto debo velar por tu seguridad y haré lo que crea que es mejor para ti.

No quise discutir sobre el tema, habíamos tenido demasiadas charlas al respecto y siempre acababa de la misma forma. Sabía que era una batalla perdida, por lo tanto lo dejé estar y me retiré a mi habitación con cierto mal humor sobre la situación.

A pesar de que mi madre no había sacado a relucir el tema de Joan y yo, estaba claro que había hecho alusión a ello cuando dijo que velaba por mi bienestar. No sabía exactamente a qué se refería, pero imaginé que solo sería cuestión de tiempo que terminaran aceptando lo nuestro, al fin y al cabo éramos una especie de familia, ¿no?

Le deseé buenas noches por mensaje a Joan y decidí conciliar el sueño para afianzarme que todo saldría bien, que de un modo u otro conseguiríamos la manera para que aceptaran nuestra relación. Supuse que no habría mejor forma de hacerlo que pasando tiempo juntos y viendo con sus propios ojos que él y yo nos queríamos de verdad.

Cuando bajé a desayunar por la mañana estaba pletórica, algo me decía que Paul y mamá habrían cambiado de parecer y decidirían darnos una oportunidad, pensé que quizá una agradable consulta con la almohada les habría hecho recapacitar, así que me puse el uniforme y bajé con la mochila en la mano y una gran sonrisa. Oía silencio en la casa, pero aquello no era una novedad, hasta que llegué casi al final de las escaleras y escuché los pequeños murmullos procedentes de la cocina.

—¡Buenos días! —exclamé sonriente y conseguí captar la atención de mi madre y Paul, que resultaba extraño verle por allí un día entre semana, él solamente frecuentaba la casa a esa hora los sábados o domingos.

—¿Qué tal has dormido cariño? —preguntó mamá y en su tono noté que parecía nerviosa, no sabía si era por la pequeña discusión de la tarde anterior, pero aún así lo dejé pasar.

—Muy bien, ¿Y tú? —pregunté alzándome para coger una de las tazas de desayuno y preparar mi leche con un par de gotas de café.

—Andrea, tu madre y yo hemos estado hablando de lo que es más conveniente para ti —mencionó Paul y frunció el ceño.

¿Mi madre y él?, ¿Quién era él para decidir sobre mi vida?

—No entiendo —dije no queriendo alarmarme.

—Vas a ir a un internado, cielo —soltó mi madre y la taza que tenía en la mano cayó al suelo haciéndose añicos por todo el suelo de la cocina.

¿Qué?, ¿Un internado?, Era una broma, ¿Verdad?

—No puedes hablar en serio.

¿Cómo iba a internarme? Se supone que eso lo hacen los padres que se desentienden de sus hijos o que son unos negados para estudiar y esta última opción no se aplicaba a mi.

—Sois demasiado jóvenes y este tipo de relaciones nunca son duraderas, probablemente solo sea un pasatiempo o un capricho momentáneo y creemos que lo mejor para vosotros es que estéis separados un tiempo, así os daréis cuenta de que lo vuestro no es real —dijo mamá y sentí mi mundo desvanecerse.

—Esto es increíble, ¿Creéis que separándonos vais a arreglarlo todo?, ¿Qué será la solución a vuestros problemas?

No iba a quedarme allí para escuchar más estupideces, tenía toda la intención de irme, aunque fuera sin desayunar ya que aquello rozaba lo absurdo. ¿Meterme en un internado y alejarme era la solución?, ¿De verdad creían que así matarían nuestro amor?

Cogí la mochila con la idea de salir de allí, pero Paul se levantó para impedir que me fuera.

—No es una solución a nuestros problemas, esto lo hacemos por tu bien Andrea y nos gusta tan poco como a ti.

—Tú no eres mi padre para decidir sobre mi vida —solté realmente cabreada. Paul me caía bien, era un gran hombre, agradecía que hubiera aparecido en la vida de mi madre y la tratara del modo en que lo hacía. Él jamás se había metido en mi educación o en cosas que tuvieran que ver con mi situación, siempre había respetado que mi madre era su esposa y aunque tuviera un padre ausente él no había querido ocupar su lugar.

—La decisión la he tomado yo, Andrea. Paul solo me está apoyando —intervino mi madre acercándose hasta nosotros y nunca creí que ella pudiera traicionarme de ese modo—. Ha sido difícil porque estamos a mitad de curso, pero han aceptado la solicitud e ingresarás hoy mismo.

No podía ser verdad. Aquello no podía suceder realmente.

—Si haces esto, jamás te lo perdonaré —dije con lágrimas en los ojos.

No podía hacerme aquello, no podía arrancarme así de mi vida y de todo cuanto conocía.

—Si no lo hago, jamás me lo perdonaré — contestó decidida y supe que ese sería el fin, que no podría hacer nada para hacerle cambiar de opinión.

No me dejaron despedirme de Joan, ni siquiera pude enviar un mísero mensaje de texto avisándole de lo que ocurría. No pude despedirme de mis amigas, ni de mis compañeros de instituto, ni siquiera de mis amigas de ballet. Me arrancaron literalmente de mi vida, de todo lo que me rodeaba y del amor de mi vida para encerrarme en aquel enorme edificio de ladrillo lejos de todos y todo cuanto conocía.

No podía creerlo, era incapaz de comprender porqué mi madre me había hecho aquello. Derrame incesantes lágrimas, tantas que me quedé seca por dentro mientras sollozaba no entendiendo la razón de mi castigo. Mi único pecado había sido enamorarme de Joan, ¿Era acaso el amor un delito?

Durante los primeros días pensé que mi madre se arrepentiría, le supliqué que me sacara de allí y cuando no fue así, dejé de responder a sus llamadas. Aún así todas las semanas recibía un aviso y me negué a contestar recíprocamente, si ella podía hacerme aquella crueldad, yo podría responder del mismo modo.

Me habían quitado mi teléfono y cualquier posibilidad de comunicarme con Joan, ni siquiera podía enviar una triste carta desde aquel internado sin que fuera controlado y revisado.

La institución estaba a las afueras de la ciudad, remotamente apartada y en un lugar tan oculto que nadie a conciencia vendría a visitarlo. Todas las niñas de papá rebeldes estaban en aquel colegio, no hizo falta ni tres días para darme cuenta de aquello. ¿Qué hilos habrían movido para que pudiera entrar tan rápido? No tenía ni idea, pero la rabia y el rencor se podía respirar por cada pasillo de aquella institución exclusiva para señoritas.

Las instalaciones eran espectaculares; piscina, gimnasio, pistas de pádel... realmente no faltaba nada en aquel lugar, salvo una cosa; la comunicación con el exterior.

Los primeros días me negué a hablar con nadie, estaba demasiado enfadada para pagar mi frustración con la persona que se acercara. Conforme pasaron las semanas, hice amistad con algunas chicas, a fin de cuentas no existía ningún tipo de entretenimiento, incluso el acceso a internet estaba restringido. La mayoría estaban allí por malas calificaciones o por consumir algún tipo de estupefaciente. Fui tachando los días en el calendario, preguntándome que estaría pensando Joan, ¿Me buscaría?, ¿Pensaría en mi?, ¿Me terminaría olvidando? No había podido despedirme de él, recordaba perfectamente que mi último mensaje había sido la noche anterior deseándole que soñara conmigo y nos veríamos a la mañana siguiente.

Habían pasado cuatro meses de aquello, cuatro largos meses en los que pensé que no volvería a verle, que se marcharía a la universidad y yo seguiría encerrada en aquel infernal lugar sin poder despedirme una última vez.

El curso estaba por finalizar y me pregunté con quien asistiría Joan al baile, si le habría pedido a alguna chica que le acompañara. Me imaginé a Verónica con un espléndido vestido junto a Nicola, incluso fantaseé con Lourdes aceptando aquella propuesta nefasta de Zacker, me perdería todo aquello y no podría hacer nada para evitarlo.

Entré en mi habitación después de las clases y vi que había un paquete enorme sobre mi cama. Incluso mi compañera de habitación, Claudia parecía curiosa sobre el bulto en cuestión.

—¿Es para mí? —pregunté extrañada.

No era mi cumpleaños, faltaban más de dos meses para que lo fuera y evidentemente tampoco era navidad, así que no podía ser para mí.

—En la tarjeta pone tu nombre —contestó Claudia acercándose hasta sentarse en la cama con toda la intención de cotillear el contenido.

Ella era una de esas alumnas de padres divorciados que han rehecho sus vidas y quedaba fuera de sus nuevas familias.

Cogí la tarjeta, era un sobre de tamaño medio en tono crema, tenía el cierre sellado con cera roja, por detrás ponía mi nombre; Andrea Campbell.

Con curiosidad lo abrí, mi pulso comenzó a acelerarse y quité el sello para sacar la tarjeta que contenía dentro.

«Nunca llegué a formular la pregunta, tal vez porque pensé que tendría demasiado tiempo para hacerlo de un modo que no olvidarás fácilmente, así que ahora solo tengo esta tarjeta para pedírtelo, ¿Me acompañas a mi último baile? Te recogeré a las ocho en punto, no debes preocuparte por nada.

Siempre tuyo, J»

¿Joan?, ¿La nota era de Joan?

Podía notar mi corazón acelerarse, bombear mi sangre de un modo salvaje y la adrenalina comenzaba a regurgitar todo mi cuerpo.

—¿Qué hora es? —pregunté con los ojos cristalinos, ni siquiera podía ver ya las letras de aquella tarjeta porque no daba crédito a lo que había leído.

¿Cómo era posible que me dejaran salir?, ¿Cómo era posible que hubiera conseguido que me dejaran acompañarle?

No me importaba, me daba igual absolutamente todo porque después de cuatro meses al fin podría verle.

—Las cuatro, ¿Es que no vas a abrir la caja? —pregunto Claudia y comprendí que había olvidado el enorme paquete después de leer el contenido de la tarjeta.

Sinceramente me importaba muy poco lo que allí hubiera, yo era feliz con el hecho de poder abrazarle.

Quité la lazada roja y abrí el enorme paquete, dentro había un precioso vestido en tono azul noche larguísimo. El escote era en forma de corazón y su tejido vaporoso daba a entender que caería bajo el pecho amoldándose a la figura.

En aquel lugar no tenía utensilios de cabello, ni maquillaje, ni siquiera un espejo en mi habitación, pero no había contado con tener a las mejores compañeras de clase expertas en peluquería y estética. No me hizo falta nada más que ducharme y colocarme aquel vestido junto a unas sandalias de tacón para dejar que me arreglasen como si a través de mi pudieran vivir también la experiencia.

Casi no podía creer que realmente me abrieran las puertas para salir, incluso mi pulso temblaba cuando el portón principal se abrió y vi la enorme entrada a la institución.

Una limusina esperaba fuera y allí, con el atardecer detrás de los enormes setos que había a los lados del camino estaba él. Jamás podría olvidar su belleza, sus ojos azules y ese rostro de chico travieso, pero al mismo tiempo dulce, estaba increíblemente guapo con aquel esmoquin, no tenía término de comparación, pero desde luego era el más guapo que había conocido.

Le miré. Me miró. Y entonces la magia ocurrió.

Corrí hacia él y me acogió entre sus brazos fuertemente justo antes de separarse un instante para besarme con tanta intensidad que creí desfallecer allí mismo.

No me había olvidado. Él estaba allí conmigo, como el príncipe que rescata a su princesa del castillo encantado.

—Perdóname —susurró acogiéndome el rostro entre sus manos—. Te busqué incansablemente, me desquicié no sabiendo donde hallarte. Nunca creí que serían capaces de hacerte esto.

—No importa —contesté poniéndole el dedo sobre sus labios. Él no debía sentirse culpable por nada, había sido mi madre la que firmó los papeles de ingreso en aquel internado—. Estás aquí.

Me incliné sobre él y junte mi frente con la suya. Había pasado tanto tiempo que necesitaba oler su aroma, sentirme protegida entre sus brazos. Habíamos disfrutado tan poco de estar juntos que necesitaba realmente aquello.

—Estoy aquí —susurró volviendo a atrapar mis labios con suavidad, como si fuera una muñeca delicada a la que no deseaba dañar—. Siempre estaré aquí. ¡Dios, estás increíblemente preciosa! —gritó y ambos reímos.

A pesar de que la limusina dio varias vueltas por la ciudad antes de dirigirse al instituto, no quería observar el exterior, ni gritar por la ventanilla que había en el techo que era libre, sino que me quedé observándole mientras nuestras manos se acariciaban sin querer perder un solo detalle de aquel momento.

No sabía como Joan había conseguido aquello después de cuatro meses en los que mi madre no había cedido ni un momento, pero no me importaba porque al fin él estaba allí, conmigo y todo era tan maravilloso que no podía dejar de pensar si se trataría de un hermoso sueño.

El salón de baile estaba decorado con cintas de colores por todas partes y el año de graduación con globos enormes al fondo del escenario. Los amigos de Joan se alegraron de verme y agradecí que no realizaran preguntas incómodas como el hecho de saber donde había estado, probablemente estarían más que informados de ello.

La música comenzó a sonar y me vi arrastrada hacia la pista de baile de la mano de Joan. Me rodeó con sus brazos y sentí las manos en mi cintura, no quería que esa noche terminara, deseaba quedarme allí para siempre.

—Temía que me hubieras olvidado —susurré dando rienda suelta a mis pensamientos.

—Eso nunca sucederá —contestó dándome un beso cerca de la comisura de los labios—. Siempre esperaré por ti, el tiempo que sea necesario.

—¿Cómo lo has conseguido Joan? —pregunté entonces alzando la vista para iluminarme con sus ojos—. ¿Cómo conseguiste que me dejaran acompañarte?

«Si lo hacen más guapo, desfallezco»

—Les ofrecí algo que no pudieron rechazar —concluyó con una sonrisa.

Fruncí el ceño porque no sabía a que se refería, ¿Qué había tenido que ofrecer para que aceptaran? Debía ser algo realmente importante.

—¿Qué hiciste? —insistí no siendo consciente de cuanto le había costado dejar que me trajera al baile.

Joan amplió sus labios y me regaló una sonrisa.

—Les prometí no volver a verte de nuevo hasta que cumplieras la mayoría de edad si aceptaban concederme esta noche contigo —mencionó arrastrándome junto a él mientras nos movíamos por la pista de baile.

—¿No volveré a verte más? —exclamé aterrada.

—Yo no he dicho eso —sugirió entrelazando una de sus manos con la mía y llevándosela a los labios para besarla—. Aunque había estado dispuesto a hacerlo.

No comprendía entonces que pasaba, ¿Cuál era su plan?

—Te irás a Utah cuando acabe el verano y yo seguiré en ese maldito internado, si me dices que

no podré volver a verte durante más de un año no lo soportaré.

—Cuando le mencioné a tu madre que estaba dispuesto a no volver a verte hasta tu mayoría de edad si accedía a llevarte al baile, pareció comprender que entre nosotros existía un sentimiento más profundo de lo que en un principio creyó —comentó con serenidad.

—Dudo que por saber eso decida que mi estancia en ese lúgubre lugar haya acabado —dije malhumorada.

—Te equivocas. Está arrepentida, sabe que estas realmente enfadada con ella y no sabe como suavizar las cosas, pero no tendrás que volver allí nunca más.

—¿Arrepentida?, ¡Me encerró cuatro meses sin escuchar ni una sola vez lo que tenía que opinar al respecto!

No podría perdonarle algo así. Siempre había confiado en ella, me había parecido una mujer justa y sabia que hacía las cosas con coherencia y no guiada por impulsos irracionales como el que me había llevado hasta aquel lugar.

—No deseo que estés de malhumor, esta noche es para nosotros, después de tanto tiempo al fin te tengo entre mis brazos y pretendo disfrutar de cada momento que estemos juntos hasta que amanezca.

Tenía razón, esa noche era nuestra y no importaba nada más que no fuéramos él y yo.

Capítulo 38

El mundo dejó de existir para mí en el momento en que atravesamos la pista de baile para escabullirnos entre la gente mientras mencionaban al rey y la reina de baile. Conforme la limusina avanzaba por las calles de Los Ángeles, yo solo sentía los labios de Joan besándome y recorriendo mi escote, perdiéndose entre los pliegues de mi vestido y acariciándome con sus dedos la suave piel de mis desnudas piernas.

Si se podía ver algo o no en el interior de la cabina era algo que no me preocupaba en aquellos momentos, pero la limusina se detuvo frente a un hotel de lujo, era uno de los mejores de la ciudad y mi apuesto novio me arrastró hacia el interior. Me sorprendió que esquivara la recepción y se fuera directamente hacia las escaleras, incluso obvió el ascensor. Joan estiraba de mi mano mientras trataba de seguirle el ritmo con aquellas sandalias de tacón y recogíendome el vestido, pero al parecer no fue suficiente y en el penúltimo piso me cogió como si pesara menos que una pluma y me llevó hasta la puerta de aquella lujosa suite en el corazón de la ciudad.

—Cortesía de Nicola Verdini. Es su regalo de despedida —mencionó cuando abrió la puerta y me dejó en el suelo de la espléndida entrada.

Todo estaba decorado al mínimo detalle, espacios amplios, colores neutros y dorados por todas partes. El mobiliario saltaba a la vista que era de calidad y los suelos de madera con alfombras persas gritaban lujo por doquier. Pasar la noche allí no sería precisamente económico, así que Nicola se estaba despidiendo a lo grande.

—Si esta es la habitación que ha cogido para ti, no puedo imaginarme como será la suya —dije comenzando a reír por la cara que pondría Verónica cuando la viera.

«Ella no deseaba un novio rico para fastidiar a su padre y se había echado uno que estaba forrado de los pies a la cabeza»

—¿De qué te ríes tanto? —preguntó envolviéndome con sus brazos y percibí su boca cerca de mi nuca, logrando que me estremeciera.

—De nada importante —susurré girándome y atrapando de nuevo sus labios.

Hacía tanto tiempo que no estaba junto a él que casi había olvidado a qué sabían sus besos. No deseaba abandonar por nada del mundo aquellos labios que se fusionaban con los míos en un baile de gozo espléndido.

Alcé los brazos para deslizar la chaqueta de sus hombros y comencé a estirar de su camisa provocando que algún botón saltara de su sitio, pero obtuve lo que deseaba, el acceso a la piel de su torso lleno de músculos bien definidos.

Mi deseo era tal que no me importaba nada más que no fuera sentirle dentro de mí, colmándome de placer y llenando cada poro de mi piel. Sentí como me inclinaba sobre uno de los sillones que había en una de las salas y comencé a desabotonar su cinturón perdida entre el ardor que me provocaba. Joan se sacó un preservativo del bolsillo de su pantalón, lejos de sorprenderme por sentir la misma ansiedad que yo, sonreí conforme bajaba la cremallera y él se aseguraba de colocárselo. NI siquiera me deshice de mi ropa interior, sino que la hizo a un lado con sus dedos antes de hundirse en un solo movimiento y grité ante aquella bienvenida invasión.

¿Cómo podía haber olvidado lo que se sentía siendo colmada de ese modo?

Me abracé a él mientras sus movimientos se acompañaban a los míos y ambos gritábamos por el más puro y plétórico placer hasta que estallé en mil fragmentos sintiendo que abandonaba aquella habitación y desaparecía por un momento.

No sabía que sería de mi vida al día siguiente, ni siquiera sabía que nos depararía el futuro a ambos, pero tenía muy claro que deseaba aquello para siempre, que en mi vida no podría existir otro hombre que no fuera Joan Baker.

Ninguno de los dos durmió aquella noche. Nos dimos un largo baño rodeados de champán, fresas y chocolate en aquella enorme bañera. Permanecimos horas abrazados en aquella cama hablando de todo y de nada al mismo tiempo. Hicimos el amor en incontables ocasiones, tantas que ni siquiera pude recordar con exactitud el número de ellas. Y cuando el sol comenzó a brillar a través de aquel enorme ventanal cerré los ojos deseando que esa noche no terminara y que el tiempo se detuviera para siempre, porque no quería separarme de él, no quería pasar un solo segundo de mi vida sin él.

Abrí los ojos y contemplé esos ojos azules que me observaban. Sentía como me acariciaba el pelo con suavidad y sonrió cuando comprobó que estaba despierta.

—¿Cuánto rato llevas despierto? —pregunté.

—No he dormido, prefería contemplarte, grabarte en mi retina para recordarte cuando estés lejos de mi.

Su respuesta hizo que se me encogiera el alma.

—¿Me esperarás? —pregunté con la ferviente idea de que mi madre pudiera cambiar de opinión y cumplir su propósito.

—Mi corazón es tuyo, Andrea. Siempre estaré contigo —confesó con esa voz ronca acercando mi cuerpo al suyo.

—Nunca creí que se pudiera amar tanto —contesté acogiendo su rostro entre mis manos.

—Ni yo, hasta que vi la dulzura en tus ojos. Me hiciste amarte desde el primer día, aunque renegase de ello y cuanto más me empeñaba en hacerlo peor me sentía.

—Te quedan muchos años de expiación para el modo en que me trataste —dije sonriendo mientras hundía mis dedos en su pelo.

—Y pienso pagar mi penitencia compensándote por cada falta que cometí tratando de alejarte —susurró besándome—. Empezando por amarte cada día del resto de mis días.

El taxi nos dejó frente a casa, a menos ese era el hogar que siempre había conocido y estar cuatro meses lejos de allí había provocado que parecieran años desde que me había marchado.

Joan parecía muy seguro de sí mismo, sinceramente yo estaba muy lejos de estarlo. ¿Quién me decía que no decidirían enviarme de nuevo a ese internado? Apenas faltaban un par de semanas para que finalizara el curso y después llegarían las vacaciones de verano, ¿Sería libre para disfrutarlas junto a él?

Ser menor de edad implicaba que no era dueña de ciertas decisiones y aquello moralmente me desquiciaba. ¡No había hecho nada malo para que me castigaran de ese modo! Y eso era precisamente lo que me hacía rechazar la idea de entrar en aquella casa.

Joan llamó al timbre, seguramente tenía llaves, pero por alguna razón prefirió hacerlo así. Los dos vestíamos las ropas que habíamos llevado durante el baile y aunque nos ausentamos mucho antes de que acabara, se suponía que estuvimos hasta el final y que después nos fuimos a celebrar junto a sus amigos que habían terminado el instituto para siempre.

En cuanto se abrió la puerta vi a Paul que hizo un gesto con la cabeza y ambos entramos. Antes

de ver a mi madre sentí su sollozo y mis ojos se fueron hacia la parte de la cocina donde se encontraba. Tenía lágrimas en los ojos y parecía realmente emocionada.

—¡Andrea!, ¡Mi pequeña! —exclamó acercándose y extendiendo los brazos para abrazarme.

No reaccioné. Realmente me enternecía que estuviera emocionada, pero estaba demasiado dolida para admitirlo, así que no respondí a su abrazo.

Dejé que me abrazara y vi como se apartó secándose las lágrimas sin que yo hiciera o dijera absolutamente nada.

—Estás preciosa con ese vestido, siempre dije que el azul te sentaba muy bien —dijo secándose las mejillas.

—¿Es todo lo que vas a decir después de lo que hiciste? —exclamé dolida.

¿Acaso no pensaba disculparse?, ¿Pedir perdón?, ¿Reconocer su tremendo error?

—Sé que ahora mismo debes odiarme, pero hice lo que creía que era mejor para ti, en ese momento no pensé que hubiera otra alternativa.

—¡La había! —grité y sentí como Joan me cogía la mano, como si pretendiera calmarme—. ¡Eres mi madre!, ¡Se supone que debes escucharme y confiar en mí!, ¡Te lavaste las manos encerrándome en aquel lugar solo para salvar tu matrimonio!, ¡Creíste que ese sería el único modo de proteger tu propia felicidad a costa de la mía! Tu no hiciste lo mejor para mí, hiciste lo que era mejor para ti.

Vi como sus lagrimas comenzaba a brotar sin cesar de sus ojos. Me dolía. Por supuesto que me dolía porque era mi madre y me había fallado de un modo brutal.

—Yo tengo gran parte de culpa en esto, no debes inducir toda tu rabia contra ella porque fue mía la idea del internado —intervino Paul y le miré sin sorprenderme de su confesión.

—No fuiste tú quien firmó mi ingreso. ¿Creísteis que quitándome del medio se solucionaría el problema?, ¿De verdad pensabais que de ese modo seguiríamos siendo una familia feliz y contenta? —inquirí no dando crédito a su juicio.

Estaba claro que habían hecho aquello para perseverar su matrimonio, creyendo que Joan y yo lo estropearíamos todo y lo único que habían logrado era destruir aquella familia actuando de ese modo.

—¡Eres solo una niña Andrea! Mira el tiempo que duró tu relación con ese chico, ¿Qué te hace pensar que no sucedería lo mismo con él? —exclamó señalando a Joan.

—Porque mi relación con Nicola nunca fue real —admití a pesar de que un brevísimo periodo de tiempo sí que fue real y sentí la mirada de Joan cerniéndose sobre mí. Si. Mi pequeño secreto saldría por fin a la luz—. Joan y yo nos hicimos demasiado daño antes de tomar la decisión de estar juntos precisamente porque los dos sabíamos lo que esto repercutiría en la familia. Lo que nunca pudimos creer es que, en lugar de tener vuestra confianza y apoyo, solamente obtendríamos rechazo.

—Andrea y yo nos amamos de verdad, hemos luchado contra lo que sentíamos desde el principio, pero no se puede ganar una batalla que ya está perdida desde el principio.

Agradecía no encontrarme sola en aquella situación y sentir el apoyo de Joan era sobrecogedor.

—Joan nos ha demostrado que le importas, ninguno de nosotros tratará de impedir que estéis juntos, tal vez no debimos actuar de esa forma, sino comprender que vuestros sentimientos eran sinceros de verdad en lugar de creer que se trataba de algo pasajero —dijo Paul apenado y con evidente pesar.

¿De verdad lo habían aceptado?, ¿Qué era lo que había cambiado? Joan había debido hacer mucho más que aquella promesa para que cambiaran de parecer.

—Andrea, solo deseo tu felicidad. Creí que apartándote de él te protegería, haría que no sufrieras y me equivoqué. No me di cuenta de que debes cometer tus propios errores y si eso implica que sufras en el camino, estaré ahí para ser el hombro en el que busques consuelo —dijo mi madre con tristeza en su voz—. Mi deber era pensar en tu felicidad y es evidente que no lo hice cuando te separé de Joan, solo espero que algún día logres perdonarme.

Parecía arrepentida, realmente apesadumbrada y aunque tenía demasiada rabia acumulada, no era el momento de humillarla, no cuando yo misma había deseado tanto que aceptaran que estuviéramos juntos.

Tal vez no sería fácil olvidar lo sucedido, pero quizá con el tiempo pudiera recuperar parte de la relación que manteníamos aunque ahora lo viera demasiado difícil.

Sentía que me había traicionado. Podía llegar a comprender sus razones por más egoístas que me parecieran, pero no podía asimilar que no hubiera confiado en mí y en mi propio juicio.

—Quizá con el tiempo pueda hacerlo —confesé porque sabía que no podría guardarle rencor durante el resto de mi vida, a fin de cuentas era mi madre, pero nunca podría olvidar que precisamente ella me había fallado cuando más había necesitado que confiara en mí.

—Puede que esto te ayude —dijo entregándome una caja de pequeño tamaño, me sorprendió que tuviera un regalo para mí.

Abrí la pequeña caja y comprobé que era la llave de un coche, parecía completamente nueva así que no podía tratarse de su propio vehículo.

—¿Qué significa esto? —pregunté no comprendiendo nada.

Ella no me dejaría conducir hasta que cumpliera los dieciocho.

—Es la llave de tu nuevo coche, podrás conducirlo acompañada hasta que tengas el carné de conducir.

No sabía que decir, me había pasado tanto tiempo deseándolo y sabiendo que era inútil insistir que ahora que lo tenía en mis manos enmudecí.

Observé a Joan que parecía sonreír, a Paul que asentía con la cabeza y a mi madre que parecía esperar una respuesta. Supe que había debido costarle tomar esa decisión, ella tenía demasiado miedo de que estuviera al volante tras la muerte de su hermano, así que comprendí que lo había hecho como acto de confianza en mí.

—Tienes razón —asentí en un tono más jovial—. Puede que ayude —añadí y dejé que me abrazara de nuevo.

Tal vez con el paso del tiempo podría llegar a olvidar aquel infierno que había pasado durante esos cuatro meses.

Aquel verano había sido el más maravilloso de mi vida. Mi relación mamá había mejorado bastante, aunque distaba mucho de ser la que era, aprendí a conducir mi nuevo coche, no era lujoso ni extravagante, pero me llevaba muy bien a todas partes. Salí con mis amigas para divertirnos, hicimos grandes fiestas en la playa por la noche y Joan se quedó en casa todo el verano, por lo que pudimos pasar mucho tiempo juntos antes de que tuviera que marcharse a la universidad.

Sin duda aquel había sido el mejor verano de mi vida y también sería el peor, porque él se marcharía. Habíamos planificado todo el año para que entre mis idas y sus venidas pudiéramos vernos asiduamente. Teníamos las video llamadas y el chat, pero nunca sería igual que vivir en la misma casa, así que iba a sentir enormemente su falta.

Joan ya había enviado parte de sus cosas por una empresa de transporte, incluso su moto ya estaba en Utah esperándole, así que me ofrecí a acompañarle al aeropuerto para poder despedirnos a solas y agotar los últimos minutos antes de que se marchase.

Sentía un hueco en mi corazón a pesar de que aún no se había ido. Todas las dudas que pensé haber disipado volvieron atropelladamente. ¿Y si conocía a alguien que le gustara más que yo?, ¿Y si aparecía en su vida alguna chica más guapa, inteligente y se enamoraba perdidamente? Eso ocurría constantemente y no hacían falta trescientos sesenta y cinco días para que sucediese, porque ese era el tiempo que faltaba para que volviéramos a vivir en la misma ciudad.

Aún no había echado las solicitudes y todavía no me habían aceptado en Utah, pero tenía claro que pensaba irme allí sin duda alguna. Ni siquiera se lo había comentado a mamá, tampoco lo sabía el propio Joan, pero estaba más que decidida a no separarme de él en cuanto acabase el instituto.

«Eso si mis planes no se frustran antes» pensé imaginándome a una chica rubia aún más guapa que Verónica apareciendo en la vida de Joan.

Nunca podría deshacerme de mis propias inseguridades, por más que él me dijese que solo quería estar conmigo, había sido demasiado tiempo el que creía que me odiaba.

—No pongas esa cara, vendrás a verme el mes que viene y luego vendré por navidades. Antes de que te des cuenta será verano otra vez y podremos volver a estar juntos todo el tiempo — mencionó alborotándome el pelo conforme caminábamos hacia la zona de facturación de equipaje.

—¿Me llamarás todos los días? —pregunté indecisa.

—Todos. Sin falta —reiteró en la cola y se aproximó para darme un beso—, al final serás tú la que dirá que soy un pesado —añadió riéndose.

Si nos observaban no me importó, respondí su beso con vehemencia hasta que tuvimos que interrumpirlo porque era su turno en la fila.

El momento había llegado y Joan tenía que dirigirse hacia su puerta de embarque, quería hacerme diminuta para colarme en el bolsillo de su chaqueta y que pudiera llevarme junto a él.

Unas pequeñas lágrimas se escaparon de mis ojos.

—¡Ey, pequeña!, ¡No te pongas así! —exclamó abrazándome y acariciándome la cabeza.

—Lo sé. Sé que no pasará nada y que te veré dentro de un mes y medio, pero no puedo evitarlo.

—He esperado todo el verano este momento, no sabiendo si sería conveniente o no dártelo, pero no podré marcharme tranquilo sin que lo tengas —dijo metiendo la mano en el bolsillo de su cazadora y sacando un pequeño estuche de terciopelo negro.

—¿Qué es? —pregunté esperando una pequeña joya, un colgante o similar.

Dudaba que fuera un regalo de cumpleaños retrasado, puesto que me había comprado precisamente el billete para ir a visitarlo junto a unos pases para un concierto.

Lo abrió y en el interior brilló un anillo con un pequeño y hermoso diamante central.

—Se que apenas tienes diecisiete años y que aún es muy pronto para pensar en una boda, pero quiero que tengas este anillo de compromiso para que sepas que eres y serás siempre la única en mi corazón —dijo cogiéndolo de su caja y deslizándolo por mi dedo—. Dentro de unos años, cuando estés preparada y decidida, me darás tu respuesta.

Deslicé mi mirada del anillo a sus ojos azules y sonreí como una boba mientras me llevaba la mano que no tenía aquel diamante a la boca.

—¿No puedo dar una respuesta ahora? —pregunté con los ojos brillantes.

—No. Me la darás cuando estés lista, sabras cuando será ese momento, pero no es ahora. — Sonrió y atrapó mis labios en un dulce y cálido beso que me transportó a las nubes.

¿Cómo no iba a amarle?

En realidad, era imposible no enamorarse de Joan Baker.

Comenzó a alejarse sin que soltara su mano, hasta que en un último instante sus dedos se deslizaron por los míos rozando las puntas y finalmente deje de sentir el calor de su piel. Aquello me produjo un vacío extraño, había pasado de no tolerar su presencia a no desear apartarme de él.

Me quedé observando como se alejaba y de vez en cuando miraba hacia atrás, hasta que una vez pasado el control de seguridad me alzó la mano para despedirse lanzándome un beso y perdí su vista conforme se alejaba.

Permanecí allí un instante, como si el mundo se hubiera detenido sabiendo que no volvería a verle esa tarde, ni al día siguiente, ni durante las próximas semanas hasta que fuera a visitarle. Entonces miré el anillo que me había regalado, el pequeño diamante brillaba gracias al sol que se filtraba por las enormes vidrieras que componían la estructura del aeropuerto.

¿Estaría preparada algún día para decirle que sí?

Epílogo

7 años más tarde...

Supongo que sentís curiosidad de saber que ha sido de mi vida en estos siete años, pues bien, os haré un breve resumen.

Estudié ciencias políticas y me gradué con honores. Ahora vivo y trabajo en Washington, como interna en prácticas de La Casa Blanca; ventajas de ser la primera de mi promoción.

Por si os lo preguntáis, la respuesta es no. No tengo intención de convertirme en primera dama, pero siempre me ha llamado la atención el mundo político y pretendo llegar a ministra en pocos años.

La relación con mamá mejoró mucho, ella sigue viviendo California con Paul, aunque vienen de visita con asiduidad. Lo cierto es que estar distanciadas hizo que nuestra complicidad se afanzara más.

Aún mantengo la relación con Vanessa y Lourdes, aunque ninguna de las dos se quedó a vivir en los Ángeles. La primera decidió estudiar moda y ahora vive en Nueva York trabajando para una firma reconocida. Lourdes se hizo bióloga, trabaja en Montana y es una amante de la naturaleza y los bosques.

Cuando comencé la universidad dejé el ballet, no tenía tiempo para las clases, aunque aún sigo practicando de vez en cuando para mantenerme en forma y quitar el estrés del trabajo. Eso sí, suelo hacerlo en lencería interior porque a mi prometido le encanta observarme.

¿Prometido? Así es, aunque él aún no lo sabe.

A pesar de todos los inconvenientes y de que las relaciones que comienzan en el instituto no suelen durar en el tiempo, Joan y yo seguimos juntos y nos queremos aún más que al principio.

Me fui a Utah, decidimos no vivir juntos al inicio, pero me mudé a su apartamento el último año de carrera. Él se vino a Washington cuando me ofrecieron el puesto y trabaja como directivo en una gran firma de coches.

Vivimos en un estupendo ático a las afueras de la ciudad y cada fin de semana nos escapamos en moto a la montaña para descubrir un nuevo lugar.

—¿Has cargado las baterías de la cámara? —oí mientras permanecía en el baño secándome el pelo con una toalla.

—¡Sí!, ¡Las cargué antes de salir! —grité cogiendo la máscara de pestañas porque hacía tanto calor que dejaría mi pelo secarse al aire.

Era verano y habíamos decidido al fin realizar nuestro gran viaje por Europa. Hacía solo unas horas que nos habíamos bajado del avión y nuestra primera parada en París prometía grandes cosas. Teníamos la intención de ver varias ciudades; Madrid, Viena, Praga, Milán...

Nicola se había quedado a vivir en Italia y por si os lo preguntáis él y Verónica no están juntos, aunque hace poco habían recuperado el contacto o al menos eso es lo que sé de la última vez que hablé con ella sobre el tema, por increíble que parezca me hice gran amiga de Verónica en nuestro

último año de instituto y aún hablamos casi a diario.

Tal vez ella y Nicola vuelvan a darse una oportunidad cuando se reencontran.

¿Por qué sé que se reencontrarán?

Porque después de siete años de espera al fin sé que estoy preparada para dar una respuesta, por fin sé que quiero formar una familia junto a Joan y al fin dejaré de ser Andrea Campbell para convertirme en Andrea Baker. ¿Que mejor lugar que la ciudad del amor para decirle que deseo pasar el resto de mi vida a su lado?

No deseo a ningún otro hombre y aunque a lo largo de estos años hemos tenido discusiones, distanciamientos y cometido errores como cualquier pareja, los dos hemos madurado juntos y aprendido a sacar lo mejor de nosotros mismos.

Desde que Joan me dio el anillo hace siete años en el aeropuerto antes de marcharse a Utah, no ha vuelto a preguntar sobre el tema, ni a señalarlo, ni tan siquiera ha mencionado el asunto de una boda, por lo que sentía cierto nerviosismo sin saber en realidad que sucedería cuando le diera mi respuesta.

¿Tal vez ni siquiera lo entendería?

Es cierto que aún éramos muy jóvenes, pronto cumpliría veinticuatro años, pero ¿Porqué esperar cuando lo tenía tan claro? No me imaginaba una vida sin él y esperaba que él tampoco lo hiciera sin mi.

Pasamos la tarde viendo la ciudad, cenamos en un restaurante al aire libre viendo la torre Eiffel y después nos acercamos al puente del río Sena para contemplar el reflejo de las luces sobre el agua.

Permanecimos abrazados un buen rato, mientras el silencio impregnaba aquel momento mágico, entonces entrelacé sus manos con las mías y me apreté fuertemente contra él, que actuó respondiendo mi abrazo del mismo modo.

—Si —dije cerrando los ojos fuertemente.

—¿Si, qué? —preguntó dándome un beso en la mejilla.

Me giré lentamente y alcé mis brazos para enroscarlos en su cuello. Podrían haber pasado años, pero seguía teniendo los ojos más azules y vibrantes que jamás había contemplado. Su rostro había dejado de ser tan añorado para ser un hombre adulto, con un matiz de barba incipiente que le hacía parecer más maduro. Si antes era guapo, ahora era seductor y embriagador al mismo tiempo.

—Si quiero —dije mirándole a los ojos a pesar de la oscuridad que había en aquel puente poco iluminado.

Al principio pareció confuso y después comenzó a dibujar una sonrisa en su rostro como si supiera exactamente a qué me estaba refiriendo.

Se abalanzó contra mi boca y sentí sus labios acogiendo a los míos con fervor, con pasión, con una veracidad que me hacían responder del mismo modo.

—No sabes las veces que he estado tentado de preguntártelo. Las incontables ocasiones que veía ese anillo en tu dedo deseando saber tu respuesta, anhelando que llegase el día en el que decidieras pasar el resto de tu vida a mi lado —susurró cerca de mis labios—. ¿De verdad quieres casarte conmigo?

Sonreí mientras acaricié su rostro puesto que no dejaba de dar besos a mis manos.

—Eres el único hombre con quien deseo compartir el resto de mi vida, con quien deseo formar una familia y quien deseo que esté a mi lado. Por supuesto que quiero casarme contigo, ¿Y tú?, ¿De verdad quieres casarte con esta neurótica?

Joan comenzó a reír.

—Esa neurótica como tu dices, me embaucó con su mirada llena de dulzura, con sus hermosas pecas y su cabello de fuego. Esa neurótica volvió mi vida patas arriba e hizo lo que jamás pensé que conseguiría ninguna otra; que descubriera un amor tan puro y sincero que duraría en la eternidad. —Mis ojos brillaron ante aquella confesión tan bonita y real.

«Eterno»

Así serían nuestros sentimientos y así perdurarían en el tiempo, eso era algo que Joan me había dejado claro desde el momento en que me dio aquel anillo hacía siete años.

Fin.